

JUAN EMAR

**MILTIN
1934**

**ILUSTRACION DE GABRIELA EMAR
Y OTRAS ILUSTRACIONES**

EDITORIAL ZIG-ZAG

MILTIN 1934

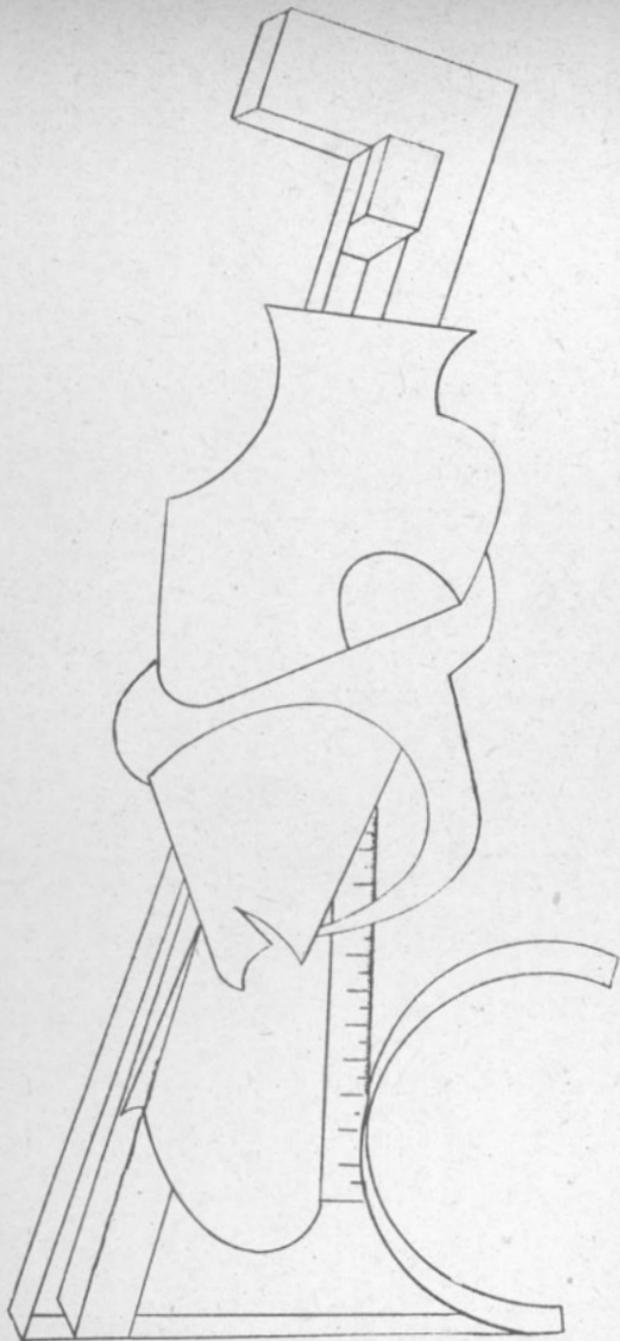
De este libro se han im-
preso diez ejemplares,
fuera de comercio, en pa-
pel pluma, numerados
de 1 a 10.

JUAN EMAR

MILTIN
1934

ILUSTRACION DE GABRIELA EMAR
Y OTRAS ILUSTRACIONES

EDITORIAL ZIG-ZAG
1935



Gabriela Emar — El hombre Martin Quilpué.

Antes de empezar este libro debo advertir que ha venido a verme un hombre llamado Martín Quilpué. Martín Quilpué vestía como sigue: sombrero calañés gris claro con cinta negra; traje vestón azul marino con rayas blanquecinas; camisa blanca rayada de azul; cuello de pajarita; corbata violeta con pintas ocre; zapatos negros rebajados de cuero de potro; calcetines grises algo más oscuros que el sombrero. Doy todos estos datos por lo que pueda acontecer durante las páginas de este libro.

Olvidaba: el hombre Martín Quilpué lleva bigotillos, mas, no barba. No usa anteojos ni bastón. Fuma cigarrillos Baracoa que enciende con fósforos Volcán. Ignoro cómo será su pañuelo, pues no se sonó en mi presencia. Huele a agua de Colonia de la Farmacia Universo, calle Chacabuco 1142, teléfono 70173.

Y ahora podemos proseguir.

El hombre Martín Quilpué se despidió afablemente y bajó la escalera de casa — Manuel Rodríguez 46 F. — silbando *El Bolero* de Ravel. Al llegar a la puerta, que abrió y cerró con poco ruido, tosió. Luego se alejó sin silbar.

En este momento me asomo por arriba del tejado y veo, allá, al hombre Martín Quilpué caminando por la calle. No va ni de prisa ni con lentitud. Mira al frente sin dureza. Sus pasos son regulares. Así va caminando el hombre Martín Quilpué.

Que le vaya bien, son mis deseos. Aquí los dejo estampados.

Y ahora, podemos proseguir dejando en paz al hombre Martín Quilpué.

Mi intención es, ante todo, decir dos palabras sobre algo que acontece a mucha, muchísima gente y que he definido en la siguiente forma: "El deseo de colgar en la pared una ambición de la vida". Más hoy — comienzo de año — hace un calor superior a toda especulación psicológica y como, por otro lado, mis dos buenos amigos, el doctor Hualañé y el corredor de la Bolsa de Comercio, Estanislao Buin, ofrecen un claro ejemplo de lo citado, me limitaré a que las dos palabras sean sobre sus distinguidas personas y no sobre el fondo del asunto. Acaso, para mayor confirmación, hable también de don Rafito, pero ello es cuestión de que baje un tanto la temperatura. Por ahora, mepecemos con calma.

Según mis cálculos cuelgan en la pared — o ponen encima de la mesa; es lo mismo — el 977 por mil de los humanos, aunque el cínico de Valdepinos me asegure que esa cifra debe aumentarse al 999.

—Sí, amigo — me dice—, es el 999. Y en el primer mil exclúyame usted a mí, que ya en el segundo podrá excluirse usted.

Como sea — 977 o 999 por mil; no voy a discutir—, el hecho existe. De ahí el temor ante mis paredes, de ahí su desnudez: ¿si llegase un día a descubrirme secretas ambiciones, si viniese a perder mi tranquilidad por adornar un muro?... Mejor abstenerse. Pero vamos a mis dos conocidos.

El doctor Hualañé, el hombre más pacífico que he conocido en el mundo, ha colgado muy poco en sus muros, pero en cambio tiene sobre la mesa de su escritorio—lo cual es lo mismo, digo—dos estatuillas de bronce: una pantera devorando a un pequeño ciervo; una serpiente ahogando a un pájaro. Frente a su mesa, al fondo de la estancia, una estatua de mármol; un hombre primitivo defendiendo a su cara mitad. Con su brazo izquierdo la sostiene tras él al caer desplomada; en su mano derecha lleva amenazante un tosco cuchillo; su mirar es feroz. Instintivamente uno lo sigue. Por cierto que para el escultor, va a la nada,

de modo que en el aire, cada espectador, teja la amenaza que se le ocurra. En el gabinete del doctor Hualañé caen los ojos de aquel hombre sobre un cuadro de finos colores: "Le chateau de Chillon et la Dent du Midi".

El doctor Hualañé es una excelente persona. Lo recomiendo a todos los que sufran en su estado general (no sé cuál será el término médico de esto), en fin, decaimiento, somnolencia, inapetencia, gases al despertar. Y es de una honorabilidad poco vista en nuestros días. Pero no he empezado a escribir para hacer su propaganda. Llegué a él por el asunto de las paredes y nada más.

Mas ya que he dado un consejo para los que estén mal de salud, voy a recomendar al citado E. Buin a todos los que tengan que hacer operaciones bancarias, bursátiles y financieras en general. Oficina: 10.o piso del Banco del Pacífico. Cualquier día hábil a cualquier hora id. Rarisimo no encontrarle. Apenas, en pleno verano, toma quince días de vacaciones. Es un pozo, un monumento, en la materia. De la cabeza, cuando marcha, le caen números al suelo. Asegura que lo único de interés en este mundo es su oficio. Lo que no es operación de acciones, bonos y demás, lo ignora totalmente. No descorazonarse por su aspecto físico. Es el que cuadra con sus actividades: flaco, bigotitos finos, anteojos de oro, calvicie, nariz puntiaguda, lomo agachado, vestimenta obscura, cuello alto, corbata riquísima. ¡Confiese en todo ello! Lleva vida ejemplar. Su pequeño departamento es sobrio. En las paredes, tres cuadros al óleo. ¡A ellos!

1.o). Ruge la tempestad. El huracán violento eleva como trombas las nieves traicioneras de los picachos andinos. Desmorónanse los ventisqueros. En infernal carrera cruzan por lo alto los espesos nubarrones. Abajo, en el rincón de la izquierda, sobre un peñasco azotado por las aguas, las nieves y el viento, dos

insectillos del tamaño de un mosco cada uno. Acercándose, se ve lo que representan: son dos humanos, sí, señores, dos humanos como usted o como yo, poseídos de pánico ante los elementos desencadenados, mas — aunque parezca paradójica — llenos de valor, pletóricos de intrepidez, sí, señores, pues basta ver cómo luchan denodadamente, aferrándose con uñas y dientes a pesar de que sus capas vuelan arrasadas por el ciclón. Y se salvarán. Sí, señores, yo lo digo: ¡Se salvarán!

2.o). Ruge la tempestad. Mas aquí estamos lejos de las cordilleras. Aquí estamos en el torvo mar. ¡Ruge la tempestad! ¡Ruge todo! A parte de la luna llena que brilla entre dos nubes negras, plácida, pacífica, amorosa, todo ruge. Rugen las olas altas como montañas, feroces como búfalos feroces; rugen las espumas blanquecinas como cadáveres, rugen como aves negras de mal augurio; rugen las nubes preñadas de exterminio; ruge el rayo fatídico que atraviesa la tela; ruge el espantoso tiburón en el rincón derecho mientras muestra sus afilados dientes. Pero sobre todo ruge el barco desamparado, al centro, juguete de las olas. Sus velas han sido arrancadas; un mástil, quebrado; sus luces, extinguidas. Da de babor que espanta. Uno tiembla al considerar lo que puede ser su triste suerte. Mas aquí, como en el 1.o, hay que acercarse. Por allí, entre el bauprés y el trinquete, se verá, acurrucado, asido, luchando, debatiéndose, un marino valeroso del tamaño, más o menos, de una mosca no muy crecida. Este, como sus compañeros cordilleros, yo os lo digo: ¡También se salvará!

3.o). Aquí no ruge nada. Este 3.o, colocado entre el 1.o y el 2.o, un poco más alto, lo calma todo. Verde campiña. Blancas florecillas. Dorados castaños. Allá, lilas montañas, nubes serenas, cielo azul y brilla el sol. Un tanto hacia la izquierda, una yegua mulata pasta distraída. Al centro, una tordilla vuelve suave-

mente su cuello hacia la derecha y mira. Y aquí a la derecha, en primer plano, este primero de todos y alazán por añadidura, es un potro fogoso que deja su crin enmarañarse y ensancha las narices aspirando, aspirando las fragancias de campiñas, florecillas, castaños, montañas, nubes, cielo y yeguas.

Por el momento es suficiente. Podría aún hablar como he dicho, de don Rafito. Será para otra ocasión, pues a todo esto, son las 11 P. M., es decir, que la medianoche se acerca y como mi mayor ambición es escribir un cuento que se llame *El Cuento de Medianoche*, dejaré tranquilo a don Rafito.

Por el momento, tengo sed. Voy a tomar pisco con cinzano en grandes copones como en el tiempo de los mosqueteros. El silencio afuera es perfecto. Para algo vivo en el centro de una manzana. Pero el de aquí dentro no alcanza tal perfección. A causa, justamente, del otro, cualquier ruidecito retumba. Los grandes copones lo acallarán todo.

Tengo sed y tengo también algo más de lo cual voy a hablar poco a poco y quedamente para no despertar a los espíritus que duermen. Pues estoy siempre rodeado por millares de espíritus, ¡oh no, no diré malignos!, pero sí, molestos, traviosos, majaderos y de tal sensible suspicacia, que a la menor cosa despiertan. Entonces vienen sobre mí y no me dejan ni siquiera trazar dos líneas en paz. Así es que hablemos en voz baja, dulcemente. La medianoche se acerca. Es la hora en que cualquier movimiento ligeramente exagerado, cualquier desviación de mi pensamiento, puede irritarles, aun si duermen, aun con profundo sueño. Escucha: hay un tema que me obsesiona. Seré breve. Escucha bien. La medianoche se acerca.

Hace de ello no mucho tiempo. Como en este momento, era de noche. La lluvia se desplomaba fuera del matorral, fría, fina y aceitosa y en el sexo una arañita tejía su aceite y su veneno. Yo dormía al cos-

tado de la lluvia, dormía fragancias de matorral y soñaba que muchas lágrimas sin color se enredaban en el aceite de la tela mientras la arañita tejía y tejía con la lluvia fina y fría y con mi cuerpo en su veneno. Me agazapé entonces bajo la carótida derecha y esperé, o que la lluvia cesara o que el sexo, maduro, se desprendiera y al caer salpicara de lodo las hojas húmedas del matorral. La arañita sigilosa aprovechó todo eso para picar. Y picó. En la carótida, se entiende. En la sangre, en el cuerpo, en el alma. ¿Entiendes? No es justamente así. Digamos mejor: llueve la arañita envolviéndola aceitosa el alma tan grande mía.

¿Será así?

¿Será así? Como sea, más vale esperar, creo, en los copones del pisco y del cinzano.

Sin olvidar que hay que anotar los deberes inmediatos. ¿Plural? El deber inmediato, el sueño dorado. Se llama

El Cuento de la Noche

De aquí graniza hasta el infinito lo que se quiera.

¡A la obra!

¡Las 12 han dado y nublado!

Hace ya mucho rato. ¿Cómo?

Las 12 dicen y han dicho siempre así:

¡Viva el Cuento de la Noche!

Cuento de la Noche. Y nada. Ruidos. Ta gueule! (Porque un espíritu ha querido interrumpirme). Sí, pero: esto, los ruidos, el espíritu volvería a ser un pretexto para hacer literatura. Bon.

Sé todo de antemano.

Es decir: lo sé cuando se trata de escribir y lo que voy a leer mañana.

“La machine, la machine”.

Mañana trataré de descifrar todo esto, creyendo que hay luces magníficas.

No te inquietes, Juan Emar.

Juan Emar es la imbecilidad.

Y ahora el papel secante.

Noto una cierta manera curiosísima y ridícula de soltar los dedos al escribir... Sí, muy curiodícula. ¡Soltar!

Entonces escribamos el

Cuento de la Noche.

Nada.

Falta pisco.

¡Tan! (Sonó una campana).

Littérature.

(Prononcez le tout en francais s. v. p.).

Bueno es escribir.

¡No tengáis ningún miedo!

Vengo al dormitorio.

Duerme. Eso duerme, ello duerme.

Creía tener miedo. Ella duerme.

Bueno. *El Cuento de Esta Noche.*

No sé verdaderamente en este momento si el título prometido era de *Esta Noche* o el que antecede. Mi pensamiento va a velocidades fantásticas. Acabo de pensar cosas que nadie podrá jamás imaginar. No por las bellezas de ellas. No. ¡Imbéciles! Por:

Relaciones,

Relaciones.

Y aclaraciones...

Nada de esto tendrá significado mañana.

Bien. En todo caso es necesario escribir — ¡no! —dejar empezado el *Cuento de esta Noche*. Dice:

¿Cómo dice? ¿Cómo?

¡Señor! ¡señor!

¡Una palabra!

Veamos:

7.000.000 de frases. Ninguna me convence, no. Algo sí, lo que mañana pensaré de esto. T'en fais pas.

Entonces, ¡suéltate, suéltate!

Señores: no encuentro nada. Es decir:

Sí, pero:

¡Vanos temores del tiempo pasado!

Así vino esta frase.

Yo estaba en mitad de la escalera. Iba a tomar pisco. Ella despertó. O tosió.

15 minutos de: ¿Quién va?

15 minutos de: Lo bueno de lo bueno de los dramas policiales.

Parece que empieza el

CUENTO DE ESTA NOCHE

Sigamos:

¡Qué lástima, qué lástima! Imaginaos:

Junto con escribir "sigamos", sentí algo de sed y de hambre y, por supuesto, me dispuse a bajar al comedor a hartarme con un rico cochinillo de las Antípodas regado con vinillo de las Ecuatoriales y, naturalmente,

¡al suelo!

porque esto cae, que cae y que cae en la literatura. Esto cae; no yo.

Por lo tanto, ¡a comer!

En fin, has comido bien.

Corderito frío con papas fritas.

Creo que esto se asemeja a la letra de E. Buin. ¿Letra? Sí; de escribir. E, E, e, e, e: E. B. ¿Verdad? Los alemanes dicen: "Fertá". (¡Ya pú!). Vamos al cuento de la noche:

He venido a comer gentilmente.

Los ebrios no estamos para halagar a ustedes los artistas, como los burgueses creen que ustedes los artistas han nacido para halagarlos a ellos.

He venido a comer caballerescamente y ya, con lo que acabo de escribir, no recuerdo ni lo que iba a

decir ni qué fué lo que me ocasionó la frase anterior. Iba a poner, la "desagradable" frase anterior, etc.
¡No halagas bastante a los artistas!

Aún borracho perdido
tendido en el suelo
solo
por tu amor...

lo que se escribe debe el lendemain gustarle a los señores artistas, diplomáticos, surrealistas.

Pero a todo esto, (creo que quiero halagarte mujer durmiente) no empiece aún: *El Cuento de Medianoche*.

Ahora vendré a ti y te contaré

EL CUENTO DE MEDIANOCHE

Dice así:

Je souffre, souffre, soufre,
Soufre: Azufre.

¡No!

Había una vez...

Aquí empieza el cuento de

M E D I A N O C H E

¡Un momento! La cosa resulta más difícil de lo que a primera vista parece. Se trata, cada noche, ebrio o no, de escribir algo, cualquier cosa, lo que caiga a la punta del lápiz.

Por el momento, no lo creo posible. Porque es distinto el señor que escribe por la noche goteando el lápiz al señor que leerá al día siguiente, y a éste, nada más que a éste, es al que todo se le dedica y al que se le implora misericordia.

Por lo tanto, el de la noche pasa a ser un infeliz lacayo sin importancia.

Parece que no saldrá el

Cuento de Medianoche.

El hombre trata de libertarse para que el panzudo del día siguiente coma cochinito satisfecho, sin remordimientos de haber sido hecho a la imagen de Dios. ¿Entonces?

No puede existir el

Cuento de Medianoche.

Entonces, sigamos con otras cosas:

Una primera observación entre miles que habría que hacer al tratar este mismo tema:

Apenas quiero que el lápiz gotee solo y aislado como una cascada de la cordillera, del papel de este cuaderno gotea para arriba, es decir, se mete por la mina del lápiz, llega a la mano, pasa por el brazo, pega en la cabeza, me inunda todo, un impedimento para gotear.

Así obra el papel de este cuaderno. Si tal papel así lo hace, ¡imagínese alguien lo que será... lo que será... lo que será... ¿qué, quién?, lo que será el Todopoderoso aliado con Lucifer para que un lápiz no gotee y no salga el *Cuento de Medianoche!* ¡Imagínese lo alguien!

Pero quedemos dentro del papel de este cuaderno.

Entonces, dos palabras sobre él.

Entonces, dos palabras sobre los otros cuadernos.

Los otros:

Yo escribo en cuadernos ordinarios llamados "Composición—40 hojas", que valen 0.40 al cambio de 1 ½ penique, más o menos. El papel es áspero, poroso, no resiste la tinta, etc.

Este:

Revisando viejos escritos, lo encontré. Llevaba en

su primera página, como fecha, julio de 1911. ¡Veintidós años y seis meses! Sus tapas son de rico cuero, verde por lo demás. Su papel es grueso, satinado, puro y suave como, pongamos, la tersa piel de una virgen bruñida y resplandeciente. Hoy día valdrá sobre 30 pesos; acaso 42. Llevaba escritas sólo 8 páginas, todas, por cierto, de dicha fecha. Se trataba de un amor desventurado. Las arranqué. Ahora escribo en él.

Otra advertencia: los ensayos para empezar el *Cuento de Medianoche*, están escritos con grandes letras y saltándose, entre frase y frase, muchos renglones.

Pues bien, he aquí cómo goteaba el papel de abajo hacia arriba:

A cada palabra empezada, me decía algo así:

—¡Qué horror que se gaste de tal modo tan buen papel! ¿No sería mejor un block ordinario? O siquiera escribir apretadamente. O un cuadernito de 0.40. Etc.

Y yo respondía:

—Si la calidad del papel y las tapas verdes me hacen observaciones y las escucho y me distraigo, etc., ¿no es acaso una pretensión que raya en lo ridículo querer que solo, aislado, puro, corra y gotee mi lápiz un cuento de medianoche?

Algo así. Entonces para vencer:

“Je souffre, souffre, soufre, o sea Azufre”.

Sí. Es mejor seguir con otra cosa.

Por ejemplo con

Una noche de locuras.

Podría llamarse también

La tournée des Grands Ducs.

Pero ante todo me gustaría saber qué es de mi amigo visitante. Subo y me asomo por encima de mi

tejado. El hombre Martín Quilpué va caminando por entre un campo de trigo. Debe su marcha, aunque no apresurada, echar viento, pues a sus dos lados, cuando pasa, las espigas se voltean hasta el suelo para tras él, enderezarse y cerrarse.

Ahora a *La tournée des Grands Ducs*.

Ocurrió antenoche aquí en Santiago. Ir a alguna parte. La comida en que hemos estado (somos tres: mi mujer, un amigo y yo) no ha sido suficiente. No me refiero a los platos, no. Estos estaban bien y muy abundantes: mayonesa de salmón, huevos revueltos en tomate y sesos rebosados con arroz. Frutas, café, etc. Pero las circunstancias, el ambiente y sobre todo un ligero sueño que nos empezó a invadir, nos hicieron partir a las 12 en punto. Así como después se trató de "ir a alguna parte", en ese momento se trataba de "salir de allí".

Pero hete ahí que el sueño en cuestión — como ligero que era — no era suficiente para echarnos a la cama, sino tan sólo un imperativo para salir, de modo que, ya una vez en la calle, nos encontramos los tres con dos horas por delante completamente huecas, dos horas que sobran en la sobremesa y no alcanzan todavía a las sábanas. Había, pues, que llevarlas "yendo a alguna parte".

Esto, que era vago en nosotros, se precisó al encontrarnos de pie bajo un farol en la Alameda esquina de Ahumada. Ahí comprendimos que el sueñecillo aquél no era el legítimo que lo mete a uno en su cama y le hace apagar la luz, sino tan sólo una defensa para libertar nuestros pensamientos de ese ambiente lento que, terminada la comida, caía de la ampolleta única colgada al medio del techo del comedor. La misma falsedad, el mismo equívoco del sueñecillo, nos dió exagerado impulso para echarlo fuera, para desmentirlo, así es que tuvimos la necesidad de no sólo

negarlo y esperar en calma las dos horas sobradas, sino también de negar todo sueño, fuese cual fuese, y largarnos, por lo tanto, a una exageración de vigilia. Había, pues, que ir a alguna parte.

Ocurría algo más. De habernos ido a casa allí mismo, sin detenernos bajo el farol, habría existido la posibilidad de llegar a ella imbuidos en el ambiente de la ampolleta única, haber dormido con él y haber despertado al día siguiente bajo su imperio, lo cual — sin haber tenido medio de constatar lo contrario — podría habernos hecho creer, olvidada ya la ampolleta, que éramos, de nacimiento, tres seres mediocres vegetando en una ciudad adormecida. Mas como no era así, necesitábamos imperiosamente matar el pequeño microbio de desaliento que se esforzaba por germinar. Lo repito, había que ir a alguna parte.

Veamos: a lo largo de la Alameda, no hay nada. Al frente, calle San Diego, hay mil boliches mal olientes que cobran un carácter de magnífico bajo fondo cuando uno está de juerga, mas cuando uno no lo está — como era nuestro caso — se transforman en mal olientes y nada más. La Posada del Corregidor se halla algo lejos y además habíamos estado en ella antes de la comida, lo cual, al volver después, nos habría causado, inevitablemente, una sensación de círculo, de vuelta al punto de partida, de no poder desprenderse de una fatalidad que gira. Y como ante todo necesitábamos dejar caer de nosotros el polvo de la ampolleta única, toda vuelta a lo mismo, toda insistencia, nos era punto menos que fatal.

Sigamos. En el centro: el Zurich. A dos cuadras de nosotros brillaba su luz. ¡El Zurich! Jamás nosotros vamos a él. Es otro medio, es otra gente. Huele allí, por encima de los alcoholes, a café con leche, a bombones de anís, a deajo de orina de las virgencitas que son festejadas por sus amigas con motivo de la próxima pérdida de la virginidad.

Razón de más. Puesto que nunca vamos, por ser lo contrario a nosotros, ir ahora es romper lo que so-

mos, es negar la existencia de todo círculo, es afirmar nuestra potencia de libertad por el hecho mismo de ir adonde no debemos ir, es hacernos ver que es tal nuestra fuerza que aquello que nos niega, que es nuestro antípoda, nada puede en contra nuestra, ¡lejos de ello! nos proporciona la ocasión de observarlo, de estudiarlo, de mofarlo y de dejar entre sus bombones y sus vírgenes la modorra de la ampolleta y la posibilidad de un círculo que rija nuestras vidas.

¿Se me permite un paréntesis?

Pero antes, un paréntesis del paréntesis. Helo aquí: siempre que he escrito una frase como la anterior, "¿se me permite un paréntesis?", me he preguntado a quien demonios se refiere ese "se". El día que logre saberlo, creo que podré morir en paz. Por el momento, ¡ni una esperanza! Junto con preguntármelo se me agitan a tal punto miles de respuestas-consideraciones que debo confesarme que no lo sé.

Entonces vamos al paréntesis.

Hace un momento eran las 6.38 de la mañana. Ya el día había despuntado en medio de un silencio aromatizado con aire fresco y canto de pajaritos. Yo escribía y, entre frase y frase, pensaba que el día de hoy iba a ser como el de ayer y seguramente como el de mañana. Pues bien, ¡no señor! El de hoy ya ha sido diferente. Hace un momento, al marcar el reloj las 6.38 A. M., he tenido ocasión de presenciar el más inusitado espectáculo, tan inusitado que, vuelvo a afirmar, ya ha hecho del día de hoy (no olvidaré su fecha: domingo 7 de enero de 1934) uno diferente a todos los demás. A las 6.38 me he precipitado a la ventana y he visto en los aires un avión en perfecto estado de ebriedad. Ni más ni menos.

Todavía (son las 7.23) conservo la emoción y la extrañeza de semejante cosa.

Pero, en fin, sigamos.

¡El Zurich!

¡Brilla su luz!

Una canción entusiasta que hemos oído recientemente en *La Opera de 4 centavos*, dice:

*Les canons tonnent,
Nos pas résonnent...*

Así marchábamos antenoche nosotros tres.

El Zurich es grande, demasiado grande. Está pintado de verde nilo. En el techo han hecho una cúpula con pequeños vidrios anaranjados y azules. En las paredes, sobre el verde nilo, han pintado guirnaldas verde oscuro con flores amarillas y frutos rojos. Había alrededor de noventa mesas. De ellas estarían ocupadas más de cincuenta. La orquesta tocaba:

In the shadow let me come and sing to you.

Nadie bailaba ni nadie bailó. La pista permaneció vacía durante todo ese trozo y siguió de igual modo cuando la orquesta tocó:

Te vi pasar tanguendo altanera

o algo por el estilo.

La mayoría de los clientes tomaban bebidas no alcoholizadas. Entre ellos noté a las siguientes personas:

A. R., compañero mío en el Instituto Nacional durante los años de 1908, 1909 y 1910.

R. S., periodista que trabajó en *La Nación*, en 1916 y 1917 y con quien fui bastante amigo;

O. W., joyero a quien le compré un anillo para regalárselo a mi hermana en su matrimonio en 1920;

S. T., muchacha de quien estuve enamorado, sin que ella lo supiera, en 1913, ahora muy gorda y acompañada de un señor de bigotes;

S. L., secretario de mi padre por ahí por los años de 1905 y a quien yo admiraba por saber escribir a máquina;

M. H., siempre guapa y graciosa aunque no tanto como en 1918, cuando viajó con nosotros a bordo del *Aysen* hasta Panamá;

W. E., primo mío en segundo grado, que había visto por última vez en los funerales de mi tía L., en 1914;

F. P., que se encontraba comiendo en casa la noche del terremoto del 16 de agosto de 1906;

A. V., que, según me dijo el amigo que nos acompañaba, fué el autor de la cuantiosa estafa del Banco Transatlántico en 1912 y a quien yo sólo conocía de nombre;

P. B., profesor mío de zootecnia en la Universidad en 1913;

J. C., amiga íntima de mi hermana, allá por los años de 1907 y 1908, si mal no recuerdo;

T. T., cirujano que me operó de apendicitis en 1912;

H. G., otro compañero mío del Instituto Nacional y hoy, según nuestro amigo, abogado que trabaja con bastante éxito;

B. Z., increíblemente bien conservada, casi tan hermosa como cuando la veía pasear por la plaza de Armas en 1915;

M. M., de triste recuerdo, pues fué el dentista de nuestra familia hasta 1911;

R. T., a quien mi padre, en 1901, le compró el fundo de "Lo Cuervo".

D. U., que nos convidó a veranear a su casa de Papudo en 1904;

¿Seguiré? Seguir sería prolongarse demasiado ya que he mencionado sólo a 17 personas y que reconocí en la sala a 66. Es suficiente con las mencionadas 17.

Un verdadero estupor empezó a invadirme. Jamás, antes de haber entrado al Zurich, se me habría imaginado que aquella gente existiese y sobre todo viviese, ¡no! siguiese viviendo. ¿Era posible? No es que hubiese alguna vez pensado que los 66 hubiesen muerto, no, sino que yo había cambiado mi vida y me había aleja-

do totalmente de aquellas épocas y de las gentes que las habían formado. Sin pensarlo, de un modo natural, espontáneo, había creído que mi vida era la vida y que cuanto no hubiese estado en ella, se habría marchitado para siempre y en todo sitio. Nada de esto, claramente formulado. Yo era así y nada más. Entonces, al ver de pronto que todos vivían, que todos estaban y que todos repetían allí mismo, a un paso mío, las mismas manifestaciones vitales que yo, y que tenían que haberlas hecho sin interrupción durante tantos años, sentí — en medio de la mayor desesperanza — que los 66 eran una realidad tan perfecta como cualquier otra. Antes, nunca lo habría creído. Es decir, antes, la posibilidad de formularme esta cuestión, nunca habría podido presentármese. Y ahora, ¡paf! ¡De golpe allí! ¡Ah, los canallas! Porque vivían, vivían a pesar de toda mi vida pasada, de toda mi vida lejos de ellos. ¿Es decir, entonces, que en todas partes siguen viviendo a pesar de uno? Entonces, ¿para qué vive uno, para qué cambia, para qué salta? ¡Ah, los canallas! ¡En todas partes viviendo! ¿Es posible? Examinemos la cosa con serenidad.

Yo vivía en los 1900 y tantos. Ellos también. Yo vivía con ellos y por ellos. Luego: ellos vivían conmigo y por mí. De acuerdo. Con Perogrullo siempre se está de acuerdo. Nos separamos. Me voy. Cambio de ideas. Fijo otro punto. Al fijarlo, sé que es "otro" porque lo comparo y verifico con el anterior, es decir, con el de ellos. Y a ellos les digo: "¡Al diablo!" Luego: ellos han tenido que decirme ídem y sostener su lado. Mas como el mío es el cierto, ellos han sufrido el golpazo. Desde el momento que yo cambiaba y encontraba nuevas luces, han debido sentir que las suyas vacilaban. Desde el momento que decretaba que la mía era la verdadera, la de ellos ha debido hundirse. Y desde ese hundimiento, vivir nada más que lo que le otorgo al dicho hundimiento. Pero nada. Allí estaban los 66 como si tal cosa, absolutamente indiferentes e ignorantes de los cambios y revoluciones sucedidos en... en... en el

cosmos, naturalmente. Pero no. Ellos estaban allí como si aquello sólo hubiese sucedido en mí y, por lo tanto, no incumbiese más que a mi persona. A no ser — púseme a pensar — que al cambiar yo, no cambie junto conmigo el mundo entero. Pero aquí hay un punto inexplicable. Puesto que yo cambio hacia adelante, hacia más verdad... ¿Cómo explicarlo? Como sea, el caso es que mi extrañeza crecía y que en vano, para amortiguarla, me rascaba la cabeza. No me quedó, al fin, más que pensar una cosa: si ante dos manifestaciones de vida — imposible dudar de la vida de los 66; imposible dudar de la mía — una de ellas se extraña de que la otra haya seguido y siga, es porque esta una no era tan exclusiva. Al no serlo se reducía, se apolillaba y apolillaba y yo me convertía en un rinconcito igual al que es cualquier prójimo de cualquier sitio. ¿Entonces?

No había más: mi vida, ficción.

¡Vaya un comienzo para una *tournee des Grands Ducs!* Pues para seguir a la orquesta, ahora con un Maurice Chevalier cualquiera — que naturalmente nadie bailaba — había que, o bien declararse uno la punta de una ficción o bien rodearse de 66 cadáveres con cuerda. Y esto último empezó a parecerme altamente dudoso, de seguro altamente dudoso.

Por lo demás, observó nuestro amigo, que si algo nos ocurría — no sé qué le ocurriría a él, mas por el rostro que hacía, se le adivinaba un aburrimiento de cetáceo — si algo nos ocurría, era nuestra culpa y nada más. ¡Habernos metido al Zurich existiendo, a menos de dos cuadras, el Arno! ¡El Arno! ¡El Arno!

Nosotros no vamos al Arno. Es otro ambiente, otra gente. Además siente uno un cierto temor al bajar a él. Digo bajar porque el Arno es subterráneo. ¿Cómo no sentirlo? Por todas partes ruedan con ruidos de torrentes hundidos, comentarios de cosas... cosas... Veamos, ¿cómo llamarlas? No encuentro. Es difícil llamarlas, ¡qué decir definir las!, porque son un aglome-

rado de tantos elementos diferentes, contrarios, anacrónicos. O acaso no. Porque, pensándolo bien, a lo mejor, digo yo, son concordes, son unidad.

En fin y como sea, es el caso que al bajar al Arno al menos a mí, me corre un desagradable cosquilleo por las piernas. Porque la cosa es seria. Vamos por parte.

Ya he dicho, es subterráneo. ¿No importa? Sin embargo... Es más lujoso, al decir de cuantos no han ido a París y aún de muchos que han ido a estudiar el cabaré que todos los de París. Sus luces cambian. Pasando por azules armonizados en los blues, llegan a roncós y foscós amoratados cuando la orquesta tanguea y luego, cuando los fox-trots tantarantanán, esas luces crepitan y chispean llenándolo a uno de culebreantes lonjas amarillas. Los garzones visten trajes chamarreados. El maitre es una sola y única reverencia desde la puerta hasta la mesa escogida. Hay muchos grooms, botones, chasseurs, boys, bambinos, palafreneros, guardavallas y escampavías. Los precios son más altos. Los números de variedades retumban desde el centro de la pista y chasquean contra los cristales movedizos del bizarro techo. Por los muros se divisa una vieja ciudad europea con campaniles ebrios de champaña, iglesias envueltas en servilletas, bulevares cubiertos de serpentinas, aviones tripulando efebos de frac y doncellas casi desnudas. Ya lo digo, el Arno es cosa seria y al bajar por sus terciopelos no puede uno tenérselas todas consigo.

Y esto no sería nada. Lo verdaderamente grave está en los ruidos de torrentes hundidos. Se les oye de pronto en cualquier punto de la ciudad a cualquier hora del día o de la noche. Se les oye un momento, nada más, y se apagan. Pero cien pasos más allá vuelve a percibirse un eco misterioso de los mismos.

“El Arno...; ¡Ah, sí, el Arno!...; ¿Dónde?... Dicen que en el Arno...; La otra noche en el Arno...; ¡Ah! es que el Arno, amigo mío...; ¡Qué diablos! La civilización tiene también sus lados...; Yo creía que el Ar-

no...; Parece que la cosa empezó en el Arno...; Tú comprendes, es de esos señores que van al Arno y...; Nadie dice que no deba haber cabarés...; Después parece que se fueron al Arno así es qu tú calcularás...; Comíamos todos en el Arno...; Y es muy justo que a los extranjeros se les quiera mostrar...; El alcohol, ¡pase!, pero ya cuando, como en el Arno...; La vida de los cabarés, la vida de las grandes ciudades es así y no es culpa de...; Después de todo, y dejémonos de tonterías, ¿cómo me van a sostener que un foco de corrup...; Una fiesta de primer orden, de una elegancia, de un chic, como que era nada menos que en el Arno...; En fin, ya ahora podemos ir a París y Nueva York sin que...; Ud. sabe, yo soy hombre tranquilo y a mis años...; El vicio no se puede desenterrar de la humanidad, la cosa es legislarlo de modo que...; Todo tiene dos caras, no hay que asustarse, y el Arno, como todo...; Por cierto, quisieron meterse al Arno y, por cierto, no hubo caso...; Los buenos tiempos pasaron, ahora la juventud, ¡Dios mío!, no sé adónde irá a parar...; Y estábamos con los delegados argentinos y yanquis en el Arno...; Desde que se abrió el Arno, desde que se abrió. Antes...; Bueno, si vas al Arno, qué quieres que te diga..."

Vamos al Arno.

Todo era cual lo había previsto y tal cual a medias lo recordaba. Reverencias de maitre, chamarras garzoneadas, botones y grooms, luces, etc.

En el Arno también hay 90 mesas. Ocupadas había tres. En una, dos gringos con sus mujeres; en otra, una pareja; en la tercera, un caballero regordete con tres damas de la pequeña burguesía.

Los gringos bailaban todos los bailes y bebían champaña; la pareja bailaba a veces y bebía tragos cortos; el gordo no hacía nada, pero demostraba un contento interior al haber traído de fiesta a sus tres compañeras. De éstas, dos tomaban granadina y la tercera, té con leche. Los gringos y los enamorados

tenían costumbre del cabaré. Charlaban y reían como si estuviesen en sus casas. Las tres pequeñas burguesas habían ido a divertirse, frenéticamente si era posible. La diversión, casi diabólica para ellas, consistía en hallarse allí en medio de los ruidos hundidos, constatarlos, rozarlos, sentirse en sus tentáculos. Es lo que llama esa genté, "ir a cosas raras". Así es que para ellas, todo era "cosa rara". Cuando los gringos bailaban, eran presas de una risa incontenible. Cuando los enamorados se cuchicheaban, eran risas ahogadas por los pañuelos en medio de gestos de escándalo. Y, al sentarnos nosotros, abrieron seis ojos desorbitados y tres bocas prontas a lanzar el grito típico del más genuino asombro y de la más pura comicidad. Oyeron que pedíamos coñac. Instantáneamente metieron las narices sobre la mesa y rodaron mil palabras a media voz. No cabía duda alguna: éramos los tres, tres habitantes de los misterios del cabaré, del hampa bien vestida, de las tinieblas del vicio, de las terribles cosas raras entre las raras. Y volvieron a mirarnos.

Las tres burguesas, al menos a mí, empezaron a transformarme y, lentamente, a paralizarme. Era aquello una afirmación sostenida, implacable, que me decía:

—Es usted el más raro, el más exótico ejemplar de las viciosas y lascivas noches santiaguinas.

Deseaba responderles:

—No, señoras, no. Soy yo justamente el que, con mis amigos, he venido hasta aquí para ver y constatar un poco de cabaré. Es una lástima que ustedes, a quienes bien puedo apreciar día a día en Gath y Chaves y en el Ramis Clar, estén ocupando una mesa, defraudando así mis propósitos de observación, pues me esperaba hallar junto a ella tres flores nocturnas y malevas.

—Se equivoca usted, caballero — responden al unísono. (Ríen, se asombran y temen) —. Se equivoca usted. Somos nosotras quienes hemos venido a ob-

servar por lo mismo que vivimos en Gath y Chaves, el Ramis Clar, la recova, la Recoleta, el repostero de casa y *El Mercurio*. ¿Es usted de todos esos sitios?

—No, señoras, no lo soy.

—¿Entonces?

—Señoras, escuchen un momento. Es verdad que he visto muchos cabarés en mi vida, pero...

—¡Alto! ¡No tan de prisa! ¿Visto únicamente?

—No. No sólo visto. He remolido en muchos de ellos. Es verdad. Recuerdo, sí, esa noche cuando rodé con taburete y todo. Estaba yo o con la bella Lucrecia o con Jacqueline. No recuerdo bien. Por cierto, señoras mías, recuerdo eso y mil cosas más. ¡Cada borrachera que agarraba el cínico de Valdepinos! También lo recuerdo y lo sé. Pero, y díganme ahora, ¿y qué?

—¿Se cayó de un taburete, dijo? ¿Estaba con dos mujeres? ¡No, hija, no sabe con cual de las dos estaba! ¡Jesús! Y de haberlo visto así no más, no se habría pensado nunca. Es cierto, es cierto. Si parece de lo más serio.

¡Qué caras de asombro, de increíble, de verdaderamente increíble, ponían las tres! Hasta que el gordo creyó oportuno hablar.

—Así es la vida de noche en estos sitios — dijo—. No hay que fiarse de las apariencias. Los que meten bulla, no son temibles. En cambio los que están callados, calladitos... ¡Uh! Esos, ¡uuuuh!

Y vuelta a mirarme. No. Ahora miran a mi mujer. ¡Qué vida la de mi mujer! ¡Hay que ver!

—¡Fíjate, niña, con dos hombres! — Y miran a mi amigo—. ¿Gozarán mucho esas gentes, crees tú?

—¡Claro está, pues niña! ¡Viven para eso esas sinvergüenzas y esos pijes corrompidos!

Pero el gordo vela, el gordo cuida.

—No lo crean. Creen ellos que gozan. Pero el alcohol los embrutece. Por eso no meten bulla y están siempre cállate que te calla. Y los demás vicios, la

coca, el éter... ¡Uuuuuuuuhh! Se llenan de enfermedades y se mueren.

Quise protestar una última vez.

—No, señora; no, caballero. Me he emborrachado una que otra vez como cualquier hijo de vecino y nada más. Cuanto a éter, coca y demás, nunca, nunca los he probado y pienso no probarlos nunca. Mi vida es plácida, plana y se rige por el reloj el que a su vez obedece al cañonazo de las 12. ¿Qué misterios ni tinieblas ni murciélagos caben así?

El gordo piensa y ellas piensan:

—Nada raro que así sea. Nada raro que sean tres pobres infelices, provincianos seguramente, que han de encontrar esto maravilloso. Disculpe señora, disculpen caballeros. Lo hacíamos por bromear. Ahora vemos que son ustedes iguales a nosotros.

—¿Iguales? Señoras, caballero, no. No exajeremos nada. Yo, mal que mal, me manejo el cabaré como quiero. Yo, mal que mal, cualquier vida nocturna de cualquier metrópoli, me la echo al bolsillo. Yo entro, salgo y circulo en lupanares como una rata en su cueva. Tengo un pasado algo lleno, ¡ya lo creo! ¿O se imaginan que estoy vegetando y pudriéndome como ustedes míseros seres del repostero?

—Entonces, ¿teníamos razón hace un momento?

—¿Cómo?

Es la cosa que yo no sé cómo es la cosa. Porque a lo mejor soy un vampiro de la hez de las mancebias. O a lo mejor creo serlo y soy, de verdad, un gordo como aquél. Vendría bien un punto de comparación. ¿Cómo será la cosa en realidad?

Se marcharon los gringos. Se marchó la pareja. Todos ellos lo hicieron pausadamente. Cuanto al gordo y sus tres damas, pagaron y partieron de súbito con una velocidad de rayo. Inmediatamente todos los garzones, con chamarras y todo, se precipitaron sobre las sillas y, con un bullicio ensordecedor, empezaron a arrojarlas y amontonarlas sobre las mesas.

Llamé al nuestro y pagué. Se apagó el 80% de las luces. Los garzones ahora — lograba verlos por una puerta entreabierta — se despojaban de las chamaras y se calaban los vestones. El nuestro me dió el vuelto. Los otros corrían ahora escalera arriba hacia la puerta. Total: quedamos solos en el cabaré, casi a oscuras y luego salimos juntos con nuestro garzón que nos cedió gentilmente el paso.

La tournée des Grands Ducs

Le viene admirablemente también el título de

Una noche de locuras.

Y a todo esto, ¿qué es del *Cuento de Medianoche*? A él vamos, precisamente. Dice así:

El joven Teodoro Yumbel había llegado a formarse una existencia tan separada y tan sin relaciones con sus semejantes, que pronto todos los lazos de unión y de cariño entre ellos y él quedaron definitivamente cortados. No extraía más vida que la que podía proporcionarle su corazón. Replegado en sí mismo, ignoraba cuanto sucedía fuera de la prisión que se había labrado, no por su legítimo deseo, sino por una fuerza superior que le obligaba a evitar todo trato con los hombres y que, en verdad, debemos confesarlo, no era de su gusto ni ejercía su influencia por su voluntad.

Teodoro Yumbel, cual todos los santos hombres, era, a menudo, presa de las dudas. “¿No deberé — se preguntaba — romper con energía este círculo de soledad? ¿No estará la verdadera vida junto a mis semejantes?”

Teodoro Yumbel sufría.

Una tarde, sumido en sus cavilaciones, pasaba por la plaza de su pueblo. Con extrañeza vió que un hom-

bre de hirsuta barba predicaba a un grupo de discípulos. Se acercó sigilosamente y, sin alzar la vista, sin mirar a nadie, prestó un oído a aquel hombre de la barba hirsuta. Y oyó que éste exclamaba:

—Es verdad, hermanos míos, que no podemos salirnos de nosotros mismos y que estamos obligados a mirar el mundo a través de nosotros. El Yo siempre estará allí como una prisión. Sí. Mas como el Yo es infinito, es como si pudiésemos mirar el mundo desde cualquier sitio y bajo cualquier personalidad.

Teodoro Yumbel sintió un vuelco en su corazón. Esa era la verdad. ¡Oh, cobarde de haberlo algunas veces dudado!

Y se alejó.

Ahora quería hundirse en su Yo. Ahora sabía que allí estaba la vida, allí únicamente. Entonces caviló en cómo lograr su intento. La solución vino espontánea e irrefutable: "Sumirse en su Yo y poner su Yo solo, firme, adusto y sereno, frente a las magnificencias de nuestra madre la Naturaleza".

Teodoro Yumbel se encaminó hacia las rocas que dominan el mar.

Cruzó el pueblo y pocos minutos más tarde, al doblar un recodo del camino, se halló súbitamente empinado sobre el océano. A su izquierda, los cerros áridos y recalentados; a su derecha, el abismo en cuyo fondo azotábanse las olas contra las rocas.

Siguió Teodoro Yumbel a lentos pasos por el camino. Quería alcanzar el peñón de la Gaviota, sitio propicio, pensaba, para sumirse en cualquier honda meditación.

Caminaba. De cuando en cuando echaba sus ojos sobre ese mar verdoso, interminable, que no tenía horizonte que lo limitara, pues sus aguas se fundían con las nubes, no pudiendo precisarse dónde terminaban las unas y dónde empezaban las otras. Y cerca de la costa yacían, cual largas y delgadas serpientes muertas, ondulantes lenguas de espuma amarillenta. Po-

sadas sobre las aguas, al parecer inmóviles, seguían los recodos de la ribera, se perdían y, allá lejos, volvían a aparecer.

Teodoro Yumbel las contemplaba sin saber por qué causa le producían un efecto de intensa melancolía, y este efecto se acentuó en su espíritu cuando, a fuerza de observarlas, notó que, suavemente, a impulsos de la respiración calmosa del mar, se movían, se balanceaban con un ritmo cansado y lento.

Le habían gustado siempre esos hilos de espuma muerta que flotan sobre las olas. Ayudaban a dar al mar la impresión de grandeza que tantas veces le había atormentado.

De pronto una idea le asaltó. Su Yo acababa de abandonarle y marchaba tres pasos más adelante que él. No había dudas que así marchaba, así como él, por el camino polvoriento, al pie de los altos cerros, al borde del abismo. Entonces sus ojos empezaron a saltar de su Yo a las espumas, de las espumas a su Yo.

Y no sabía qué le oprimía más el alma en aquel instante: si el Yo con su marcha inexorable, acaso hacia el peñón de la Gaviota, acaso hacia el infierno mismo, o aquellos hilos casi incoloros que parecían trazados sobre las aguas por una mano distraída.

Pronto su congoja se alivió. El Yo se había detenido un instante y ahora, por un estrecho sendero, bajaba hacia el mar. Al final de este sendero caracolante, se alzaba el peñón de la Gaviota, negro y majestuoso, salpicado por las aguas. Los peligros del infierno se habían, pues, desvanecido.

Llegaron, treparon, se sentaron. Pasó un minuto. Luego el Yo saltó, hizo por los aires una pirueta y se coló nuevamente en el cuerpo de su legítimo poseedor. Teodoro Yumbel respiró entonces satisfecho y pocos instantes más tarde se sumía en profunda contemplación de nuestra madre la Naturaleza.

Nada de muy notable en un comienzo. Los hilos culebreaban allí, las olas chocaban y florecían un se-

gundo para agacharse después, el Sol descendía, algunos camanayes cazaban algunos peces. Cuando de pronto, un hecho atrajo la atención de Teodoro Yumbel.

A su derecha, a su extrema derecha, es decir al norte, al extremo norte, allá en el cielo, apareció una nube inmóvil. Era redonda, blanca y algodonesa. Allá estaba, fija, como un gran astro blando. Teodoro Yumbel la consideró lleno de encanto sin saber por qué. Tras largo rato pensó que ya sería conveniente mirar hacia otro lado, cuando algo le hizo mantener los ojos sobre ella. Los mantuvo, sí, y entonces, con indescriptible regocijo, notó que la nube se ponía en movimiento.

Marchaba por cierto, indiscutiblemente marchaba. Venía hacia él. Se acercaba. Crecía. ¡Magnífica nube a 300, a 400, acaso a 500 kilómetros por hora, avalanzándose sin un ruido, sin remover ni una brisa a su paso!

Y pasó frente a él, rumbo al sur. ¡Pasó, pasó! Ahora se aleja achicándose. Teodoro Yumbel le agita su gorra. Se aleja. Está ahora a su extrema izquierda, al extremo sur, pequeño punto de algodón suspendido sobre las aguas. Y se ha detenido. Indiscutiblemente se ha detenido. ¿Qué habrá pasado? Nada aún. Se ha detenido y nada más. Esperemos.

De pronto, ¡ffft! La nube, allá, ha estallado. Sus algodones se han volatilizado, desaparecido. Y de entre ellos ha surgido una llama, una lengüeta anaranjada que ahora queda en el sitio de la nube, sola en el cielo, oscilando levemente.

Y he ahí que la lengüeta ardiente, como la nube que le dió origen, se pone a su vez en movimiento. Corre hacia el norte. Rehace, en sentido inverso, el camino de su antecesora. ¿300, 400, 500 kilómetros por hora? 500 tal vez. Pasa frente a Teodoro Yumbel y se aleja. Allá va, muy lejos. Y como la otra, ésta

también se ha detenido. Allá está inmóvil en el extremo norte.

Teodoro Yumbel es todo ojos, cuando ¡chchch!
La llama ha explotado.

Surgen de ella, al deshacerse, cientos de chispas multicolores que se elevan en abanico. Ahora caen, caen y se apagan en el mar. Mas una, una sola ha quedado allí, fija, clavada.

Y héte ahí que ésta a su vez, esta chispita vibrante, se ha puesto en marcha. Viene, viene. Ya está aquí, al frente. Pasa. Teodoro Yumbel le grita: ¡Salud!

Pasa. Va hacia el extremo sur. Hacia él va. Debe haber llegado a su destino. No cabe duda sobre ello. La chispita se ha detenido. ¿Entonces? Ha llegado.

Un silencio. Cuando de pronto, ¡sssss-í!

La luz de la chispita se ha desprendido y se ha sumergido en las olas.

La chispita ha quedado sin luz. Es un carboncillo, un minúsculo carboncillo, el que hay ahora solo e inmóvil junto al crepúsculo.

Pero hélo ahí a su vez se ha puesto en marcha. A 500 kilómetros, va hacia el norte. Se acerca. Aquí está.

Mas, ¿qué ocurre?

El carboncillo, de golpe, se ha detenido aquí, frente a Teodoro Yumbel y encima del Sol.

Allí están los tres, cara a cara, el hombre, el Sol y el carbón. Cuando de pronto,

¡Pt!

El minúsculo carboncito se ha soltado y ha caído al mar.

Ha caído y al caer, el Sol, allá, se ha soltado también y ha caído tras el horizonte.

Junto con caer y desaparecer, una noche negra y espesa se ha desplomado sobre la comarca entera.

Teodoro Yumbel se cubre el rostro con ambas manos.

Un reloj vecino toca siete campanadas.

Tan, tan, tan,
tan, tan,
tan, tan.

Así es.

Las siete.

Faltan, por lo tanto, cinco horas para la medianoche.

Esperemos.

¿Qué se puede hacer en cinco horas?

Se puede, desde luego, subir al tejado. Subamos.

Allá va el hombre Martín Quilpué. Frente a él, a unos cien metros, cruza el camino una muchacha tostada por el Sol. Lleva sobre la cabeza una jarra con leche. Sale de entre unos árboles un mocetón. Quiere abrazarla. Ella, por esquivarse, deja caer la jarra. Se rompe la jarra. La leche lame de blanco la tierra barrosa. Huye la muchacha. Corre el mocetón. El hombre Martín Quilpué parece no haberse percatado de nada o al menos no haberse inquietado por la escena. El hombre Martín Quilpué llega al sitio de ella. ¡No olvidarse! El hombre Martín Quilpué lleva zapatos de cuero de potro. El hombre Martín Quilpué pisa la leche. La leche salta en gotas blancas. Cada gota blanca va acompañada de una gota de barro ligeramente aclarado por su permanencia con la leche en el suelo. Las suelas del hombre Martín Quilpué se marcan nítidamente en el líquido. Un hecho curioso: dentro de estas marcas la leche no queda inmóvil sino que bulle, se rétuérce. Lentamente se transforma en mantequilla. El barro resbala por entre ella en largas culebritas semejantes a los hilos de café espeso agitándose a impulsos de la cuchara en la crema azucarada. Ya es mantequilla. Es mantequilla extremadamente amarillosa. Nada se mueve. La mancha total de leche, barro claro y mantequilla semeja, en medio del camino, al momento en que uno, de al-

ba, en su lecho, pasa del último sueño al estado de vigilia.

¿Qué más se puede hacer?

Muchas cosas indublemente. Por ejemplo: Leer.

Veo aquí sobre mi mesa un volumen de Maupassant, *La petite Roque*. ¡Ah, ah! A propósito de Maupassant, no de la petite Roque, hablaremos, rápidamente se entiende, de don Rafito. Ya lo había mencionado en las primeras páginas pero lo había dejado en vista de la hora. Esta vez está Maupassant en el tapete así es que no hay escapatoria para el bueno de don Rafito.

Bien, rápidamente, pues, los datos esenciales:

Chileno (todo el mundo en Chile es chileno; es algo desesperante); 64 años; campesino (actualmente le administra a mi padre el fundo "Lo Cuervo"); zocarrón; buenísimo; grande; fornido; pequeña barba negra en forma de candado; la chupalla, en el campo, echada sobre los ojos que rien picarescamente casi de continuo; el tongo, en Santiago, no sé bien lo que tiene, demasiado hacia atrás o demasiado hacia adelante o algo chico o tal vez demasiado grande, en fin, no lo sé; tiene cierta instrucción y bastante si se piensa que ha vivido los cuatro quintos de su vida en los campos. Si no fuese así, no podría el nombre de Maupassant evocarme el suyo y, sin embargo, me lo evoca y ¡vaya de qué modo! Don Rafito lee a Maupassant en español. Dice que en francés se le escapa mucho, lo que no quita que en éste le guste hojearlo, diría mejor, cotejarlo y que entienda más de lo que yo habría podido creer.

Pues bien, ya se calculará — el eterno "se" — que va a tratarse del asunto de las paredes. ¡Maldito asunto! Trataré en lo sucesivo de no ocuparme más de él, pero a don Rafito lo tengo, en este sentido, metido dentro y mientras no lo cancele, sé que no podré seguir adelante.

Don Rafito tiene esa sossegada y estable experiencia de la vida que da, más que el ajeteo de las ciu-

dades y aún del mundo entero, el vivir calladamente mirando por bajo del ala del sombrero a los hombres, a los animales, a los pájaros, mirándolos a través de los árboles, en los montes o las llanuras. Don Rafito destila un suave escepticismo amable. Don Rafito guiña sus ojillos con malicia cuando se le habla de mujeres. Don Rafito no cree en las mujeres y parece que esta incredulidad le diese un agrado tranquilo y seguro. Cuando le toco tal tema, don Rafito me dice:

—Léete, hombre, *La Muerta* de Maupassant.
Nada más.

Creo que todos recordarán este cuento. Por si no es así, trataré de resumirlo:

Un buen señor tenía una amiga que amaba locamente. El cuento empieza con estas palabras:

Je l'avais aimée éperdument...

En la traducción de don Rafito dice:

La había amado con el alma entera...

En el fondo, lo mismo. Bien. Un día la dama sale a sus trajines. Cae la lluvia, se moja, coge un resfrío, enferma, muere. El tío en cuestión la entierra y hace grabar sobre su lápida esta inscripción:

Amó, fué amada y murió.

Va una noche al cementerio. Aquí, varias consideraciones sobre la ciudad de los muertos en comparación a la de los vivos. La primera resulta absurdamente pequeña respecto a la segunda. De pronto ve que los muertos empiezan a salir de sus tumbas y, con el hueso del índice, se ponen a borrar las inscripciones que les han puesto, todas ellas relatando y recordando altas cualidades, méritos y bondades sin fin. Hecho lo cual se entregan, con el mismo índice, a restablecer la verdad. Resulta que son todos una punta de badulaques.

Corre entonces el buen hombre a la tumba de su

amada. Se alza la lápida y ella aparece. Como sus compañeros, borra también su inscripción y pone en su lugar más o menos ésto:

*Salió una tarde para engañar a su amante,
cogió frío y murió.*

El héroe cae por tierra inanimado.

Es todo.

—Léanse *La Muerta* de Maupassant, — repite don Rafito guiñando el ojo y sonriendo un poco.

Se me puso entre ceja y ceja ver las paredes de don Rafito, mas la cosa no era fácil. Contrariamente al doctor Hualañé y a mi amigo E. Buin, a quienes jamás se les ha pasado por la mente que alguien pudiese ver en ellas algo de ellos, don Rafito — huaso macuco, al fin y al cabo —, como si algo dudoso presintiese, no abría su puerta a nadie. Pero un día, en un descuido, vi.

Colgaba allí un cuadrito en colores. Era un boudoir fines del siglo XIX. Un sofá con gasas o tules (no sé bien cómo se llaman) bordados. Sobre ellos, sentada, mirándose a un espejo que uno ve por detrás, una dama. Se acomoda el peinado de su abundante cabellera rojiza. Parece canturrear, lo cual se confirma al leerse abajo:

*Je suis la beauté
La gaieté
Le bonheur qui vient
Ne crains rien
Je veux me donner á toi
N'attends pas demain
Prends-moi!*

Está en paños menores. Por encima del corsé se le ven los senos. Echa la pierna arriba: medias negras de seda, ligas rojas muy anchas, zapatillas plateadas

con un pompón id. Por entre los muslos, se le adivina el sexo.

En el suelo, gran alfombra hecha con la piel de un tigre. Sobre el tigre, juega con una borla un gaito. Etc., etc. Marco de oro.

¡Don Rafito, don Rafito! Encuentro cierta crueldad en lo que hace don Rafito. Tener allí a esa dama encantadora. Porque lo es, ¡ya lo creo que lo es! Se siente fuera, más allá de las cortinas de la ventana — porque hay una ventana en el cuadro — el París nocturno, el París a gas, el París alegre de Toulouse-Lautrec y de Maupassant, eso es, de Maupassant. Y ella, por estar vestida así, justamente así, se hace, al menos para mí en 1934, más seductora, más excitante. ¡Y tenerla allí! ¡Allí en una pieza de adobe de "Lo Cuervo", alumbrada con parafina, perforada por mugidos de vacas, por ladridos de perros! ¡Qué ganas de convidarla a un bal Tabarín cualquiera, bailar con ella y sentir bajo la mano, no las carnes y costillas de hoy, sino un corsé, un verdadero y noble corsé!

Es crueldad, don Rafito, no darle la libertad.

Pero, en fin, dejemos esta historia de las paredes y sigamos viendo qué se puede leer.

Está allí también un libro de Alone: *Panorama de la literatura chilena durante el siglo XX*.

Sólo de verlo, ¡qué aburrimiento!

Sé, sé muy bien, lo que tanto se ha repetido: "Cuando un libro y una cabeza chocan, la culpa no es necesariamente del libro".

Puede ser, pues, que este panorama sea muy bueno y ojalá así sea. Pero todo lo del señor Alone me aburre. Es como una planicie interminable, sin árboles, sin arroyos, sin seres, sin ondulaciones, sin cielo. ¿Está mal tal cosa? Lo ignoro. Puede ser que en crítica literaria haya que hacerlo así: alinear un sin número de personajes, cada uno detrás del otro, todos pintados casi en igual forma, casi del mismo tama-

ño, casi con el mismo traje, casi en la misma actitud, desde el comienzo de los siglos hasta la consumación de todos ellos. ¿Exagero? También lo ignoro. Puede ser, pero, para mi defensa, veamos:

Aquí se habla sólo de treinta años y yo hablo de comienzo y consumación de siglos. Luego, atronadora exageración mía. Sin embargo... Cuando leí dicho libro, me dieron deseos de agregar después de don Pedro Nolasco Cruz — que es el último escritor que trata — otro escritor más, otro cualquiera, inventado si se quiere, y después de éste, otro más y después otro y otro y otro, cantidades de escritores del tamaño de la visión del crítico, parecidos todos y agregar más y más hasta, bien lo digo, la consumación de los siglos. Y luego, antes de don Diego Dublé Urrutia — que es el primero que trata — poner otro, y antes de éste, otro y otro y otro... En fin, la misma historia hasta el comienzo de los siglos. Porque la manera del señor Alone es, como he dicho, de planicie, de planicie ilimitada que se puede seguir prolongando hasta el infinito. A tal punto me suena así, que no creo errar al afirmar que el señor Alone ha hecho un libro abierto en las dos puntas, desparrañado para adelante y para atrás, chorreando antes de empezarlo, chorreando al terminarlo. De ahí la posibilidad de seguirlo infinitamente por ambos extremos, con la certeza que, de hacerlo, no ocurriría nada, absolutamente nada, ni fuera ni dentro del libro.

Hace algunos días mirábamos con un amigo una reproducción de un cuadro de Picasso y un paisaje original de Valenzuela Llanos. Le dije a mi amigo que ante los cuadros de este caballero — como ante casi todos los que hoy se hacen, impresionistas, Société Nationale, etc. — me daban deseos de alzarles un lado del marco para continuar el asunto diez centímetros más de cada lado, o veinte o un metro o cincuenta o kilómetros, pues, en casi ninguno veía una razón forzada para que el marco pasara por allí por donde pasa y no más acá o más allá. En cambio los

marcos de Picasso son inamovibles. ¿Qué poder agregar a sus cuadros en ningún sentido? Son redondos, cerrados, los críticos dicen orgánicos.

El libro del señor Alone es como el cuadro de Valenzuela Llanos. Liso e indeterminado. Sin un foco central que sujete y mantenga en su sitio los contornos; sin contornos sólidos que quiten al centro toda posibilidad de desparramarse.

¿O acaso estará hecho así expresamente? Bien puede ser que para el autor, la literatura chilena de este siglo sea fofa, incolora, plana y sin esperanzas y entonces, como buen artista, haya hecho un libro de reflejo y evocación, libro fofo, incoloro, plano y sin esperanzas. Bien puede ser.

Pero en este caso el señor Alone habría dejado de ser crítico para convertirse en artista, muy disimulado naturalmente, pero, en fin, artista. Si así es, mis felicitaciones. El intento se ha logrado.

Pero me cuesta mucho creerlo. No sé qué... qué... (la palabra "intuición" ya no se puede emplear) qué... qué... ¡tinca! (¡qué hermosa palabra! ¿Por qué no darle carta de ciudadanía?), no sé qué tinca me hace asegurar que el autor se ha colocado ante las letras chilenas del XX como crítico y como tal, nada más que como tal, ha escrito. Sí, señores, así me tinca que ha obrado el señor Alone.

En tal caso, hay un punto que no me explico. Parto siempre de la base que para el autor la literatura chilena sea incipiente y pava. (Ello no me tinca; creo, por el contrario, que ha de tener ante ella grandes entusiasmos y grandes rebeliones. Pero, en fin, permítaseme suponerlo así).

Si fuese así, ¿por qué no lo dice?

Ya veo lo que se me objeta: "Porque tal no es el caso del señor Alone que, en su fondo, aplaude y maldice, etc.". Bien. Entonces supongamos otro crítico, el señor Z, que así considere el siglo XX chileno y escriba un libro sobre él.

Tengo un 99% de certeza que el señor Z habría

escrito como el señor Alone, es decir, enumerando uno a uno a los autores, pincheándoles pequeñitas cualidades y pequeños defectos y su opinión franca, categórica, la de ser nuestra literatura punto menos que una inmundicia, o una maravilla realizándose, no la diría. Porque tal es el 99% de las veces la manera cómo escribe el 99% de los críticos.

Tal vez no tengan opinión franca y categórica. En tal caso el asunto sería sin solución, pues ¿para qué escribir volúmenes de librería y columnas de diarios sobre algo de lo cual nada se piensa? Sería un fenómeno rarísimo, para un psicoanalista, así es que más vale pensar que a todos los señores críticos literarios les importa la literatura una enormidad.

Al ser así, deben de pronto, ante ciertas obras, amar volcánicamente; luego, ante otras, indignarse, clamar, creer de buena, de perfecta buena fe, que, de propagarse tales obras, el universo va a estallar.

¿Mas dónde se halla un saludo al genio, al mesías?

¿Dónde la blasfemia, el gargajo?

¡Nada!

Los señores críticos sufren acaso de este mal:

“El miedo negro de equivocarse”.

Entonces se escribe un articulito con puertecitas de escape para todos lados.

Tomemos cualquier escritor del *Panorama*, visto en él, naturalmente. Pasan los años. Al cabo de ellos, se ve, con la claridad del Sol, que el escritor en cuestión era un asno redomado.

Se interpela al crítico:

—¿Y bien, señor? ¿Qué dice usted ahora de sus alabanzas?

Contestará:

—¿Yo, señores? ¿Qué alabanzas? Señores, veamos: había en ese escritor ciertas pequeñillas cualidades ínfimas que mencioné al pasar. Nada más. En cambio vean ustedes cuando apoyo sobre sus defectos.

Los fijo, los preciso. Anticipo con agujas de fuego la nulidad de burro a que ese escritor iba a llegar.

Y en rigor, es verdad.

Pasan los años. El tío hace, de pronto, cosas formidables. Visto lo cual, nos avalanzamos todos sobre sus incoloras primeras obras. ¡Estupor! Allí estaban, en germen, todas sus cualidades y ningún crítico las había advertido... ¡Horror!

Hay que tomar sus precauciones por si esto sucede.

Repítase lo anterior.

—Defectillos..., al pasar. Agujas de fuego en las cualidades. ¡Todo lo presentí!

Pre-sen-tir...

Por aquí, creo, va la cosa. Por si acaso, veamos.

“PRESENTIR. — Antever por cierto movimiento “interior del ánimo lo que ha de acontecer”.

¡Qué sueño!

Y si dijésemos “presaber”, ¡qué macanudez!

Se me figura que el ideal de todos los críticos es el de ser profetas. Y es justo, muy justo. Pues imagínese alguien a un contemporáneo de Cervantes, por ejemplo. Este contemporáneo escribe un libro. En él, junto con la más o menos admiración o aceptación del ambiente, escribe: “¡El genio! ¡He aquí al genio! ¡Ha llegado el genio! Todo cuanto hoy existe se eclipsará ante mi amigo Miguel, él será el futuro, no habrá en los siglos venideros ni un gañán que no conozca su nombre... Etc., dos mil veces”.

¡Aaah! ¡Qué tipazo habría sido aquél! ¿Verdad, señores críticos?

No se me alegue que tal cosa no es “aquí” posible. ¿Aquí? Señores alegadores: todo es cuestión de proporciones. 2 es a 3 lo mismo que 20 es a 30 o 200 a 300. No está ahí el asunto. No se trata de señalar a un genio, no, aunque a uno haya yo puesto en el ejemplo anterior. Se trata de antever, de presaber,

lo que ha de acontecer y, en nuestro caso, hacerlo en el campo de las letras. Si no es un genio, póngase talento o inspirador o apoyo de las generaciones próximas o lo que sea. Póngase a mi grande y querido tío Diego cuando yo niño, alumno del Instituto Nacional, paseábame los domingos por el Santa Lucía y me preguntaba qué se me enseñaba de nuestros escritores pasados; póngasele oyéndome afablemente mientras yo deshílvano una serie de nombres masacotudos y graves como el policeman; póngasele, por fin, al terminar mi enumeración, no diciéndome: "Bien, hijo, bien, esos son los que cada vez mejor comprenderás y más gustarás", sino diciéndome como jamás me dijo: "Hijo, todos esos varones de plomo te van a latear, mas cuando encuentres por ahí a un tal Pérez Rosales, entonces vas a admirar y a recordar mucha fe en tus escritores".

Póngase la cosa así. La cara de extrañeza mía al oír que tanta importancia se le daba a un desconocido — en el Instituto Nacional no se me nombró a dicho autor o si se le ha nombrado ha sido tan de paso que hasta hace pocos meses ignoraba yo su existencia — esa cara de extrañeza sería el ambiente literario del momento con su distinguido público; Pérez Rosales, el que crecerá; mi tío Diego, el crítico que apuntó, señalando a uno y lateando a los demás.

¡Y etc. otras mil veces!

¡Todo cabe en todas partes!

Señores críticos: a ustedes les gustaría ser profetas.

Mas...

El miedo negro de equivocarse...

Señores críticos: ¿No encuentran ustedes que tal querer es demasiada pretensión? Les aconsejaría a todos dejar de lado tamañas profecías. En primer lugar porque no diviso ni lejanamente la talla de un profeta, y en segundo lugar, por razones de simple

economía: tanto trabajo, tantos esfuerzos — recuérdese que cada vez que habla un profeta, por lo menos un volcán estalla en erupción, y Chile, país de volcanes... — tanta cosa enorme para que un siglo más tarde, el año 2034, digan los señores que estén habitando nuestras casas: "Ese tipo de allá de 1934 era estupendo".

Me pregunto además: ¿Por qué dar tanta importancia a los señores del año 2000 y siguientes? ¿Y si resultan una sarta de cretinos? Creo que es lo más probable, al menos a juzgar por cómo van las cosas, y si tal es, ¡con qué encanto van a leer a don Rafael Maluenda, a don Emilio Rodríguez Mendoza, a don Alejandro Flores y demás! Entonces, para el gran siglo XXI ya se verá quién habrá sido el profeta.

Se me alegrará que si caemos a tanto en ese siglo, subiremos en el XXII. Muy posible. Entonces será estupendo el crítico que hoy lo esté diciendo. Muy cierto. No hay nada que decir en contra. ¡Estupendo este crítico!

Pero, ¿y si durante el siglo XXIII los hombres agobiados de ciencias y certezas, de vida en tubos de hierro y bajo sonidos estridentes, cambiado el cerebro por los alimentos químicos, la sensibilidad por las bebidas eléctricas, no deseen, no pidan, no imploren más que un eco dulce, dulzón, azucarado, latigudo, pegajoso, mieloso, turrinoso, manjarblancoso de aquellos buenos tiempos, de aquel paraíso perdido de hace tres siglos, cuando se discutía aún sobre el arte, cuando se caminaba acechado por los habitantes del astral, cuando se comían guatitas a la chilena y se bebía pisco legítimo de pura uva? Si tal se pide en el siglo XXIII, me pregunto, ¿quiénes subirán y subirán hasta los cielos de la genialidad?

No hay que dudarlo:

Pedro Prado será el Dios y Omer Emeth su profeta.

Es mejor, señores, dejar de lado las profecías.

Pues para hacerlas en este sentido, hay que fijar

una posteridad y creer en ella. Ahora bien, ¿cuál es, o mejor dicho, "cuándo" es la posteridad? En los casos que he citado, ¿es para el momento actual el siglo XXI o el XXII o el XXIII? Hoy creemos ser posteridad para el siglo XIX y gravemente colocamos en el cielo, por ejemplo, de la poesía francesa a Baudelaire y Rimbaud. Muy bien. Pero, ¿y si suceden las cosas como he dicho, si se come químico y se bebe eléctrico y si ello trae como consecuencia amar a Pedro Prado? ¿Qué será entonces de Baudelaire y Rimbaud? Porque no se me va a discutir, espero, que se puede amar a los tres simultáneamente. ¿O sí? En tal caso, declaro que no entiendo más nada de nada.

¡Qué asunto tan complicado!

Sin duda, señores críticos, es mejor dejarnos de profecías.

Propongo otra manera de hacer crítica. Pero antes voy un instante al tejado.

Allá camina el hombre Martín Quilpué. Penetra a un bosque. Lo cruza medio a medio. Hay en cada árbol de ese bosque millones de pajaritos. Todos, sin excepción, miran al hombre Martín Quilpué. Todos, en un vuelo de jolgorio, se precipitan alrededor del hombre Martín Quilpué. Vuelan, danzan, cantan, brincan junto al sombrero calañés. Le acompañan así hasta el último árbol. Vuelven al bosque. Sigue solo el hombre Martín Quilpué.

Ahora mi idea sobre crítica. Usted me dirá, señor Alone, qué le parece. Sé que lo primero que me va usted a responder es que, para poner en práctica mi método, hay una dificultad insalvable: los Directores de Diarios. Estamos de acuerdo. Yo también, mal que mal, conozco un poco la mentalidad de esos tristes personajes. Pero... ¿alguna revistita por ahí, o algún Director no apolillado? Seamos optimistas y esperemos.

He aquí, señor Alone y señores críticos en general, el método que someto al cacumen de todos ustedes:

A partir de una fecha dada, todos los críticos, sin excepción, guardarán bajo llave sus plumas fuentes, sus plumas ordinarias, sus lápices, máquinas de escribir, en fin, todo cuanto pueda servirles para opinar por escrito o les tiene a hacerlo. Esto es lo primero.

Luego lo mismo que antes, exactamente lo mismo, como si nada hubiese cambiado, todos los críticos siguen leyendo cuanto se publique y siguen meditando sobre lo leído. Esto es lo segundo.

Y ahora viene lo tercero y lo importante:

Cada señor crítico escribirá única y exclusivamente, enténdaseme bien, única y exclusivamente, sobre aquellas obras que le hayan entusiasmado, locamente entusiasmado, o bien le hayan horripilado hasta las náuceas. Y silencio total sobre todo lo demás.

(No se me alegue el asunto de nuestra producción chilena. Ya lo he dicho: 2 es a 3 como 20 a 30, etc.).

Tiene mi sistema muchas ventajas. En primer lugar nos evitaría, a nosotros público, hallarnos por lo menos una vez por semana en cada diario con esos artículos largos, laboriosos, obligados, en que un señor que no piensa nada, escribe sobre un libro que no le importa nada. Es, al menos para mí, uno de los espectáculos más tristes ver a esos pobres hombres, forzados por un señor Director, tratando a lo largo de columnas de hallarle una pequeñita cualidad y luego — para que la crítica sea del agrado de la mediocridad del dicho señor Director — un pequeñito defecto a un librito sin las unas y sin los otros.

En segundo lugar haría descansar a los señores críticos que harta falta parece que les hace. Es imposible que no se fatigue un señor que tiene, tiene, tiene que decir algo sobre cada libro que aparece. ¡Qué cansancio!

En tercer lugar facilitaría enormemente el comienzo de toda crítica pues habría dos frases stan-

dard, nada más que dos, para empezar cualquiera de ellas: A) "El libro X de don Fulano es la maravilla de las maravillas"; B) "El libro Y de don Sutano es la porquería de las porquerías". Todas empezarían así.

Hecho esto, el crítico, en renglón aparte, deberá plantearse esta pregunta:

—¿Por qué?

¡Aquí está la cosa, la terrible cosa: "El libro X de don Fulano es la maravilla..."

—¿Por qué?

"El libro Y de don Sutano es la porquería..."

—¿Por qué?

¡Diga, señor crítico, sin miedo negro de equivocarse, sin ambages, sin escrúpulos, abiertamente, por qué ante don Fulano se ha llenado su corazón de usted de frenéticos entusiasmos y ante don Sutano su corazón de usted ha estado a punto de paralizarse de ira! Pero trate de decirlo con calma, pausadamente, desmontando como un relojero las razones de su entusiasmo o de su ira. Examinese usted mismo hasta llegar a ver — y hacernos ver — qué bichitos habitan en su organismo de usted que al contacto de la obra X se lanzan a la más loca de las farándulas, y al contacto de la obra Y muestran los dientes refunfuñando cual dogos enfurecidos. Explíquenos, señor crítico; no la obra X o Y, sino su propia mentalidad de usted, su propia sensibilidad, sus íntimas ambiciones frustradas, sus esperanzas aún en pie que repentinamente removidas por tales obras se han exaltado o se han achicharrado. Porque la personalidad íntima de cualquiera de ustedes, señores críticos, nos interesa enormemente. Siempre que nos la muestre desnuda, sin un pañal. Y para ello, ¿qué mejor que mostrarnos por qué tanto encanto, por qué tanto furor? Pues tengan ustedes la certeza que ya en este año de gracia de 1934 a nadie puede interesarle — creo yo — que, sesuda y pisoteadamente venga un señor a demostrarle a uno que tal obra es, según

el código tal, magníficamente buena o espantosamente mala, tanto más cuanto que el código en cuestión es por lo general una serie de lugares comunes literario-sentimentales que cada crítico, variándolos un poquito, alza cual formidable sistema. ¡No, no! ¡Algo de más valor! “Esto me entusiasma... esto me horripila... *porque...*”.

¡Ah! Y aquí vuelve a venir la cosa, la terrible cosa.

“Porque... Para mí el arte, la literatura, *debe* ser “ TAL y TAL y TAL cosa y por ningún motivo TAL “ ni TAL ni TAL otra, pues, al ser las que he dicho, “ cumple con su misión que es:

.....
(Ruégase a un crítico llenar esta línea).

y de lo contrario haría, produciría en la humanidad lo siguiente:

.....
(Ruégase a un crítico llenar esta línea).

lo cual no debe ser, pues de serlo,

.....
(Ruégase a un crítico llenar esta línea).

¿Verdad que al proceder así ya se va formando como una pauta, un núcleo de principios que atrae lógicamente, razonablemente a ciertas obras, y que con lógica y razón también pone el “visto mallo” sobre otras? Sí, señores, ya empezariamos a poner fin a este actual estado de cosas en cuanto a crítica se refiere: uno las lee (el pobre crítico elucubra, se revuelve, sacude sus lugares comunes con la esperanza de que se hayan convertido en un calidoscopio y forman una imagen nueva), uno las lee y llega a la con-

clusión que tal obra al señor crítico le ha gustado o no le ha gustado. ¿Por qué? ¡Misterio! Algo tan misterioso como si yo declaro que me gustan las lentejas y no me gustan las zanahorias. Algo harto misterioso, repito, pero ¿a quién puede importarle que yo o cualquier otro sienta en la boca un sabor agradable al contacto de las primeras y desagradable al contacto de las segundas? Otra cosa sería si: A) Yo explicara "por qué" (¡la causa!) ciertos paladares reaccionan favorablemente y otros desfavorablemente ante zanahorias y lentejas, o B) explicara por qué y cuándo — según las cualidades de ellas y el estado del organismo del sujeto — deben comerse o no comerse.

Ahora me viene a la memoria un articulito aparecido a raíz de una conferencia sobre poesía dictada en la Posada del Corregidor por Vicente Huidobro. No recuerdo el nombre de su autor pero sí recuerdo que no era crítico-profesional. Acaso por esto, aquello estaba escrito con pasión, con furia desencadenada. Menos mal. Era una posición.

Bueno. El señor aquel abominó de la poesía de Huidobro. Protestó. Aquello no era poesía. ¡No lo era y no lo era!

¿Apliquemos mi sistema? Veamos:

—¿Por qué?

Y a esta pregunta se agrega automáticamente algo así como esta disertación:

"Puesto que todo eso no es poesía, es poesía en cambio aquello que

.....
(Llene el autor del artículo esta línea).

Aplicando mi sistema, dicho autor nos habría tenido que decir qué es, en su opinión, poesía, nos habría edificado al respecto y no habría quedado como yo al lanzar enojos en contra de las zanahorias porque no me gustan. Por lo menos, si no explicar, habría

por lo menos citado unas cuantas líneas de verdadera poesía. Se me figura — sin base alguna, simple conjetura mía, simple tinca — que habríamos tenido una cita más o menos concebida así:

*Qué linda en la rama
La fruta se ve
Si lanzo una piedra
Tendrá que caer.*

¿Por qué no? Sigamos con mi sistema y a la pregunta que se me haga de por qué tal estrofa es admirable y me entusiasma, contestaré:

*Qué linda en la rama
La fruta se ve...*

¿No están allí encerrados todos nuestros gratos e infantiles campos? ¿No está allí, concentrada, la naturaleza entera, simbolizada por verdes ramas y dorados frutos? ¡Y cuánta sencillez!

Si lanzo una piedra...

¡El movimiento! ¡La agilidad! ¡Vida, salud, juventud!

Tendrá que caer.

Tendrá... ¡Qué puntería! Es la seguridad del hombre verdadero — ¡ni una vacilación! —, es el triunfo de la humanidad sobre la rebelde naturaleza.

...que caer. Gravitación... Newton... Einstein.

Resúmase todo lo anterior y ya tienen ustedes, señores críticos, las razones por las cuales aquella estrofa me arrebató:

La poesía debe cantar la naturaleza en sus más puras expresiones (ramas, frutas), para hacernos activos, ágiles y sanos (lanzo piedra), llenarnos de con-

fianza (tendrá) para penetrar los secretos de la naturaleza (Newton, Einstein), único modo de vencerlos.

¡Olé!

Sí, todo eso estará muy bien pero, mientras tanto, el reloj sigue avanzando hacia la medianoche. Ahora mi cuento está obligado a ser de primer orden pues si no... ¡ay de mí con los críticos!

Pero es el caso que hoy, creo, tampoco saldrá a flote por la muy simple razón de que el recuerdo de Titina, la ausente Titina, me ha vuelto a invadir. Dan las 12. Anoche, a esta misma hora, lloré por ella. De ahí la vuelta del recuerdo. ¡Cuánto sufrí! Véase lo que hace muchos años anoté en tres tiempos y siempre pensando en ella, que otra vez vendrá el cuento a mi pluma:

Tiempo I

Mi vasta casa de un piso es cuadrada. Al centro, un patio cuadrado. A su alrededor, muchas habitaciones cuadradas. Mi padre agrandó mi casa y, para agrandarla, ordenó tras el primero otro patio cuadrado que se rodeó de habitaciones cuadradas también. (Y cuando mi casa, hoy de mi padre, sea mía y yo quiera a mi vez agrandarla, haré otro patio cuadrado tras el segundo que se rodeará como éste de igual modo, para que después mi hijo haga más allá un cuarto patio cuadrado y así sigamos y sigamos todos, generación tras generación, hasta el final de nuestro linaje, a un piso de altura, plantando patios cuadrados con habitaciones cuadradas, siempre.

Mi vasta casa cuadrada de un piso no tiene significado alguno de día. El Sol de mi patria, cada día, se levanta para borrarlo, asolarlo, exterminarlo todo resplandeciendo. Pero la noche, al venir, vuelve

a tejer silenciosa el exterminio del Sol y mi casa, con su piso, sus dos patios, sus treinta habitaciones agrupadas iguales, recobra su significado al sentir una media tinta y un silencio diferentes en cada habitación y una Luna sobre cada patio.

De noche es así, por eso anoche al redescubrir a mis treinta años el significado de mi casa, anoche empecé a pasearme por cada cuadrado, grande o pequeño, a repetir mis paseos, mirando una Luna, después la otra, diferenciando los treinta silencios y las treinta medias tintas y aburriéndome, aburriéndome diez veces.

Diez toques chillones dió el reloj de mi casa anoche y se aburrieron todos los cuadrados.

Las diez. Una que otra habitación brilló, se apagó, volvió a brillar. Hubo alarma entre las moscas. Las diez. Mi padre constató la hora. Mi madre me miró, sonrió, bostezó. Las diez. El gato pasó a acostarse. Las diez sobre toda la ciudad. Todas las habitaciones se apagaron. Me volví de espaldas a las Lunas y a trancos largos salí.

Tiempo II

Las calles de mi ciudad son largas, largas. Mas como están todas colocadas paralelamente a distancias iguales y a distancia iguales también cortadas por otras tantas calles paralelas, las calles de mi ciudad son cuadradas.

Todas las casas de esas calles son iguales, idénticas, perfectamente idénticas. Las hay rosadas, verdes, amarillas, blancas, pardas, grises, azules y qué sé yo, pero son todas iguales. Las hay que tienen — como todos nosotros — la nariz al medio y un ojo de cada lado. Las hay con dos ojos a cada lado, con tres, con cuatro y más. Pero son siempre iguales. Para diferenciarse algunas se quieren hacer monstruosas: tienen la nariz a un lado y todos los ojos después.

Pero nada. Siguen iguales. Algunos propietarios plantan al medio del patio un alto pino, otros un naranjo, otros ponen una jaula que llenan de pajarillos varios, otros un busto de mármol, de bronce o piedra, otros — como mi padre — no plantan ni ponen nada. Mas, llegada la noche, ¡no hay caso!, todas las casas dicen: “¡Somos iguales!”. Un amigo mío, arquitecto de gusto, tapó el ojo de su casa con inmensa reja colonial. Otro más ducho discutió el caso y tapó el ojo de la suya con fina reja florentina. Mi padre, al conocer ambos casos, ordenó que jamás de la nuestra se quitaran los barrotes. Nuestro vecino, al saberlo, quitó los suyos hasta el último. Mas a pesar de todo y de todo, cada patio, por la noche, colgó allá arriba su Luna de igual modo.

Marché por las calles. No sé si alejándome o acercándome. Pero un momento: ¿alejándome o acercándome de qué? En fin, en mi caso particular, de mi casa, se entiende. Marché. A las 11 me detuve. ¡Esta es! — dije — apuntándola con el bastón. En efecto, esa era.

{ ¡Su casa! }

Tiempo III

En el patio primero de su casa su padre ha dibujado con grandes maceteros de bambú, un triángulo equilátero. El vértice de este triángulo apunta hacia la puerta. Su base disimula cinco ventanas iguales; por sus lados se pasean, por tierra, algunas ratas casi domésticas; por las ramas, mil bichos que zumban. Y antes, hace mucho tiempo, por todas partes se paseaba un queltehue, hasta que una noche, una noche — no se sabe por qué ésa y no la anterior o la siguiente — una noche las ratas devoraron al queltehue. Durante sesenta días su familia comentó este triste suceso y yo, varias veces, tomé parte en los comentarios junto a ella, Titina, mi bien amada. Llevé la noticia a mi casa, de allí la noticia fué a otras

casas. Todo el mundo la supo, todo el mundo comentó, aunque sólo seis días, el trágico fin del queltehue del padre de ella, de Titina, mi bien amada.

Anoche hacía justo un mes a que ella se había marchado con su padre a una playa distante. Mas yo siempre allí. Entré a su patio. Una rata movió los hombros y se alejó displicente; zumbó un bicho; se agitó un bambú. Empecé a pasearme con su ausencia. Media luz de luna; silencio sordo que no fué turbado más que por su hermano al ofrecermé, por una de las ventanas del fondo, un cigarrillo. Seguí paseándome con su ausencia, diciéndole muy bellas cosas, mientras el ojo inexistente de su padre seguía, desde todos los rincones oscuros, atisbando nuestro ir y venir. La dije que por ella amaba yo todo aquello, los patios, las Lunas, el pobre queltehue. Se lo dije mil veces de mil modos diferentes. Mas como a medida que mi voz crecía en pasión crecía en fulgor el ojo severo de su padre, creí conveniente, al sonar la medianoche en un reloj lejano, despedirme y partir.

Yo entonces turbé el silencio ofreciéndole a mi vez un cigarrillo a su hermano.

—Buenas noches — le dije.

—Buenas noches — respondió.

Y volví a casa sin Titina.

Sí, señores. Lo que acabo de escribir ~~no~~ es un cuento sino un estudio del natural, pues yo amo y he amado siempre a Titina y Titina está ausente. Además mi estudio termina junto con sonar la medianoche y en un cuento, en un verdadero cuento, la medianoche debe caer medio a medio. Por el momento creo es lo mejor acostarse. Iré a tener sueños espantosos, monstruosas pesadillas: queltehues y más queltehues que huyen despavoridos de ratas y más ratas y sobre cada queltehue, cabalgando, un críti-

co de literatura, canto y pintura. Mejor. En este siglo — XX si mal no recuerdo — hay que tener el mayor número posible de pesadillas. Sin ellas, carecemos de interés para los psicoanalistas y quien quiera hoy ser respetado, convidado y adulado, debe manejarse la psicoanálisis como nuestros abuelos manejaban sus mostachos o sus cajillas de rapé. Es cierto que todo lo manejado con tanta soltura toma — no sé por qué — un ligero olorcillo a caca, mas como en contra del movimiento cultural de nuestra época nada se puede hacer, aceptemos la psicoanálisis de aceras y calzadas.

¡Qué lindas son las niñas que al mediodía se pasean por Huérfanos y alrededores! Hace pocos días las veía pasar embelesado. De pronto dos se detienen frente a mí. Una iba hacia la Alameda, la otra venía de la Alameda. ¡Qué lindas eran! Para perfección de la lindura, era la una morena y la otra rubia. Se saludan, se abrazan y oigo este diálogo:

—¡Qué hubo, m'hija linda! ¿Qué es de tu vida?

—Aquí estamos, pues. ¿Y tú, m'hija preciosa?

—Yo, te diré, mira, que he estado mucho, pero mucho mejor de mi complejo de Electra, pero siempre algo molesta con mi complejo de inferioridad.

—¡Qué lástima, m'hija! ¿Por qué no te haces una psicoanálisis de tus fijaciones infantiles? Yo me la hice y te prometo que ya ni sufro siquiera de narcisismo. Todo el mundo lo aconseja, mira. A mí, te diré, mi papá no me dejó tranquila hasta que me la hice y ya ves que el resultado ha sido regio.

—¡Así es pues, mira! Y a propósito, ¿qué es de tu papacito? ¡Tan dije tu papacito!

—Ahí está, mira. Está bien pero siempre con su complejo de Edipo que no lo deja dormir.

—Mira, m'hija, te diré que lo mejor es que lo traiga su complejo a la conciencia. Mira, m'hija, mi mamá y mi hermana llegaron a enflaquecer más de diez kilos porque tenían en la subconciencia sus com-

plejos sádico-masoquistas, en cambio ahora, encantadas de la vida tomando el cóctel en Gath y Chaves.

—¡Qué regio, m'hija! Se lo voy a decir porque te diré, preciosa, que con sus angustias subconcientes, papá nos hace la vida harto fome, m'hija.

En ese momento pasa un capitán de caballería y el diálogo se deshace.

Lo mejor es acostarse.

Duermo, duermo. Cosa curiosísima: no he soñado nada. Sólo, antes de despertar, creo, entre sueños, que el mundo se viene abajo. Chocan soles y planetas. Pero no. Es una turba que pasa por la calle vociferando. Sus gritos me han arrancado del sueño:

“¡¡Viva Grove!!”.

Trepo al tejado para ver el paso de ese puñado de miles de amantes de la cosa pública. Allí van, feroces, adustos, dejando temblar en sus corazones la pasión de la cosa social. “¡¡Viva Grove!!” Allí va el puñado de miles. Allí. Y allá, allá lejos, va, siempre va el hombre Martín Quilpué.

El hombre Martín Quilpué va atravesando un colmenar. A su paso las abejas se precipitan a sus colmenas desde todas las flores, y se ocultan. No hay, mientras pasa, ni un zumbido en toda la comarca. Mas la miel se desparrama. Por cada puertecilla, por todas las rendijas, sale espesa en chorros y va cayendo y amontonándose tras los talones del hombre Martín Quilpué. Pero no alcanza a untarlos. Va a una pulgada tras ellos. Al ver miel por los suelos vienen de todas partes hombres, mujeres y niños. Corren a la miel. Se echan de bruces y, como perros, lamen. De toda esa humanidad en cuatro patas lo que más llama mi atención es el trasero enorme de una mujer obesa. Está cubierto por percal azulino con grandes floripondios morados. Salvo uno, sobre el ano, que es carmesí. Las dos suelas de los zapatos de la mujer son dos troncos de floripondios. El hombre Martín Quilpué no advierte nada o finge no advertir y

sigue su camino. La miel disminuye como un lago que se seca. Toda esa humanidad se infla y los floripondios titilan.

¡Salud!

Volvamos a mi escritorio. Llegan a mi mesa de todos los rincones de la ciudad rumores de próximas contiendas despiadadas. Siento cómo todo el mundo se apronta para ellas. Las gentes corren por las calles. Ya no queda ni una localidad. Entusiasmo bien comprensible. En este bello país de Chile donde son prohibidas las corridas de toros y las riñas de gallos, donde el box decae visiblemente y el fútbol vive aplastado por los dos formidables vecinos transandinos, las cámaras se han echado sobre sus hombros la dura pero patriótica tarea de reemplazar verónicas, estacas, K. O. y pelotas. Lástima que los dos locales sean tan farrutos. La inmensa mayoría del público queda fuera, como he quedado yo. En fin, contentarse con leer más tarde en los diarios los variados resultados de tan despiadadas contiendas.

Por ahora siento que algo indefinido ronda junto a mí. Hay en ello un poco de cámaras, hay en ello un poco de amor. Meditemos. ¡Ah, sí! Ya voy hilando cuanto hay. Hay por encima de todo un pato, un magnífico pato. Escuchad:

Poseí a Dionisia. Con esta posesión sé que Dionisia enderezó muchas líneas atravesadas de su existencia y, cuanto a mí, pude volver a caminar en la vida ya que la poseí en un momento en que empezaba a detenerme y la vida iba entonces a caminar encima.

Poseí a Felicia. La poseí con todos los requisitos del caso y, al poseerla así, mis parientes, mis amigos y hasta mis enemigos nos congratularon a ambos calurosamente.

Pero héte ahí que entre una y otra posesión, una tarde de verano, al descuidarse todos, sin más ni más y sin saber por qué, poseí a Clarisa. Y esta posesión

no tuvo, ni para ella ni para mí, ni antecedentes que la inevitablemente, ni resultados que la justificaran. Fué una torpeza, una sinrazón, un mal acto. Todos me decían: "Esas cosas no deben hacerse".

Diez años más tarde, una tarde de invierno, paseábame solo por los campos. De pronto sentí ruido tras una tapia. Trepé y miré. Iba Clarisa pasando entregada a los placeres de la caza con su escopeta en la mano. "¡Clarisa!", dije. Volvió el rostro y, al ver que su nombre venía de los labios que diez años antes la habían besado, fué tal su asombro que gritó: "¡Ay!", y un tiro se le escapó.

Pues bien, señores, el tiro dió medio a medio del pecho de Sultán, el perro, y cayó Sultán en el instante mismo en que sus mandíbulas iban a coger a un pobre pato que huía graznando.

Murió Sultán pero vivió el pato. Este pato fué el más ilustre de los patos. Elegido diputado pocos meses más tarde, ocupó con brillo su sillón y, al final de su período, sus electores, a la unanimidad, le designaron para que los representase en el alto cargo de senador. Proclamado luego como primer mandatario de la República, supo, a todo momento, dirigir con acierto y eficacia los destinos del país. Retirado después de su quinquenio a la vida privada, fué una noche preparado al escabeche y gustado por varios finos gastrónomos que regaron la cena con vino tinto de Borgoña.

¡Clarisa! ¡Clarisa mía!

Supiera mi buena Clarisa cuánto desgano tengo hoy, cuánto abatimiento. Es que a cualquiera se la doy. Hoy — mientras todo Santiago a mi alrededor vibraba ante las próximas contiendas y mientras yo quería ponerme al unísono de esa vibración — hoy, a la vuelta de una esquina, ¡zás!, una palmada en el hombro y ante mí una cara sonriente, unos ojillos de zorro, un bigotito Chaplin, una risilla entrecortada,

un tongo: Gilberto Moya. Ni más ni menos: ¡Gilberto Moya!

Es ya cosa definitivamente resuelta en mi existencia: tarde o temprano, pero siempre, como los cometas, como los accesos de paludismo, ha de aparecer en mis días Gilberto Moya y me ha de apretar una mano efusivamente con las suyas. Y es fatal, fatal: aunque sólo crucemos dos palabras, sólo dos, aunque desaparezca como la fiebre con la quinina, después de haberlo visto quedo seis, siete días, a veces hasta dos semanas, aplastado, sumergido, impotente, bajo el recuerdo de Gilberto Moya. Todo su cretinismo se revivifica y en tentáculos aprisiona y embarra cualquier idea mía que un poco quiera elevarse. Y de esta absurda cosa sufro ya diez y seis años, claro está, diez y seis, puesto que conocí a Gilberto Moya en Rancagua en 1918.

En 1919 vivo aquí en Santiago, en el barrio de Los Leones. Gilberto Moya — menos mal, pienso —, vive allá en la Avenida España. No pasó un solo mes sin que el horrible personaje me abordara.

En 1920 estoy sucesivamente en Washington, Baltimore y Nueva York. Nada que señalar en las dos primeras. Pero en la última, justo el día que me embarcaba para Europa, Gilberto Moya en el muelle y mi travesía, ¡amargada!

Todo esto no es nada. Año de gracia de 1921: París. Por razones que prefiero callar, durante los tres últimos meses de dicho año, tengo que compartir mi morada con Gilberto Moya. Al fin no puedo más y juro vengarme del hombre. Pero, ¿cómo? Lo único que encontré fué escribir sobre él. ¡Como si algo pudiese importarle! Pero no tenía otra medio. ¿Asesinarlo? Ojalá hubiese podido. El caso es que escribí y aproveché al escribir para cancelar mis cuentas con ese otro majadero y grotesco personaje, Sandalio Tal.

Voy a copiar lo escrito entonces para que se comprenda toda la borra removida en mí por la aparición

de esos dos hombres. Llego a reírme con sólo imaginar que he deseado escribir un cuento de Medianoche. Ahora sólo pienso en péndulos y más péndulos que me rebanan los sesos. Pues, a esto llegaron los maldecidos Gilberto Moya y Sandalio Tal: hasta hacerme creer y asegurar que todo no era más que un péndulo. Y es una vergüenza, una mancha inlavable, que otro u otros hombres, sea quienes sean, le hagan a uno pensar en un péndulo.

¿No? Júzguese. Aquí va:

Sí. Estamos guiados, gobernados por las oscilaciones de un péndulo. Un péndulo invisible. Dios, ¿quién es o qué es? ¿Existe siquiera? Indudablemente, para que haya un dedo que mueva al péndulo.

Hay un péndulo filosófico del que es cuestión hace largo tiempo. Ha sido colocado sobre la historia humana para dar un ritmo a las tendencias humanas. Reacción es la traducción histórica del péndulo filosófico. Porque hay un péndulo filosófico del que no quiero hablar porque desde hace ya largo tiempo es cuestión de él.

El péndulo a que me refiero tiene otra misión. Misión fría, inexorable, despreciativa e indiferente para nuestras dignidades de hombres. Por eso creo que tiene que ser un dedo divino el que lo mueve. Misión irónica, amargamente irónica. Al menos en el caso de Gilberto Moya, el caso que he observado aquí en casa a diario. El caso de Moya me hizo pensar en el péndulo. Y por Moya sentí cierta ironía amarga.

¡Pobre Gilberto Moya! Es tal vez — pensándolo detenidamente —, el hombre más cretino que me ha sido dado encontrar. A través de él, sin embargo, he podido entrever — única vez en mi vida — las profundas honduras de nuestros seres, de nuestro mundo, de las fuerzas que nos guían.

Mas, dejemos por un momento al bueno de Moya en paz. Moya tiene un gran valor por ser un títere representativo. Un títere, nada más, pero representa-

tivo. Representativo de uno de los dos grandes bandos en que se divide la humanidad, de las oscilaciones extremas del péndulo. Oscilaciones que en los hombres son tendencias inconscientes, si se quiere, pero poderosas, fatales, avasalladoras. Las dos tendencias: ¿Qué de nombres no se les ha dado? ¡Tantos, tantos! Y tanto de ellas se ha hablado, que los espíritus comedidos empezaron a dudar de su realidad. Existen sin embargo.

No hay más que asomarse por una ventanilla a los congresos. Allí están, No hay más que atisbar para ver cómo se quiere dirigir nuestra sociedad. O bien palpar a los llamados intelectuales, o bien, a los llamados artistas. Allí están.

No hay necesidad, no obstante, de pertenecer a los bancos de un congreso, ni afanarse por el porvenir de la sociedad, ni ser intelectual, ni amar las artes, para seguir hacia un lado u otro. Pues el péndulo suple al interés personal. Al caer, en su vasta oscilación hacia el punto perpendicular, golpea a las masas incoloras de hombres que no piensan. Y su golpazo arroja un puñado hacia la derecha. Y el péndulo se eleva y vuelve. Y un nuevo golpazo lanza otro puñado hacia la izquierda. Y cada hombre entonces toma su sitio, se fija, sin haberse dado cuenta cabal del hecho.

No hay necesidad de pertenecer a ninguna cosa, ni de ser alguien. Basta existir; como existo yo; como existe usted; como existe Gilberto Moya. Basta.

Basta con ser un hombre pequeñito que hace cada mañana su toilette reducida, que se apresura por las calles para llegar a su ocupación, que lee el periódico, que se nutre, gana su dinero, reposa en su lecho, ama a una mujer y existe.

Puede creerse incoloro, anodino, y así podemos juzgarle todos. Mas, en verdad, se encuentra ya, desde tiempo atrás, clasificado, etiquetado, colocado por el péndulo. Como me hallo colocado yo y usted y todo el mundo; como se halla colocado Gilberto Moya, por extraño y absurdo que ello pueda parecer,

Razones particulares me obligan a compartir mi morada con Moya y razones de nacionalidad me hacen charlar casi a diario con Sandalio Tal. Gilberto Moya es un hombre minúsculo, afable, reducido, que gusta de la vida y ahorra un tercio de su sueldo de oficina. Sandalio Tal es un hombre grande, risueño, diluido, que cree en el paraíso terrenal para dentro de poco y que gasta entera su pequeña renta, consumiendo cerveza con sus amigos, en un café de Denfert Rochereau.

Voy a menudo por las tardes a ese café y charlo con Sandalio Tal. A diario en el restorán, a la hora de almuerzo, charlo un poco con Gilberto Moya.

Y Gilberto Moya a diario me reprocha displicente mi camaradería con tipejos dudosos que beben cerveza en cafés desconocidos. Y Sandalio Tal me pregunta cada vez por la salud de mi amigo Moya y, cuando de ella le he informado, ríe, ríe con estrépito, me golpea el hombro con desdén y me llama "burguesito".

Entonces, para desvirtuar semejante idea, saco de mi bolsillo un número de *l'Humanité* y póngome a leer con penetración. Pronto tengo frente a mí un buen vaso de cerveza negra que el mozo me ha dejado en silencio obedeciendo a Sandalio que acaba de gritar:

—Un demi brune!

Al volver a casa, ya de noche, me deshago de *l'Humanité* pues, estoy seguro de hallar a Gilberto arrellanado en un sillón leyendo pausadamente un número de *Le Temps*.

Gilberto me desprecia, me desdeña. Espera, día a día, que abandone yo mis necesidades y comience a vivir en medio de asuntos serios. Según él, hágole poco honor a nuestra colonia al no frecuentar los sitios correctos. Además, no hago nada estimable según le han dicho nuestros grandes señores al pasar por aquí. Por último cree necesario, para mi provecho y educación, que no siga al margen de la verdadera vida. Ello sería perdonable en otro sitio, mas no en París. Y nuestra colonia —por lo que parece— lleva una vida

de incalculable interés, vida esplendorosa, cuyo esplendor Gilberto atisba desde los rincones, abismado, pero desde los rincones nada más, para defender el tercio de ahorro mensual. Pero como yo no vivo en cosas serias, ni rindo homenaje a nuestros generales de paso, Gilberto empieza a perder toda esperanza sobre mi regeneración y la pérdida así causada la va supliendo con desdén. Desdén que a las horas de almuerzo trago en silencio con mi cuarto de vino tinto. En silencio, en silencio. . . Pues, Gilberto no me habla; me habla apenas y casi siempre únicamente para hacerme ver la poquísima importancia que tienen nuestros almuerzos en ese pequeño restorán. Donde a diario almorzamos: yo por necesidad y por gusto; él, sólo por necesidad.

Así es que estamos en París, Gilberto, Sandalio y yo. Invierno gris, ceniciento. Poco frío. Es el año de 1921 de nuestra era de gracia.

El miércoles 30 de noviembre almorzamos en nuestro pequeño restorán Gilberto y yo. Un día como todos, igual a todos. . . a la hora de almuerzo. Pues, por muy variadas y agitadas que sean nuestras vidas, a las 12.20 en punto, fatalmente, rendimos culto a la monotonía, al hastío, a la desesperanza. Tal vez un designio del destino para recordarnos que todo ha de volver al punto de partida, que cuanto se haga es vano y está de más, que siempre habrá sobre los hombres un lento, lento desgranarse de fechas. Fechas que nombran a los días y que se repiten permanentemente, variando sólo, apenas, al final, por un pequeñito número que cambia de tarde en tarde. Esto, desde hace 1921 años.

Pido cualquier cosa. Varío poco: "Une omelette aux foies de volailles", "une choucroute garnie" o "un boeuf cornichon". Salvo el caso que hayan "cotelettes de porc" que las prefiero a todo.

Gilberto pide irremediablemente algo que no está en la lista. Y cuando el mozo se excusa, lee la lista diez veces, se informa sobre la cocina, impaciente al coci-

nero y concluye pidiendo un "boeuf cornichon" como yo.

Y comemos, atisbándonos con el rabo del ojo. El es para mí el símbolo de los hombres de vida mezquina, sin horizontes. Para probarle mi desprecio quiero mirarle cara a cara. Mas como él piensa de mí otro tanto, bajo la vista y entonces sigo, sigo... , seguimos con la "omelette" con la "choucroute" o con el "boeuf"... , todos los días de Dios en el *Rendez-vous des Chauffeurs*, boulevard Delessert, frente a palacetes nuevos, blancos, que nos vuelven la espalda, la espalda de viduas muelles, lujosas, tibias.

Hace frío.

Estamos a 30 de noviembre. Es decir, que mañana, a primera hora, sabremos si Henri Désiré Landru será condenado o indultado. Siento deseos de hablar de Landru, como lo siente todo París, toda Francia y tal vez mucha gente bien informada fuera de Francia.

Pero Gilberto devora su plato, con el entrecejo fruncido, y sé que Landru, para él, es sólo un personaje bizarro hecho para dar tema de actualidad a la colonia, a los pasajeros del metro y sobre todo a él; a él, cuando se halla con sus amigos y amigas; no conmigo. Pues Landru no es algo real que sucede, que está sucediendo ahora mismo. Si así fuese, Gilberto leería los alegatos Me. de Moro Giafferi y del abogado general. Mas, como todo no es sino un pretexto para reír entre dos asuntos serios, Gilberto no pierde con ello su tiempo y cuando se toca el tema ríe un rato, luego sonríe y luego cambia de asunto.

Almorzábamos, pues, en silencio. El nombre del criminal fué pronunciado por un vecino que departía con el camarero. Entonces Gilberto, volviendo de lejanísima ensoñación, me dijo:

—Es cierto... Mañana guillotinan a Landru.

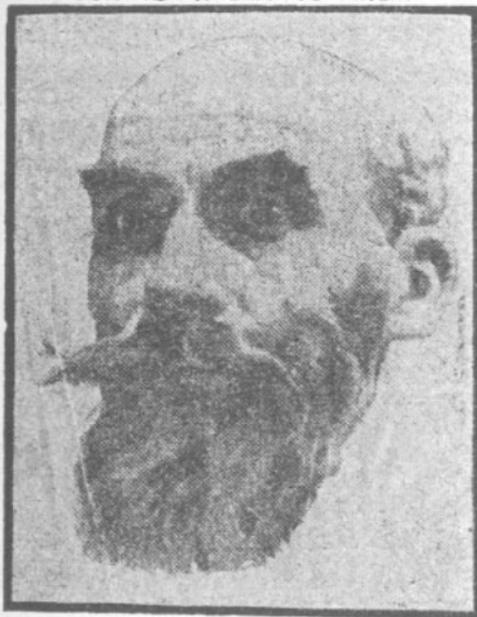
—O le conmutan su pena — repuse.

—¡Cómo que le conmutan su pena! — exclamó—.

Tienen que condenarlo, diga Sandalio lo que diga. Ya mañana termina todo. ¿O crees tú que esto va a se-

M. MILLERAND n'a pas signé la grâce de Landru

L'EXÉCUTION DU SIRE DE GAMBAIS
DOIT AVOIR LIEU CE MATIN



guir toda la vida? *Garcón!* ¡Débarrassez la table, s'il vous plait! Lo que ahora va a decir Monsieur Millerand es lo último y después viene la guillotina y punto final.

El hizo un gesto de viejo espectador de platea cuando, al final de la pieza, cae el telón... Cuando cae. Cosa natural, establecida, a pesar del estuor del niño que acompaña al espectador, el niño que encuentra un sin sentido inexplicable que toda una vida se termine así, con un telón que cae, y no prosiga acompañando por los años a los actores y al público mismo.

¿Y si un día el telón no cayera? El niño lo

hallaría lógico; pero el viejo espectador creería haber perdido la razón. Y por esto, sin duda, todos los espectadores han de pedir, acaso inconscientemente, que la pieza sea hermosa... por cierto; que los actores, inmejorables... por cierto; pero ante todo que, al final, baje el telón. De otro modo, nadie podría estar seguro de la santa ordenación de las cosas en esta vida, del deslizarse lógico de los acontecimientos. Sería la locura, el caos. No se avisa en los carteles, pero se subentiende: el telón cumplirá su misión, hará su rol,

el rol más serio, más adusto, aunque los espíritus ligeros no lo hayan advertido.

Y Gilberto es un espectador plácido cuya mente comedida jamás ha sido perturbada por la posibilidad de un telón que no cayera. Un telón de la vida; no del teatro, pues Gilberto no va al teatro, salvo un convite. Pues hay que defender el tercio mensual y además, porque el teatro no tiene mayor importancia. Es de la vida que hablo. Sí, de la vida, de esta vida que, como en todo espectáculo, tiene también su telón para cada escena que termina. La dificultad — pequeña dificultad—, sólo estriba en la elección: cuál telón para este acontecimiento, cuál para ése y cuál para aquel. Dificultad para nosotros, naturalmente, hombres sin importancia, grises, que no atinaríamos con la cuerda que debiera tirarse. No para la gente del oficio que, de su ovilla enmarañado, los distingue a primera vista. Porque por años y por años se han ejercitado en tal práctica engorrosa. Hay bibliotecas de lomos pardos y polvorosos; hay anfiteatros vastos; hay hombres severos que hablan y enseñan en los anfiteatros vastos, después de roer en las bibliotecas los lomos pardos y cubrirse la yema de los dedos con polvo gris.

De este modo sus aprendices bajan un telón sobre el acontecimiento del día para que cada cual vuelva a su casa, a su oficina o a sí mismo; y la vida siga tal cual la profesan las bibliotecas y los doctores sabios en los anfiteatros.

Pero todo esto es de la gente del oficio. Es un grupo reducido. El público está fuera. En su casa, en su oficina o en sí mismo. Mas, el público aplaude o silba. Sin conocer ningún oficio, aplaude o silba. Y ambas manifestaciones las hace con desenfreno. Si el telón caído no es el justo, prodúcese un chirreo. Y el chirreo hace ondular el aire; y el aire, ondulando, va a golpear a cada puerta, a cada ventana de la ciudad y luego, haciendo de las ondas su camino, va a golpear

las puertas y ventanas de todo el país, de todo el continente, de todo el globo. Y tras cada ventana, tras cada puerta, hay un hombre que espontáneamente silba cuando el telón ha chirreado. Silba a pesar de no saber nada. Silba por instinto, por simpatía, espontáneamente, maquinalmente. Y el aprendiz, y el profesor mismo, reconocen su error, no gracias a su ciencia vasta, vasta como la cúpula de los anfiteatros, sino gracias al eco que ella ha producido tras cada ventana, tras cada puerta de la ciudad, del país, del continente, del globo; gracias al eco en el tímpano de cada hombre pequeño, que hace cada mañana su toilette reducida, que se apresura por las calles para llegar a su ocupación, que lee el periódico, que se nutre, gana su dinero, reposa en su lecho, ama a una mujer y existe.

Y esto es fijo, avasallador. Fijo que si el telón chirrea al contacto del lomo pardo, fijo que silbarán todos los buenos hombres de todos los rincones de paz, aunque jamás en tales rincones nadie haya ni siquiera sospechado la existencia de una biblioteca que encierra muchos libros con la fórmula de la sabiduría humana. Fijo, avasallador, que el silbido de esos hombres sea coreado por aplausos de otros hombres que hallan que la fórmula de la sabiduría humana empieza a hacerse efectiva cuando crujen los armarios de las bibliotecas, cuando titubean los profesores de los anfiteatros. Así es y no de otro modo.

Así aplaudirá mañana Gilberto Moya si se juzga que la cabeza de Landru debe caer, así aplaudirá coreado por agudos silbidos de Sandalio Tal que, en cambio, aplaudirá, entre dos vasos de cerveza negra, todo jaque a los jueces, a los gendarmes, a los burgueses y profesores. Aunque ni uno ni otro sepan lo que es un juez, un gendarme, un burgués o un profesor. Por un eco espontáneo, Gilberto sólo sabe que a tales hombres hay que protegerles, pues, siempre tienen razón; Sandalio sólo sabe que tales hombres nunca tienen razón y es, por lo tanto, obra sana exterminarlos.

Hace ya varios años a que oigo silbar a uno cuando el otro aplaude; aplaudir aquel cuando éste silba. Durante la mitad de ese tiempo, creí a cada cual poseedor de una sabiduría profunda que les indicaba sus respectivas actitudes por enmarañadas, confusas, difíciles que fuesen las cuestiones que de pronto aparecían en cualquier punto del globo. Artes, ciencias, letras, sociología, religión... No había yo aún terminado de exponer el asunto, cuando ya Gilberto y Sandalio habían dado su veredicto. Y mi fe en sus sabidurías hondas se templaba. Se templaba aunque encontrase para mis adentros, sin confesármelo a mí mismo, que el mundo estaba lleno de abracadabrantés contradicciones: ¡Tanto saber con tanta cerveza! ¡Tanto saber en un ser que, al fin y a la postre, pedía de la lista el mismo guiso que yo!

Cierto día resolví echar de lado este germen de milagro que empezaba a fructificar en mi mente. Los hechos reales, palpables, eran otros. Gilberto no prestaba atención más que a sus reducidas ocupaciones de oficina y no ambicionaba más que estrechar manos ilustres entre las suyas. Sandalio no prestaba atención más que al juego del dominó o a los dados que rodaban sobre su mesa de café y no ambicionaba más que otro bock de cerveza negra. Sin embargo, cual oráculos misteriosos, respondían indiferentes, pero exactos, como después lo harían Poincaré o Cachin, si se trataba de política; la gente bien o el bohemio si se trataba de un rumbo que imprimirle a la vida. Y ambos, con precisión de brújula, se anticipaban al artículo de mañana de *Le Temps* o de *l'Humanité*. Se anticipaban sin énfasis, sin gestos. Se anticipaban, el uno lustrando sus botines o corrigiendo el nudo de su corbata; el otro, avanzando un peón en el tablero o chupando con la lengua la cerveza olvidada en los bigotes. Y yo giraba atónito, ora alrededor de la corbata de Gilberto, ora alrededor de los bigotes de Sandalio.

Sus ciencias respectivas no podían residir en ellos

mismos. Esto era indudable. Era una ciencia de grupo, recostada sobre la humanidad. Ciencia sin centro determinado. O tal vez determinado en un centro lejano, muy lejano, que operaba por atracción insensible sobre todos los hombres incoloros, pero que, sometidos a un posible prolongamiento, llegarían a ser semejantes a ese centro.

El péndulo, pensé. Que golpea y bate. A derecha, a izquierda. Durante días, meses, me paseé por calles y bulevares con esta idea como si el péndulo — no ya imaginario, sino real, de acero o bronce— me rozara silbando a cada instante. Luego, por una lenta transformación, el péndulo se fué convirtiendo en dos hombres: uno aquí, otro allí. Dos hombres que situaba mi mente en el espacio. Sentados, severos. Había un trono para uno; una silla para el otro, y dos poses académicas, dos, una para cada cual. Al representármelos de este modo, la imagen de algunos cuadros mediocres entrevistos en algún museo de provincia, imagen olvidada, creía encontrar seguramente buena ocasión para revivir en mi memoria. Seguramente. Y se mezclaba a empellones con la idea que me obsesionaba. La arrojaba entonces de mí haciendo un gesto con la mano como si fuese una mosca. Pero volvía. Volvía siempre. Siempre. Como una mosca.

Luego, otro problema vino a ocuparme: ¿De qué lado estaba yo? Gracias a Gilberto y a Sandalio, por primera vez púseme a sondar los mares en que me hallaba anclado. Mares sin fondo. Apenas ocurría un suceso cualquiera me sorprendía sin opinión fija respecto a él. Opinaba, sí, opinaba. ¿Quién no opina? Pero pronto otra persona hacía me ver otro aspecto de la cuestión y cambiaba yo de idea. Después volvía a la primera; para alejarme nuevamente; para volver. Y sólo tiempo más tarde encontraba, sepultada en escombros, la opinión que desde un principio, “debería haber tenido”. Francamente no estaba yo de ningún lado. Y quería, sin embargo, tener esa magnífica precisión de mis amigos. Mas, nunca lo logré.

En vano acumulaba ciencia y sabiduría. Ellas quedaban flotando en mi cabeza y cuando de pronto me sorprendían con una pregunta no sabía qué hacer de tanta ciencia y sabiduría. Caían ante la espontaneidad de los demás. Ante aquella tendencia innata, tendencia de resorte que guiaba a los demás. A los demás que, según cómo funcionara el resorte, los llevaba hacia la mantención de todo lo establecido, o bien hacia las modificaciones perpetuas.

Quería a toda costa cobijarme bajo una bandera. Si cada vez que quisiésemos saber la hora tuviésemos que desmontar uno a uno todos nuestros conocimientos, toda nuestra experiencia y de ellos y de ellas filtrar ciertas conclusiones que nos indicaran la hora... ¿qué podría hacerse, idearse, ambicionar? Nuestra existencia entera estaría absorbida por tal problema. Mas un pequeño reloj nos libra. ¡Un pequeño reloj! Sujeto a la muñeca. Las dos de la mañana... Es todo. Son las dos; lo sé y, al saberlo así, es una libertad que poseo. La libertad que poseen Sandalio y Gilberto, felices mortales cuyas órdenes de comando, para seguir siempre por justo sendero, cómodamente se las envían de fuera, cabales, precisas, como a mí este reloj, que, con el extremo afilado de sus punteros, me resuelve todas las dudas que podrían asaltarme respecto al tiempo que pasa. Mas, todo esfuerzo que haga sé que ha de ser inútil. Veo el péndulo y veo a los dos hombres. Y a la mosca, la mosca que zumba. Es todo.

Por eso el 30 de noviembre sentí un sobresalto en el *Rendez-vous des Chauffeurs* cuando Gilberto, despertando de entre su "boeuf cornichon", me dijo:

—Es cierto... Mañana guillotinan a Landru.

Y luego seguí con extrema emoción, atragantándome con mi plato, mientras mi amigo, desde nuestra mesa plácida, mascaba con estrépito y miraba con ojos de habituado la espalda blanca de los palacetes cobijadores de vidas tibias.

Pero, un momento. En este caso, ¿qué hay de de-

recha o izquierda? Es sencillamente un asesino de mujeres y se le va a condenar. Esto está fuera del péndulo. Gilberto tiene entonces razón y obra como un hombre cuerdo y nada más. Y Sandalio ha de pensar otro tanto. Así me dije y pude calmar la emoción y terminar sin atragantarme el almuerzo.

Sin embargo, por la tarde, en el café de Denfert Rochereau, Sandalio debía desmentirme. Le vi en un rincón de la sala, agazapado tras una mesa, mirando fijamente un tablero de ajedrez. Frente a él un señor cualquiera miraba también el tablero y fumaba. Después de haberme interesado un momento en el posible avance de una torre, pregunté:

—¿Firmará Millerand la gracia de Landru?

—¡Al rey! — exclamó Sandalio y la torre cambió de sitio. Luego levantó los hombros y agregó: Millerand... ¿Cree usted que va a dejar pasar una ocasión de cortar una cabeza humana? ¡Qué inocente es usted!

El señor de enfrente aprobó:

—Le matarán—dijo—; es el oficio de ellos: matar.

Y ambos se sumieron en el tablero. Un caballo saltó para proteger al rey amenazado.

Me rasqué la cabeza lleno de perplejidad. En la noche, en cama, recogí cuantos periódicos hallé a mi alcance. Púseme a estudiar el caso para, de una vez por todas, tener yo también una opinión respecto de un suceso determinado. Al cabo de tres horas me hallaba en el punto de partida, no respecto a mis conocimientos, sino respecto a mi juicio sobre ellos. Para alcanzar tal juicio comprendí la necesidad de todas las bibliotecas polvorientas, bibliotecas que tragar como lo hacen los aprendices de los profesores. Y un año, dos años o más de estudios y de severo meditar.

Al día siguiente:

—Condenado — dije en el restorán.

—Naturalmente... — Y dos ojos me interrogaron sorprendidos.

—Condenado — dije en el café.

—¡Granujas! —Y un gesto de resignación acompañó a la palabra.

Luego, ni Gilberto, ni Sandalio ni yo pensamos más en Landru. Y la vida siguió trotando por calles y bulevares.

Más, por mi parte, sin que ellos lo sospechasen, me quedé agarrado de los ojos sorprendidos y del gesto de resignación.

Ese es más o menos el personaje. Ese el hombre que me hiciera vomitar tantas páginas de literatura al no permitirme la sociedad estrangularlo como a un pollo. Este el Gilberto Moya que ahora me va a tener sometido al régimen del péndulo, Dios sabrá por cuántos días. ¡Péndulos y más péndulos!

A lo mejor hasta al hombre Martín Quilpué le han dado un golpazo.

¡Al tejado, al tejado!

¡No hay temor!

El hombre Martín Quilpué atraviesa en este momento miasmas y cañaverales. Están estos poblados de comadreas, liebres, chillas, venados, puercoespines, linceos, chacales, nutrias, gacelas, ratas, musarañas, pumas, tapiros, hormigueros, topos, ardillas y cien otras especies de animales. Pasa el hombre Martín Quilpué. Todos los animales, sin excepción alguna, huyen precipitados, desahorados, enloquecidos y se pierden en las cuatro distancias. Salvo una hiena, una sola, que, cual perro, acompaña al hombre Martín Quilpué hasta la última caña en la última miasma del cañaveral.

Feliz él. Yo, ni pensar en trabajar. El *Cuento de Medianoche* lo veo hundido en el fondo del armario. Y pensar que no sólo tal cuento pensaba escribir sino

también un drama medioeval, un gran drama con tres magníficas heroínas:

Sisebuta, Tusnelda y Fredegunda.

Sisebuta sería la perversa; Tusnelda, la bondadosa; mas, ¿qué rol darle a Fredegunda? Tema de meditación que, naturalmente, no será hoy cuando lo gre dilucidarlo. Ahora estamos bajo Gilberto Moya.

A propósito: Recuerdo que no hace muchos años hicimos juntos un viaje en tren. Llevábamos tres maletas: una de 5 kilos, otra de 8 y otra de 11. Al llegar a la estación, Moya me dijo:

—Repartámonos el peso en igual; yo tomaré la grande y la chica y tú toma la del término medio...

¡Qué tío más cretino!

Bueno, esperar que se pierda como un cometa. Mientras tanto aquí están acostados los papeles de *Miltín*. ¿Miltín? ¿Qué significa? ¿Por qué lo he escogido como título de este libro? Lo diré:

Quienes hayan viajado por la región del estero de Puangue habrán observado un cerro en forma de cono trunco que se corta contra el cielo — sobre todo al anochecer — en graciosísima forma. Si se pregunta a cualquier campesino de allí por el nombre de dicho cerro, responderá: “Miltín”. Así es. Ese cerro se llama Miltín.

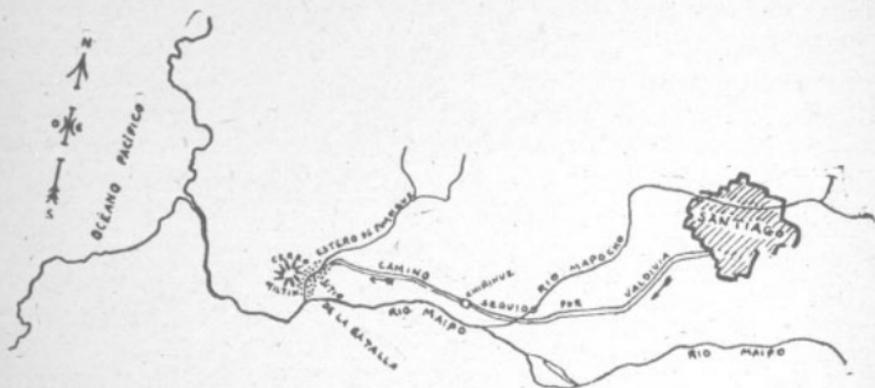
Este nombre le viene de un antiguo cacique araucano que allí, en su punta, vivió sus últimas horas y murió. Vamos a su historia:

Como se sabe, el 12 de febrero de 1541 don Pedro de Valdivia fundaba ésta la ciudad de Santiago. El 13 del mismo mes, partía en dirección del mar, más o menos por donde hoy corre el ferrocarril a Cartagena. Marchaba adelante un escuadrón de caballería del Regimiento General Baquedano N.º 7; seguía después un batallón de infantería del Pudeto N.º 12, y

tras éste venía Valdivia con su Estado Mayor, con los servicios sanitarios, con varios frailes del convento de los Dominicanos de Talca y con cuatro compañías de ametralladoras Vickers. Cerraban la marcha dos baterías de artillería del Regimiento Coronel Ibáñez N.º 1, quedado en la capital. Un avión trimotor pilotado por el mayor Angol — tatarachosno del actual capitán Angol, mi amigo — sobrevolaba la expedición alerta ante los posibles peligros.

El 14 acampaban en el sitio en que hoy se encuentra el pueblo de Chiñihue y el 15 por la mañana, junto con apercibir los primeros jinetes las aguas del Puangue, el mayor Angol, desde su avión, gritaba por radiotelefonía: “¡Peligro!”

En efecto, media hora más tarde la caballería española se veía obligada a replegarse ante un primer contingente de 3000 indios — otros historiadores hacen subir su número a 6000 — que en líneas cerradas atacaban lanzando bombas de gases asfixiantes.



Acto continuo Valdivia ordenó formación de combate y a las 12 en punto, junto con sonar el cañonazo de mediodía en el Huelén — hoy Santa Lucía — emzó la histórica batalla del Estero de Puangue.

Durante seis horas rugieron cañones, ametralla-

doras, fusiles, carabinas, morteros, bombas de mano y pistolas automáticas. Durante seis horas los grandes tanques, como hipopótamos, se sumergían en las aguas del Puangue para salir ya de un lado ya del otro — según a quienes favoreciera la suerte —, amenazadores más que hipopótamos mismos; y durante igual tiempo los tanques ligeros brincaban como gacelas y caían sobre compañías enteras ya de españoles ya de indios según de qué punto se hubiese iniciado el brinco. Durante seis horas los gases lacrimógenos, los gases bailarines, los gases hilarantes, los gases todos, cubrían al enemigo impulsados, del lado español, con grandes abanicos de manolas, por el lado indio, por el soplido de cientos de viejas machis. Y durante seis horas, desde arriba, desde su avión, el mayor Angol orinó profusamente sobre las filas araucanas.

Los araucanos fueron derrotados. A las 6 de la tarde, en todo el Chile de entonces, fué una sola música de gloria para los vencedores, de dolor para los vencidos. A las 6 de la tarde el carillón de la Basílica de la Merced tocó el Ave María de Gounod, mientras Valdivia y sus gentes, frenéticas de entusiasmo, cantaban:

*Juventud, juventud, torbellino,
Soplo eterno de eterna ilusión,*

Y los indios prisioneros, curvados de pesar, modulaban entre dientes los "Barqueros del Volga".

A las 6.45 cesaron todos los cantos y empezó a hacerse el balance de la victoria. Los españoles habían hecho 14.177 prisioneros. Todos, unos tras otros, fueron interrogados. Se obtuvo así una serie de datos estratégicos interesantísimos; mas, a la pregunta, miles de veces repetida:

—Y Miltín, vuestro cacique, ¿dónde está?
los indios respondían:

—Jí naraja dasa,
que en araucano quiere decir: "Lo ignoramos".

A las 9 de la noche, balance e interrogatorio estaban terminados sin que nada se hubiese avanzado sobre el paradero del gran jefe. A las 10, Valdivia apagó las luces.

Silencio. Vencedores y vencidos se entregaron en brazos de Morfeo.

Pero héte ahí que a las 10 y 23 turbó la paz del campamento un sollozo profundo, prolongado, desgarrador que, empezando en acordes de barítono, fué amplificándose en volumen y agudeza hasta cubrir las carpas todas con un plañidero lamento de soprano. Y luego, por toda la comarca, se desgranó como casca- beles, un angustioso llanto sin esperanzas.

Movidos como por un resorte todos los españoles se dejaron caer de sus marquesas y, pálidos de estupor, se miraron sin saber a qué atenerse. Mas pronto, recobrada la serenidad, todos, igualmente movidos por el resorte, se lanzaban hacia el sitio de donde tan amargas quejas parecían venir, mientras los infelices prisioneros daban con sus frentes contra el techo.

Todos se lanzaban empujándose, atropellándose, pisoteándose, hacia un cerro vecino que recortaba frente a la Luna su graciosa forma de cono trunco.

Trepaban como alacranes, trepaban como tarán- tulas. Al fin alcanzaron la cumbre trunca.

Allí, solo, envuelto en su chamanto, gachas las plumas de su cabeza, Miltín, el gran jefe, el gran cacique, lloraba atronando las nubes, de pie junto a la Luna.

El primer español que le vió, cogió su bocina y, volviéndose hacia sus compañeros, gritó:

—¡Es Miltín!

Como una tempestad subterránea, mil voces ulu- laron:

—¡A muerte! ¡A muerte!

Mas, en el momento en que dicho español des-

envainaba su espada para dar fin a los días del cacique, un segundo español, heridos los tímpanos con el llanto, se avanzó y preguntó:

—¿Por qué llora usted, hombre de Dios?

El cacique pareció no percatarse de la pregunta. El otro, entonces, coreado por los demás que llegaban, volvió a preguntar:

—Decimos que por qué llora usted...?

Miltín les miró y calló bruscamente. Cuantos le rodeaban hicieron "schcht", y este "schcht" rodó cerra abajo produciendo un silencio de tumba. Iba a saberse por qué lloraba aquel hombre...

Pero Miltín, defraudando las esperanzas, hizo un puchero y volvió a prorrumpir en el más desgarrador de los llantos.

Entonces se oyeron cientos de voces de cientos de gargantas diferentes:

—¡Hombre!, no llore usted...; ¡Vamos! Diga qué le ocurre...; ¡Calma, amigo, calma!...; ¡Tranquilícese usted!...; Amigo, Miltín, sea usted razonable...; Veamos, ¿por qué tanta congoja?...; ¡Hombre bendito! Va usted a despertar a los frailes Dominicanos...; Tome este pañuelo y enjúguese las lágrimas...; ¡Exajera usted sin duda, cacique!...; No es manera de lamentarse...; ¡Hable usted, hable!...;

y así cien frases más.

Pero, ¡nada! Miltín lloraba y lloraba y hasta la Luna en lo alto desprendía blancas lágrimas de leche.

Viendo vanos sus esfuerzos, los españoles empezaron a dejarle de lado y a hablar entre ellos:

—Si consultásemos a don Pedro...; O pedir consejo a los frailes...; Darle acaso una poción calmante...; Sin aviso del médico, no es posible...; Entonces llevarle a los servicios sanitarios...; O será mejor esperar a que se calme...; Un hombre no puede llorar eternamente...; ¡Eeeh! Recuerden ustedes que Anatole France, después de escribir *La Rotisserie de la reine Pédauque*, lloró nueve días y nueve noches de

contento...; ¡Lo has dicho! De contento; pero éste no es el caso...; Razón de más para que los nueve puedan ser diez y ocho...; ¿Qué hacer, qué hacer?...; ¿Qué hacer?...;

y así cien frases más.

Y Miltín no callaba. Su llanto ya iba llegando a los muros de la recién fundada ciudad de Santiago del Nuevo Extremo. En verdad, ¿qué hacer?

Al fin, pasando por alto a las autoridades militar y eclesiástica, se convino consultar al jefe de los servicios sanitarios, el médico-cirujano especialista en nerviosas, profesor Hualañé, bistatarachosno del actual doctor Hualañé que figura en las primeras páginas de este libro.

Por deferencia al vencido, fué el profesor el que subió al cerro y no el cacique el que bajó a la enfermería. Le examinó Hualañé largamente: presión arterial, temperatura axilar, análisis del jugo gástrico, reacción de Wassermann, caries de los dientes, rayos X, nada fué olvidado. Terminado lo cual, en medio del general silencio y alejándose un tanto del paciente para poder hacerse oír a pesar de su llanto, el profesor Hualañé dijo:

—Ese hombre está llorando.

Muchas voces preguntaron:

—¿Qué debe hacersele?

El profesor Hualañé meditó una hora y luego recetó lo siguiente:

—Lavados intestinales de dipropanoloifosfito de cal, por las mañanas; inyecciones hipodérmicas de tetrametalmetilo de magnesia a mediodía; intervención quirúrgica en el hipocondrio por la tarde; compresas calientes de benzabenzonolaidol de hierro sobre el esófago, permanentemente; dos cucharadas de oxihemoglobina oxiseptónica oxisulfurosa de oxalina, después de las comidas; y una cápsula antes de dormir de hidroseleniato hidroselénico hidrosórbico de hidrosteatita ferruginosa.

—¿Y como régimen, profesor?

—14 gramos de carne asada de huemul, 33 gramos de verduras frescas pasadas por agua, 2 yemas de huevos maduros, bananas cocidas al sol cuantas quiera y nada de cereales, ni mariscos, ni alcohol. Es recomendable un ejercicio moderado de las extremidades delanteras, mas un reposo total de las mismas traseras. Abstinencia sexual absoluta y evitar en lo posible toda emoción jocosa.

Dicho lo cual el profesor Hualañé se retiró a sus aposentos y las enfermeras empezaron el tratamiento.

Lloró el cacique toda aquella noche y todo el día siguiente sin que se notase mejoría alguna. Mas, por la mañana del día 17, su llanto empezó a disminuir de intensidad. Se vió, entonces, una franca expresión de alegría en todos los rostros.

Al mediodía se reunieron los grandes de la expedición y el Superior de los Dominicanos de Talca habló de este modo:

—Hermanos: gracias a la ciencia de nuestro gran profesor Hualañé, gracias a los esfuerzos de sus enfermeras y gracias también, no lo olvidemos, a la misericordia celestial, podemos dar como un hecho que esta tarde, antes que el Sol se oculte tras el ocaso, el cacique Miltín habrá cesado de llorar. Es pues, necesario que, apenas se pierda en el horizonte el último sollozo, se le interroge sobre las causas de su llanto y, una vez que lo haya confesado y haya sido su confesión debidamente estenografiada, se le aplique la pena máxima: la silla eléctrica.

Nutridos aplausos saludaron al orador.

A las siete de la tarde la silla eléctrica fué subida al cerro. A la 8 menos cuarto cesó el llanto del cacique. Tres capitanes se dispusieron a interrogarle.

A la primera pregunta, Miltín se estiró y bostezó e iba, sin duda, a ponerse a narrar las causas de su llanto, cuando sus ojos cayeron sobre la macabra silla. El buen cacique comprendió de golpe su destino y entonces, antes de ser muerto por sus enemigos, prefirió

rió morir por sí mismo. Hizo un violento esfuerzo de voluntad y paralizó su corazón. Los españoles no tuvieron más que darle sepultura y escogieron para ello la cumbre de ese mismo cerro donde tantas lágrimas había derramado el difunto.

Todo el mundo tuvo entonces que recurrir a las conjeturas. La opinión más generalizada fué que aquel jefe había llorado por la derrota inflingida a sus huestes. Pero algunos espíritus sutiles no se conformaron con explicación tan sencilla. Se dijeron que acaso Miltín tuviese el don de la clarividencia y había visto en el futuro horrendas calamidades para ellos los españoles y, poseedor de un corazón noble y caballeresco, había llorado la próxima desgracia de sus vencedores. Una ola supersticiosa pasó por todos esos valientes. Mas un capitán minucioso formuló otra hipótesis: el cacique no tenía justamente la visión del futuro sino la visión a larga distancia y su llanto provenía de haber mirado hacia Santiago: algo horrible sucedía en la capital...

Sin más, se procedió a instalar sobre el cerro un telescopio que se apuntó sobre la ciudad y allí, junto a él, don Pedro de Valdivia con su Estado Mayor, esperó las primeras luces del día 18.

Aclaró. Valdivia miró. ¡Oh, dicha! Nada ocurría en la capital. Valdivia vió las plácidas formas del Hueñén cubiertas de árboles y de paz, las torres de la Catedral, de Santo Domingo y de la Merced, la torre de los bomberos con su campana en silencio, todo ello bajo una nube de quietud. Y luego, con júbilo estridente, vió cómo lenta pero seguramente, se alzaban por sobre los tejados, estirándose, los altos edificios de Ariztía, de Díaz, del Ministerio de Hacienda, de la Caja de Seguro Obligatorio y tantos más.

Se procedió entonces a juzgar al aventurado capitán. Por haber imaginado tan garrafal error fué condenado a perder la pierna derecha cosa que se le hizo sin tardanza.

Las otras dos hipótesis siguieron su curso: Valdivia y sus oficiales opinaban a la unanimidad que la derrota araucana había sido la única causa de tanto lamento; el Superior Dominicano y sus frailes, que tanto lamento era augurio de calamidades y más calamidades para todos los mortales. Y los soldados, que en un comienzo se inclinaban hacia sus jefes, poco a poco fueron creyendo como los religiosos y a cada momento caían de hinojos pidiendo al cielo clemencia.

Desde aquel momento, se comprenderá, no hubo en Chile calamidad, accidente o desastre que todo buen católico no creyera ser lo antevisto por Miltín. En vano laicos y militares trataban de probar lo absurdo de tal creencia. La Iglesia entera pensaba como los frailes Dominicanos.

Esta creencia pasó de generación en generación y cada día fué encontrando más adeptos, de modo que hoy puede asegurarse, sin caer en demasiada exageración, que es ella una creencia nacional. Recuerdo perfectamente que mientras miraba el incendio de la Compañía, oí a un anciano decirle a otro:

—Esto es lo que el visionario Miltín vió: lloró el visionario ante la horrorosa muerte de tantos fieles.

Igualmente recuerdo a una mujer enloquecida durante el terremoto de 1906 que gritaba a los cuatro vientos:

—¡Esto lo vió Miltín! ¡Esto lo vió! ¡Lo vió!

Y también recuerdo a un serio señor de negra barba que, al informarse de las elecciones del 30 de octubre de 1932, dijo pesaroso:

—Con razón lloró Miltín.

Hoy domingo fuí en peregrinación al cerro del cacique que ahora lleva su nombre. Subí a su trunca cumbre. Sentí una honda emoción al pensar que bajo

mis pies yacían los huesos del ilustre jefe. Luego, echando mano a mis anteojos Zeiss, miré hacia esta bella ciudad. Vi entonces todo cuanto aparece en este libro y cuanto en él aparecerá y pueda aparecer. De ahí que creí justicia llamarlo con su nombre.

Todo eso vi. Pero vi algo más también.

Allá lejos, allá, iba caminando el hombre Martín Quilpué. Parecía aguardarlo a cerca distancia otro hombre. Este era flaco, alto, con ojos agudos, nariz aguda, bigotes agudos, barbilla aguda. Vestía un traje extremadamente ceñido. Su ademán era a la vez rígido y caracoleante. Tenía uñas largas y afiladas. Estoy cierto que quería lanzar una poderosa carcajada. De haberla lanzado, habría sido ronca, recia, irrompible.

No. Este hombre con algo de malicioso en todo su rostro, en vez de reír, se masturba. Ese hombre ha causado en medio del camino una enorme charca de semen.

El hombre Martín Quilpué camina.

Los dos zapatos del hombre Martín Quilpué pisan la charca y a cada pisada salta semen por los aires. Luego salta todo él de modo que la tierra queda seca. Arriba, en lo alto, se divide en miles de miles de pequeñas gotas que bruscamente se detienen y endurecen. Ahora caen. Botan contra el suelo. Ruedan con vertiginosa velocidad en todas direcciones. Parece que fueran a inundar la Tierra entera. Ruedan miles de miles de ópalos por la Tierra.

He comprendido.

Pocos días después de la creación, bajó a este mundo Satanás. No sé por qué motivo una tarde se masturbó. Quedó su semen entre piedras. Se endureció, se quebrajó. Este es el origen de todos los ópalos que hasta este momento existían. Esto es lo que todo el mundo sabe salvo tres o cuatro imbéciles que dicen "leyenda".

He comprendido que Satanás ha bajado a este mundo por segunda vez, por segunda vez se ha masturbado, por segunda vez ha creado ópalos. Sí, pero

esta vez, en lugar de tomar al tiempo como colaborador, ha tomado al hombre Martín Quilpué.

Desde hoy ¡señores!, desde hoy ¡señoras!, habrá pues, dos clases de ópalos: los antiguos, hechos de Satanás y el tiempo; los de ahora, hechos de Satanás y de pasos del hombre Martín Quilpué.

Y ahora, antes que todo, antes aún de abrir esta carta recién llegada que huele a *Liseron jaune* de Coty, cumpliré el deber sacrosanto que me he impuesto y que debiera ser el de todo buen chileno: matar tres moscas por día.

Veamos: Nuestra población — tíos más, tíos menos—, es — en todo caso debiera ser — de 5,000.000 de habitantes, sea, que morirían diariamente 15,000.000 de moscas, sea la suma de 5,475.000.000 al año, y en 10 años, 54,750.000.000, pero, como en tal lapso hay 2 años bisiestos, hay que agregar a lo anterior 30,000.000 más, lo que da un total de 54,780.000.000 en los dichos 10 años; por lo cual, se puede calcular que en 100 años, o sea al haber fallecido 547.800.000.000 de moscas, se notaría en todo el país una franca disminución de ellas, lo que sería altamente saludable para toda la población.

He comunicado esta resolución a un amigo teósofo-yogi-vegetariano-iluminado-astral, el distinguido Samuel Vichuquén. Me ha respondido:

—Nada nos permite arrancar la vida a ningún ser viviente. Las moscas tienen el mismo derecho que nosotros para vivir sobre la Tierra.

—¿Qué hace usted, amigo, cuando por las mañanas le ensucian el desayuno o por el día mientras trabaja, se le pasean por la pelada?

—Dulcemente las echo fuera por la ventana.

—¡Admirable, amigo Vichuquén! Mas, ¿ha pensado usted qué sucedería si todos los hombres, siguiendo su bondadoso ejemplo, hiciesen otro tanto? ¿Si ningún hombre permitiese en su cercanía a ninguna mosca?

—¿Qué sucedería?

Amigo Vichuquén: las moscas perecerían en las calles de hambre y de frío.

—¿Es posible?

—Perfectamente posible. Por lo tanto su santa, noble y pura acción puede usted realizarla porque hay muchos hombres menos crueles que usted; pero el día que la piedad inunde sus corazones, usted, al abrir su ventana, será el más abominable de los criminales. Ni más ni menos.

Samuel Vichuquén me volvió la espalda y se marchó sin proferir palabra.

Una, dos, tres... Yacen por tierra los tres cadáveres correspondientes al día de hoy. Ahora podemos abrir la carta perfumada. El *Liseron jaune* juega admirablemente con el pálido azul de las esquelas. Dice así:

“Distinguido señor:

(No sé qué tendré yo de distinguido, pero en fin...)

“Distinguido señor:

“Por un amigo común he sabido que subió usted no hace mucho al Miltin y que desde allí, con sus anteojos, vió muchas cosas de ésta nuestra ciudad natal. No poniendo en duda la bondad de su vista, me atrevería a pensar que, si mucho ha visto, no lo ha visto todo. ¿Miró usted, por ejemplo, hacia la entrada de algún cine? Si lo ha hecho, creo que esta carta estará de más, pero en caso contrario, me permito rogarle que la lea hasta el final.

Sabrá usted, señor, que a la entrada de cada uno de nuestros cines se posa la figura obscura de un gran sacerdote. Tal vez crea usted que estoy viendo visiones. No, señor. Es así. Este sacerdote mira con ojo penetrante a cada espectador que entra, y cuando entre ellos va alguno menor de 15 años, lo coge por los cabellos y lo pone en la calle.

“¿Por qué tal cosa?

“Que un señor médico dictamine sobre lo que le conviene al riñón de mi hijo o al hígado de mi hijo,

“ es lo normal: 1.º) Porque tal es su oficio, y 2.º) Porque yo no poseo los conocimientos necesarios para la dirección de estos órganos.

“Que un señor cura dictamine lo que le conviene al espíritu de mi hijo, al espíritu de mi hija, **NO ES LO NORMAL**, porque 1.º) No es su oficio; 2.º) Porque yo poseo los conocimientos necesarios para darles la dirección que me plazca y crea la mejor y 3.º) Porque las reacciones de sus espíritus me pertenecen, en consecuencia, tanto y más que las enfermedades de sus órganos al médico.

“Los curas tienen la desgracia de engendrar hipocresía en nombre del bien. Yo no puedo llegar al cine e imponer la entrada de mis hijos. Al gesto de protesta surge la omnipotencia de una gran sotana imponiéndose a toda razón. Debo recurrir a los medios que tal omnipotencia sugiere: Disfrazar sus edades, declarar delante de ellos que no tienen 13 y 14 años, sino 15 y 16, e indicar que usan, él corbata y ella medias. (Aprobada para adultos con medias y corbata). Mentir. Medios que ese señor obliga a improvisar a cuanto ser no le interesa y no confía en su criterio y dirección espiritual.

“Que el señor cura cierre los escotes, predique castidad, etc. y etc., en resumen, imponga la neurosis en nombre de su idea de Cristo, tanto peor para él y sus fieles. Pero que no haga víctima de su casto criterio a todo el público de Santiago, reemplazando con su autoridad a todas las madres de este país. ¿No lo piensa usted así, señor?

“Es, señor, lo que quería manifestarle, con la esperanza que piense usted como yo, diré mejor, como nosotras, pues somos muchas las que nos revelamos en contra de los curas, en los cines.

“Saluda a usted atentamente,

“(Fdo.). C. R. de V.”.

Muy bien, pero ¿qué quiere usted que yo le haga, mi buena y distinguida señora? Señora, yo voy muy poco al cine por la sencilla razón que el esprit Hollywood me revienta y como aquí estamos a régimen casi exclusivo de él, señora, voy muy poco al cine. He ido, sí, cada vez — es decir, dos veces — que se ha pasado un film de los hermanos Marx y he de confesarle a usted que la maravilla de ellos me ha sido, hasta cierto punto, guaneada con los comentarios del distinguido público. La palabra “fome”, las frases “pura chacota” o “pura payasá” u otras por el estilo, las oí en cada exhibición ochenta y siete veces. Si así reacciona el distinguido público, ¿qué puede usted pedirle a los señores censores sea en moral, sea en gustos en lo que sea? Pues ha de saber usted, señora, que por un curiosísimo fenómeno — ignoro si universal; en todo caso local—, una sociedad elige indefectiblemente como censores a seres que, en la materia por censurar, estén justo a 3,0721 grados más abajo que el término medio del público total. Ahora bien, ya sabe usted que para tal público son “fomes” los hermanos Marx y “fome” fué también *La ópera de 4 centavos*. Bien. Ponga usted el promedio público en 6 grados, lo que no es exagerar ni para arriba ni para abajo: el promedio de los censores será 2,9279.

El otro día vi *Internado de señoritas*. A la salida, un señor que no conozco, felizmente, decíale a otro:

—Un film intolerable y falso. Sobre todo falso. Se presenta como si fuese la cosa general. No dudo que en la Alemania neurótica de post-guerra pasen cosas así. Pero en pueblos sanos como el nuestro, no hay tales cosas. ¡Que se guarden los europeos sus cosas para ellos!

Señora: 2,9279.

Dos muchachas comentaban:

—Te diré que a mí me gustó. Lo único que encontré una lástima es que no saliera ningún hombre. Cuando anunciaron la visita de su Alteza Imperial yo

pensé que sería un joven buenmozo y colosal. Pero, ¡nada m'hija! ¡Una mujer más!

Y la otra:

—A mí, te diré, también me gustó, pero encontré que ella no era tan bonita como yo creía. Porque, ¡ni sombra de la Joan Crawford, ni menos de la Greta Garbo!

Señora: El esprit Hollywood que se filtra y que al término medio 6 lo trae fácilmente a 4 ½ y aún a 4.

Ahora creo que exagera usted en lo que se refiere a curas y sacerdotes. ¡Son todos iguales, señora, y el hábito no veo qué venga a hacer aquí! Si hubiese usted visto a un buen señor de pantalones, cuello y corbata y flor en el ojal, a tijeretazos despiadados con *La ópera de 4 centavos*, se habría convencido que, cualquier vestimenta que lleve un 2,9279, procede siempre en dicha potencia. Y es lo lógico; lo contrario sería lo incomprensible.

Alguien le preguntó por qué cortaba de tal modo a lo que respondió que no tuvieran cuidado, pues todo lo pasable lo había dejado y sólo cortaba lo "fome". El otro le alegaba que nada había allí de tal. El buen hombre levantó los hombros y dijo:

—Yo lo encuentro así.

¡La eterna historia en cine como en todo! Me gustan las lentejas, no me gustan las zanahorias... ¿Para qué mayores razones? Y de allí no los mueve ni una yunta de bueyes.

Señora, a propósito de censores y de cine, le voy a contar a usted algo escuchado por mis propios oídos:

Fué en la redacción de una revista santiaguina que usted me permitirá no nombrar. Varios habíamos pedido a uno de los redactores, amigo nuestro, pusiera en la sección cine un pequeño párrafo pidiendo a los empresarios nuevos films de los hermanos Marx. Llega el censor oficial, lee el dicho párrafo y lo borra. Nuestro amigo, sorprendido, pregunta la causa de tan extraño proceder, a lo que el digno censor responde frunciendo el entrecejo:

—Ya les he dicho cien veces, ¡nada de Lenin ni de Marx!

Señora, ¿seguiremos? Yo lo haría de buena gana, pero en este momento me ha telefoneado mi amigo Naltagua para invitarme para mañana a primera hora a recorrer nuestros campos. Debo hacer mis preparativos de viaje, así es que, señora, permítame dejar de lado a los señores censores esperando sea usted la más hermosa dama de esta ciudad.

Naltagua me asegura que nuestros campos son espléndidos. Al menos si durante nuestro paseo, pudiera realizar algo que siempre he soñado... No me refiero al *Cuento de Medianoche* ni al *Drama Medioeval*; esto es literatura. Me refiero a algo de acción. Es lo siguiente:

Una noche, una aldea, mucha nieve. Bajo la noche y la nieve, la aldea duerme. No hay ni uno solo de sus habitantes fuera. Lo único que indica su presencia es el humo de las chimeneas. Yo llego a esa aldea mas no por ningún camino. Llego por los aires mas no en ningún avión. Llego volando solo, mas no tengo ningún par de alas. Soy exactamente igual a como soy ahora. Así llego y cónmigo llega también...

¿quién? El cínico de Valdepinos. Sí, es el mejor compañero para ello. Volamos ambos por encima de la aldea y como no tenemos alas, volamos moviendo las piernas a grandes zancadas. De cuando en cuan-



do nos detenemos sobre un techo nevado. Entonces el cínico de Valdepinos me habla al oído, en secreto. Luego seguimos nuestro vuelo. Luego nos detenemos nuevamente. Y soy yo ahora que, al oído, le hablo en secreto al cínico de Valdepinos. Y al cuchichear de este modo, tomamos ambos exactamente las poses de Crispín y Scapín en el cuadro de Daumier. Por fin nos alejamos.

Es todo.

Pues bien, mañana partiremos.

Hoy hemos regresado.

Naturalmente, nada de Crispín ni Scapín. En cambio, varias otras cosas que fui anotando día a día. Aquí van:

Día 1.

Hoy hemos iniciado nuestro paseo por los campos de Chile. A las 10.30 A. M. dejamos nuestra casa y nos dirigimos al aeródromo de Los Cerrillos. Nos embarcamos en el avión, aparte de mi mujer y yo, mi amigo Florencio Naltagua, su mujer y el piloto capitán Angol, descendiente directo de aquel otro aviador Angol que tanto contribuyó al triunfo de Valdivia y sus huestes en la encarnizada batalla del Estero de Puanque. El avión emprendió el vuelo a las 11¼. Una hora más tarde aterrizamos en una vasta planicie, cuyo nombre no me lo dijeron, y que se hallaba bordeada de altas montañas cordilleranas. Allí almorzamos cocha-yuyo, empanadas de horno y dulce de membrillo, el todo con vino Conchalí. A las 2 P. M. tomamos los caballos y a las 4 ¾ llegamos a Curihue. Este pueblucho era el objetivo de nuestra primera etapa.

En Curihue, fuera de algunos indios con sus mujeres, hijos, perros, gallinas y demás, viven varias brujas que se les continúa llamando a la usanza arauca-

na, es decir "machis". Son indias también y de una edad que fluctúa entre los 120 y los 130 años.

La señora de Naltagua quería consultar a una de ellas, ya que todos los medios usados en Santiago y en uso en la capital para vengarse de las infamias de Petorca el ruin, le habían resultado infructuosas. Nosotros, sin excepción, compartíamos ampliamente sus deseos, pues, sea dicho de paso y sin deseos de ofender a nadie, Petorca es un vil personaje que bien merece un severo castigo, pero que la organización y las costumbres de una ciudad llamada civilizada ponen al abrigo de toda sanción en su contra por justa que ella sea.

La machi consultada se puso inmediatamente a disposición de la señora de Naltagua siempre que, le advirtió, tuviera ella o alguno de nosotros, una imagen de Petorca el ruin. En verdad, fuera de mentalmente, ninguno teníamos su imagen, mas mi mujer, que es eximia dibujante, dijo que en un momento podría trazarla. Aceptó la machi pidiéndole que tratase de hacerla, junto con conservar lo más posible el parecido, en forma caricaturesca y, si fuese posible, grotesca.

Púsose mi mujer a la obra y diez minutos más tarde, en medio de general carcajada, nos mostraba los exactos rasgos de nuestro enemigo, pero de tal modo exagerados y deformados que, lo repito, aún conservando el parecido, aquello bien podría haberse tomado por un ignominioso chimpancé.

—Quiere decir — observó Naltagua — que al parecido físico se ha agregado el parecido moral.

Volvimos todos a reír, mas la machi, severa, nos hizo callar, dándonos a entender que el acto que iba a ejecutarse era por demás serio y solemne.

Un signo más de la bruja y todos partimos tras ella.

A poco andar dejamos tras nosotros el caserío de Curihue y nos internamos por una tupida selva. A izquierda, a derecha, trepar, desmoronarse, etc., media

hora, acaso tres cuartos de hora, y nuestra machi nos dijo:

—Estamos.

Con gesto reverencioso nos invitó a tomar asiento y luego con gesto que, al menos a mí, me pareció exageradamente teatral, nos indicó lo que había ante nosotros.

Era un charco de grandes dimensiones. Sobre él flotaba un musgo sombrío.

Aunque quiero anotar aquí únicamente lo que en realidad aconteció, voy a tomarme la libertad de anotar algo que, a pesar de no haber acontecido, estuvo a punto de acontecer. Ello es lo siguiente:

Las aguas del charco eran violáceas. El musgo flotante, de un verde ligeramente aproximado al podrido. La tierra en que nos sentamos, de un pardo tostado. Los altos árboles filtraban una luz azulada. El cielo no se veía.

Pues bien, con todos estos elementos, al resbalar mi vista en el charco en cuestión, apercibí una finísima armonía de colores, tan fina, tan sutil, que, al gustarla, tuve la sensación de que alguien invisible me tiraba por los cabellos elevándome y, al elevarme así, me raspaba con cosquilla la espina dorsal.

Naturalmente, al sentir tal cosa, pensé acto continuo en mi mujer que es, ya lo he dicho, eximia dibujante y, he de decirlo ahora, hábil colorista por añadidura. Al pensar en ella fué mi impulso comunicarle mi observación para que conmigo la gustase mas, cuando ya iba a pronunciar la primera palabra, atemorizado callé.

Callé porque la machi, acurrucada en un rincón, callaba; callé porque Naltagua, curioso por excelencia, era todo atención a lo que iba a sobrevenir; callé porque su señora relampagueaba de ira evocando al villano de Petorca; y callé, sobre todo, porque pude observar que el capitán Angol, el aguerrido e intrépido capitán Angol, a pesar de su intrepidez, también callaba por no tenerlas todas consigo.

Callé. Y no hubo testigos para mi sutil observación ni eco de ella en el corazón de mi mujer.

En ese momento, en alguna parte, se puso el Sol. Era el momento. La machi avanzó hasta el borde del charco, se arremangó las faldas, púsose en cuclilla e, inclinándose ligeramente hacia adelante, apoyó sus manos por tierra de modo que vino a semejar un gigantesco sapo, y, para que tal semejanza fuese mayor, empezó de pronto a graznar como el bicho con ritmo monótono y golpeado.

Pasaron varios minutos al cabo de los cuales súbitamente emergió de las aguas estancadas un sapo que, atraído por el canto de la machi, avanzó hacia ella. Luego surgió un segundo sapo, luego un tercero, luego otro y otro más, al fin tantos que, cuando nuestra amiga detuvo sus graznidos y se incorporó, había a su alrededor y junto a nosotros no menos de quinientos sapos de diversos tamaños.

Los observó la machi con detención durante unos diez minutos y al fin se decidió por uno que cogió entre sus manos. Apenas hubo procedido de la suerte, todos los demás, como si saliesen de pronto de un sopor, estiraron sus extremidades, bostezaron, dieron media vuelta y se dirigieron con lentitud a las aguas haciendo con sus gargantas un silbido lúgubre.

La machi nos explicó entonces por qué ese sapo más que otro había sido el de su elección. Simplemente porque en la frente, entre ambos ojos, las manchas negras y blancas de su piel verde formaban el dibujo de un tercer ojo lo que le daba, a nuestro parecer, un aspecto diabólico y, al suyo, las cualidades necesarias para el buen resultado del acto que iba a ejecutar y que redundaría en un castigo para Petorca el vil.

Y vino el acto en cuestión. Pidió la machi la caricatura de Petorca el belitre y con ambos manos la hizo desaparecer bajo sus faldas. Al retirar sus manos, la derecha era poseedora de un bramante, la izquierda de un pequeño tarro de hojalata. La imagen de Petorca el canalla, quedó en las sombras. Entonces con

el bramante ató las extremidades traseras del sapo y con el otro extremo del mismo colgó al infeliz de una rama quedando, por lo tanto, boca abajo y suspendido a regular altura sobre la tierra. Puso en seguida varias hojas secas bajo él y les prendió fuego. Una llama aguda se levantó. Parecía servir de pedestal al infortunado animalito. Se agitó el pobre, se convulsionó, hasta lanzó por los aires un grito destemplado, mas siéndole todo inútil, con inmensa resignación guardó silencio y quietud. Así empezó a tostarse lentamente. Pero a pesar de esta santa resignación de su alma — ¡oh, no se me contradiga! Si en sus vidas habituales los sapos, dicen, no tienen alma, en aquel instante el nuestro tenía una — a pesar de ella, su cuerpo material empezó a luchar desesperadamente contra el horrible calor que lo envolvía. Empezó a sudar, a sudar frío y mientras más tiempo corría y más, por lo tanto aumentaba el calor que despedía el brasero bajo él, más sudaba, más sudaba, frenéticamente, para proteger su cuerpo indefenso. En un momento aquello no fué más que una gota grande, inmensa de sudor que colgaba de un bramante y tenía un pobre sapo dentro. Pero el sudor, como líquido que era, tenía que caer. Cayó. Entonces la machi, con gesto presuroso, interpuso en su caída el tarrito de hojalata el que instantáneamente se colmó de modo que el resto del sudor vino a dar sobre el fuego y de un golpe lo extinguió.

¡Salvado el pobre sapito! Lo acaricié con la más bondadosa de mis miradas.

Ahora la machi, después de dejar el tarrillo por tierra, se introdujo una mano bajo las faldas y volvió a sacar de su tumba momentánea la imagen miserable del más miserable aún Petorca el ruin. La extendió sobre una piedra pasando sobre ella sus dedos huesudos. Volvió a coger el tarrito, pronunció tres o cuatro palabras en su lengua y luego, en perfecto español, nos preguntó:

—¿Odiáis todos vosotros a Petorca?

—¡Sí! — aulló agudísima la voz de la señora de Naltagua.

—Sí — corearon mesuradas las nuestras.

—Así sea — dijo la machi.

—Amén — hizo eco la señora.

Silencio nosotros.

Entonces vació algunas gotas de sudor de sapo sobre el papel.

¡Fué aquello extraordinario! Al contacto del líquido, el papel, como si se hubiese súbitamente convertido en un ser viviente y sensible, se retorció. Luego se apretó hasta no ser más que una bolita temblante. De pronto se desató y se extendió rígido. Una nueva contorsión, un salto y quedó inanimado y arrugado.

La machi por segunda vez repitió la escena. Todo se repitió. Por tercera vez. Igual cosa. Siete veces consecutivas vimos aquel angustioso y misterioso espectáculo. Y el tarrito quedó vacío.

Regresamos al pueblo. Cenamos charquicán y tomamos chicha. Silencio con cantos de sapos. Nos acostamos en camas de hojas de araucarias. Y lentamente caímos en el sueño iluminados con tibieza por un hilo de luz que el Alfa del Centauro nos había enviado cuatro años antes y que ahora nosotros recibíamos.

Día 2

Abandonamos Curihue rumbo a Illaquipel, ciudad famosa por su exquisita miel. Tres horas de auto por la mañana. A las 12 meridiano, llegada a Longochimba. Almuerzo en un chinchel de mucho carácter, adornado con banderitas chilenas de papel picado, con una atmósfera espesa de moscas y con varias mesas sin patas. En un rincón tres mapuches tocaban con compás monótono sus roncós ornitorincós mientras otros dos seguían el compás tamboreando en sus galatarcas.

A las 4.20 seguimos viaje por caminos magnifi-

cos. Grandes cerros, quebradas y precipicios. Por los aires, bandadas de cornamusas graznando; sobre las aguas inmóviles de los pantanos, algunas solitarias balalaikas de pico carmesí; y de cuando en cuando en la copa de los eucaliptos, enormes ukeleles agitaban sus alas silenciosas. Con el ruido del motor, los pequeños timbales se asustaban y cruzaban el camino veloces como ratones espantando a las pintadas ocarinas que emprendían el vuelo agitando sus alas cual fugaces madreperlas. Y cuando en bruscos zigzags bajábamos en medio de la polvareda al fondo de las quebradas, oíamos el fiero rugir de algún irritado saxofón y el galopar melancólico de manadas de bandoneones.

Llegamos a las 8 a Illaquipel. Comimos en el "Hotel Presidente de la República" — el único de la localidad — el siguiente menú:

Sopa de lagartijas
 Ratas mechadas con verduras
 Hígado de perro
 Pechugas de cucarachas trufadas
 Gelatina de arañas peludas
 Moscas reventadas
 Avecacinas en salsa de vómitos
 Flan de escupos
 Helados — Jalea — Café — Coñac

Día 3

¡Illaquipel! ¡Tantos años en Europa pensando en el día en que pudiera conocer este rincón de mi tierra!

Apenas desperté me dije "Illaquipel" y me lancé cama abajo. Abrí la ventana de mi habitación para ver el paisaje que la noche me había ocultado. Un cerro al sol. Aquí cerca, tres arbolitos frutales. Entre estos y aquél, no sé lo que habría, pues, tras ellos corría una tapia que me ocultaba todo. De este lado,

pastaba un burro, picoteaban varias gallinas, cantaba un gallo y, sobre un cordel sostenido por dos palos, balanceábanse algunas prendas de vestir recién lavadas.

¿Illaquipel? ¿Sería posible? Me levanté presuroso. Al salir de mi habitación me encontré con el capitán Angol que me dijo:

—Venga usted a ver, ¡qué maravilla!

Y me llevó a un corredor del hotel.

Maravilloso, sería demasiado decir pero, en fin, era aquello bastante hermoso. No menos de unas 400 o 450 cuadras plantadas de fucsias en flor. Sí, era bastante hermoso.

—Flores para la miel — me susurró Angol.

Sin embargo, ni una abeja, ni una sola, nada. Únicamente algunos campesinos que recogían las semillas de dichas fucsias, cargaban con ellas sus carretillas y se alejaban hacia donde yo no los veía más. El capitán tuvo a bien explicarme las causas de esta anomalía. La cosa era más o menos así:

La semilla de fucsia que recogían esos hombres era llevada a un terreno vecino donde era devorada por unos animalitos llamados perenquenques que luego la defecaban en la tierra rica de otro terreno. Se regaba entonces éste y pronto, de estas semillas pasadas por los intestinos de tales animalejos, crecían fucsias gigantes, gigantescas, monstruosas, “que son las que usan las abejas y que nosotros visitaremos después de almuerzo”, agregó mi capitán.

En efecto, apenas terminado nuestro café, montamos a caballo y nos dirigimos hacia las fucsias colosas.

Veinte minutos más tarde empezábamos la ascensión del tronco de una de ellas. Nuestras cabalgaduras subían con cierta dificultad, pues, si bien es verdad que la corteza de dicho tronco era blanda como corcho, sus rugosidades — que en la fucsia normal apenas molestan el dedo que las palpa — aquí adquirían caracteres respetables, obligando unas veces a los caballos a dar formidables saltos para salvarlas y otras

veces a hacer todo un rodeo, pues su altura desafiaba aún al más potente de los brincos.

Pero, en fin, mal que mal, logramos llegar sanos y salvos a altura de la primera bifurcación del tronco donde se formaba una como meseta o esplanada.

—¡Desmontarse! — gritó el capitán. Así lo hicimos, amarramos los caballos y seguimos a pie.

Prudente medida pues estos nuevos troncos eran extremadamente derechos, a menudo casi verticales y era necesario de vez en cuando ayudarse con las manos, cosas de que el caballo carece.

De este modo, lentamente, apoyándonos donde podíamos, estimulándonos con voces de aliento y aún con chascarros, seguimos la ascensión hasta que, con gran júbilo, alcanzamos la base de una rama. Varios hurras se dejaron oír. Naltagua lanzó su sombrero por los aires.

La señora de éste cogió luego a la mía por el brazo y, llevándola a uno de los bordes de la base de la rama, le dijo:

—¡Mira! ¡Qué bonito el paisaje! ¡Mira el hotel de anoche, qué bonito es! ¡Y mira los cerros azulitos allá! ¡Qué bonito todo, por Dios!

Yo entonces la tomé por el otro brazo y la llevé al extremo opuesto de la circunsferencia formada por la base de la rama. Quería decirle una cosa, una sola, nada más que una, una que se hallaba clara y nítida en mi mente. Pero apenas la tomé — a la cosa en cuestión — para darle sílabas sonoras y expelerla, la cosa evocó otra que la había originado, la cual otra despertó a todas aquellas que — por deducción las unas, por inducción las otras — la habían hecho nacer y, junto con ello vibraron todos los recuerdos a ellas asociados y se me erizaron en el cerebro más de mil signos de interrogación que destilaron a los puntos mismos bajo ellos desde sus garfios enroscados, mil respuestas simultáneas, exactas algunas como postes, más o menos exactas otras como lagunas, equivocadas, angustiadas muchas como rieles que se van, erróneas

varias como adobes; pero todas — postes, lagunas, rieles, adobes — fueron en un instante sólo una cosa que, al ser una, abarcó a la primera cosa y a la que la siguió y a los recuerdos, una cosa que fui yo pensando, no desgranadamente, sino simultáneamente con ser yo siempre en cuanto hubiese podido pensar, antes, durante y después, que después, durante y antes dejaron significados en otra parte, englobándose ellos mismos en un solo globo sin tamaño pero con una lanceta que me picó en la cabeza aprovechando que el tiempo se ocupaba de los demás y, por distracción, me dejaba de lado a mí.

Y mi mujer allí frente.

¿Qué decirle ahora?

Porque el globo ahora — ¡zas! — se deshacía en una cinta infinita que con sus millones de patitas afiladas se agarraba a la sucesión de hechos, atravesando mi cerebro cual la cinta de balas atraviesa la ametralladora.

Y, naturalmente, yo ahora quería que ella supiese el globo, todo él, pues decirle algo que no fuese esa instantánea vibración total, me aparecía como la más abyecta mentira, ya que acababa de enterarme de que la verdadera verdad, la única, no eran ni momentos ni hechos ni nada que se mueva, por muchos millones de patas que tenga y ya que comprendía que, desde el momento en que empezara a hablar, echaría por mi boca cosas largas — con o sin patas, como se quiera—, en todo caso agusanadas, planas, ondulantes y algo viscosas con la misma saliva por donde iban pasando al salir. ¿Y una verdad con saliva? Una verdad... No. Digamos: verdad moviéndose desde la saliva a los timpanos que no por ser de un ser que amo dejan de ser timpanos moviéndose mientras por todas partes ocurren otras cosas... ¡Ya lo creo! Ocurren otras cosas... ¿Entonces? ¿Entonces? ¿Qué decirle a mi mujer? No sólo ocurren otras cosas sino que yo voy a pensar otras cosas, mientras salgan de entre mis labios las largas babosas viscosas y estas otras cosas,

aún cuando fuesen las mismas ya pensadas por mí en otros tiempos, serían en apariencias únicamente las mismas, puesto que las pienso no solamente en un momento diferente, sino que impelido a hacerlo por causas diferentes y esto tendría también que explicárselo a mi mujer, de modo que... de modo que... ¿Qué decirle a mi mujer? Porque cualquier cosa que le diga, cualquiera — supongamos la que me vino a la punta de la lengua al separarla de la señora de Naltagua — ella, al oírla, va a creer que es ésa para mí una cosa definitiva, una idea mía, cuadrada, aislada, una cosa que yo pienso y sobre la cual me afirmo cuando en ella pienso. ¡Y no, no! Si eso que le quería decir no es que yo lo piense, no, no, no. Yo no puedo pensar nada, yo no soy más que ese globo instantáneo y permanente y lo que pueda pensar y decir, sólo aspectos ínfimos vistos por un cretino a causa de la lentitud extrema de la luz que le lleva las visiones y, por lo tanto, un desenredo afanoso y pesado a lo largo del interminable bostezo de la luz que acarrea pelotillas del globo total. ¡Lógico!

La luz es tan lenta, tan lenta, mujer mía. ¡A Dios gracia que no fui yo quien la hizo! Dicen que hay señores que le miden la velocidad como nosotros dos se la medíamos a los caballos en el hipódromo.

Y sobre esta calma quieren que te explique que yo no pienso, que nadie piensa, que es lo mismo, exactamente un pensamiento mío y un riñón mío, que ambos son lo mismo, que ambos no son. ¿Cómo hacerlo? Desde luego, lo que pensé al oír a la señora de Naltagua lo dejaremos para más tarde. Porque primero es necesario que te compenetres del globo. Es decir que sepas que todo es uno, en un solo instante tan veloz que no termina nunca.

Pero se trata de encontrar una palabra, una sola, o un gesto, o un algo que, más que explicar, sugiera, dé la sensación, la introduzca en el globo.

¿Y si le dijera “¡Globo!”?

Nnnn... Demasiado amplio, demasiado vago.

¿Y gritarle “¡Rifón!”?

Sí, podría entenderlo, pero al mismo tiempo podría creer que me hallaba en estado de ebriedad.

Pero no veo otra cosa. A no ser que me resuelva a explicarle todo, todo, sin omitir ni un detalle, ni un matiz de detalle, ni un rumor de un matiz de detalle. Deberíamos entonces empezar por bajar de este tronco, renunciar a la visita de esta fucsia gigante y magnífica, ir a encerrarnos en algún sitio solitario, ella sentada allí, yo aquí, ella oír, yo hablar.

Hablar callado, hablar por la eternidad de los siglos para decirle que los siglos no son; hablar yo para que sepa ella que yo no hablé; oír ella para que sepa yo y también ella que ella no es la que oye; que no es ella ni yo ni los siglos ni nada, mas no es la nada porque todo lo es todo. Hablar así, así, así. Hablar así hasta que de la cabeza me crezcan gatos flacos maullando y a ella yerba mate de su sexo.

Sabrosa yerba mate con qué nutrirnos cuando ya los relojes hayan dado media vuelta para volver a sus casas, dejándonos solos y con ganas de apagar la vela.

Y no podremos apagar la vela, mujer mía. Porque, de apagarla, no hablaremos ni oíremos y es el hablar y el oír únicamente lo que hace de los siglos correr en vez de ser. Y si al hablar volvieran a correr, al verse en la obscuridad..., ¿comprendes?, volveríamos a los dientes de su engranaje y nos lamentaríamos, nos arrepentiríamos, llorando como infernales, de haber bajado de este tronco y no haber subido hasta las estuendas fucsias allá en lo alto.

En esto estaba cuando una idea brilló para mi salvación. Era ésta:

Yo había leído, no sé en qué libro, que cuando un hombre estaba en repentino e inminente peligro de muerte, en un instante, en un milésimo de instante, recordaba y vivía su vida entera. Luego en otro libro que se las daba de ocultista, había leído lo mismo, asegurando el autor que tal cosa ocurría en el momento de la muerte. Comentando el caso con mi mujer, am-

bos habíamos estado de acuerdo en que el hecho era extremadamente dudoso y, para decir verdad, increíble. Nunca más habíamos hablado del asunto. Y, ¡héte ahí que ahora lo recordaba! Y lo recordaba porque una vez desatados todos mis pensamientos y con ellos mis sensaciones y con ellas, etc. y etc., cuando quise hablarle a ella, llegó un instante — que he llamado, por falta de imaginación, del “globo” — en que el número de lo pensado y sentido y etc., no correspondía al tiempo transcurrido, y a que aquello era todo y éste no era nada. Por lo tanto muy parecido a lo dicho por los libros citados, libros que, como anoto, eran del conocimiento de mi mujer, lo que, consecuentemente, al recordárselos... En fin, ¡era la solución!

Le dije:

—¿Recuerdas los libros...? — Y le expliqué el asunto de ellos, se entiende.

—Recuerdo — respondió.

—Hija — proseguí —, ahora sé lo que es ser en un instante que es cero, ser hija, la totalidad del cosmos tanto para adelante como para atrás.

Ella me contestó:

—Veo que te ha caído mal la sopa de lagartijas.

Fué tal mi ira que exclamé:

—¡Y a ti el flan de escupos!

Media hora más tarde, cuando todos se aprontaban a seguir fucsia arriba, yo los convencía que era mejor dejar el ascenso para el día siguiente y reposarnos hoy.

La pereza humana es ilimitada. Todos aceptaron encantados. Felizmente, pues me sentía molido de cuerpo, alma y espíritu.

Día 4

Apenas despertamos nos vestimos y apenas nos vestimos le dije a mi mujer lo que a punto había estado de decirle al oírle hablar con la señora de Nalta-

gua y se lo dije sin permitir que ningún globo penetrara a mi cabeza.

—Las mujeres — díjele — son indiscutiblemente más tontas que nosotros los hombres. Tal vez son indiscutiblemente más inteligentes que nosotros los hombres y esto mismo hace que las considere de una idiotez que me sulfura. Nunca están en lo que se debe estar sino que siempre están en lo que ya se estuvo o más tarde se va a estar. Lo cual, aunque sea prueba de verdadera inteligencia, es simplemente idiota.

—Un ejemplo — murmuró mi mujer.

—A él voy. Ayer, al llegar a la base de esta rama — momento enorme en nuestras vidas—, la señora de Naltagua y tú, en vez de contraerse al momento, miraban el paisaje. Y estoy cierto que cuando estemos de nuevo en Illaquipel ante nuevos interesantes aspectos de nuevas cosas, tú y la señora de Naltagua, se pondrán a mirar estas fucsias.

Dicho lo cual, seguimos trepando. Procedíamos del modo siguiente: A cierta altura de nosotros arrancaban horizontalmente los tallos de las hojas. A estos tallos se lanzaban unas cuerdas con un garfio en la punta, el que se agarraba de los dichos tallos. He de advertir que tanto ramas y tallos como cuerdas y garfios tenían nombres científicos que he olvidado. Bien. Una vez agarrado el garfio, subíamos a pulso por la cuerda. Este ejercicio se repitió no menos de unas catorce veces hasta que llegamos a la base de una flor.

Primera observación: Las fucsias gigantes se levantan rectas hacia arriba contrariamente a las ordinarias que, como se sabe, son colgantes.

Segunda observación: Los tallos de estas flores — inmensamente altos — no presentan ni una rugosidad ni una aspereza, nada. Son lisos, pulidos, lustrosos a tal extremo que si hubiesen estado horizontales, habrían invitado a la danza. De más decir que

las cuerdas carecían aquí totalmente de objeto ya que los garfios no tenían dónde agarrarse.

Pero había un medio para salvar la última etapa de la ascensión y era él recitar en alta voz, todos al mismo tiempo, los famosos versos del poeta Javier de Licantén, gratos a todas las flores: (1).

*Las flores son ¡ay! sin duda
Cosas bellas de mirar
A la orilla de la mar
En Haití o en las Bermudas.
Si perfuman el ambiente
En forma asaz perentoria
Hacen pensar en la noria
Que hay en la casa de enfrente.
Tienen nombres armoniosos
Y colores muy brillantes;
Las huelen los elefantes,
Las huelen también los osos.
Nacen ¡ay! en el jardín,
Como dijo la Tomasa
A su primo Juan Perlaza
Que padecía de esplín.
Del alma la flor amada
Es muy dulce respirar
De modo asaz singular
En tierras de Scherazada.
¡Oh flor, vive Dios, querida
Que semejas una playa
Y a manera de atalaya
Vas de Apoquindo a Lo Hermida,
Recibe ¡ay! este beso
Que cual hermoso lunar
Un rey mandó edificar
Arrobado de embeleso!*

(1) Debo a la gentileza de mi amigo Salvador Reyes la transcripción de estos versos, que yo, con mi mala memoria, había olvidado un tanto.

Junto con pronunciar la última sílaba del último verso, nos elevamos por los aires como suspendidos por manos invisibles que luego, dulcemente, nos depositaron sobre un vasto pétalo rojo que se extendía casi horizontal luciendo su hermosa forma elíptica.

Entonces empezamos a caminar girando. A nuestra derecha quedaban las plataformas de estos pétalos rojos alargándose como lenguas del espacio. Eran cuatro, unidos por sus bases, mas separándose hacia sus extremos y dejando entre ellos cuatro aberturas de forma igual pero invertidas. Por estas aberturas gozábame de vista esplendorosa. Hasta el océano Pacífico divisábase a lo lejos. Y yo, mientras los demás quedaban estáticos contemplando las olas lejanas, ví algo más también.

El hombre Martín Quilpué seguía recto su camino. Sobre su cabeza, muy alto, un avión lo acompañaba. El camino que seguía el hombre Martín Quilpué se estrellaba con una casa blanca de un piso sobre cuya puerta estaba escrito: "Panadería".

Penetra bajo el letrero el hombre Martín Quilpué. Los panaderos lo saludan a la manera de Hitler. Junto con el alzamiento de cada diestra, la masa del pan para mañana cae por tierra una pulgada adelante de los pasos del hombre Martín Quilpué. De modo que el hombre Martín Quilpué pisa la pasta del pan para mañana.

Dejo aquí constancia: nací en 1893 y hoy es 1934. He mirado, pues — para adelante, hacia ambos lados y volviendo la cabeza—, durante 41 años consecutivos, salvo los momentos de ojos cerrados que suman 14 años. Sea: he mirado durante 27 años. Dejo aquí constancia: jamás mis ojos habían visto espectáculo más grandioso: dos gruesos zapatos de cuero de potro, montados de dos calcetines grises más bien oscuros, holgadamente cubiertos por pantalones azules rayados de blanquecino, que tienen chaleco y ves-

tón idem, camisa blanca con rayas azules, corbata morada con pintas ocres, cuello de pajarita, sombrero calañés gris claro con cinta negra y el todo que tiene dentro al hombre Martín Quilpué — dos gruesos zapatos así, pisar el pan para mañana.

¡Hurra!

Seguimos girando. A nuestra izquierda se elevaban como espesos muros otros pétalos. Eran estos de color morado obscuro y en número sin duda mucho mayor al que posee la fucsia ordinaria. Conté — y hay que ver que iba distraído con la novedad del momento y con la charla de los demás — conté, digo, 87 aristas de pétalos que, al plegarse sobre los interiores, formaban o dejaban, mejor dicho, hondas, profundas, lóbregas galerías aterciopeladas y carnosas; gargantas, diría, de carne obscurísima viviendo en color y suavidad.

Al completar la vuelta, nos dijo el capitán Angol:

—Ahora entremos por unas de estas galerías para que visitemos el interior de una flor.

Entramos de a uno en fondo. Obscuridad morada. Aire morado. Dábamos todos pasos morados que no sonaban. Quise decirle algo a Naltagua, pero mi voz se puso morada y no sonó.

Alcé la vista. A veces apercibíase una raya de cielo azul que, con los inmensos muros morados, era verde nilo.

Y sin duda todo aquello era carnoso. Empezó a darme algo de asco. Felizmente, el trayecto duró poco. Pronto llegamos al interior de la fucsia.

Aquí la impresión fué admirable. Se diría que los pétalos morados se volteaban hacia fuera formando una descomunal copa abierta al cielo. Y el morado de sus paredes resaltaba hasta más allá del morado al contrastar con el amarillo del suelo que pisábamos.

¡Qué feliz me senti! ¡Qué felices se sentían to-

dos! ¡Había que ver la expresión de necios que teníamos!

De aquí arrancaban en demanda de las estrellas los estambres y, en medio, el pistilo. ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió percatarme de sus respectivas existencias!

Estambres largos como columnas largas. Largo, largo.

Me aburrí. Porque no he visto nada más aburrido que el interior de una flor. Cuánto se diga es poco. ¡Felices los hombres que viven en casas, que viven en chozas o bajo los puentes o en la miseria o en el barro o en la gangrena! Hay que ver el hastío que es una flor por dentro. Y pensar que hay y ha habido miles de seres que las cantan. Naturalmente para verlas y ponerlas en un florero o en el ojal... No digo nada. Pero adentro... ¡Santo Dios! Bostezábamos, bostezábamos. Y sobre todo ese pistilo que parecía no terminar nunca. Es decir que terminaba allá con su puntita amarilla... ¡Qué lata!

Cuando de pronto, un ruido ensordecedor. Sobre la flor se precipitaban enjambres de abejas.

—Dejémoslas que hagan su cosecha en paz — dijo el capitán.

A pasos rápidos por una galería emprendimos marcha de regreso.

Todo lo que siguió, fué tan aburrido como todo lo que antecede.

Volver, volver al hotel "Presidente de la República". Para ello, otra vez el primer pétalo rojo. De allí, dejarse caer en paracaídas. Estúpida cosa para turistas. Y más aún que yo soy un turista que anoto cuanto me pasa en el día. Anotar entonces esta ascensión a la fucsia gigante. ¿Y qué? Muy bien; he subido a una fucsia gigante. ¿Y qué? Nada menos que tener que relatarlo. Es algo absurdo como están organizadas las cosas en este mundo. Sobre todo aquí en Chile. ¿Qué hace, Dios mío, el Departamento de Turismo, el Departamento de Propaganda Exterior,

el Departamento de Extensión Cultural, el Departamento de Irradiación Universal? Nada. Se callan. En vez de comunicar, de haber comunicado a los cuatro vientos las maravillas de Illaquipel para que ya todo el mundo las supiese como el más vulgar lugar común, se callan. Entonces uno, al encontrarse entre ellas, como ha sido mi caso, y al pensar que el mundo las ignora, se siente picado por el bicho del descubrimiento exótico, se ve uno a su vez aportando su novedad de lo ignorado y... no hay más: escribir y escribir. Y con esto le amargan a uno la existencia. Pues imagínese alguien que los franceses, pongo por ejemplo, hubiesen procedido como nosotros procedemos, es decir, callando sus irradiaciones, ¿sería posible ir a París? ¿Habría algún placer en visitar la gran ciudad si uno, en vista de la ignorancia de los hombres, se viese obligado a escribir, que hay en la plaza de la Estrella un Arco de Triunfo y más allá una torre de 300 metros de altura y en otra parte una catedral medioeval y etc., etc.? Sería intolerable. Ya todas las cosas debieran saberse, todas sin omitir ninguna y entonces uno poder pasearse por entre ellas con toda tranquilidad. Y si alguna quedara aún en el misterio, pues entonces llevar a ella a los seres que no escriben, a los que no sienten como una necesidad imprescindible el repetirlo todo en un pedazo de papel.

¡Con qué descanso recuerdo ahora mis buenos viajes por la vieja Europa! Allá todo está dicho, todo sin excepción, y no sólo lo que se ve sino muchas cosas más que no se ven, como previsión por si algún paseante aguzara demasiado la vista. Y uno puede, por lo tanto, vagar y pajarear con el alma en paz y el cigarrillo en la boca.

Pero en estos países jóvenes... En estos países jóvenes ningún Departamento hace nada y el mundo ignora nuestras bellezas, nuestras grandezas y nuestras rarezas.

Tanto peor. Cuanto a mí, y por lo menos hoy, no

diré palabra más sobre las fucsias gigantes. Estoy aburrido y hasta rabioso. Tal vez el aroma de la fucsia haya contribuido a ello pues ahora recuerdo que allá arriba sentí un ligero malestar al estómago y algo de asco a la boca. Bien puede ser. El cierto caso es que lo que ahora experimento podría llamarse el hastío integral.

Día 5

Me he quedado el día en cama entre dormido y despierto. A ratos, espantosas pesadillas en que veo inmensos pétalos de fucsia que se me vienen encima y me envuelven. Y son pétalos que mucho se parecen a carne descompuesta. Lo triste del caso es que no tengo medio alguno aquí en este hotel de luchar contra esta modorra y este hastío. Ahora recuerdo aquellas palabras de Baudelaire:

A chaque lettre de créancier, écrivez cinquante lignes sur un sujet extra-terrestre et vous serez sauvés.

Es verdad. Pero no todos tenemos el don de poder meternos de narices en un asunto extra-terrestre y menos cuando algún *créancier* nos persigue. Y de haber *créanciers* en esta magnífica vida, ¡vaya que los hay! Pues no debe pensarse que sólo lo son los sastre. Es todo aquello que nos postra descorazonados en nuestros lechos como hoy a mí ese olorcillo a pétalo de fucsia gigante. Y ese vago temor a la muerte cuando un órgano nos funciona mal... *créancier*; y en este país un nuevo rumor de cuartelazo-sudamérica-negroide-tropical-charretera-viudaalegre... *créancier*; y una exposición de pinturas de don Alfredo Araya o de don Carlos Alegría... *créancier*; y una crítica literaria de don Raúl Silva Castro... *créancier*; y una opinión es-

tética de don Alberto Mackenna... *créancier*. Es así. Como dijo Rubén Darío:

La vida es dura, amarga y pesa...

¿No habrá más remedio que escribir sobre asuntos extra-terrestres? No todos, repito, podemos usarlo. Conozco otro que, al menos a mí, me ha dado muy buenos resultados. Hélo aquí:

Cuando os halléis aplastados por algún *créancier* cualquiera, leed sobre el Sol, las estrellas, las nebulosas, los espacios intersidiales, leed sobre los átomos, los electrones, los protones y los iones, es decir, sobre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño *et vous serez sauvés*.

Por desgracia mía, no he traído a Illaquipel ningún libro sobre tales materias. Pero apenas de regreso a Santiago me echaré de cabezas sobre *El misterioso universo* de Sir James Jeans, sobre *Estrellas y átomos* de A. S. Eddington, sobre *La filosofía científica* de Reichenbach, sobre *Física y moral* de G. Nicolai, sobre *Ondas y corpúsculos* de Louis de Broglie y sobre tantos otros, y sé que entonces *je serai sauvé* aún si la radio me comunica un discurso con "el querido pueblo", con "las fuerzas vivas de la nación", con "el corazón en la mano", con "la unión sagrada de los partidos de orden" y todo lo demás. Sí. *Je serai sauvé!*

El único inconveniente de mi remedio es que a veces, entre un ion vertiginoso y una curvatura del espacio, la cabeza se nos pierde, no rinde tanto como la materia que mastica. Pero hay un remedio para el mal del primer remedio: Déjese un momento el libro de lado y reemplácese por uno de Conan Doyle, o de Edgar Wallace o de Valentín Williams o de Louis-Joseph Vance o mil otros. El equilibrio se restablece y puede uno pasear por las calles en plena paz.

Día 6

¡Qué bien he amanecido hoy día! Anoche, una infusión de yerbas milagrosas como sólo Illaquipel las produce, luego un sueño reparador y, ¡tan cam-pante! En este momento me siento fuerte y optimis-ta. Y hay que ver qué día tan agitado ha sido el de hoy pues el asunto de los perenquenques, las fucsias, las abejas y la miel no es tan sencillo como a prime-ra vista podría creerse. Es toda una industria, un arte, una ciencia, una vida, ¡qué diablos!

Una interrogación se me había planteado en la mente apenas abrí los ojos. ¿Cómo, demonios, logra-ban las abejas alcanzar las enormes alturas de las fucsias?

Formulada esta pregunta a mi amigo Naltagua, me dijo que él lo ignoraba, mas que en el Gran La-boratorio de la Miel de Illaquipel se me podría res-ponder.

Para allá nos encaminamos.

Nos inquirimos con el portero. Respondió éste sin mirarnos:

—Sección vuelo abejas. Dirigirse al sabio 1.º, ga-binete N.º 1.

El sabio 1.º nos recibió en su gabinete N.º 1 y nos dijo, más o menos, lo siguiente:

Que, naturalmente, una abeja por sí sólo no po-dría jamás volar a tales alturas pero que, en vista de ésto, lo que hacen estas inteligentes bestezuelas es ponerse una por tierra, luego otra encima de ésta, luego una tercera encima de la segunda, y una cuar-ta sobre la tercera y así sucesivamente hasta una dé-cima sobre una novena.

Llegado a este punto, la primera, es decir la que está en el suelo, vuela hacia arriba levantando a to-

das las demás. Pero como sobre sus espaldas lleva el peso de nueve de sus semejantes, sólo logra elevarse 50 centímetros y cae extenuada. En ese mismo instante bate las alas la segunda, es decir la que ha quedado en el punto más bajo, y como ésta carga sobre sí el peso de una abeja menos que la anterior, logra volar 1 metro de altura que sumado a los 50 centímetros de donde partió, y ejecutados por la primera, lleva a 1 metro 50 centímetros la altura de la base de la columna, ocupada ahora por la tercera abeja pues la segunda, a dicha altura, ha caído a su vez extenuada. Rompe entonces el vuelo esta tercera que, poseyendo como peso una menos que la que acaba de caer, sube el doble de la misma, o sea 2 metros que, agregados a su punto inicial, eleva al todo a 3 metros 50 centímetros. Y así, cada cual va volando, desde la altura alcanzada por sus precedentes, un espacio doble de la inmediatamente anterior; gracias a la disminución de peso que ha de soportar, lo cual da el cuadro matemático siguiente:

1.a	abeja	vuela	de	0,00	una	altura	de	0,50	que	la	lleva	a	0,50
2.a	"	"	"	0,50	"	"	"	1,00	"	"	"	"	1,50
3.a	"	"	"	1,50	"	"	"	2,00	"	"	"	"	3,50
4.a	"	"	"	3,50	"	"	"	4,00	"	"	"	"	7,50
5.a	"	"	"	7,50	"	"	"	8,00	"	"	"	"	15,50
6.a	"	"	"	15,50	"	"	"	16,00	"	"	"	"	31,50
7.a	"	"	"	31,50	"	"	"	32,00	"	"	"	"	63,50
8.a	"	"	"	63,50	"	"	"	64,00	"	"	"	"	127,50
9.a	"	"	"	127,50	"	"	"	128,00	"	"	"	"	255,50
10.a	"	"	"	255,50	"	"	"	256,00	"	"	"	"	511,50

Como se ve por este cuadro, la última abeja vuela ella sola 256 metros que es, como todos los entomólogos lo saben, justo la altura máxima a que llega una abeja; y alcanza, gracias al vuelo de las anteriores, 511 metros 50 centímetros, que es también justamente la altura exacta a que se encuentra el polen de las fucsias gigantes y, por lo tanto, lo que se quería demostrar.

A una observación de Naltagua, respondió nuestro sabio:

—Sí; es verdad, perfectamente verdad. De 10 abejas sólo una llega al polen, o sea que para que una llegue, es menester que 9 hagan un trabajo diferente o amiélico. Pero como las colmenas de Illaquipel tienen 1.000.000.000 de obreras, cada día 100.000.000 de ellas cosechan el exquisito polen. Y ello es largamente suficiente.

A otra observación de mi amigo, respondió el sabio:

—No, señor Naltagua. Es imposible, completamente imposible. Lo siento mucho pero no hay caso. Entonces yo, por mi parte, osé preguntar:

—Y sobre los perenquenques, ¿qué puede usted decirme, profesor?

El sabio frunció el entrecejo y me respondió:

—Nada sé de ellos. No son de mi incumbencia. Diríjense ustedes al Sabio 2.o, gabinete N.o 2.

Así lo hicimos.

El sabio 2.o nos recibió en su gabinete N.o 2 con la misma amabilidad que el anterior. Nos ofreció sendas sillas y, al saber nuestro interés por el animalajo de su sabiduría, demostró un franco contento.

—Señores — nos dijo alargándonos su cigarrera —, voy a hablarles del perenquenque con toda la franqueza propia a mi temperamento mas que, por desgracia, no siempre es posible dejar en libre curso.

Pues bien, señores, les diré a ustedes que es el perenquenque un animalillo endemoniado. Endemoniado quiere decir que lleva al demonio dentro. Ahora bien, ¿qué hará un ser que lleva al demonio dentro? La más pura lógica lo dice: imitarlo, con más propiedad, seguir sus instintos, sus ideas, sus órdenes. ¿Verdad? Y yo me pregunto y les pregunto a ustedes: ¿cuáles serán del demonio los instintos, ideas y órdenes? Yo no titubeo en responder: serán siem-

pre cosas tenebrosas, lujuriosas, espantosas, cavernosas y horrorosas. ¿Y ustedes?

Nosotros aplaudimos en signo de aprobación. Prosiguió el sabio:

—Pues amigos, ¡sorprendeos! No hay tal con el perenquenque, con ninguno de ellos en particular ni con todos ellos en general. El perenquenque no es tenebroso ni lujurioso ni espantoso ni cavernoso ni horroroso. El perenquenque es...

Acercamos nuestras sillas.

—Es...

Fuimos todo oídos.

—Es — dijo el sabio — travieso.

—¡Ah! ¡Oh! ¡Uh!

—Un momento. El diccionario da a la palabra travieso varias acepciones. Nosotros — al decir nosotros me refiero a las siete u ocho personas, no son más, que conocen a fondo la psicología del animalito — no hemos adoptado ninguna de esas acepciones. Al decir travieso entendemos burlón, bromista, con lo cual nos ponemos acordes con gran parte del pueblo chileno, lo que no deja de ser una ventaja, ¿no es así?

—Así.

—Entonces, puedo ahora llegar al grano de la cuestión que nos ocupa. El perenquenque gusta de las bromas, de las burlas, de las chanzas. Ahora bien, nuestro pueblo o parte de él cuando se halla frente a un ser cuyas bromas son múltiples y no hay medio de evitarlas, apoda al tal ser "endemoniado". Por eso al comienzo decía a ustedes que el perenquenque como de ser endemoniado lo es, si se adopta de esta expresión la acepción popular, mas no lo es si de ella se prefiere la de poseído por el demonio que es el ser por excelencia, cavernoso, tenebroso y demás. Prosigamos. Es, pues, el perenquenque un animalillo... un animalillo... burlesco.

Con ustedes, amigos, voy a emplear esta palabra que, según el genio de nuestra lengua, es más ade-

cuada para expresar la verdad; pero les ruego enca-
recidamente que si narran o escriben la entrevista que
ahora tenemos, digan que yo a todo momento dije
"travieso". Muy bien han de comprender ustedes que
lo contrario puede acarrearle polémicas, molestias y
qué sé yo, y ¡qué diablos!, hay que vivir en el mundo
en que vivimos. Así, pues, voy a decir "burlesco" co-
mo una simpatía, como un homenaje a ustedes, pero
para la publicidad, recuérdenlo bien, no he dicho más
que "travieso". Y prosigamos. Es, pues, el perenquen-
que un animalillo burlesco.

Lo burlesco, dirán ustedes, no tiene mayor im-
portancia. Sin embargo, señores míos, en esta vida...
en esta vida... Voy a contarles las dos bromas pre-
feridas del animalito y ustedes juzgarán.

Apenas un perenquenque divisa algún señor aco-
modado y de vientre prominente, ¡zás! que salta so-
bre él y de una dentellada le tritura la maciza ca-
dena de oro del reloj. No se crean ustedes que esto lo
hace por amor al oro. No hay tal ni nunca lo ha ha-
bido. El oro, desvelo nuestro, es para el bicho total-
mente indiferente. Lo hace por... por broma, por
chanza, como quien dice por reír. Esto por un lado.
Por otro: apenas un perenquenque divisa algún cam-
pesino de hojotas y tostado por el sol, ¡zás! otra vez,
¡zás! salta sobre él y de una dentellada le parte su
corvo en dos. Y aquí puedo hacer la misma observa-
ción que en el caso anterior: no hay en tal acto nin-
gún móvil moral, no hay, por ejemplo, deseos de im-
pedir una futura reyerta, no, no, nada de tal cosa.
Hay broma, chanza, burla y nada más. Pero compren-
derán ustedes sobradamente que, sea cual sea el mó-
vil que guía al animalito, el resultado de su acto es
en quien lo sufre igualmente enojoso. Y piensen us-
tedes que tan sólo en lo que va corrido de este año
van ya 317 cadenas despedazadas y 4.002 corvos par-
tidos en dos. ¿Qué les parece?

—¡Espantoso! — exclamamos al unísono Nalta-
gua y yo.

—Sí — moduló misterioso el sabio—, espantoso.

—Profesor — se atrevió a insinuar Naltagua—, si esto sigue así van a tener ustedes en Illaquipel y alrededores un levantamiento enfurecido, una unión rabiosa de panzudos de cadena con campesinos de corvo y no va a quedar perenquene vivo ni en ésta ni en ninguna región. Y no es por inquietarlo a usted, profesor, pero creo que, de llegar tal caso, usted, como especialista del animalejo, puede ser molestado gravemente por la furia burguesa-popular.

—Sí — moduló misterioso el sabio—, un levantamiento enfurecido...

—Al fin y al cabo — dije a media voz—, no es posible que, sin más, se nos rompan nuestros objetos preciados.

Moduló misterioso el sabio:

—No es posible...

Y se produjo un largo y penoso silencio.

Mas no sé qué vaga chispa o vago movimiento de sus ojillos me indujo a suponer que acaso tal modo misterioso fuese simulado. Esperamos. En efecto, bruscamente, el sabio 2.º prorrumpió en sonora carcajada y luego, con voz triunfal, exclamó:

—¡No habrá tal, señores! ¡No habrá tal! ¡Nada de levantamientos enfurecidos y adelante rompiendo corvos y cadenas hasta la consumación de los siglos!

Naltagua y yo casi caímos de narices de nuestras sillas.

El sabio nos hizo un gesto de calma y sonriente nos preguntó:

—¿Conocen ustedes el *conchilleptocus giratorium*?

Ambos revolvimos ojos de idiotas.

Dijo el sabio:

—El *conchilleptocus giratorium* es un gran lamelibranquio de concha hasta cierto punto parecida a la del caracol ordinario, aunque mucho mayor, y muy abundante en nuestras costas. Estos lamelibranquios son traídos a Illaquipel en grandes cantidades y va-

rios especialistas en la materia los vacian. Su carne mezclada con avena dicen que es nutritivo alimento para los caballares. No puedo afirmarlo. Ello no es de mi incumbencia. En cambio sus conchas, sí que me incumben.

Sus conchas, señores míos, son colocadas lado a lado en largas filas en los sitios frecuentados por los perenquenques y así como una paloma adopta la casona que se le fabrica y las abejas los colmenares artificiales, los perenquenques adoptan estas conchas vacías para fijar domicilio. Pero hay una pequeña diferencia. ¿Pequeña? Ustedes verán: si a la paloma o a la abeja no les construye el hombre una vivienda, ellas se las fabrican por su cuenta, en cambio si al perenquenque no se le proporciona tal concha, no fabrica nada, se niega a dormir y muere tres días más tarde de insomnio.

—¡Ah! ¡Eh! ¡Ih!

—Sí. Ahora veamos la cosa a la inversa y encontraremos otra pequeña diferencia. Si construyen ustedes colmenares y palomares en un sitio en que no haya abejas ni palomas, quedarán ellos vacíos y durarán — ¡ojo aquí! — durarán tanto como cualquier otra construcción. En cambio si dejan ustedes una concha vacía de *conchilleptocus giratorium* sin que ningún perenquenque la habite, la concha se desintegrará y desaparecerá en tres días, es decir, en el mismo tiempo en que muere el bicho si no ha hallado su necesaria morada.

—¡Oh! ¡Uh!

—De modo que podemos afirmar que es la concha del *conchilleptocus giratorium* parte integrante de la vida del perenquenque y es el perenquenque parte integrante de la existencia de la concha. Sin el uno no subsiste la otra; sin ésta, no subsiste aquél.

—¡Admirable! — dijo Naltagua.

—¡Estupendo! — dije yo.

—Y hay algo más — prosiguió el sabio—, hay aún una pequeñita cosa más. Vean: si tienen ustedes un

colmenar o un palomar o una perrera o un pesebre o lo que sea, su habitante tendrá que adaptarse, mejor dicho, conformarse con su tamaño. Si es la habitación holgada, mejor que mejor; si es estrecha, ¡allá él! En cambio aquí es diferente el asunto. ¡Oh, ya lo creo que es diferente! A primera vista uno se pregunta cómo demonios un bicho como el perenquene...

—¿Qué tamaño? — pregunté.

—Bien dos veces una ardilla. Cómo un bicho así va a meterse para sus siestas y sus noches en una concha — aunque, como les dije, harto mayor que la de un caracol ordinario — decididamente menor que su huésped.

—¿Cómo?

—Pues bien, señores, el bicho no tiene más que tocar con la punta del hocico el borde de la abertura de la concha, par aque ésta se abra, se agrande, se infle como una bola de jabón. Entonces el perenquene salta dentro y la concha se cierra, se aprieta apriisionándolo cual tibias sábanas a) un dormilón cualquiera. E igual cosa, señores, cuando el animalito quiere abandonar su lecho.

—¡Formidable!

—¡Colosal!

—Han dicho ustedes verdad: formidable y colosal por añadidura. Puede decirse, sin caer en exageración alguna, que esta extraña simbiosis es la más admirable que nos ofrece nuestra sabia y santa naturaleza. ¿No lo piensan ustedes?

Naltagua tosió, se restregó ambas rodillas con las palmas de las manos y luego dijo:

—La más admirable, profesor, no hay duda alguna. Pero, por más que pienso, no veo hasta ahora por qué sendas nos va usted a conducir para llegar a la cuestión de corvos y cadenas, pues una simbiosis, por admirable que sea, no creo...

—¡Un momento! — interrumpió el sabio—. Tiene usted, señor Naltagua, toda la razón. La simbiosis

en cuestión nada puede hacer en contra de la furia colectiva.

—¿Entonces?

—Entonces... Pues muy sencillo: como nada puede hacer, la furia colectiva, al ver tanto atropello, crecía, crecía y crecía. Llegó un momento — hace de esto cuatro años y medio — en que en varios sitios, por aquí, por allí, se encontraba un perenqueneque estrangulado. Otras veces, era una concha molida a palos. Otras — cosa más grave—, una piedra incógnita que hacía saltar un cristal de este gabinete. Y siempre, vagamente en el ambiente, un murmullo de descontento, un murmullo de maledicencia. Puedo asegurarles a ustedes que nuestra situación se hacía cada día más crítica y que fueron muchas las noches que pasamos en vela temerosos de un asalto, de un saqueo, de la muerte.

El sabio 2.º, recordando tales momentos, paliaba visiblemente. Varias veces se pasó la lengua por los labios y se secó la calva con el pañuelo. Nosotros respetamos su emoción guardando silencio. Después de un largo rato continuó:

—La salvación nos vino por donde nunca habríamos podido imaginar. “La desgracia que ocurre no es jamás la que se ha previsto”, ha dicho Goethe. Yo puedo agregar: “La salvación que llega no es jamás la que se espera”. Veán ustedes:

Esperamos ansiosos.

—¿Conocen por ventura a nuestro gran artista, nuestro gran pintor Rubén de Loa?

—Por cierto — respondimos.

—Pues bien, allá por la fecha indicada, cuando ya nosotros desesperábamos de nuestra situación, apareció una mañana por estos mundos, con su caja en la mano, su caballete en la espalda, el talentoso Rubén de Loa.

Al principio fué el pintor una desilusión para nosotros. ¡Qué seriedad, qué indiferencia, qué terquedad! Parecía considerarnos desde lo alto de una montaña.

Recuerdo que en un momento mi colega, el sabio I. o le dijo mostrándole una fucsia gigante: "511 metros 50 centímetros de altura". ¿Y saben ustedes qué le respondió?

—¿Qué?

—No le respondió nada. Echó una bocanada de humo de su pipa y miró para otro lado. Yo entonces le murmuré al oído: "Es el perenquénque un animalillo travieso". ¿Y saben ustedes qué me repuso?

—¿Qué?

—No me repuso nada. Me consideró un instante de alto a bajo y echó otra bocanada de humo. Era un hecho que ni Illaquipel ni sus maravillas servían para su inspiración. Caminábamos pues, en silencio cuando de pronto ante sus ojos, una concha de *conchilleptocus giratorium*, en el momento que un animalito la tocaba con su hocico. Les aseguro a ustedes que creí que aquel hombre se había vuelto súbitamente loco. Se detuvo clavado, la caja le cayó de las manos, abrió tamaña boca y tamaños ojos y el caballete, en su espalda, empezó a agitarse como queriendo desplegarse. Mi colega y yo quedamos un instante petrificados. Rubén de Loa seguía inmóvil apuntando hacia la concha con su índice derecho. La concha ahora se cerraba.

Recobrado mi equilibrio juzgué necesario explicarle lo que aquéllo significaba. Mas apenas hube pronunciado las primeras palabras, que el hombre echó a correr como un demente. Mi colega y yo le seguimos. Pero ustedes comprenderán: Rubén de Loa es joven y fuerte; nosotros ya tenemos nuestros añitos y durante ellos sólo hemos pensado en fortificar el cerebro y nunca las piernas. Así es que por cada segundo que transcurría, el amigo nos distanciaba largos metros. Al fin nos detuvimos contentándonos con seguirlo sólo con la vista. Corría Rubén de Loa. Era ya un punto negro y nosotros, mentalmente, nos despedíamos para siempre de él, cuando vimos que se precipitaba al telégrafo. Nos miramos mi colega y yo

y, sin más, hacia allá nos encaminamos a pasos lentos se entiende... Tenemos nuestros añitos. Junto con llegar nosotros, él salía. Pero salía tan ufano o acaso tan abismado en sus propios pensamientos que comprendimos sería inútil hacerle cualquier pregunta. Entonces entramos también, llamamos al empleado y, haciéndole vibrar algunas monedas al oído, le interrogamos. Abísmense ustedes: Rubén de Loa había enviado a Santiago, Valparaíso y otras ciudades cuarenta telegramas. De los destinatarios sólo conocíamos a tres: otros dos pintores y un escultor, lo que nos fué suficiente para calcular que todos deberían ser artistas. Los cuarenta telegramas estaban cencebidos en igual forma: *Venid a Illaquipel*.

Dos días más tarde veintinueve hombres y doce mujeres miraban absortos las conchas y cada vez que una de ellas se abría exclamaban subiendo el tono hasta lo agudo: "¡Uuuuh!", y luego cuando se cerraba volvían a exclamar bajándolo hasta el ronco: "¡Ooooh!". Hasta que el último perenquenque se acostó. Entonces vinieron acalorados comentarios, lo que aproveché para mezclarme entre los grupos.

Hablaban todos a la vez, algunos con alegría otros con solemnidad, otros con tragedia, pero todos unidos por un rayo de entusiasmo. Oí a menudo el nombre de Fra Luca Pacioli di Borgo; sonaba a veces como un pito el de Pitágoras; a veces ondulaban como un pez las sílabas "Leonardo da Vinci"; uno dijo afirmativamente: Seurat; otro arrobado pronunció: "Divina proportione"; otro más allá peroraba: "...y ya que es la curva ideal del crecimiento homotético..." (y no le oí más); "Platón, Platón", a menudo: y por todas partes, como llenando los huecos, como uniendo todas las palabras: "¡La sección de oro!".

Rubén de Loa iba sereno de grupo en grupo y todos le miraban agradecidos.

Mas por allí uno protestaba: "Puesto que en todas partes está, en toda la naturaleza, no valía la pe-

na hacernos venir a Illaquipel; se lo diré, se lo diré". Y avanzó el opositor hacia nuestro pintor. Luego vi que ambos alegaban rodeados, apretados por todos los demás. Al fin oí a Rubén de Loa: "...en cambio aquí, al abrirse y cerrarse, está en movimiento, ¡oh espiral logarítmica!, se desarrolla, vibra, vive ante nuestros ojos, ¡oh número, oh sección de oro, oh divina proporción!". Y todos rompieron en frenéticos aplausos.

Al decir esto nuestro sabio, Naltagua y yo estuvimos a punto también de aplaudir, mas luego la curiosidad primó y permanecemos quietos un rato hasta que mi amigo habló:

—Muy interesante es todo eso, profesor, pero me parece que nuevamente nos hemos alejado de cadenas y corvos. Pues, ¿qué pito puede tocar la sección de oro con la furia colectiva?

El sabio 2.o se inclinó humildemente y, como excusándose, nos dijo:

—Señores míos, mi oficio es el perenquingue, su vida y sus obras. Cuanto a lo demás, sólo puedo referirles a ustedes los hechos que el azar me ha permitido presenciar y los resultados generales que gracias a ello se han logrado. Mas si quieren ustedes profundizar la cuestión, les ruego se dirijan al sabio 3.o, gabinete N.o 3.

Así lo hicimos.

El sabio 3.o nos recibió en su gabinete N.o 3 con la misma amabilidad que el anterior. Nos ofreció sendas sillas y, al saber nuestro interés por la relación existente entre la sección de oro y un posible levantamiento colectivo, demostró un franco contento.

—Han de saber ustedes, señores — nos dijo —, que desde aquel primer contingente de artistas piloteado por Rubén de Loa y que apareció por estas tierras hace más de cuatro años, se formó una casi no interrumpida romería de artistas e intelectuales de

todos los puntos del país y aún de países extranjeros que llegaban hasta aquí, contemplaban las conchas de los *conchilleptocus giratorium*, meditaban sobre ellas, verificaban en la práctica las teorías formuladas en centros más cultos, para regresar luego pletóricos de entusiasmos o de modificaciones o de dudas o de rechazos. Y así, al regresar y al exponer sus pareceres, picaban en los demás por lo menos la curiosidad y mil veces la necesidad de ver la cosa con ojos propios. Y una nuevo romería se formaba.

Llegaban los artistas, llegaban los intelectuales. Acaloradísimas polémicas se suscitaban frente a las conchas. Otras veces era el silencio y entonces veíanse a algunos pluma en mano tomando notas, a otros pincel en mano resolviendo un arduo problema estético. Y así, les repito, casi día a día.

En un principio las gentes de esta privilegiada comarca no prestaron mayor atención a estos personajes. Los consideraron o como simples turistas o como personas con intereses miélicos, cónchicos o perrenquénquicos. Mas pronto fueron percatándose que ni visitaban, como ustedes señores, todo lo que hay que visitar y que es lo propio del turista, ni negociaban con bichos, ni productos, que es lo propio del hombre de negocios. Además, junto a cada polémica nunca faltaba algún panzudo de cadena o algún hojotudo de corvo que alargara un oído y cogiera una palabra por aquí, una frase por allá. Las expresiones "simetría pentagonal", "grandes épocas del arte", "AC es a AB como AB es a BC", "es la base de toda armadura, de toda composición", y cien más, empezaron a pasar de boca en boca, empezaron en salones y en ranchos a ser comentadas sigilosamente, calladamente, misteriosamente, y por toda la ciudad, por toda la región, fué recostándose poco a poco un inmenso signo de interrogación. Y luego, enroscándose por todo el signo como una culebrilla, corría la expresión "sección de oro".

¿Qué era todo esto? ¿Qué era esa famosa sec-

ción? Nadie en toda la comarca podía contestarlo; mas, de ser algo, lo era. Nadie en toda la comarca podía, ni un minuto, ponerlo en duda.

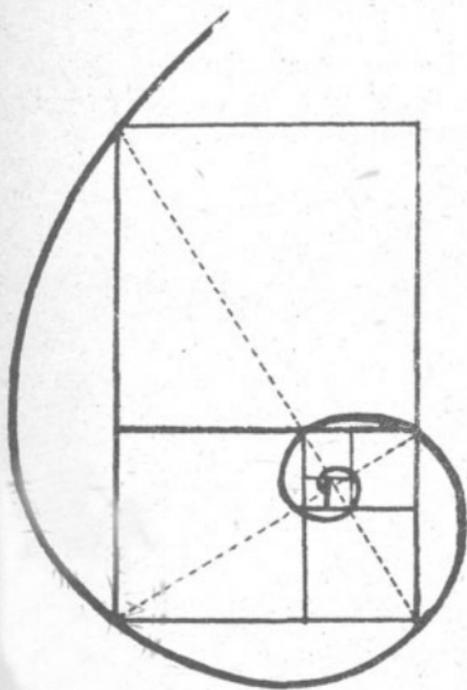
Aquello era algo, algo que a todo lo pensante del país atraía como la luz a las mariposas. Y ese algo residía en esas malditas conchas.. En ellas yacía sin duda el misterio, seguramente el conocimiento, acaso la ley. Y tales conchas sólo podían subsistir si subsistían los perenquenques...

Las gentes miraban ahora las conchas desde lejos, con ojos atónitos y prontos a ver surgir de ellas, algunos a Dios, otros a Satanás.

Me resolví un buen día a ir por calles y campos tirando lenguas. En la puerta del Gran Laboratorio me topé con una mujer harapienta. Le pregunté: "¿Has ido a ver las conchas de los perenquenques?" La mujer palideció, dió un grito, hizo el signo de lá cruz y exclamando: "¡Librenos el Señor!", echó a correr golpeándose el pecho.

Más allá pasaba un hombre de ojotas.

- ¿Y tu corvo? — le pregunté.
 —Me se le quebró, patrón.
 —¿Y cómo?
 —Un perenquenque, patrón.
 —¿Y tú qué hiciste?
 —Ná, patrón. Si el animalito 'e Dios mi lo ha que-



brao es porque esa es la voluntad 'e Dios pa con este pecaor.

Como ven ustedes, amigos míos, Nuestro Señor y Lucifer se peleaban el honor de ser los amos del misterio.

Luego me encontré con un guatón muy mi amigo. Arriesgué una pregunta:

—¿Conque es verdad que un perenquenque le rompió a usted su cadena?

—Es verdad — me respondió—. Pero usted comprenderá, amigo mío, que yo no soy hombre de protestar por tal cosa. Que los ignorantes protesten, nada digo. Pero nosotros, la gente culta, no es posible. Este es un país civilizado, amigo mío. Cada cual debe contribuir como pueda a la conservación de la sección de oro.

Y tras estas palabras, se alejó gravemente.

Y así todos, todos, sin excepción, todos.

Si son seres de corvo, temen al Todopoderoso o al Amo de las tinieblas; si son seres de cadena no confesarán nunca que pueda algo interesarles más que la divina proporción. Estos se inflan con la sección; aquéllos tiemblan con la sección...

Bien, pues les decía mi colega 2.º: los animalitos podrán seguir sus fechorías hasta la consumación de los siglos sin que se levante ni una sola protesta más.

Y por lo que alguna vez pudiese suceder — ¡vaya uno a saberlo!—, vengan conmigo a ver el departamento que dirijo.

Nos llevó hasta una puerta contigua que abrió satisfecho. Miramos desde el umbral: no menos de veinte dactilógrafas golpeaban en sus máquinas, varios escribientes escribían, un speaker hablaba ante el micrófono.

En vista de nuestra mirada interrogatoria, nos dijo el sabio:

—Por lo que pudiese suceder... Todos esos señores y señoritas escriben informes, artículos y con-

ferencias sobre las intensas actividades de intelectuales y artistas en Illaquipel, sobre las grandezas que se avecinan gracias a tales actividades y sobre miles de tópicos más, pero siempre aludiendo a nuestro asunto. Y lo escrito se propaga en libros, folletos, revistas y diarios por todo el país. El speaker que ven ustedes allí anuncia en este momento al mundo entero — tenemos onda extra-corta — la llegada a nuestra ciudad de la ciento cuadrigésima segunda romería de artistas. Son “Los Amigos de Alvarez de Sotomayor”. Seguramente van a protestar y a declarar luego que jamás en ningún arte ha existido la divina proporción, porque de haber existido... , pues, ¡se sabría! No importa. Mejor que mejor. Lo que conviene es polémica y más polémica. Que si no las hay, nosotros aquí las formamos. Hay que hacer cuanto se pueda, luchar permanentemente por que siga adelante la producción de esta cosa maravillosa que es la miel de Illaquipel.

Naltagua y yo aprobamos entusiasmados, hecho lo cual pregunté:

—¿Es en verdad tan extremadamente maravillosa la miel de aquí?

El sabio 2.º frunció el entrecejo y dijo:

—Señores míos, nada puedo avanzarles sobre tal asunto. Este departamento y su trabajo es lo que a mí me incumbe. Si desean ustedes saberlo, diríjense al sabio 4.º, gabinete N.º 4.

Así lo hicimos.

El sabio 4.º nos recibió en su gabinete N.º 4, con la misma amabilidad que el anterior, nos ofreció sendas sillas y, al saber nuestro interés por conocer las bondades de la miel de Illaquipel, demostró un franco contento.

Este sabio habló profusamente y con tanta penetración y con tantas sutilezas, que me sería punto

menos que imposible reproducir fielmente su larga disertación. Pero, en fin, voy a tratar de resumir aquí esta delicada cuestión.

La miel corriente — es decir la hecha con las variadas flores de nuestros campos y jardines—, reconoció el sabio que era un alimento sano y sabroso, pero nos aseguró que pasaba a ser una insignificancia, un caramelo, si se la comparaba con la miel fabricada usando únicamente la fucsia gigante.

Esta miel, administrándola debidamente — un médico debe estudiar cada caso: cantidad por día, horas de tomarla, con o sin pan, etc. —, hace al hombre perfectamente sano y le conserva la vida durante largos años. Aunque coma los platos más pesados, aunque ingiera los alcoholes más fuertes, la salud no se altera. Es sabido el caso de un joven que, después de haber seguido durante varios años un tratamiento miélico, quiso una tarde otoñal, a causa de un desencanto amoroso, poner fin a sus días y para ello se disparó un balazo en la sien derecha. La bala — de calibre 9 y de plomo por añadidura — le atravesó el cerebro de lado a lado y sin embargo el joven siguió tan vivo como antes. Desesperado siempre, se pegó un segundo tiro que le atravesó el corazón. Nada tampoco. Siguió tan vivo como antes. Extrañado de tal fenómeno, fué a consultar a su médico, quien le dijo:

—Pero joven, por Dios, ¿cómo podría usted morir si su salud sigue en perfecto estado?

Así es. Cuando uno se trata con miel de Ullaquipel sólo la extrema vejez puede acarrear la muerte.

Ejemplos como los del joven enamorado nos citó por cantidades, así es que la cuestión de la salud corporal está ampliamente probada.

Viene ahora la cuestión siguiente: si acaso tal salud física — en general cualquiera; en especial la obtenida con esta miel — trae consigo una correspondiente salud espiritual. Nuestro sabio nos dijo: "Sí, señores, la trae".

Consintió, es verdad, que para asegurarse de ello

era necesario esperar aún largos años, pues las observaciones hechas durante los pocos corridos desde el crecimiento de las primeras fucsias gigantes, no eran suficientes como para poder afirmarlo científicamente, tanto más cuanto que con la salud espiritual no podían hacerse experimentos como los del joven citado, o como los que ya tantas veces se habían hecho. Aquí la cosa era harto más delicada.

En cambio ello puede desde luego ser demostrado de modo deductivo.

Sobre la base de este asunto hay dos corrientes principales y ambas — aunque opuestas en la parte primera del asunto — concuerdan en el resultado, es decir, en los efectos sobre el alma de la miel de Illa-quipel.

La primera corriente reúne a todos aquellos que piensan que no hay diferencia alguna entre cuerpo, alma y espíritu, o sea que tales palabras designan sólo diferentes aspectos de una sola y única cosa, de un uno, de un todo que es el hombre.

La segunda corriente reúne a todos aquellos que piensan que el cuerpo y el alma son diferentes, material el primero, inmaterial la segunda. El cuerpo es el tabernáculo del alma la cual lo ocupa durante esta vida para su propia experiencia y luego lo abandona para seguir en otras regiones eternamente.

Los primeros, ante el problema de la miel de Illa-quipel, responden más o menos así:

“Al ser cuerpo y alma uno solo y al estar en perfecta salud lo que nosotros consideramos erradamente parte (cuerpo) *tiene* que estarlo el todo pues de no estarlo tendría que haber algo bien y algo mal y al dividir el todo en dos “alcos” es porque no es *un* todo sino dos diferentes lo cual pasaría a estar en oposición con nuestro principio básico a saber que si todo no es más que uno las características de este uno han de ser de extremo a extremo las mismas ya que al diferenciarse ellas diferenciarían aquello de lo cual son y ahora bien como de éste todo conocemos expe-

rimentalmente un aspecto la lógica nos enseña que tal cual sea dicho aspecto así han de ser los otros y como el aspecto conocido es de perfecta salud igualmente de perfecta salud ha de ser el que se trata de conocer o sea el alma y es lo que se quería demostrar”.

Los segundos, ante el mismo problema, responden, más o menos así:

“Sabido es que nuestro ser está formado de dos partes un cuerpo material grosero y un alma inmaterial pura y desde el momento que el alma es inmaterial y pura no puede ser material e impura y por lo tanto no puede sufrir ni achaques ni males ni aún variaciones y en cambio aquéllo que por su naturaleza es material impuro y grosero tiene que estar sujeto a bajezas y mudanzas y son éstas las bajezas y mudanzas del cuerpo-tabernáculo las que hacen aparecer ante los observadores frívolos como tal al alma pura y por lo tanto estando el tabernáculo en perfecto y puro estado podrá su huésped el alma expresarse en su inefable y absoluta pureza que es lo que se quería demostrar”.

—Ya ven ustedes — terminó nuestro sabio — que ambas corrientes, aunque partiendo de puntos diametralmente opuestos llegan a la misma conclusión, a saber: para la salud del alma tómesese la miel de Illaquipel.

Naltagua y yo felicitamos calurosamente al sabio 4.º y luego mi amigo le preguntó si podría hacerle algunas observaciones. Ante la aceptación del sabio, Naltagua dijo:

—La miel de Illaquipel, profesor, salvará a la humanidad. Diré mejor, podría salvarla si se derramara por todos los ámbitos del globo. Y si su elaboración sirviese de ejemplo a todas las secciones alimenticias del hombre, habría más que salvación: habría angelización de los humanos. Me pregunto yo entonces: ¿por qué dar a los perenquenques únicamente granos de fucsia que luego dan las gigantes y luego nuestra miel? ¿Por qué no darle también granos de trigo? Y

tendríamos espigas más altas que el Aconcagua. ¿Por qué no semillas de manzano? Y tendríamos manzanas grandes como satélites. ¿Por qué no...?

—Caballero — le interrumpió el sabio 4.o—, nada puedo yo avanzarle a usted sobre tal problema. El no es de mi incumbencia. Si desean ustedes saberlo, les pediría tuviesen a bien dirigirse al sabio 5.o, gabinete número 5.

Así lo hicimos.

El sabio 5.o nos recibió en su gabinete número 5 con la misma amabilidad que el anterior. Nos ofreció sendas sillas y, al saber nuestro interés sobre la posible defecación de otros granos por el perenquenque, demostró un franco contento.

Una vez que Naltagua le hizo las observaciones del caso, el sabio, tomando cierto aire de resignación, habló de este modo:

—¿Se creen ustedes, señores míos, que ya todo eso no lo habíamos pensado y ensayado mil veces? ¿Dudan ustedes que todos mis esfuerzos y los del departamento a mi cargo no están dirigidos en tal sentido? Sin embargo, hasta ahora, nada positivo hemos logrado. Y les daré a ustedes la razón de nuestro momentáneo fracaso. Porque algún día triunfaremos, puedo asegurarlo.

Pues bien, señores, han de saber ustedes que la semilla de la fucsia ordinaria no es propiamente el alimento del perenquenque. No. Ella le es un simple placer y nada más. Gusta echársela a la boca y tragarla, mantenerla un cierto tiempo en los intestinos y luego expelerla por donde ustedes saben. Es ella para él como para nosotros sería una copita de coñac o un buen cigarro habano. Repito la palabra: un placer. Es por esto que todos nuestros esfuerzos han sido va-

nos. El animalito no traga otras semillas porque no se le da la gana. ¿Y qué se puede en contra de esto? Se les ha tentado con todas las existentes en el mundo. ¡Nada! Se han camuflado muchas como si fuesen de fucsia. ¡Nada! Las huele, luego escupe por un colmillo y se marcha.

Experimentando, ensayando y luchando pasábamos en este departamento y, aunque los resultados no eran como habríamos podido desearlo, trabajábamos llenos de optimismo, pues sentíamos que todo el país depositaba en nosotros su confianza.

Mas, en 1927 la cosa cambió bruscamente. El Supremo Gobierno lanzó un decreto con fuerza de ley concebido más o menos en estos términos:

“Hágase tragar, guardar intestinalmente y expe-
“ ler analmente a todo perenquenque de la región de
“ Illaquipel y alrededores, pedacitos de carne de ca-
“ ballo y buey, debidamente preparados, amasados,
“ adobados, acerados y englutinados, para que luego
“ sean fructificados, engendrados, cohabitados y em-
“ barazados como la Ley exige y se produzcan en ter-
“ rritorio de la República, enormes y fuertes caballa-
“ res y vacunos que correspondan a las presentes gran-
“ dezas de la Nación.”

Al leer tal decreto, señores, quedé estupefacto. No habíamos logrado aún que ningún perenquenque tragase ni un granito de trigo y ahora se nos pedían semejantes cosas. Escribí cartas e informes, mandé más telegramas que pelos tengo en la cabeza, gasté el fono de cuatro teléfonos, fui yo mismo diez veces a la capital... No hubo caso. En enero de 1928 perdí mi puesto.

Ahí quedé vagando y desesperado. En fin, todo mal tiene su fin. En octubre del 31 fui repuesto.

Y empezamos nuevamente nuestra labor. Algo avanzamos. Ya lográbamos que algunos animalillos no escupieran junto a granos de cebada inglesa. Nuestro júbilo era indescriptible, cuando en junio de 1932 nos

llega un segundo decreto con fuerza de ley, concebido más o menos así:

“Nútrase a todo perenquenque del país con perenos, tornillos, bisagras, émbolos y demás piezas que hayan servido, sirvan o puedan servir en máquinas útiles al progreso humano para que una vez defecadas por los ya mencionados perenquenques, sean debidamente expectoradas, envagaradas, escantilladas, escochizadas, esborregadas, enlenzadas y engualdrapadas, de modo a que produzcan en el más breve lapso posible, la más completa y perfecta maquinaria que pueda ser concebida y que esté a la altura de los nuevos rumbos de la República.”

Al leer tal decreto, señores míos, quedé estupefacto. Nuevamente cartas, informes, telegramas, telefonazos y viajes a la capital. No hubo caso. A fines de ese mes, perdí el puesto.

Vagué algún tiempo desesperado. Mas, todo mal tiene su fin. En los últimos días del mismo año, fui repuesto.

Y aquí me tienen ustedes en la brecha del trabajo. Estoy contento con mi labor. Ayer, no más, puse al paso de un perenquenque un granito de café. El bicho lo consideró, le pasó la lengua por encima, y, aunque es verdad que no se lo tragó, no manifestó tampoco especial repugnancia.

—Profesor — le dije—, si mal no recuerdo, explicó usted que la semilla de fucsia era para el animalito un simple placer. ¿Podría usted decirnos cuál es entonces su verdadero alimento?

—¡Ah, señores! — exclamó el sabio cubriéndose el rostro con ambas manos—, juren ustedes, júrenlo ante lo más sagrado no repetirlo. El mundo es todavía supersticioso, lleno de prejuicios y pequeñeces, a tal extremo que nos hemos visto obligados, para que siga la producción de la miel y sigan viento en popa nuestras finanzas, a hacer creer que los animalitos se alimentan de agua de Colonia y jabón Cadum. Pero, no

hay tal. La verdad es otra. Se alimentan... ¿Juran ustedes silencio?

—¡Juramos!

—Se alimentan de ratas podridas.

—¡En fin! — exclamó comprensivo Naltagua—, si las finanzas van bien, lo demás importa poco. Y tengo entendido que van admirablemente...

—Amigos míos — nos dijo el sabio 5.o—, yo también lo tengo entendido así. Pero, como ellas no son de mi incumbencia, si quieren ustedes datos más precisos, pueden dirigirse al sabio 6.o, gabinete número 6. Así lo hicimos.

El sabio 6.o nos recibió en su gabinete número 6 con la misma amabilidad que el anterior. Nos ofreció sendas sillas y, al saber nuestro interés por las finanzas de Illaquipel, demostró un franco contento.

—Señores — nos dijo—, en verdad nuestras finanzas van muy bien. El público se arrebatara esta miel y con razón: salud del cuerpo y salud del alma como ustedes saben y gusto deleitoso, por añadidura.

—Es exquisita, ¿no es cierto? — preguntó Naltagua.

—Señores, a decir verdad, como yo nunca salgo de este pueblo, no la he probado jamás.

Creímos haber escuchado mal. El sabio repitió lo dicho.

—¡Pero, cómo! — exclamé—. ¿En Illaquipel no toman ustedes miel de Illaquipel?

—No, señores — nos respondió—. Por muy saludable y exquisita que sea, nosotros no la probamos. Pues ¿creen ustedes que tanto trabajo iba a ser para deleite de nuestras saludes y paladares? No, señores. Aquí se trabaja seriamente. Toda nuestra producción, toda íntegra, se exporta. Si no, ¡al diablo nuestras finanzas! Y sépanlo ustedes que cuando éstas van mal, todo el resto se va a buena parte. Así es

que a nosotros, habitantes de Illaquipel, nos es estrictamente prohibido tocar a la miel aunque sea con la punta de la lengua.

—En cambio deben ustedes tener una enormidad de dinero.

—Lo ha dicho usted, señor Naltagua. Entra el dinero a esta tierra a manos llenas.

—¿Y qué hace ustedes con él?

—Les diré: como no podemos usar la miel de Illaquipel, pues, con ese dinero compramos miel para nuestras mesas.

—Es decir — observó Naltagua—, que con el producto de la miel de Illaquipel, compran ustedes en Illaquipel, miel de Illaquipel...?

—¡No, señores, no! Me han comprendido mal. ¿Cómo pueden pensar que vamos a comprar miel en Illaquipel cuando en Illaquipel no hay más que miel?

—¿Entonces?

—Pues, la compramos en los países vecinos, en Argentina, en Perú, en Bolivia.

—Comprendemos — dijimos.

—Naturalmente — acentuó el sabio—. Es la lógica misma.

Y dichas estas palabras y tras fuertes apretones de mano, nos alejamos del Gran Laboratorio rumbo al "Hotel Presidente de la República".

Día 7.

Regreso a Santiago.

Muy de mañana subimos al auto y partimos pilotados por el capitán Angol.

Mientras el coche corría veloz, la conversación cayó, como era natural, sobre las curiosísimas cosas vistas y sabidas en la ciudad que abandonábamos. La se-

ñora de Naltagua nos preguntó a su marido y a mí:

—¿Y vieron ustedes algún perenquenque?

Repondimos:

—No.

—¿Y alguna concha de *conchilleptocus giratorium*?

—No.

—¿Y semillas de fucsias?

—No.

—¿Y miel?

—No.

—Entonces, ¿qué vieron, hombres infelices? Nosotros tres vimos todo, bichos, conchas, semillas, miel, todo, todo.

Pero Naltagua explicó con magnificencia:

—Ustedes, gente superficial, necesitaban ver. Nosotros, que somos intelectuales, necesitábamos saber. Y te prohíbo, mujer, una sola palabra más sobre el asunto.

En ese mismo instante Angol, ante un cruce de caminos, frenó súbitamente. Casi caímos todos de bruces.

—¿Qué ocurre? — gritó mi mujer.

—Silencio — dijo el capitán y nos indicó el camino a nuestra derecha.

Venía a pasos lentos el hombre Martín Quilpué. El Sol lo recalentaba medio a medio. En sentido contrario, a nuestra izquierda, avanzaba un campesino a caballo. Habían trabajado tanto — caballo y campesino — y calentaba a tal extremo el Sol, que más que dos seres eran ambos sudor.

El sudor los envuelve como un espeso guante de gelatina. Este guante desfigura por fuera sus formas. A través de él se adivinan sus miembros y colores como a través de un colapiz. Se detienen. Se sacuden como perros. Cae el sudor. Aparecen campesino y caballo. El campesino es fuerte, moreno, risueño, hirsuto; el caballo es mulato. Tuercen a la derecha y se van por un potrero.

El sudor ha quedado en el camino. Forma un trozo cuadrado de dos metros por lado y de diez a once centímetros de espesor. Su composición es: de caballo, dos tercios; de hombre, un tercio. No se mezclan sino que se entrelazan, mas formando, por supuesto, una masa compacta. El de caballo es más opaco que el de hombre. La consistencia del todo es siempre gelatinosa y temblante.

Avanza el hombre Martín Quilpué. Pisa el hombre Martín Quilpué.

La capa de sudor es elástica. Salta encima de ella el hombre Martín Quilpué. Es un acróbata caído del trapecio a la red. Se hunde la red y luego tira al acróbata hacia arriba. Así varias veces. Pero — aquí ¡atención! — cada vez más débilmente, tanto que, al fin, la red está inmóvil.

Acá —en el sudor—, no. Tira al hombre Martín Quilpué siempre a igual altura, siempre a unos tres metros del sudor a la suela de los zapatos. Y junto con tirarlo, le ha disminuído su marcha, pues cae el hombre Martín Quilpué con su otro pie sólo siete centímetros más adelante. Luego, a lo largo de los dos metros de sudor, ha saltado veintiocho veces y siempre — como digo — a igual altura.

Curioso espectáculo, sobre todo por la absoluta impavidez del hombre Martín Quilpué. Una vez que lo atravesó, después de los veintiocho saltos, siguió su marcha como si nada, nada, hubiese acontecido.

Por lo tanto, ¡en marcha!

Sigue veloz nuestro coche.

Hemos llegado a Santiago a las 6 de la tarde. Ahora, comer un poco y dormir pensando en ellas tres, en Sisebuta, en Tusnelda y Fredegunda.

Y hoy, a primera hora, he venido a mi escritorio. Junto con abrir la puerta, un grito callejero que había quedado encerrado aquí, aprovechó para escaparse como un pájaro. “¡Viva Grove!”. Pasó a mi lado y se fué.

Es verdad; lo había olvidado. La contienda, la fiesta. Aquí sobre mi mesa están los discursos, los fin-teos, los lances, los clinchs y demás de la refriega.

¡Qué diferente ha sido la cosa a lo que me había imaginado! En verdad es preferible una pata de perenquene a toda esta literatura de turrón.

Me había imaginado que iba a ser todo aquello un duelo singular en que cada cual iba a cantar para sí sus proezas maquiavélicas, sus astucias agudas como espadas florentinas, su magnetismo avasallador, su palabra electrizadora, su valor para afrontar los golpes del contrario, su agilidad para evitarlos, su destreza para contestarlos. Me imaginaba una serie de caballeros hidalgos voceando sus empresas y sus riesgos como don Juan Tenorio y don Luis Mejía se esgrimían las suyas, ciertos de ser cada cual más audaz, más valeroso, más irresistible que el otro. O como si, en una reunión de caballeros andantes, Palmerín de Inglaterra y Amadís de Gaula hicieran lujo de sus hazañas, ansiosos cada uno de ser proclamado el primero entre los primeros.

Algo así me imaginaba.

Pero no. Resultó justamente lo contrario.

Horas y horas, tardes y tardes, esas fieras se han disculpado, han probado con cartas, documentos, testigos y demás, que nunca, jamás, ni por un solo minuto, habían dejado de ser lo que siempre habían sido: dulces, tranquilos, ponderados ciudadanos regordetes que, con sus paraguas al brazo, aman con calma y en voz baja las sacrosantas instituciones del país, las aman desde una modorra cenicienta junto al brasero de la abuelita y al gatito que ronca regalón.

¡Qué gente tan buena toda! Me dice un amigo que alcanzó a encontrar una entrada, que parecían todos una serie de colegiales asustados, disculpándose entre pucheros ante el maestro que busca al autor de la maldad. Y como tales colegiales, ninguno había hecho nada, ninguno se había movido de su clase. Y entonces, ante las preguntas apremiantes del maestro sobre

quién había tirado el tintero a la pizarra, cada uno respondía:

—Fué ese otro que está allá, señor.

Desde la galería parece que un tío le gritaba a cada uno que hacía uso de la palabra:

*Acusete
cara 'e cohete
Cinco panes
Y un bonete.*

Total: cero. Total: huevo.

Nadie jamás en la vida ha conspirado en este hermoso país de Chile, el país del clima ideal, del cielo azul, azul entre todos los azules de todas las paletas de todos los pintores.

¿Y para eso tanta alarma, tanta agitación? ¿Tanto atropello en palcos, platea, balcón y paraíso? Y pensar que casi rechacé la invitación de Naltagua a Curihue e Illaquipel, con la esperanza de conseguir una entrada a tan formidable torneo.

¡Qué gente tan buena toda! A veces se me figura que es tanta su bondad, que ha de rayar, al conocerles personalmente, en el más sombrío aburrimiento.

Porque hablemos — aunque sólo sea durante cinco minutos — sin historias chiquititas.

Bien. Tanta bondad, ¿no es lo más aburrido que existe en el mundo? ¿No creen ustedes, señores, que únicamente con la colaboración del Dios bondadoso la vida sería un bostezo de nunca terminar? André Gide, en su libro *Dostoiewsky*, dice: “No hay obra de arte sin colaboración del demonio”. ¿No se podría amplificar esto hasta decir que no hay obra humana positiva sin colaboración del demonio? Y agrega Gide, en el mismo libro: “Es con los buenos sentimientos que se hace la mala literatura.”

Justamente lo que hemos visto realizado en nuestro primer coliseo.

Nadie allí — basta leer la serie de discursos — había aceptado ni la más mínima colaboración del lado negro y todos allí, pletóricos de buenos sentimientos, hicieron mala y triste literatura. ¡Oh, Satán, cómo te olvida esa gente pura!

Yo, Satán, te he invocado, te invoco y te seguiré invocando muy a menudo, pues le temo, por encima de todo, a nuestro santo padre el hastío. Pero muy a menudo también tú no me escuchas, Satán.

No te vengas a disculpar. Jamás podré perdonarte los dos veranos que ya me has hecho pasar en Viña. Oye:

Viña me aburre. Ese tren que pasa por medio de la calle, ese hotel con catres viejos que parece pensionado para solteronas, esa playa para hormigas, ese club semi-egipcio con gomina, ese estero sin agua, esos cerros que se vienen encima... Todo eso, Satán, me aburre.

En Viña voy por las calles con paso de jamelgo pensando que es estúpido que haya ahí en el cielo un Sol enorme y más estúpido aún que nueve planetas giren a su alrededor. Y cuando llego a pensar que uno de ellos es nuestra Tierra, no sé qué me sujeta y me impide acoger al primer transeúnte que me cruza.

Luego, con tanto hastío, se me va filtrando una especie de ira sorda. Pues pasan a mi lado, pasan, pasan y siguen pasando cientos de seres precipitados que dejan brillar en sus ojos un fulgor de placer, de voluptuosidad. ¡Van al casino los muy marranos! ¡Van a jugar! ¡Van a gozar! Y yo, como perro famélico, sigo sus pasos y de narices me meto también al casino...

¡Cuánta gente feliz! ¡Poder tener ese goce, esa felicidad del juego! Para eso te invoco, Satán, para que me la des también y poder matar esas tardes y esas noches que parecen no terminar jamás. Pero tú no me escuchas. Junto a las mesas de juego me haces aburrirme el doble más.

Y entonces envidio a todo ese mundo.

Veo a un señor cualquiera. Me lo imagino lleno de achaques y molestias. Ahí está: "Negro, colorado, columnas, docenas". Por largas horas no hay para él ni molestias, ni achaques. Y esa dama "ganó público, ganó la banca..." Igual cosa. El olvido total de todo engorro. Y para toda esa gente, lo mismo.

Los veo de día en sus casas revolcándose enredados en las miserias cotidianas, mas, atisbando con el rabo del ojo el reloj. Se acerca la hora en que abrirá el casino. Se irá hasta la puerta de él con las tales miserias. Pero cruzado el umbral de la gran sala, todas ellas quedarán fuera y viene la pasión, el olvido, la exaltación.

Y yo, ¡nada! Me aburro y bostezo como una mula.
No hay más: ¡A Santiago!
Satán no me ha escuchado.

Llego a Santiago. Santiago me aburre. Su dilatación silenciosa, sus calles interminables, estas gentes que se esconden como ratas y sólo se atreven a salir un momento antes de almuerzo y un momento antes de comida, su emparedamiento cordillerano, su cielo vasto, su polvo... Todo esto, Satán, me aburre.

Y otra vez el jamelgo, el Sol y los planetas.

Luego una especie de ira sorda.

Pasan, pasan y siguen pasando, me cruzan, me enredan, me atropellan, no cientos sino miles de seres que dejan brillar en sus ojos, no un fulgor sino cien fulgores de confabulaciones, de embozos, antifaces y puñales... ¡de voluptuosidad, Satán!

Satán, ¡a mí! Caigo de rodillas implorándote:

—¡Clávame en las carnes la inyección de ese entusiasmo! ¡Hazme temblar por mis propios huesos, pero, en fin, temblar! ¡Házme atisbar tras las esquinas, escuchar tras las paredes, sondear receloso los corazones ajenos, palpar adivinando las telarañas que tejen junto a mí otras arañas velludas y silenciosas; hazme gozar, como al palpar con las yemas dos senos

erectos, con la esperanza del "poder", de un poder implacable que destile sabor a sangre y a venganza! ¡Haz que se me hinchen las narices, y los ojos se me pongan vagos ante la expectativa de ver un día a todos estos que hoy me dan con los codos, desfilando ante mí como carneros o depositando a mis pies sus orgullos!

¡Nada! Satán no me oye. Cada esquina sigue siendo para mí la punta de una casa; cada pared, aceptable porque han agujereado en ella una puerta... No hay más telarañas que esas de los rincones sucios, tejidas por arañitas domésticas; no hay más voluptuosidad que los eternos, los cansados senos de mujeres iguales; no hay más posibilidad de hinchar las narices más que para olfatear el dejo de jabón enmohecido de mi casa, ni más orgullos depositados a mis pies que los del gato manso y de las bacinicas que me golpean las puntas de los zapatos junto con quitarme el vestón para acostarme.

Y a mi alrededor, por todo Santiago, por toda su vasta dilatación, miles de hombres gozan, sienten, vibran encapuchados; tiemblan, gozan con sus dagas, mientras yo apago la luz para despertar mañana igual, afeitarme e ir por las calles con el jamelgo, con el Sol y los planetas.

Pensaré entonces mañana: "Una de ellos es la Tierra".

Es decir, justamente lo que pensé también ayer. ¡Qué aburrimiento!

Me ha sucedido entonces muchas veces lo mismo que a todos nos sucede ante hombres que actúan en una esfera para nosotros inaccesible: junto con la ira que se filtraba en el hastío, se filtraba en aquella una cierta admiración por todos esos leopardos de las tinieblas que en un segundo son capaces de coger decisiones más vivas que las que uno logra aceptar en largos años, que hacen de sus propias existencias, que hacen con sus huesos, sus poros, sus pelos, los roman-

ces que uno aquí, en el tedio de una mesa de palo, trata largamente de hacer en un pedazo de papel.

Y ahora... ¡iban todos a contarnos sus hazañas! Iban a oír los asistentes, los más apasionantes relatos de audacias, las más vibrantes epopeyas! Y yo, al llegar de mi paseo, iba a leerlas sintiendo los latidos de mi corazón!

Pues nada, señor mío. Viviendo en ese mundo de las estratagemas y las conspiraciones, viviendo en el más cautivante y vibrante de los mundos, viviendo en la electricidad misma, no han hecho nada; han preferido la vida terrosa, dulce, vida de crustáceos soñolientos, y se han indignado furiosamente unos con otros, cada uno contra todos, al suponer que alguien hubiese podido decirles: "¡Qué de emociones ha de haber usted conocido, caballero!".

Tengo la certeza que si a este tinglado de modorras hubiesen venido a contar sus andanzas y proezas los demás que todavía los ingenuos creemos especies de héroes mitológicos y que hoy se hallan esparcidos en los países vecinos, o en otros extremos de América, o allá en Europa, tengo la certeza, digo, que habrían hablado como los que están aquí:

—¿Yo, señores? ¡Jamás! Si a mí lo único que me ha gustado siempre es una buena chuletita con papas fritas y nada más.

¡Qué gente tan aburrida, tan agónica, tan cadáver!

Y pensar qué cosa estupenda ha de ser cuando Satán le presta a uno su colaboración, cuando le lleva a tales intensas vibraciones, a tales vertiginosas y siniestras alturas, que hasta una chuletita con papitas fritas deja de tener interés.

Todos estos señores perdieron la ocasión. ¡Qué cosa imperdonable!

Ya que así ha sido, les aconsejaría una cosa: Empezar por llamar a cuantos se hallan en el extranjero y entonces todos juntos levantar acta solemne en la

que quede estipulado y probado que jamás ningún chileno ha conspirado en ningún sitio, en ningún momento, en ninguna situación, excepción hecha de don

Juan Esteban Montero.

Por lo menos así demostrarían cierto *humour*, ya que lo restante han dicho que no lo tienen.

Menos mal que en este momento ha telefoneado la señora de Naltagua. Un perfume de nuestro magnífico paseo ha entrado a mi escritorio. Y no sólo un perfume, sino también una comprobación de las fuerzas ocultas que nos rodean. Héla aquí:

Apenas en Santiago, la buena señora se lanzó tras noticias de Petorca el ruin, ansiosa de saber si la *māchi* de Curihue había logrado alcanzarle en sus conjuros. ¡Sí! Petorca el villano fué alcanzado. ¡Viva el sapito y su sudor!

Según nos cuenta la señora de Naltahua, las cosas sucedieron como sigue:

Aquel día, cuando nosotros estábamos en Curihue, el vil Petorca, hecho un dandy adorable, se presentaba por primera vez en casa de la que pretendía hacer su esposa. Le reciben los suegros ceremoniosos; le recibe ella compungida; le reciben las relaciones de casa, escrutadoras. Todos quieren darse cuenta de cómo se las aviene el que puede convertirse en un futuro miembro de la familia. Petorca es un confite, una monada, un ángel. No hay rostro que no demuestre una franca aceptación.

Van corridos sólo cuatro minutos en el salón, cuando caen sobre la caricatura del infame personaje las primeras gotas extraídas del sapo. Como un golpazo a distancia, producen ellas sobre Petorca el efecto de un recio taco de fuerte alcohol bebido de un sorbo. El hombre pestañea y se asombra. Quiere salvar tan extraña sensación, cuando ¡pan!, un segundo

trago le quema el esófago y le monta al cerebro. El tío se inquieta, se levanta. Silencio. Creen todos que va a hacer uso de la palabra. ¡Pun! Tercer trago. Petorca el ruin vacila y modula algunas palabras incoherentes enredadas en las r, despedazadas en las rr. ¡Alarma en los concurrentes! Ella está a punto de soltar el llanto. Y ¡pan, pon, pun, pin! En medio del salón, en medio del estupor general, el muy miserable coge la más espantosa, la más frenética y — lo que es peor — la más asquerosa de las borracheras que jamás ser humano haya cogido en su vida. ¡Para qué describir la escena! ¡Para qué describir el estado en que quedó la alfombra del salón, el chaleco y los botines del dandy, el traje de la suegra! Baste decir que en menos que canta un gallo, Petorca el belitre, Petorca el follón, volaba por los aires abofeteado por invitados y lacayos. ¡Adiós los millones del suegro!

Y esto no es nada. Es sólo el primer acto de la justa venganza. El personaje, preparando su visita, hacía quince días, ¡quince días!, a que no probaba una gota de alcohol, ni vino, ni cerveza, nada. Y de pronto, una mona así, de aire, de vacío, estando en plena posesión de sus sentidos... ¡Dios santísimo! ¿Qué puede significar tal cosa?

Petorca el canalla no vuelve en sí, se deshace los sesos, interroga, se desespera, no atina, enloquece. Asegura la señora de Naltagua que el manicomio avanza a pasos seguros sobre su vil enemigo.

¡Bien hecho que las pague semejante personaje!

Sí, es bueno que tipejos así las paguen. En todo caso ayer, después de los discursos, creí que no iría a conciliar el sueño en toda la noche, mas, cuando supe las desdichas de Petorca, me invadió tal somnolencia que a las 9.30 ya dormía como un lirón. Y así dormí hasta las 8 de hoy, sin despertar, salvo un momento, una sola vez que desperté súbitamente. Encendí la luz un minuto, luego la apagué y después de un corto rato agucé el oído.

Antes de aguzarlo oía los ruidos de la calle, las ratas del entretecho, los vecinos que charlaban en alta voz; y yo me oía respirando aquí cerca de los oídos, latiendo un poco más allá.

Pero, apenas lo agucé, se amortiguó todo esto y empecé entonces a percibir las palabras murmuradas por los transeúntes solitarios de las calles; el correr, arriba, de las sabandijas asustadas por las ratas; los vagos suspiros de los vecinos, entre frase y frase; y el golpear de las cenizas de sus cigarrillos contra el suelo. Y yo en mí, oí mi primer respirar muy lejos; mi latir, totalmente ensordecido. En cambio, golpeó a mis oídos el susurro de la sangre en las venas al correr.

Luego lo agucé más. Entonces cayó sobre todo esto último una sordina que lo retrocedió y, al retrocederlo, echó fuera de toda percepción los primeros ruidos gruesos y estos segundos un tanto más remotos.

Entonces, de un extremo lejano de Santiago, oí cómo partía un llanto endeble.

Venía por el aire helado de la noche, abriéndose paso por entre los comienzos de escarcha que en él se iban formando.

Luego, de un punto más cercano de la ciudad, oí cómo partía otro llanto grueso y espeso que, atropellando las escarchas, avanzaba también hacia mí. Justo en el espacio encima de mi techo, encima de mi cama, ambos llantos chocaron y al chocar se quebraron en mil agujas de cristal que me perforaron los tímpanos.

Tras éstos, deshice cada aguja.

Cada aguja llevaba dentro un motivo del pesar que las había lanzado fuera a cabalgar por el aire de la noche.

El llanto espeso lloraba la pérdida de un prendedor de platino, recuerdo de familia; el llanto endeble, la pérdida de un niño en la miseria. Aquél también lloraba el tono de su Packard quedado ligeramente más claro que lo deseado; éste, la tisis enseñoreada en el conventillo. Una aguja del primero de-

rramó el dolor del champaña servido en el banquete acaso con cierta precipitación; una aguja del segundo, el frío que silba en los tabiques y en los huesos. Otra aguja del primero sufrió por las perlas del frac del amigo, superiores a cuantas hasta hoy se habían visto; otra aguja del segundo dijo: "Hambre, hambre, hambre...".

Y así todas y cada una alinearon a lo largo de mis oídos los motivos que en esta Tierra hacen sufrir y llorar a dos humanos.

Entonces los tomé y los puse frente a mis ojos. Semejaban pequeños cabellos negros ligeramente enroscados.

Con una lupa los examiné. Eran todos iguales, iguales, exactos en sus formas y en sus dolores. Una perla envidiada, un pan apetecido..., iguales, exactos; un auto demasiado claro, un cadáver de niño..., iguales, exactos.

Todo igual en el silencio y en la noche. Todo igual hasta la total monotonía.

Para no volver a oír entonces nuevos llantos, empecé lentamente a desaguzar mis oídos. Un momento sin nada. Luego vino a mí otra vez el ruido de una sonrisa de algún hombre feliz que atinaba a pasar por allí en aquel instante; el crujido rechinante del tórax de una mosca bajo los colmillos de una arañita invisible; el chasquido de un sorbo de pisco al caer dentro del estómago de mi vecino; y el hondo, sordo susurro de mi sangre en el corazón, cristalino y meliflúo allá en los pies.

Los desagucé siempre más y más. Pasó un auto haciendo temblar mi ventana; chilló una rata; rió mi vecino con estrepitosa carcajada; y yo suspiré con ruidoso suspiro.

Después dormí en paz.

Estas cosas escuchadas podrían haberme servido de tema para el *Cuento de Medianoche*. Pero

no. Así como al ir tras Titina cayó la medianoche en la punta posterior de mi relato, aquí cae justo en su punta anterior pues es al sonar la última campanada de las doce cuando empiezo a aguzar los oídos. Y ya lo he dicho: en un buen cuento de medianoche debe ésta caer medio a medio. Así es que, por el momento, ¡nada! Como tampoco nada sobre un rol que darle a Fredegunda. ¡Cuánto vacío, Dios santo! Y para colmo, como expectativa, no tengo hoy más que el cementerio. Pues ha muerto don Tomás Copiapó y hoy se realizan sus funerales. Vamos a ellos.

Asistí con mi amigo el cínico de Valdepinos. Fueron grandiosos.

Veintisiete personajes, en nombre cada cual de varios millones de humanos, hablaron frente al ilustre ataúd embriagados de admiración y dolor. ¡Y con cuanta razón! Pues, ¡qué golpazo para nuestra pobre humanidad la desaparición de un hombre como ése, de un hombre semejante! Los veintisiete oradores nos lo dijeron, los veintisiete nos contaron, además las grandezas casi inconcebibles de don Tomás Copiapó. Y no hacían más que repetir, porque de años, años atrás, la prensa universal consagraba columnas y columnas a tales grandezas. No sólo la prensa: cientos, miles de escritores escribían libros sobre su vida y obra; cientos, miles de oradores, a diario, citaban su eminente nombre. ¡Y morir un hombre así!

Me han dicho, de fuente absolutamente fidedigna, que si se fundiera el metal de todas las condecoraciones, cruces y medallas que a don Tomás Copiapó se habían otorgado, con dicho metal podría elevarse una torre que rivalizaría en tamaño con la misma torre Eiffel; que si se hubiesen registrado todas las retretas y conciertos dados en su honor, todas las alocuciones y discursos pronunciados en su homenaje, hoy, los discos colocados uno al lado de otro, darían la vuelta al globo por el Ecuador; que si todos los diplomas y pergaminos que lo acreditaban como el

más grande entre los grandes, fuesen cortados en pedacitos iguales, habría papel suficiente para abastecer todos los W. C. del orbe durante tres años consecutivos. ¡Y hoy fué sepultado un hombre así!

Los sesenta o setenta mil que seguimos sus despojos mortales, llorábamos junto a su postrer morada al son de las veintisiete oraciones fúnebres, del redoble destemplado de los tambores, del tañido melancólico de todas las campanas de la ciudad, del disparo regular, solemne y sordo de un lejano cañón que apuntaba al cielo. Todos llorábamos, todos, salvo el cínico de Valdepinos que reía.

—¿Recuerda usted — me preguntó mi amigo — aquella noche que en el bar, después de tantos y tantos bares y ya algo encendidos por el alcohol, vimos de pronto y por primera vez y, lo que es más importante, vimos lo que era “realmente” una botella; y luego lo que era una botella al tener otra botella al lado, y, por fin, vimos para siempre la botella en el mundo?

—¿Recuerda usted que una mañana asoleada, después de ver muchas telas de Matisse, vió usted al regresar a su casa las persianas de sus ventanas y que, desde entonces en adelante, con ojos desorbitados por el estupor, vino usted a ver cada una y todas las persianas de la Tierra y a implantar en usted un nuevo valor, un nuevo concepto que designó con el signo de persiana?

—¿Recuerda usted que hasta hace poco tiempo tanto usted como yo habíamos pasado por la vida sin percatarnos que en la vida habían sillas, hasta que, un buen día, nuestro amigo nos mostró aquella su desgraciada tela con una silla en un rincón tan estrepitosamente ridícula que junto con apercibirla todas las sillas existentes adquirieron una forma y clavaron en nosotros un significado?

—¿Recuerda usted?... En fin, a qué seguir con los recuerdos. Lo que quería decirle es que a los veintisiete oradores se les olvidó mencionar que don Tomás

Copiapó, cargado de glorias, se había marchado de nuestro planeta después de haber pasado en sus cumbres más de ochenta años sin repasar jamás en ningún objeto, sin haber "visto" jamás, jamás, ni una botella, ni una persiana, ni una silla.

Así falleció este hombre eminente. Que en paz descanse.

Y ahora, ¿qué hacer? Lo más provechoso es sin duda trabajar. Revisando estas páginas de *Miltin*, veo que adolecen de un defecto grave: no tienen color local; yo no me ocupo lo bastante del color local. Y esto es malo, muy malo. Así es que practiquemos inmediatamente esta faz literaria para quitarles a los que me han de atácar una carta en mi contra.

He escrito tres cuentos a base de color local: un cuento francés, un cuento inglés y un cuento español. Hélos aquí:

CUENTO FRANCÉS.

(Dedicado a don Abel Valdés).

Ayer por la tarde pasé por l'avenue de l'Opéra, crucé el boulevard des Capucines y al llegar al parc des Buttes Chaumont entré al café de la Paix donde tomé una fine Courvoisière. Luego me dirigí por la rue de la Chaussée d'Antin hasta la place de la Bastille, donde me encontré con Monsieur de Bordeaux Poitiers que al verme me dijo: Au revoir!

CUENTO INGLÉS.

(Dedicado a don Norberto Pinilla).

Ayer por la tarde pasé por Piccadilly Circus, crucé Regent Street y al llegar a Marble Arch entré al Tames Bar donde tomé a whisky and soda. Luego me dirigí por Hyde Park hasta White Chapel donde me encontré con Mister Birmingham, que al verme me dijo: Good bye!

CUENTO ESPAÑOL.

(Dedicado a don Manuel Vega).

Ayer por la tarde pasé por la calle Alcalá, crucé la carrera de San Jerónimo y al llegar a la Castellana entré al café del Pombo, donde tomé un jerez de la Frontera. Luego me dirigí por la Gran Vía hasta la Puerta del Sol, donde me encontré con el señor de Toledo y Burgos que al verme, me dijo: ¡Adiós!

Y hemos llegado, señores, a la primavera. Porque hoy es 21 de septiembre. Hasta las 4 y 17 P. M., fué aún invierno, pues hasta dicha hora, una nube siguió paso a paso al Sol, haciendo sobre la Tierra, sobre esta bendita ciudad de Santiago, una sombra de su tamaño proyectada desde 2.500 metros de altura.

A la hora indicada se detuvo y dió paso al Sol. Apareció el Sol. La nube se fué lentamente y se escondió tras la cordillera. Apareció pues la primavera a las 4 y 17 de la tarde. Los árboles echaron florecitas blancas, rosadas y moradas. Todos los pajaritos emprendieron el vuelo a un mismo tiempo y los aviones al verlos se elevaron también.

La nube me recordó al bueno de Teodoro Yumbel; los aviones a mi capitán Angol y al cínico de Valdepinos. Los pajaritos y las florecitas no me recordaron nada.

Mi capitán Angol fué quién me dió el bautismo del aire hace nueve años. Después me prometió llevarme en vuelos, según él, fantásticos. Yo, por mi parte, encuentro fantástico aquel del bautismo, aunque él lo considere un juego de niños.

Que se juzgue:

Nos elevamos a 4.000 metros sobre Santiago. Ibamos a 330 kilómetros por hora. Al pasar por encima de la calle Puente, Angol, sin prevenirme ni una pa-

labra, acometió un violento looping-the-loop. Yo iba totalmente distraído, tan distraído que, al quedar cabeza abajo, una idea se me cayó.

Cayó mi idea al medio de la calzada de dicha calle. Era en primavera como ahora. Era el día de la fiesta de los estudiantes. Un grupo de ellos, todos disfrazados, pasaba por allí en el momento de la caída. Encontraron aquello admirable, más que todo, digno de provocar una desenfundada alegría. Inmediatamente se cogieron por las manos y, bailando en ronda con frenesí alrededor de mi idea desamparada, pusieron a cantar a mandíbula batiente:

Tra lará, lará, lará
Tra lará, lará, lará
Tra lará, tirún, tirín!

Ante tanto entusiasmo se agrupó mucho público: caballeros barrigones, niños, muchachitas, suplementeros, carabineros, un sacerdote, un empleado de la Tracción eléctrica y... el cínico de Valdepinos. ¿Cuándo no?

El entusiasmo los contagió. Sin ponerse de acuerdo, en un mismo movimiento espontáneo, se cogieron a su vez por las manos y empezaron un baile en ronda, rodeando al primer círculo de estudiantes, mas girando en sentido inverso.

Menos el cínico de Valdepinos.

Cantaban estos últimos:

Pin pirún pirún pimpón
Pon pon pon!

El cínico de Valdepinos, desde la acera, los animaba a grandes voces:

—¡Bravo! ¡Más! ¡Ahora!

Sabía el cínico de Valdepinos que lo que al centro allí había era, ni más ni menos, una desamparada idea mía.

Hasta que cansados todos se disolvieron riendo a carcajadas del chiste.

Entonces mi idea se caló el gabán, cogió su paraguas, hundióse el hongo y se fué a orillas del Mapocho. Ahí, sola, muda, esperó el anochecer. Cuando anocheció, orinó.

Y siguió orinando hasta que la Luna se puso entera encima del Tupungato.

Entonces, de entre las aguas y miasmas, salieron unos perros famélicos que, en menos de un segundo, la devoraron.

Así murió mi idea.

Todo esto lo he sabido por el cínico de Valdepinos. ¿Por quién otro? El cínico de Valdepinos, cuando, público y estudiantes se alejaron, siguió cauteloso a mi idea y luego, oculto tras un farol, aguardó que su destino se cumpliera.

Acto continuo fué en mi busca. El cínico de Valdepinos me dejó a entender que todo aquello había sido ejecutado con la complicidad del capitán Angol. Pero de allí a que yo lo crea, hay muchos años de distancia.

Quise en un momento amonestar al cínico de Valdepinos. Pero él me dijo:

—Escuche usted un dato que, seguramente, puede serle de alta utilidad. Los estudiantes eran seis, cuatro muchachos y dos muchachas. Los muchachos vestían todos de clown. Uno de negro con golilla roja, otro de blanco con golilla verde, otro de rojo con golilla negra y el último de verde con golilla blanca. Las muchachas vestían de Noche y de Aurora. La de Noche iba de azul con estrellas de plata; la de Aurora, de celeste con sol de oro. Todo esto le puede ser a usted de alta utilidad.

Dicho lo cual, se marchó.

Desde hace nueve años tengo, pues, una idea menos en la cabeza y esta carencia me produce a menudo variados trastornos como, por ejemplo, una fuerte

pérdida de la memoria. Prueba de ello es que había olvidado completamente al hombre Martín Quilpué durante todas estas últimas páginas. Ahora lo recuerdo. ¿Qué será de él?

Vamos a ver.

El hombre Martín Quilpué va atravesando un jardín. Hay en él más de mil petunias. ¡Las lindas petunias! Hay también rosas, claveles, mandrigalas negras, liróforas celestes y blancas ensordecedoras.

Al paso del hombre Martín Quilpué ninguna flor hace nada. Es como si por allí no fuese pasando el hombre Martín Quilpué.

Feliz él entre flores quietas. Pero yo también voy a darme mi pequeña felicidad que no es inferior a la de pasar inadvertido entre mil pétalos silenciosos. Voy a comer, y a comer un gran plato de sopa Oceánica. ¡Honor a la sopa Oceánica! ¡Y honor a su autor el poeta Vicente Huidobro! Puede ella figurar entre sus más sabrosos poemas.

Todos los que tengan nuestro monumento nacional de cocina *La Buena Mesa* deben, en el capítulo sopas, agregar la receta de la gran Oceánica. Héla aquí comunicada por su propio autor:

SOPA OCEANICA.

(Para 8 personas)

- 4 tazas de caldo de hueso
- 4 tazas de caldillo de congrio en vino
- 2 docenas de camarones
- 12 machas
- 12 ostras
- 10 choros
- 6 lenguas de erizos
- 6 locos
- 6 ostiones
- 2 huevos
- 2 cebollas grandes

150 grs. de callampas
150 grs. de champiñones
1 copa de jerez.
Pan rallado.

En el caldillo de congrio, que se ha preparado el día anterior, se ponen a hervir los choros. Una vez cocidos se sacan y en el mismo caldillo se cuecen los camarones. Se repite la operación y viene el turno de los ostiones y finalmente el de las ostras. Se cuele el caldillo para quitarle la arenilla de los mariscos. Estos, ya cocidos se desconchan, se cortan en pedazos y se vuelven a poner en el caldillo. En el caldo de hueso se están cociendo los 150 gramos de champiñones y los 150 de callampas. Ya cocidos se unen con su caldo al caldillo de congrio y se agrega una copa vinera de jerez. Luego se agrega pan rallado a voluntad. Antes de servir se ponen las machas y se hierve todo junto $\frac{1}{2}$ minuto. Al servir se agregan las yemas de huevo. Cuando se le quiere agregar erizos, se dejan remojando las lenguas desde el día anterior en vino blanco, para que pierdan el gusto a yodo y se agregan a la sopa después que ha sido colada para que tengan tiempo de hervir bastante.

¡Y a la mesa!

Por mi parte voy a decirle al autor que me apego en todo a su receta, salvo en dos puntos: yo no le pongo erizos ni ostras. ¿La razón? Hay cuatro cosas que, a mi juicio, jamás deben mezclarse y deben siempre ingerirse tal cual, pues variarlas, un poco que sea, es sustituirlas. Estas cuatro cosas son: las ostras, los erizos, las paltas y el whisky.

En fin, si alguien no piensa así, que los ponga. De ningún modo le harán mal a la sopa. Lo que a mí me pasa es que tanto ostras como erizos, me los como antes de empezar a cocinar.

Todo el mundo ha oído decir que comer ostras es comerse el océano. Sí, pero hay océanos y océanos.

El que uno se come con las ostras es el océano

sin costas, azul bajo el cielo azul, suavemente rizado por fresca brisa, grande y puro frente al Sol y cruzado únicamente por lejanas galeras griegas de blanco velamen.

En cambio el que se come con la sopa Oceánica es el océano de los grandes puertos, habitado por mil peces y moluscos, entretejido de mástiles y altas columnas de humo, bañando las callejuelas sórdidas donde aman, cantan y se apuñalean bajo la Luna los marineros del mundo entero.

Con una ostra, uno se come el mar de Atenas cuando Píndaro canta y se inclina un olivo con la brisa.

Con la sopa Oceánica uno se come las tinieblas tenebrosas de Liverpool y Marsella y las anclas dormidas sobre los cadáveres de los habitantes del fondo de las aguas.

Ahora para aquellos que no gusten de los mares, recomiendo la crema de Callampas de *La Buena Mesa*, página 232. Comerse esa crema es comerse nuestros grandes y agrestes cerros cuando un hálito de primavera hace soltar de cada rama, de cada flor, de cada yerba, un perfume de campo, de Sol y de altas nubes blancas pasando pausadamente.

Y otro día, cuando me vuelva el apetito — hoy estoy satisfecho con la Oceánica—, hablaremos del exquisito e incomparable pollo de las Islas. Por ahora hablemos de algo tan sabroso como dicho pollo, tan sabroso como el más sabroso plato de *La Buena Mesa*: ¡Su prólogo! ¡Deleitoso!

Con este fino tenedor de plata ensartemos un bocadillo de tan exquisito e inefable trozo. ¡Tas! ¡Y al paladar!

“En un pueblo bien comido reina la paz pública...”
(Página 9; líneas 16 y 17).

Ni más ni menos: en un pueblo bien comido reina la paz pública: sal, pimienta, orégano, comino, cebollitas en escabeche y jugo de limón. Y, naturalmente, es la lógica misma, para que el pueblo esté bien comido, se escribe un libro sobre comida.

Pero yo me atrevería, si no a rebatirle al prologuista su afirmación, a decirle que si ésa es una de las más grandes verdades que haya elaborado un cerebro humano, no es, sin embargo, "toda" la verdad. Pues el pueblo no sólo necesita para respetar la paz pública comer bien, sino que también necesita vestir bien. Es así. En un pueblo bien vestido reina la paz pública.

Es, pues, necesario, para llevar la obra a feliz término, escribir ahora *El Buen Ropero*.

Es inimaginable el número de hombres en todos los pueblos del mundo que no saben escoger con certeza la corbata armonizadora con la camisa, que no cambian a diario de indumentaria las cinco veces que prescribe la elegancia, que llevan a las 3 de la tarde calcetines que debieran llevarse a las 4 y cuarto. Y es necesario poner coto a tales cosas, so pena de que veamos alterada la paz pública. Es necesario que cuanto antes vea la luz del día *El Buen Ropero*. Así desaparecerán todas esas ideas anarquistas. Pues los pueblos se convencerán acto continuo que los hombres que las sustentan, han sido hombres que jamás han sabido cual era la cinta precisa para un sombrero suelto llevado a las 11 de la mañana en el primer día de otoño en una ciudad populosa.

Y ahora, ya bien comidos y con mi rica corbata de seda, veamos qué demonios quiere mi capitán Angol que me está telefoneando: nada menos que invitarme en su nuevo avión a realizar los prometidos vuelos fantásticos. Serán cuatro diferentes y, me asegura Angol, cada uno mejor que el anterior.

Muy bien. Zumba la hélice. Corre el avión y se eleva.

Vuelo A.—

Cuando estuvimos a gran altura, me resolví a mi-

rar a tierra. La noble ciudad de Santiago se había aplanado, sus altos edificios, ¡qué!, sus cerros, desinflado. Aún sus grandes montañas — que a los extranjeros de paso enseñamos desde un balcón cualquiera como la cordillera — apenas se levantaban allá abajo penosamente sobre el suelo. Pero la cordillera misma, a mi derecha, se había agigantado prodigiosamente. Formaba como un muro levantado allí para defendernos del cielo, para atajar la Luna. Al verla así — yo que creía que también se había hundido — tuve un sentimiento de estupor que no quise ni pude analizar pero que me hizo, repentinamente, como reflejo, golpear el hombro de mi capitán Angol para indicarle que subiésemos más, que nos encaramásemos sobre ella. Con un dedo y con los ojos, el capitán me preguntó si quería mirar del otro lado.

—¡No, mi capitán — le grité haciendo una bocina con las manos—, lo que quiero es estar encima para verle la cara!

No sé si me oyó. En todo caso accedió a mi deseo y trepamos. Y al estar encima le vi por primera vez la cara a la cordillera.

Nunca se me habría imaginado que tuviese ella también, como nosotros, un rostro, una expresión — cualquiera que fuese — pero que al sorprenderla afirma su existencia, como quien dice: "Héme aquí, a mí también!" Y se aísla del resto para, a su vez, ser. ¡Qué fisonomía más que divina, o divina simplemente si se devuelve a esta palabra su verdadero significado! Se imprimía en ella la expresión de un enorme, de un inmenso pensamiento lentamente elaborado, tendido a lo largo del continente, reconcentrado en hallar su destino, sin moverse. Me sentía aterrado.

Y pensar que todos nosotros habíamos vivido siempre, nosotros, nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros antepasados, los conquistadores, los indios, los primeros hombres antes de los indios, todos, apoyados o rasguñando como microbios aquello que considerábamos una cosa, sí, una cosa no más, una cosa más, una

de las tantas cosas que hay, sin vida, sin idea, sin peligro... Y la cosa, ¡Dios mío!, vivía, estaba viva, allá arriba, en su cara, naturalmente, como todo lo que vive. Ya lo digo, estaba aterrado y este terror se acrecentó de pronto cuando por no sé qué combinación de picachos y precipicios, su fisonomía fué por un instante algo cansada, como quien bosteza, se estira, suspira, aburrido de tanto vivir.

Nuevamente golpeé el hombro del capitán para pedirle que descendiésemos, mas él, sin volver la cabeza, con el índice de su diestra me indicó que no. Y sin más hizo con su avión una formidable montada.]

Vuelo B.—

Nos elevamos. La cordillera abajo se aplanó como un momento antes la ciudad de Santiago, y nos encontramos solos en medio del espacio. La cosa empezó a carecer de interés. ¿Qué puede interesar a un hombre el aire, el azul sin más? Así reflexionaba cuando miré, por mal de mis pecados, a mi izquierda: ¡el Sol!

Pero, un momento. El Sol, por cierto, no hay mortal que no lo haya visto una y mil veces, mas a aquella fantástica altura no sé de nadie — excepto del capitán Angol — que lo haya visto como yo. Lo vi ahí, de pronto, solo, solo, solo — ¿compréndese lo que esto significa, “solo”, cuando se refiere al Sol?—, solo él, despojado, por lo tanto, de todo cuanto creemos nosotros, desde la Tierra, que es su razón de ser, sea decir sus obligaciones; sea, nosotros mismos primero y después, después él. Salir, cabriolar en nuestras ventanas, acalorarnos, esconderse tras las nubes, bromear con los árboles, hacer marchar a los poetas, y qué sé yo. En fin, siempre a través o adicionado a algo.

Y hé ahí que al verle de tal modo me di cuenta que él jamás había pensado en tales cosas y vi que hasta las ignoraba totalmente. Al verle de tal modo le vi

vivo también y, como vivo, preocupado tan sólo de sus asuntos, viviendo a su vez su vida, satisfecho acaso a horas, mortificado a otras y así, en espera de su destino, girando preocupado en alguna inmensa órbita. Todo esto fué como verle también la cara y ya, al verle la cara al Sol, mi terror llegó al paroxismo.

Por segunda vez Angol me hizo signos de que no aterrizaría hasta que a él, no a mí, se le diese la gana. Atisbando a hurtadillas, me sumí entonces en la carlinga llamado por algo que dificultosamente se removía en embrión en mi cabeza. ¿Qué era? ¿Qué?

Desde luego una reflexión: acababa de sorprender que la cordillera vivía. ¿Sentir estupor por ello? Sí, era natural aunque el más elemental raciocinio debería haberme cerciorado de que si una cosa, tan sólo una, vive, tienen que vivir todas. Imaginar vida en la no-vida... me es imposible, me es absurdo. Ya lo digo: a la mente más elemental cae el dilema de "o lo uno o lo otro, mas no los dos". Que cada cosa viva ahora a su manera, es otro cuento y a otros dilucidarlo y clasificarlo. Pero, de todos modos, el estupor es natural. Desde pronto porque es diferente saber a ver. Desde pronto y por cierto, y esto, en el caso de la cordillera, residía en el hecho de haberme sentido a mí mismo con todos los hombres y desde que el mundo es mundo, viviendo como piojos inconscientes, piojos en un día lejano concientes acaso como aves del cielo, más que de tanto roer y rasguñar, rasguñar y roer los pies de las montañas, olvidaron, identificados con su labor de garrapatas, la cara de allá arriba, su mirada. Del Sol podría decir otro tanto. Por primera vez en mi vida veía que yo, ¡yo!, para nada estaba ni había estado ni estaría en la existencia de aquélla ni en la existencia de éste — existencia sórdida, nebulosa y agazapada la primera sobre la tierra que chupa y rumia; existencia solitaria y vibrante en medio del espacio la segunda, de ese espacio que él trabaja, piensa y revuelve.

Justifíquese, pues, mi estupor. Pero, ¿el terror?

¡Ah! Esto es ya otro punto que pasé escudriñando mucho rato, tal vez mucho tiempo.

Angol volaba y volaba considerando las horas — con razón — como cosa únicamente de relación para nosotros entre las posturas de nuestro globo y el Sol, por lo tanto inexistentes en aquel sitio aparte en que ya nos hallábamos. Yo, mientras tanto, por más que escudriñaba, no lograba una clara luz sobre el asunto. Siempre quedaba algo en las tinieblas, algo que se removía muy en mi fondo pero que cuando parecía presentarse, volvía a confundirse y a desaparecer. Total, que tuve que contentarme, a falta de explicación, con una simple constatación: nosotros hombres, cada vez que vemos vida nos asustamos... ¿Por qué? Ya lo dije: las explicaciones se esfumaban y me parecía bastante trivial formular: “uno se cree mucho y fuera de uno el resto — aunque se sepa lo contrario — se le considera en función de uno; entonces cuando por un instante se ve que los demás y lo demás también vive, es decir que la vida no es sólo uno, da miedo al ver agrandarse todo y achicarse uno”. Así lo formulé no creyendo mayormente en ello y enrojando un tanto.

Me puse entonces, a falta de explicaciones, a corroborar mi acierto con ejemplos. Por eso — me dije — se siente miedo ante la muerte, cuando vemos morir a alguien, porque en el momento de morir sentimos por un instante que puesto que ese alguien muere, era que vivía, que había estado vivo. Mas, inmediatamente, esto se esfuma y se procede al llanto y sepultación. Como fué — recordaba — el caso de Viterbo, el viejo, muy viejo criado de casa que, a pesar de llevarse el día entero de arriba para abajo por patios, corredores y habitaciones, monologando sin cesar, a ninguno se nos había ocurrido que ese viejo Viterbo hubiese podido existir independientemente a la representación que cada cual se hacía de él, representación de nuestras mentes proyectada hacia el mundo en forma de un viejo cascarriento que nunca estaba en el mismo sitio. Y un día murió... Y entonces todos lanzamos un

grito temblando. Este grito se justificó de mil maneras insignificantes, pero, ¡nada!, ¡mentira! Lo lanzó cada cual, como lo lancé yo, al percibir en el instante de la muerte que Viterbo *era*, que el mundo no era solamente uno, era por lo menos dos, Viterbo y uno.

Otra vez íbamos todos por un bosque. Fuimos a sentarnos sobre varios troncos derrumbados. De pronto uno de ellos se movió y avanzó. El grito de terror lanzado entonces fué justificado por el peligro de haber sido mordidos o estrangulados por una serpiente, por la serpiente que habíamos tomado por tronco. Mas yo estoy cierto que este miedo vino un quinto, un décimo, si se quiere, de segundo después de la primera impresión originadora del grito. Esta impresión fué de espanto ante la posibilidad que cada cual creyó venir de que un tronco inerte fuese a mostrar vida, a presentar a nuestros ojos atónitos un acento de vida que, al ser inusitado, fuera a darnos la revelación de vida descarnada, sola, allí fuera, fuera de nosotros.

Pero nada de esto me satisfacía. No era ello lo que yo buscaba y sentía removerse en el fondo de mi cabeza. Esto me dejaba la sensación como de un recuerdo que quería salir a luz. Mas nada, nada.

En estas meditaciones estaba cuando a Angol se le ocurrió hacer una brusca hoja seca que arrojó lejos de la carlinga tales meditaciones y, en una de esas piruetas, me hallé por un instante, con el cerebro descargado, frente al Sol. Entonces el recuerdo salió a flote. Hélo aquí:

Hace tiempo, mucho tiempo, tanto tiempo que no creo haya números suficientes para contar los años que han transcurrido desde entonces hasta hoy, era yo un mosquito.

Eramos muchos los mosquitos que pasábamos la vida balanceándonos en el aire y entreteniéndonos con una serie de pedazos de aire imperforables, algunos cobijantes, otros sabrosos, otros ingratos — que tal nos parecían lo que, hoy supongo, deben haber sido

seres que picábamos, flores coloreadas, tierras y fangos.

Una mañana — digo yo; la impresión que guardo es de una excesiva luminosidad y como ahora (1934; no cuando era mosquito), encuentro siempre las mañanas más luminosas que los mediodías y las tardes, porque me gusta pasarlas lo más posible en mi cama y a oscuras—, una mañana, deseoso de clavar mi aguijón y picar, volaba dando vueltas alrededor de uno de esos imperforables que algo — no sé si instinto, olfato o vista o qué sé yo; calcúlase cuán vagos han de ser mis recuerdos de semejante pasado—, algo me aseguraba ser apto para ser picado.

Pero antes de picar — aquí ignoro totalmente las causas—, dí alrededor de aquello apto para ser picado dos vueltas, tal como lo hacen ahora los aviones y muy especialmente éste de nuestro capitán Angol. Sin duda, mis intenciones eran muchas vueltas. Mas, apenas terminada la primera, un vago malestar me invadió, un vago desasosiego.

El motivo no puede haber sido más que uno. Hasta creo que lo recuerdo. Aquí, conjúntense varias circunstancias: luz, (mejor se me antoja ángulo de luz); orientación respecto al norte; distancia entre mi vista y el objeto mirado, (lo que iba a picar, se entiende); velocidad mía con respecto a él; velocidad mía con respecto a lo que no fuese él; cantidad de deseos míos de picar, (sea, hambre mía); dirección, intensidad y objetivo del rayo lanzado por él; y seguramente muchas más.

El cierto caso es, que todas estas circunstancias juntándose, coincidiendo, me hicieron mirar primero y luego ver.

Desasosogado con la primera vuelta, me prometí en la segunda fijarme más. A la segunda me detuve en los aires, (como aún no lo hacen los aviones), avancé, retrocedí, subí, bajé, giré, planeé, zumbé. Y vi.

Vi un ojo.

Aquello inerte que yo siempre picaba, que todos

nosotros picábamos, aquello, en alguna parte — lejos o cerca, no sé —, tenía por lo menos un ojo.

Aquello — cosa, aire imperforable, picotón nuestro — en cualquier parte que lo agujeráramos, obedecía, en otra, por lo menos a un ojo.

Toda aquella inmensidad velluda como selva, inmóvil como este suelo, allá, en un punto, allá, tenía un ojo.

Un ojo que con respecto a mí, en tamaño, vendría a ser respecto a un hombre de ahora de mediana estatura, más o menos — calculo —, de un diámetro igual al cerro San Cristóbal.

Y aquí recuerdo algo nítidamente. Quise saber cuánto pertenecía, cuánto obedecía, cuánto miraba por aquel ojo.

Volé, zumbé.

No lo supe. Llegué sólo a simples conjeturas. Pues volaba y aterrizaba y, naturalmente, el ojo había desaparecido. Examinaba el sitio en que me hallaba. Lo definía cuanto mejor podía y luego me decía que ahora era necesario ver su relación, su unión con el ojo. Volaba, zumbaba.

Me perdía.

Aparecía nuevamente el ojo. Pero ya el punto de aterrizaje anterior había salido totalmente del campo de mi vista y mis medios de apreciación no me permitían juzgar si entre ambos había o no continuidad.

Por las sensaciones que aún guardo de aquel entonces y de aquella experiencia, vengo a deducir que aterricé una vez en lo que hoy llamamos un cuerpo peludo — tal vez del mismo organismo que el ojo —, otra, en lo que hoy llamamos un tronco, un barrizal — me costó desprender mis seis patas —, otra en una hoja, o una piedra. Mas, como digo, no pude saber si aquel ojo miraba para el cuerpo peludo, para el tronco, para la hoja o la piedra. Y en un momento llegué a pensar que acaso miraba para todos a la vez.

Ante tales tribulaciones, decidí consultarme con mis semejantes.

Los reuní a todos y les comuniqué mi hallazgo. No sé cuántos seríamos. Los mosquitos no saben contar, pero si no lo saben, saben en cambio — o mejor dicho, tienen la noción de las proporciones. De todos ellos, más o menos $\frac{1}{8}$ se interesó por el asunto, mientras los $\frac{7}{8}$ restantes se marcharon sin prestarme mayor atención. Ya con este octavo reanudamos nuestras experiencias.

Volamos mucho por todos lados hasta que por fin volvimos a hallar el ojo. Unos cuantos quedamos allí de guardia, suspendidos, agitando nuestras alas, y los demás partieron a explorar. Luego uno de los exploradores vino hacia nosotros con la noticia de que por allí cerca se había visto otro ojo y que un grupo, semejante al nuestro, permanecía de guardia frente a él. Lo que hicimos entonces fué lo siguiente:

Un grupo aquí; otro allí. No alcanzábamos a verlos, creo superfluo añadir. Frente a cada uno, un ojo. Entonces, en escuadrillas de a tres, (como mosquitos podíamos contar hasta 4), volábamos rápidamente, a cuanto nuestras alas nos daban, de un grupo a otro, sea de un ojo a otro. De tanto repetir este ejercicio, mejoramos nuestras velocidades a tal extremo que, al final, los más veloces, (entre los que tuve el honor de contar), podíamos decir que aún no se había borrado la imagen — acaso mejor decir la sensación — de un ojo, cuando ya el otro entraba a nuestro campo visual. Al fin vinimos a crearnos una especie de conexión entre ambos, un sentido, no entre, sino *de* ambos.

Entonces vino algo semejante a lo que ahora llamamos pánico colectivo.

Un mosquito vecino mío profirió, (pido disculpas por usar palabras a la usanza de los hombres; los mosquitos no profieren), un algo que hoy, entre humanos, se diría: “¡Jesús!” o “¡Demonios!” o “¡Sálvese quien pueda!”. Fué todo. Y siguió un desbando de horror.

Recuérdese que hasta aquel momento jamás a ninguno de nosotros se nos había ni siquiera ocurrido que, en esos aires en que vivíamos, algo pudiese vivir

como nosotros y menos aún que esos aires o sus partes pudiesen ser como nosotros... Fué la sensación súbita de que nos miraban. Que vivíamos dentro de algo que a su vez vivía y nos veía.

¡Pánico! ¡Horror!

Volábamos atropellándonos, sin saber con qué rumbo. Entre verdes espesos me acurruqué no sintiéndome muy resguardado, pues me asaltaba el temor de que aquello me estuviese también observando. Poco a poco empezaron a llegar mis compañeros. Al fin nos reunimos todos. Estábamos pálidos. Sudábamos frío.

Mas como el tiempo empezó a transcurrir y nadie nos devoraba ni siquiera nos molestaba, empezamos a recobrar valor, aunque siempre la imagen de ojos inmensos, colocados por allí en alguna parte, nos seguía obsesionando.

Pero algo había por encima de temores y obsesiones. Había una curiosidad y había un deseo.

Curiosidad de conocer a fondo este misterio de los ojos. Deseo de hallar, una vez por lo menos, ojos no tan grandes, ojos posibles — dado nuestro tamaño — de ser estudiados y comprendidos en relación a aquello para lo cual servían.

Este deseo, esta esperanza, nos infundió ánimos para abandonar los verdes espesos e interés suficiente como para concentrar toda nuestra atención sobre cuanto se presentase ante nosotros, curiosos de sorprender otra manifestación de vida que algo nos orientara en las tinieblas en que nos hallábamos.

Pasaba a veces un ojo grande. Después cosas y más cosas, cuyo sentido no percibíamos. Mas, al fin, de tanto buscar y escudriñar, entre duros pliegues y repliegues, uno de nosotros se halló súbitamente frente a un ojo de dimensiones viables.

(Comparado a un hombre actual, sería un ojo de $\frac{1}{4}$ de su tamaño total).

Y junto a éste había otro y otro más, había ocho ojos reunidos.

Alarma en nuestro campamento. Nos avalanza-

mos en un incansable ajetreo. ¡Sí! Aquéllo lo teníamos todos y, cogidos del extremo de las alas, vola-observaciones. Aquello era relativamente pequeño. Elevándose a debida altura podía vérsese casi en su totalidad, y si algo no se precisaba bien, pues se bajaba entonces y se consultaba con los demás. Era lo que hacíamos: contorneábamos, tocábamos, discutíamos en un incansable ajetreo. ¡Sí! Aquéllo lo teníamos ya a nuestro alcance, lo dominábamos, lo precisábamos, lo delimitábamos. Es decir que pronto, para nosotros, se aisló objetivamente.

Nuestras alas se aflojaron y caímos casi aniquilados. ¡Habíamos visto! ¡No éramos, pues, los únicos en el universo!

Antes de proseguir creo que es de mi deber dar algunas explicaciones para aquellos que no recuerden su época de mosquitos. Hoy día los hombres tienen una marcada tendencia a juzgarlo todo según ellos mismos y, al hacerlo así, encontrarán — en el caso que describo — varias afirmaciones que han de tildar como erróneas. Me refiero a cuanto he dicho sobre nuestra vista (de mosquito, se entiende) y sobre los objetos vistos. Se notará inmediatamente que las relaciones entre ambos no corresponden a las relaciones de nosotros hombres. Me explico:

He dicho que aquel primer ojo inmenso era en relación a un mosquito como lo es el cerro San Cristóbal (300 metros) en relación a un hombre corriente.

Ahora bien, si un hombre se encuentra ante algo insólito de 300 metros, le basta alejarse una, dos o tres o más veces ese tamaño para poder apreciarlo en su totalidad y en conjunto con las cosas que lo rodean. Si a tal hombre se le da el don de volar (como era nuestro caso) o un avión para sobrevolarlo, contornearlo y demás, esos 300 metros pasan a ser una simple chuchería que da vueltas y examina a su antojo.

En cambio he dicho que nosotros, apenas nos alejamos para abarcarlo de un solo vistazo en su totali-

dad y en sus alrededores, lo perdíamos de vista, perdíamos toda conexión entre él y lo que ahora empezábamos a ver. ¿Entonces? ¿Error mío? ¡No! La solución es muy sencilla: los mosquitos ven de otro modo que nosotros.

Los mosquitos son (en todo caso éramos) extremadamente miopes.

Veíamos a corta distancia (15 o 20 veces nuestro tamaño) con la misma nitidez que cualquier hombre de buena vista, pero pasada ella, no veíamos más que nieblas.

Ignoro cómo verán los mosquitos y otras bestezuelas de hoy. En todo caso puedo asegurar que los de aquel remoto pasado veían así y no de otro modo.

Otra advertencia:

Todo lo explicado del pasado en cuestión es sólo aproximativo, quiero decir, no corresponde exactamente al mundo hoy existente. Así, al decir "mosquito" no significa que fuésemos nosotros en aquel entonces tal cual es un mosquito de hoy. Eramos "más o menos" lo que corresponde hoy a un mosquito. Igual cosa del ojo inmenso y del cuerpo peludo como una selva. Aquello no significa precisamente una vaca o un caballo que ni sé si tales animales habían hecho ya su aparición sobre la Tierra. Aquello significa "más o menos" (vuelvo a repetir) la relación que hoy podría haber entre un simple mosquito afanándose por darse cuenta qué demonios es una vaca en medio del universo, y esa misma vaca percibiendo indiferente en el glauco de sus ojos un mosquito que pasa y pasa y vuelve a pasar.

Obvio agregar que lo mismo es para los ocho ojos. A esto llámesele araña si se quiere. No creo que haya sido tal. En todo caso era "más o menos" su correspondiente en ese lejano, en ese prodigioso pasado.

Y basta. Sigamos.

Seguimos. Seguimos nuestras afanosas búsquedas,

nuestras delirantes búsquedas. Aquello de los ocho ojos nos era aún demasiado grande. Necesitábamos ojos tales, que el tamaño de lo que servían estuviese totalmente dentro de un solo vistazo nuestro. Así ya poseeríamos, como quien dice, el extremo de la hebra conducente a vidas mayores.

¡Cuánto buscamos! ¡Un enjambre de abejas formando su colmena, un grupo de obreros levantando los muros de un edificio, dan sólo una idea vaga de nuestro octavo en la obra de hallar más posibilidades de existencia. Hasta que una vez sonó entre nosotros algo que hoy expresaríamos "¡eureka!"

Y vuelvo a lo mismo. Aproximaciones. Lo encontrado lo llamaríamos hoy un bicho entre cucarachita y mosca. ¡En fin! ¡Ya estaba aquello francamente a nuestro alcance!

Y entonces, mientras los $\frac{7}{8}$ de nuestros semejantes seguían plácidos e indiferentes rascándose en ese aire primitivo, nosotros nos inoculamos sólo un deseo, una fuerza, un ardor: dejar de ser mosquitos para — por medio de esa punta de hebra — lanzarnos sin más, de tumbo en tumbo, de nacimiento en nacimiento, a través de todo cuanto tuviese ojos más grandes que los nuestros.

Así fué cómo rodamos, entre siglos y más siglos, por cordones de vida.

Así fué cómo aquel estupor primero, aquel pánico que a punto estuvo de acarreararnos la muerte, hizo nacer una voluntad inquebrantable, que nos sumió en la inevitable ampliación de nuestros cuerpos hasta ser hoy los hombres que somos, con todos sus achaques y sinsabores, y dejar de ser para siempre los otros mosquitos que siguieron y siguen aún zumbando en el aire único y sin más.

Hombre con achaques y sinsabores...

Tal vez. Pero, al fin y al cabo, hombres, lo que equivale a decir seres últimos que miran y a quienes nadie mira.

Seres que viven viendo lo que viven mas que no

son vistos por aquello en donde viven.

Seres felices, por lo tanto. Seres más allá de los achaques y sinsabores. Seres plácidos e indiferentes como los mosquitos balanceados en el aire.

Ser así, yo también.

También, hasta que, entre piruetas y piruetas del avión de mi capitán Angol, vine a quedar por un segundo, solo y cara a cara frente al Sol. Entonces aquella lejana impresión de aquel pasado mil veces remoto, tomó cuerpo y me rozó como un ánima puede rozar a un hombre de carne y hueso. Y sentí que la sangre se me helaba en las venas.

De nuevo se producía el fenómeno. Vagamente, es verdad, vagamente como las ánimas. Mas por muy vago que fuese, sentí que el universo entero también miraba; que yo, junto con ver, era visto a mi vez. Y el Sol, al haberse desprendido, gracias a la vertiginosa altura del avión, de toda relación con sus planetas, fué un ojo, allí, un ojo que veía obedeciendo a mayores vidas.

Aquí no sólo el pánico de que me miraban me cogió. También el recuerdo de las experiencias pasadas. Como que la curiosidad se me infiltrara... ¡vuelta a tratar, tras búsquedas y más búsquedas, de encauzarse por otros cordones de existencias!

¡A otros ahora intentarlo! Yo, cuando mosquito, cumplí mi misión.

Pero el ojo sigue, sigue por todos los ámbitos del cielo atisbándome.

—¡Capitán! — grité—. ¡Por el amor de Dios aterricemos!

Angol se volvió y como un cañón repuso:

—¡¡No!!

Vuelo C.—

Y aquí el capitán dió a su aparato un empuje tal,

que por largos minutos tuve el estómago en los pies. La Tierra, abajo, se convirtió en una bolita no mayor que una pelota de tennis. La Luna era junto a ella una pelotilla de miga de pan. Las estrellas quedaron iguales. Y por varios puntos del espacio aparecieron otras esferas de diversos tamaños, no yendo la mayor más allá de las dimensiones de un balón de fútbol.

Angol, apenas cesado el empuje, instaló de sus oídos a mi boca, de su boca a mis oídos, una especie de teléfono que nos permitió comunicarnos como en una corriente conversación de Tierra.

Mi primera pregunta fué:

—¿Dónde estamos?

Me respondió:

—En los espacios interplanetarios. La bolilla que ve usted a nuestros pies es donde usted nació y donde seguramente terminará su vida, pues, no pienso aquí en este sitio acogerle a usted. Allí al frente, esa bola grande es Marte. Y toda esa especie de pelusilla, arriba, ¿la ve usted?, son los planetas telescópicos. Por último, allá atrás, esa bolilla un poquito mayor que la de usted (así llamó el capitán a la Tierra durante todo este vuelo, acaso para significarme que yo, como neófito en estas hazañas, aún quedaba demasiado arraigado a nuestro planeta), esa otra es Júpiter. Estamos, pues, entre Marte y su bolilla de usted, justo en el punto en que sus fuerzas de atracción se anulan.

—¡Magnífica cosa, capitán! — le grité por mi fono.

Y apoyado al borde del avión me puse a contemplar nuestra buena y querida bolita.

¡Qué deseos súbitos me invadieron de tener entre mis manos una raqueta proporcional y, de un golpe potente, mandarla a hacer..., ¿cómo se dice?, mandarla adonde el Diablo perdió el poncho! Si de mí hubiese dependido, hoy ustedes que me leen y todos ustedes que no me leen, estarían... más vale no

decir dónde. Pero luego pensé si, de serme posible, ¿lanzaría o no tal raquetazo? Tal vez no. Seguramente no. Dejaría todo cual está. Ni con la punta del dedo meñique tocaría a nuestra buena bolilla. No por los ciudadanos que lleva en su lomo, no. No la tocaría por mí, así como suena: por mí. Pues desaparecida ella tendríamos forzosamente, Angol y yo, que buscar otro punto de aterrizaje, ya que en el avión no podríamos quedar por falta de comestibles. Tendríamos por cierto mucho donde escoger: desde luego, ahí, Marte; del otro lado Venus; y luego los demás; y hasta a caballo en un telescópico... Por ese lado, ningún temor. *L'embarras du choix*.

Pero hay que considerar otro punto, otro punto que a menudo se deja de lado y que debiera ser considerado como el eje de nuestra razón: la costumbre.

¿Se imagina alguien el esfuerzo y las penurias que sufrir para acostumbrarse en otro planeta por hermoso que sea, como Venus, inmenso como Júpiter, chiquito y adecuado a nuestro tamaño como un telescópico, bien calefaccionado como Mercurio, férreo como Saturno, o silencioso, frío y alejado de todo mundanal ruido como Neptuno? Por muchas ventajas que cada cual tenga sobre el nuestro, ¡qué diablos!, ya estamos acostumbrados en él. Podrán los otros ofrecer cosas inimaginables en su magnificencia, mas yo me pregunto: ¿Y si no hay en ellos ni camas ni tabaco?

Dejemos las cosas como están.

Así pensaba cuando creí de pronto que el cosmos se volvía loco y a punto estuve de lanzar un grito de espanto.

Mi bolilla allá abajo, mi Tierra, como obedeciendo a un voz de mando, describió súbitamente por mi derecha un vertiginoso círculo y vino a colocarse encima de mi cabeza. Junto con ello la pelusilla, por mi izquierda, se desgranó y vino a quedar a nuestros pies, y Júpiter, de atrás y algo alto que se hallaba, siguió siempre atrás pero algo por bajo de nuestro avión.

Sólo Marte, frente a nosotros, no se movió.

—¿Qué ha ocurrido? — pregunté apenas pude hablar.

Con gran sorpresa de mi parte oí por el teléfono que Angol reía como un desalmado. Luego vi que con ambas manos se apretaba las costillas. Por fin me dijo:

—¡Vaya un susto! ¿No es verdad?

—Sí, capitán — respondí—, un buen susto. Pero, ¿puede decirme qué les ha pasado a los planetas? Pues jamás me habría imaginado que pudiesen dar semejantes brincos en el espacio...

—Ningún planeta se ha movido — me explicó Angol—. He sido yo que a nuestro avión le he dado media vuelta, lo he puesto, si usted quiere, boca abajo.

—¿Estamos entonces boca abajo?

—Ni más ni menos. Prueba es que su cabeza apunta hacia la Tierra. Mas como estamos precisamente en el punto de anulación de atracciones, al movernos nosotros se mueve todo lo demás menos nosotros.

Y sin más, colocó a la Tierra a mi izquierda. Luego atrás. Luego al frente. Por fin donde siempre había estado: justo bajo nosotros. Entonces sentí deseos de dejar caer algo desde nuestro avión a nuestra santa madre.

—Capitán — dije—, veo que la hélice sigue girando. ¿No habría medio de detenernos un instante? Quiero ensayar mi puntería.

—Si usted quiere... — respondió displicente Angol—. Pero piense, amigo — prosiguió—, que apenas el avión se haya detenido, todos los planetas se van a poner en marcha, incluso su bolilla de usted.

—No importa, capitán. Sepa que a la edad de diez años, con un rifle de salón, rompía yo, sin errar una sola, cuantas botellas me ponían colgadas de un bramante y balanceándose como el badajo de una campana. ¿Cree usted, capitán, que mi bolilla, como usted la llama, se moverá más veloz que una botella?

—Seguramente no.

—Entonces, ¡alto!

La hélice se detuvo. La Tierra también. Yo me esperaba a verla saltar como una flecha en una dirección cualquiera. Pero no. Quedó allí mismo. Sólo después de varios segundos, vine a notar que en vez de hallarse exactamente bajo la carlinga, se hallaba bajo la cola.

Miré con mayor atención. Sí, se desplazaba. Se iba cola atrás.

—Tenga usted la bondad, capitán — le dije—, de ponerse nuevamente encima.

Sin que la hélice se moviera, la Tierra, como a un conjuro, deshizo rápidamente el camino hecho y vino nuevamente a colocarse bajo nosotros. Por el teléfono lancé a Angol una mirada interrogativa.

—¡Entienda usted de una vez! — me gritó—. ¿Para qué movernos? Al alejarse la Tierra en su trayectoria, su plano tangente, que se hallaba paralelo a nuestro avión o sea perpendicular a usted, se ha ido colocando en ángulo con el aparato y con usted. De allí que le viésemos marcharse cola atrás. Pues bien, con volvernos a colocar paralelos a él, enderezando el avión, todo se soluciona. ¿Me entiende usted?

—Entendido.

Entonces de los cinco dedos de mi mano izquierda retiré los cinco anillos de mis cinco matrimonios. Les dije: “¡Volved a vuestro ambiente!”. Y cogiendo el del pulgar lo solté en el espacio.

Mas la sortija de mi primer amor quedó allí a mi lado, al alcance de mi brazo, inmóvil, brillando su oro como un sol minúsculo. Angol alzó los hombros con impaciencia.

—¿Va usted también a extrañarse de esto? — me preguntó.

—¡No, no, no! — repuse vivamente—. Pero, por favor; espere un momento.

Puse entonces sobre el primer anillo, el segundo de mi segundo amor. Luego sobre ambos el tercero,

luego el cuarto y, por fin, coronándolos a todos, puse el de mi dedo meñique, es decir el de mi último y presente amor.

Los cinco anillos de mis cinco amores estaban colocados horizontalmente respecto a mi vista. Hacían, pues, como cinco líneas y su curvatura sólo se mostraba por un punto de oro brillante en medio de cada una de ellas. Entonces quise verlos verticalmente, mostrándome sus cinco círculos huecos contra el cielo. Me alcé un tanto y, de arriba a abajo, rápidamente soplé sobre ellos. Sonando como un pito en una escala descendente, los cinco se enderezaron y pude, cerrando un ojo, mirar con el otro, a través de cada uno de ellos, allá lejos, los anillos de Saturno.

Un nuevo soplo de abajo a arriba. Sonó el pito aguzando sus notas. Mis cinco amores volvieron a recostarse y cinco puntos de fuego me hirieron los ojos. De un manotazo los cogí. Uno a uno y por orden cronológico volvieron a ocupar sus dedos respectivos.

—¡Capitán, a sus órdenes! — exclamé.

Vi girar la hélice. Un profundo sueño me inundó.

Cuando desperté, era el vacío en todo el rededor nuestro. Sólo al frente, muy lejos, una bola, una bola grande, acuosa, glauca. Angol me dijo:

—Urano.

Un deseo súbito me traspasó: ver pasar un astro junto a nosotros. Y aquí recordé que tantas veces, sobre todo de niño cuando no podía conciliar el sueño, soñaba y soñaba hasta la obsesión, que yo, solo en el espacio, veía por todos lados pasar como flechas, enormes, indescriptibles bolas anaranjadas, naranjas zumbantes que se me venían encima y yo esquivaba dejándolas rodar bajo mis pies, hacia un lado, hacia el otro y, sobre todo, por encima de mi cabeza. Y ahora eso iba a ser posible...

Le comuniqué mis deseos al capitán.

El buen capitán, siempre obsequioso, accedió.

Y ahora ruego a todos aquellos que se interesen por los aviones volando entre planetas, que se sumerjan en el croquis correspondiente. Voy a explicarlo:

Las tres esferas marcadas M1, M2 y M3, no son tres planetas diferentes, sino tres momentos de un solo: Urano. Naturalmente M1 es un momento anterior a M2 y éste, anterior a M3. La raya que une a las tres esferas y se prolonga más allá de ellas, es parte de la órbita de Urano alrededor del Sol.

Los sectores de circunferencia marcados Z1, Z2 y Z3, corresponden a los tres momentos del planeta, siguiendo la enumeración: M1-Z1; M2-Z2; M3-Z3. Estos sectores indican la zona de atracción del planeta. Y aquí, permítaseme una observación:

Cada planeta como cada estrella y como cualquier masa de materia en el espacio, tiene una zona de atracción perfectamente delimitada, fuera de la cual no atrae a nadie ni a nada. Un poroto, por ejemplo, colocado un milímetro más allá de dicha zona — en el caso presente, un milímetro más allá de Z1—, se queda perfectamente inmóvil respecto a Urano en M1, mas apenas entra en su zona — por el movimiento del astro — se precipita a él.

El alcance de estas zonas no está regido por la masa del cuerpo que atrae. El Sol, por ejemplo, si tiene más poder de atracción que la Tierra, no es de ningún modo porque sea mayor que ella, lo que equivale a decir que es totalmente falso que la materia atraiga a la materia en razón directa de la masa, como hasta ahora se había creído. La materia atrae a la materia en razón directa de las ganas que se le dan de atraer materia.

Veamos el Sol:

Al Sol, hace un 3 seguido de 44 ceros de años, se le metió entre ceja y ceja atraer planetas, mas como no halló ninguno a mano, pidió algunos a la Osa Mayor. De allá vinieron Mercurio, Venus, la Tierra, Marte y Júpiter, y el Sol, entonces, los hizo girar a su al-

rededor hasta el día de hoy y sabe Dios hasta qué día. Cuanto a Saturno, vino de la constelación de Hércules (de ahí su anillo) y quedó más lejos que los anteriores por la sencilla razón que llegó atrasado (un 3 seguido de 29 ceros); y cuanto a los planetas telescópicos, diré que vinieron con Saturno a quien jamás habían abandonado, pero que al darse cuenta de la distancia a que habían quedado, prefirieron acercarse más y se colocaron donde ahora se encuentran.

Pues bien, a 2.717.801 kilómetros más allá de Saturno, cesa totalmente toda fuerza de atracción solar por la muy simple razón que ya el Sol había colocado debidamente a sus seis compañeros y no necesitaba gastar más energías.

Se me preguntará entonces sobre los demás planetas? Muy justo. Voy a decirlo: Urano, Neptuno, Plutón, Proserpina y Desdémona giran alrededor del Sol porque se les da la real gana, sin que nada ni nadie los obligue a ello. Pueden, pues, mandarse mudar e ir a girar a otra parte, el día que se les ocurra, contrariamente a los anteriormente citados que tendrían que hacer, para irse, un esfuerzo de voluntad mayor al que hace el Sol para retenerlos. Esto es posible en Mercurio, Marte y Júpiter (si no lo hacen es porque están acostumbrados con sus respectivas vidas); problemático en Venus y Saturno, e imposible en la Tierra al menos mientras los hombres sigan inventando máquinas, pues, éstas captan totalmente la atención de ella y le anulan toda voluntad propia. Y sigamos:

Las fuerzas de atracción de los seis primeros planetas se alcanzan unas a otras. Me explico: Si a los dichos seis se les colocara sobre una misma línea y alrededor de cada uno se hiciera un círculo representando su alcance de atracción, estos círculos se compenetrarían en mayor o menor longitud. Dentro de este espacio de compenetración, predomina la fuerza del más potente, es decir la del que está haciendo

un esfuerzo mayor de voluntad atractiva pero, naturalmente, amortiguada por la fuerza del otro — y siempre hay un punto en que, acercándose al de atracción más débil, se acerca uno lo suficiente como para que este acercamiento contrapesese la potencia del otro. Se llega, pues, aquí a un punto neutro. Es lo que nos ocurrió entre Marte y la Tierra cuando el capitán Angol daba vueltas el avión.

Daré otro ejemplo de esta compenetración de atracciones: la Tierra y la Luna. La primera atrae a la segunda, mas a su vez la segunda atrae a la primera. Ahora bien, la atracción de la Tierra sobre la Luna es enormemente mayor a la del Sol sobre la Tierra, y la atracción de la Tierra sobre el Sol, también mayor que la de la Luna sobre la Tierra. Hagamos un paralelo de estos dos grupos de atracciones: Sol-Tierra; Tierra-Luna, y quedará demostrado, al final de él, lo que acabo de avanzar.

1) *Sol-Tierra*: Empecemos aquí por distinguir dos partes diferentes de esta misma atracción o, mejor dicho, la atracción misma en su conjunto y la parte de ella obrando directamente sobre una superficie dada de la Tierra y, mejor aún para mi demostración, sobre los hombres sometidos a ella.

La atracción misma en su conjunto — ya lo hemos visto — se extiende hasta 2.717.801 kilómetros más allá de Saturno y ella es, en toda esta inmensa esfera, perfectamente uniforme y estable; es, como quien dice, en un reposo, en un *statu quo* permanente. Falso también, pues, — en lo que se refiere al Sol—, aquello de la razón inversa del cuadrado de la distancia. Esto es verdad únicamente entre planetas. (No se sabe entre otros sistemas de soles). Saturno, por ejemplo, colocado donde está o en el sitio de Mercurio, sufriría exactamente la misma atracción. Y si-gamos. Esta atracción es para los cuerpos que la reciben lo mismo que viene a ser el agua de un lago para los peces que hay en ella. Los peces se mojan

igualmente por arriba, por abajo, por uno u otro lado, aunque tengan sobre el espinazo un metro de agua y bajo el vientre, mil. Por lo tanto, cuando el Sol alumbrá, pongamos, el oriente, el occidente recibe la misma atracción que él, puesto que ambos lados del planeta se hallan igualmente nadando en este océano de atracción uniforme. Concreticemos: atracción general.

Mas parte de esta atracción (parte infinitamente ínfima, por cierto) se ejerce directamente desde el cuerpo que atrae sobre el cuerpo atraído, y esta parte obra, naturalmente, sólo sobre la superficie que se halle cara a cara con el foco de atracción. Así ella, si obra sobre el oriente, es, en ese momento, nula sobre el occidente y viceversa. Se comporta, en resumen, como una luz sobre un cuerpo opaco.

Ahora bien: estamos en Chile. Aún no ha salido el Sol. Esta segunda atracción es todavía nula en la superficie de Chile. Empieza a salir el Sol: empieza ella a ejercerse. Se halla el Sol a su mayor altura: llega a su máximo. Se pone el Sol: ha desaparecido.

Esta atracción es tan mínima, (luego se comparará a la que en igual forma ejerce la Tierra sobre la Luna), que en los hombres se manifiesta únicamente como sigue:

Cuando ella empieza, cuando ella termina — aurora, crepúsculo—, es tan leve que no alcanza a obrar sobre el organismo humano mismo ni aún sobre los cuatro sentidos menos sensibles y obra únicamente sobre el más fino: la vista. De ahí que ante la aurora y el crepúsculo, todos los hombres se sientan atraídos a mirar donde ellos se realizan. Esa belleza que encontramos ante ambos, esos poemas que a ambos se han dedicado, esos cuadros que los han reproducido, no tienen más origen que la atracción particular solar sobre la superficie de la Tierra. Toda otra cosa que sobre esto se diga, es totalmente falsa. De aquí también nace que los hombres que ya no se emocionan con el amanecer ni con el ocaso, consideren con cierto

desdén a quienes cantan y lloran ante ellos, pues esto significa que aún están sometidos a tal atracción, en cambio ellos, al quedar indiferentes, prueban que han vencido, que han sido más fuertes que una fuerza venida nada menos que del astro rey. (Naturalmente se trata aquí, como en lo que va a seguir, de la segunda atracción, la infinitamente ínfima, y no de la general. De esta última no hay hombre ni lo habrá que pueda libertarse en lo más mínimo de ella).

Pues bien, cuando la segunda atracción en cuestión está en su punto mayor (12 meridiano), se habrá notado que los hombres la evitan y que la manera más frecuente de hacerlo es poniéndose el sombrero. Esto desde Adán y Eva y hasta el último habitante terrestre. La causa de tal acto no es, como a primera vista pudiese creerse, un acto de protección en contra del calor por temor a una insolación, etc. No. Es simplemente porque la fuerza, el haber aumentado, desdeña ya la pequeña atracción visual de antes y empieza a ejercer su potencia sobre el cerebro mismo. Por cierto que se dirige a lo que éste tiene de más ligero, puesto que para lo restante tendría que ser enormemente superior. Se dirige a las ideas del sujeto (masa cerebral, cráneo, piel, cabellos, todo eso queda indemne), y de entre estas ideas, a las que son aún vagas, no bien formuladas y que andan como revoloteando alrededor de la calavera. El sujeto mismo no se da cuenta de tal cosa, (sigue creyendo que puede venirle una insolación), pero un seguro instinto informulado le avisa que, al escapársele una de tales ideas atraída por el Sol, puede perder algo que más tarde, al formularse e implantarse en su cerebro, le dé acaso luces resplandecientes. De tal modo es innato en todos los humanos creer — consciente o inconscientemente — que el futuro será superior a lo que es el presente. Así pues, si es verdad que “todo tiempo pasado fué mejor” en lo que atañe a la comparación *sentimental* del presente con el pasado, no es menos cierto que todo tiempo futuro es mejor en lo que atañe a la creencia de

nuestro propia grandeza interior. De ahí que a las 12 meridiano los hombres expuestos a la atracción solar se calen sus sombreros.

Cualquier otra explicación que se dé sobre el asunto, es totalmente falsa.

¡Y adelante!

II) *Tierra-Luna*: ya se ha visto que la segunda atracción solar en su mayor potencia sólo logra arrancar algunas cuantas ideas confusas a quienes se aventuran a sufrir su influencia sin haberse calado el sombrero. Ahora veamos la misma segunda atracción de la Tierra sobre la Luna.

La atracción terrestre es tanto más potente, que deja ya de ejercerse sobre ideas — por macizas que sean — para actuar sobre la materia misma. Así, a los hombres lunares que se hallan a la luz de un claro de Tierra se les erizan los pelos en dirección a nuestro planeta, y los pequeños objetos que llevan en los bolsillos del chaleco se les escapan como proyectiles. Más aún: los que se hallan del otro lado del claro de Tierra sufren también esta atracción que se manifiesta aplastándole los cabellos sobre el cráneo cual lo haría una fuerte dosis de gomina y tienen que hacer verdaderos esfuerzos para sacar cualquier objeto de un bolsillo. De más agregar que estos hombres prefieren por mucho el lado de la Luna no sujeta a claros de Tierra, 1.º), porque aquí van siempre bien peinados y 2.º), porque los objetos que llevan en el chaleco les son perfectamente inútiles.

Y basta sobre las atracciones de mayor a menor. Veamos ahora las de menor a mayor.

III) *Tierra-Sol*: hoy por hoy todas las ciencias proclaman como verdad indiscutible que el Sol nos envía luz y calor. Esto es en cierto punto verdad y en cierto punto falsedad. El Sol nos envía únicamente luz, pero no nos envía ni jamás nos ha enviado calor. El calor de que aquí gozamos proviene, sí, del Sol, mas él

nos llega porque la Tierra lo atrae. En cambio la luz sola rno es atraída sino que viene hasta nosotros porque así juzga el Sol que debe proceder: enviando luz. Por lo tanto, si él pensara de otro modo, decidiéndose a no enviar más luz, nuestra temperatura seguiría siendo exactamente la que es ahora, (ya que ella viene a ser cuestión de la voluntad terrestre), mas sería una temperatura oscura, negra, un frío sin ojos, un calor sin esperanzas. Por otro lado si la Tierra dejase de ejercer su atracción, seguirían los días y las noches con sus auroras y crepúsculos tal como hasta ahora han sido, pero viviríamos en una luz sin termómetro, una luz verde, y todos los seres, al encontrarnos, nos atravesaríamos unos a otros tal como hoy se atraviesan los fantasmas, sin sentir en ello ni placer ni dolor.

IV) *Luna-Tierra*: la atracción que la Luna ejerce sobre nuestro planeta, aunque es inferior a la de éste sobre el Sol, no es por eso menos digna de estudiarse. Desde luego hay que notar que ella cambia, según se halle en nuestro cielo sin el Sol (noche) o compartiéndolo con él (día).

En el primer caso — es decir, en las noches de luna — ella logra su atracción sólo sobre seres extremadamente débiles (de tal modo esta atracción es débil también), seres debilitados por el basilo de Hualañé, así llamado por haber sido descubierto en 1901 por el doctor Hualañé, padre del que figura en el comienzo de este libro y, por ende, tatarachosno de aquel que logró calmar el llanto de Miltín a raíz de la batalla del Estero de Puangue.

El basilo de Hualañé ataca especialmente a los hombres y a los perros aunque en varios anales médicos se citen casos de gatos y perdices atacados por él. Los hombres presentan su menor resistencia a sus estragos durante los años que van de la pubertad al matrimonio, a pesar de que en algunos sujetos esta falta de resistencia se prolonga hasta los umbrales de la vejez. Los perros se hallan propensos a la huala-

ñitis (así se llama la enfermedad causada por este basilo), en sus épocas de calor y al estar mal alimentados.

La hualañitis produce en los pacientes — hombres o perros — un marcado debilitamiento de los tendones que sujetan y mantienen en su sitio dentro del cerebro a las ideas lacrimógenas y babósicas que en un ser normal se hallan sólo en estado casi latente gracias a la robustez de los citados tendones.

Al debilitarse estos por el microbio en cuestión, las ideas por ellos sujetas vienen a balancearse sobre la masa encefálica produciendo en el individuo un estado semejante al de dos lágrimas mezcladas con una baba. Si en tal circunstancia se sufre la atracción lunar, estas ideas son sacadas fuera del cráneo al no poder impedirlo sus tendones. Entonces, ya fuera, se hacen perceptibles para las demás personas: en los perros con los lúgubres aullidos a la Luna; en los hombres con palabras vagas y suspiros melancólicos ante la plateada luz.

No hay más: el basilo de Hualañé y la atracción lunar son las únicas causas de los conocidos aullidos de hombres y perros a la Luna.

Ahora bien, si sobre tales enfermos obra esta atracción conjuntamente con la del Sol — esos días asoleados con un pedazo de luna en un rincón del cielo—, entonces el efecto en ellos varía según los respectivos temperamentos, tornando por diez minutos cada hora y media al sanguíneo en linfático y viceversa, y al nervioso en bilioso y viceversa también. Esta conjunción de fuerzas no produce en el perro efecto alguno lo que viene a probar una vez más la superioridad sensible del hombre sobre el animal.

Resumiendo: en los mayores a menores es superior la atracción de la Tierra sobre la Luna a la del Sol sobre la Tierra; y en los menores a mayores, es superior la de la Tierra sobre el Sol a la de la Luna sobre la Tierra.

Y creo que ya se ha dicho bastante respecto a este asunto, tanto más cuanto que éste no es un tra-

tado sobre el mismo, sino una simple exposición de los más elementales conocimientos que hasta ahora sobre ello se tienen.

Sigamos, pues, con el vuelo C.

Habíamos quedado que los círculos de atracción de los planetas, colocados sobre una línea, se compenetraban en mayor o menor espacio. Así, el de Mercurio alcanza al de Venus — siempre, repito, que se hallen sobre la misma línea, línea que partiría del Sol—, el de Venus alcanza al de la Tierra, el de la Tierra al de Marte, el de Marte al de Júpiter, el de Júpiter al de Saturno. Mas el de Saturno no alcanza al de Urano y como el Sol tampoco lo alcanza, (recuérdese que termina a 2.717.801 kilómetros pasado aquél), Urano navega solo con su zona atractiva sin coger en ella a nadie. Igual cosa para Neptuno, para Plutón y Proserpina. Cuanto a Desdémona — cuando queda en una recta del Sol al Alfa del Centauro—, alcanza a recibir una ligerísima atracción de ésta que le hace sentir cierta confusa añoranza de mundos mejores, mas como luego sale de tal línea, vuelve a seguir, gira que gira, alrededor de nuestro centro. Pero, en fin, lo que nos interesa por el momento es Urano y su zona de atracción. Volvamos, pues, al croquis.

En el momento de mi demanda al capitán Angol, nos hallábamos, respecto a Urano en M1, (según el croquis), en el N.o I, es decir, fuera de su zona de atracción (Z1). Al estar, pues, fuera de toda atracción, arriba era para nosotros nuestra cabeza, abajo nuestros pies y la horizontal era el avión, o sea, en el croquis: arriba AO y abajo BO y nuestra visión del planeta la línea VP. Se comprenderá, pues, que lo veíamos, más o menos, en un ángulo de 25° sobre nosotros. Y vino mi demanda.

El capitán Angol aceleró al máximo y, como su aparato es de velocidad inusitada respecto a los que comúnmente vemos pasar por encima de nuestros pa-

tios, en menos de un minuto quedó en el punto II, donde se detuvo repentinamente. Estábamos, pues, dentro de Z1.

Al estar allí, ya nuestra gravedad tuvo que cambiar, puesto que abajo vino a ser la recta hacia el centro que nos atraía, y arriba, ella misma alejándose he dicho centro, o sea, en el croquis: arriba A1, abajo B1; y la horizontal, la tangente trazada en el globo M1 y designada t1. Se verá, pues, que nuestro avión — sin haber cambiado de plano, (véase la línea punteada) — quedó perpendicular a esa tangente, es decir, como si fuese a caer de narices sobre el nuevo suelo que se le presentaba. Aquí fué cuando grité:

— ¡Capitán, capitán, que nos caemos!

Y cuando él me respondió:

— Estamos exactamente como hace un momento, así es que cállese usted.

Me callé. Silencio.

El avión siguió detenido. Reposo.

Y Urano continuó su marcha por donde la flecha indica.

Estuvimos detenidos en ese punto (II), todo el tiempo que nuestro planeta empleó en ir de M1 a M3, tiempo que el capitán debe haber considerado suficiente para que yo quedase satisfecho con mi capricho de ver pasar un planeta como quien ve, desde su balcón, pasar un desfile, pues al final me preguntó:

— ¿Podremos seguir ahora?

— Capitán — le respondí —, si usted quiere sigamos, pero he de confesarle que todo he visto menos un desfile de planetas.

Era verdad. Y más verdad era aún que no sólo no vi tal cosa, sino que habría sido imposible haber podido verla, pues: volvamos al croquis.

En la órbita de Urano de M1 a M3 he marcado otro punto para mayor claridad, M2. Ya con estos tres puntos se verá que lo que a nosotros nos sucedía, al estar inmóviles y al estar Urano en marcha, era que nuestra perpendicular respecto a la superficie del planeta —

y que en el croquis he indicado t1, t2, t3 — iba cambiando, iba describiendo un movimiento de izquierda a derecha, lo que hacía que nuestro sentido de gravedad se desplazara en el mismo sentido respecto a nuestra sensación de “arriba” y, por ende, en sentido contrario, (derecha a izquierda), respecto a nuestra sensación de “abajo”, como puede verse por las flechas A1-B1, A2-B2, A3-B3. En el primer momento (M1), arriba, era para nosotros — diré mejor para mí sólo; el capitán, habituado a estos vuelos, fumaba distraído leyendo el último número de *Lu* — era, digo, la cola del avión — de ahí mi sensación de caerme de narices, pero luego fué, como quien dice, corriéndose por ella hacia la carlinga, de modo que, al hallarse Urano en M2, ya era en un ligerísimo ángulo sobre mi espalda; y, al seguir, fué encima de mi cabeza tal como es ahora aquí en la Tierra mientras escribo; para luego seguir corriéndose hacia el motor, en forma que al hallarse el planeta en M3, se formaba el ángulo sobre el pecho, como quien se inclina hacia atrás. Total: lo único que *vi* fué que Urano quedaba inmóvil, completamente inmóvil, mas se agrandaba un poco, (la distancia del avión II a M2, siendo menor que M1), para luego achicarse, (II a M3, mayor a II a M2), y lo que *sentí*, que el avión, estando de punta sobre el suelo, se enderezaba, quedaba horizontal y luego bajaba la cola. En buenos términos, un balanceo de adelante para atrás, (que sea dicho de paso, casi me dió náuseas), mientras un globito inmóvil crecía y disminuía de tamaño...

—Esto es una lata, capitán.

—Usted lo quiso — me respondió.

—Al menos — proseguí — si el tal Urano hubiese pasado por encima de nosotros y no por debajo... ¡Qué quiere usted! Es un sueño que tengo desde la niñez y aunque lo sentido hubiese sido tan mísero como acaba de serlo, podría, al menos, pensar que un astro me ha pasado por sobre el cráneo. Estoy cierto, ami-

go, que tal cosa me inyectaría harto optimismo. Mientras que bajo los pies...

—Si quiere usted, ensayemos.

—Pero no con Urano. Urano me carga.

—¿Neptuno?

—¡Vaya por Neptuno!

Seguramente las emprendimos hacia éste a una velocidad inaudita, pues Urano, aún visible con un diámetro de tres a cuatro veces el del Sol visto desde la Tierra, desapareció casi instantáneamente y muy pocos minutos después veíamos allá lejos los contornos de Neptuno. Aparecía sobre nosotros en un ángulo de 80° hacia adelante. Angol se volvió y me dijo:

—Subiremos a él en helicóptero.

—¡Vivan los helicópteros! — respondí.

Avanzó mi capitán aún un tanto y cuando el planeta quedó justo sobre nosotros, subió recto hacia él. Yo, a punto de desnucarme, miraba. Neptuno crecía, crecía. Al principio, un disco plateado oscuro sobre un fondo plomizo. Luego el disco se va inflando junto con crecer su tamaño y empieza a aparecerme como una media esfera en relieve sobre aquel fondo de plomo. Y de pronto, casi repentinamente, fué como si tras él hubiesen pasado una navaja: la media esfera se desprendió del fondo, hubo espacio entre ambos y, al haberlo, adiviné la otra mitad, experimentando una sensación de angustia y de grandeza al ver sola, desprendida, equilibrada en el vacío, aquella inmensa bola acuosa navegando, caminando en silencio por eternidades.

Iba ya a engolfarme en pensamientos trascendentales, iba a hacer acopio de ideas cósmicas para luchar contra las ideas piojos de nuestra Tierra, iba ya a ahogarme en un suspiro de admiración, cuando Neptuno se nos vino encima. Fué menos de un segundo. Aquella esfera se agigantó hasta casi cubrir el cielo. Lancé un grito atragantado. Y Neptuno, no sé cómo ni en qué momento, quedó no sé dónde ni

cómo, mientras nosotros quedábamos cabeza abajo encima de un mar espeso, glauco y movedizo cual inmensas serpientes que se enroscaran y deslizaran entre ellas.

El capitán, serio como una esfinge, dijo mientras yo sentía afluir toda mi sangre a la cabeza:

—Ahora, alto la hélice. Y ahora pasará un planeta más allá de su cráneo que es, según creo, lo que usted deseaba.

Empezó aquel mar a pasar. Pasaba, pasaba con una monotonía de leche. Yo ardía, a partir del cuello hasta la coronilla, como un tomate. Y aquello pasaba y pasaba revolviéndose, elevando trombas lacias que luego se desplomaban semejando plomo derretido, taladrando en su superficie huecos vertiginosos capaces de engullir un continente entero; pasaba aquello sin parecer tener fin, pasaba en un silencio absoluto, en el silencio mismo, silencio tal que, a pesar de trombas y abismos, nadá perturbaba mis oídos, nada, en el extremo último de esta palabra nada, de modo que a espacios regulares podía oír en medio de aquel espantoso hueco de mis tímpanos, el susurro bajo y blando del humo de la pipa del capitán al salirse boca afuera raspándole los labios.

Quise decirle que cesara ya aquel tormento de tenerme cabeza abajo, mas mi garganta era un nudo de sangre así es que no pude articular palabra. Felizmente ví entre rayas sanguinolentas qu aquel mar se combaba allá lejos, en su horizonte. Era como si el cielo fuese cayendo, alargándose sobre él y redondeándolo. ¡Sí! Se curvaba aquel océano, ampliando la distancia entre él y nosotros. Caía, caía. Volvía lentamente a ser una bola que, apelotonándose sobre sí misma, se iba como desprendiendo de nuestro avión. Se iba. Mas Angol, chupando en su pipa, no parecía percatarse de ello y seguía manteniéndome en tan engorrosa postura. Cuando de pronto un golpe de hélice y, como por milagro, quedamos cabeza arriba. Sentí entonces toda mi sangre agolpada en el cere-

bro derramarse con estrépido por las arterias vacías del cuerpo, y vi que yo, de granate encima, de cadáver abajo, recobraba en todo mi largo un color habitual de un habitual transeúnte de la Tierra.

—¿Contento? — me preguntó Angol.

—Prometo — respondí enfadado — no pedirle más nada en mi vida, capitán.

—Usted me dijo que quería ver pasar un planeta por encima de su cabeza... Yo accedí. ¿De qué protesta usted?

—¡Capitán! — exclamé—, yo quería por encima, sí, por encima, y usted me ha tenido qué sé yo cuánto tiempo boca abajo... ¿Llama usted eso por encima?

—Nada tengo yo que ver con sus sensaciones personales de usted — respondió displicente—. Neptuno pasó por encima; ahora, que se haya usted sentido boca abajo... es cosa que a mí no me incumbe.

—Pero, capitán mío...

—No hay pero que valga. A no ser que, en vista de sus sensaciones, se resigne usted a ver pasar un planeta cualquiera a enorme distancia, tamaño de una pelota de fútbol. Entonces, sí, le parecerá ese arriba que desea. Pero confíese, amigo, que para tal cosa no valía la pena salir de allá de la Tierra, pues, con ver una pasada de Luna o de Sol, ¡santo remedio!

—¿Las zonas de atracción, entonces?

—¡Por supuesto, hombre bendito! ¿Que se cree usted que he sido yo que le he dado al aparato media vuelta? ¡Nada de eso! Es usted, amigo, que tiene aún tan poca práctica, que apenas entra cabeza arriba a una zona se deja influenciar por ella y se siente cabeza abajo.

—Y usted capitán, ¿cómo vió a Neptuno?

—¿Yo? Tengo ya mi cierta práctica. No sé si notó usted que ni siquiera me abochorné.

—Al menos si, por consideración a este principiante, hubiese usted dado vueltas el avión.

—Pero entonces — ¡qué necio es usted! — habría pasado Neptuno por debajo...!

—¿Entonces?

—Entonces: o se contenta usted con verlos pasar por encima pero muy lentamente y chiquitos como nuestro Sol y nuestra Luna allá; o, si quiere verlos rápidos y enormes, se resigna usted a quedar boca abajo o a que sea bajo sus pies. No hay más mientras sea usted quien es. Y ¡basta!

—¿Quiere eso decir aterrizaje?

Angol me miró con ceño adusto.

—¡No!

Vuelo D.—

Y hémos volando en un espacio desamparado.

A veces, muy de tarde en tarde, algún punto luminoso aparecía por un instante y se perdía. A veces algún punto opaco. Luego otra vez en desamparo.

En un momento uno de esos puntos brilló con inusitado resplandor.

—¿El Sol? — pregunté.

—No sea usted ingenuo — repuso Angol—. Es Canopus.

Y otra vez vacío sin estrellas, vacío sin brisa, muerte sin movimiento.

Pasó un cometa.

Nuevo gris sin nada.

Pasó algo que nosotros llamaríamos una hora o dos horas o tres o un día o dos días o diez. ¿Puedo saberlo? Las agujas de mi reloj seguían girando más su girar tiempo ha a que había perdido todo significado.

—Póngase esto en los oídos — me dijo el capitán alargándome dos como copuchas o vejigas de una materia entre ámbar y goma.

—¿Qué son? — pregunté.

—Póngaselas usted y oirá la música de las esferas.

—Capitán — respondí—, no soy aficionado a la música.

—La de las esferas es diferente a cuánto usted puede imaginar.

—Capitán, me aburro en todos los conciertos. No veo por qué aquí...

—Esto es superior. Y sea dicho de paso, usted admira a su amigo el violinista Julián Ocoa.

—Lo admiro a pesar de su violín.

—Ni ese violín ni nada terrestre podrá dar idea de lo que cantan las esferas.

—Es que a mí, fuera de la música que da sed y de la *Rurrapata*, lo demás...

—¿Se las va usted a poner o no?

—Capitán, perdóneme: no. Agregue que tengo hambre. ¿Por qué no me pasa un pedazo de jamón y un par de huevos duros?

—Bien. Allá van. Yo mientras tanto guiaré el avión hacia Dios.

—¿Hacia qué?

—Hacia Dios.

—¿Dios?

—¡Sí, hombre! ¡Dios!

—¿Vamos a ir a ver a Dios?

—¿Por qué no?

—Dios... Dios... ¿El verdadero Dios?

—Ni más ni menos.

—¿El Todopoderoso?... ¿El Padre Eterno?...

—¡Sí! ¡Vive Dios! ¡El verdadero Dios, por el amor de Dios! ¿No lo oye usted, santo Dios?

—Oigo, oigo. Pero, por lo menos, déjeme usted terminar con huevos y jamón.

—¡Prisa! ¡Prisa!

Y nos encaminamos hacia Dios.

Quiero aquí puntualizar ciertos datos y concep-

tos que otros viajeros anteriores han emitido sobre nuestro Padre Celestial. Muchos antes que yo han llegado hasta El y han dado a conocer las observaciones que en tal inefable sitio han hecho. Pero las humanas observaciones, no por haber sido anotadas más allá de las nubes donde el azul del cielo se torna cántico de suprema dicha, no por ello, digo, dejan de caer en el error. Recuerdo muchas publicaciones nacidas a raíz de subidas como la mía y si es verdad que me hago aquí un deber al corroborar la justeza y agudeza de muchos observadores — entre los que, en primera línea, debe colocarse a mi talentoso amigo A. C. —, es necesario también rectificar otros juicios que no reflejan la estricta veracidad. Y antes de proseguir debo advertir que no creo — por mis corroboraciones y correcciones — estar libre de caer en nuevos errores. Si no los hay, que se agradezca a la voluntad divina que quiso quitarlos de mi vista; si los hay, que se me perdone pensando en aquéllo que dice: *errare humanum est*.

Mi amigo A. C. trajo hasta nosotros la verdad absoluta (el capitán Angol puede confirmarlo) cuando del Todopoderoso dijo lo siguiente:

“El perro de Dios es negro y se llama León.

“La tetera de Dios es de níquel y gotea.

“Los zapatos de Dios son con elásticos y tiradores.

“El cuaderno de Dios tiene tapas verdes y en la de atrás, la tabla de multiplicar.

“El lápiz de Dios tiene cubrepunta de lata con una gomita en su extremo.

“Los retratos de Dios tienen marcos dorados y ovalados.

“El gato de Dios es blanco, lleva al cuello cinta azul y se llama Micifús.

“El catre de Dios es de bronce con cuatro perillas perfectamente redondas.

“El perfume que usa Dios es agua de Colonia de la Deutsche Apoteken.

“Lo que toma Dios después de almuerzo es té con leche; nunca café.

“Su postre predilecto es el dulce de membrillo.

“Los moldes de dulce de membrillo de Dios representan una gallina echada.

“Su plato preferido es un bife con huevos fritos”.

Todo esto es exactamente verídico y si ello presenta modificaciones aquí en la Tierra — pongo por ejemplo: un perro gris o una tetera de plata o un diván en vez de un catre o un plato de ostras, etc., etc. —, tales modificaciones se deben exclusivamente a la inventiva y frivolidad de los hombres con cierta colaboración del Demonio, por lo tanto rayan ellas casi en cosa sacrílega.

Por mi parte pude hacer las siguientes observaciones:

“El libro que lee Dios es *El lector Americano*.

“El diario que lee Dios es *The Times*.

“El pintor que prefiere Dios es Rosa Bonheur.

“Su música preferida es la de Tosti.

“El único crítico de arte que lee es Camille Maclair.

“Dios no acepta el cine y, como baile, sólo el valse a tres tiempos.

“Dios va raramente al teatro y cuando va pide que se represente *La fille de Madame Angot* o *La verbena de la Paloma*. Nada más.

“Los únicos cuentos que Dios le cuenta a los Santos son *La caperucita roja* y *El patito feo*.

“Es totalmente falso que Dios censure las corridas de toros. Le son indiferentes y, de todos modos, las prefiere al cine, a las danzas clásicas y a la aviación.

“Dios encontró completamente ineptos los cantos de Maurice Chevalier y no entendió palabra en

las representaciones de María Guerrero. En cambio mostró marcado interés por los trabajos de don José Toribio Medina.

“Dios lee con anteojos.

“Dios conoce todos los idiomas de la Tierra mas le costó enorme trabajo comprenderle algo a García Sanchiz.

“La enfermedad que sufre Dios es la jaqueca. Todas las demás las desconoce.

“El único remedio que toma Dios es aceite de Ricino.

“Dios no acepta los deportes. A lo único que juega es al escondite. Mas los domingos por la tarde juega al jacquet y pierde casi siempre.

“Dios no sabe nadar pero sí sabe andar en bicicleta.

“Dios se baña una vez al mes y asegura que hacerlo más a menudo es malo para la salud.

“Dios duerme de espaldas; nunca de costado.

“Dios deja en su dormitorio, mientras duerme, una pequeña luz de aceite; nunca duerme totalmente a oscuras.

“Dios lleva siempre chaleco y camiseta de lana.

“Dios ronca.

“Dios no fuma pero usa rapé aunque moderadamente.

“Dios prefiere la cerveza a todas las bebidas.

“Dios toma helados de canela.

“Dios, muy de tarde en tarde, toma una copita de jerez.

“El paraguas de Dios es igual al de Víctor Hugo.

“Su bastón, igual al de Pablo de Rokha.

“Dios no estornuda, pero sí, tose al despertar y al sentarse a la mesa.

“Dios apaga las luces a las 8 ½ en punto de la noche.

“Dios cuando duerme tiene un solo sueño que se le repite noche a noche. Sueña que una cucara-

chita se le sube a la cabeza y una vez arriba canta *God save the King*.

“Es absolutamente falso que Dios esté mal con Satanás. Muy por el contrario: a menudo salen juntos y conversan especialmente de agricultura, caza y pesca.

“Es falso también que Dios se preocupe de lo que hacen los hombres. Antes lo hacía pero desde el momento en que a estos se les metió entre ceja y ceja creer que el Sol era más grande que la Tierra, Dios sintió por ellos la más total indiferencia.

“Dios se aburre desesperadamente casi todas las tardes.

“Dios se pone túnica únicamente cuando hay visitas. Su traje habitual es un chaqué bastante largo y ancho sobre toda ponderación.

“Dios se enoja, pero se reprime.

“Dios pasa a menudo largos años sin preguntar ni una palabra sobre la Tierra. La guerra europea la supo en 1930.

“Dios sabía quién era el Kaiser, pero jamás había oído hablar de Monsieur Poincaré.

“Dios asegura que es totalmente falsa la existencia de Guatimozín.

“En cambio aseguró como verdad la existencia de Hernán Cortés a pesar de que no se le encuentra ni en el Cielo ni en el Infierno ni en el Purgatorio ni en el Limbo.

“Dios asegura que jamás le ha llegado a los oídos ninguna oración de ningún hombre y asegura también que las voces oídas por Juana de Arcos no eran Suyas ni de nadie de sus relaciones.

“Dios ignoraba la existencia de Lutero.

“Dios desmiente categóricamente que la Tierra sea redonda, que gire alrededor del Sol y que El se encuentre en todo lugar.

“Dios asegura que El está en el Cielo, nada más que en el Cielo y que, por el momento, no tiene ningún propósito de venir a la Tierra.

“Es totalmente falso que Dios vea para atrás. Cuando quiere ver así, tiene que volver la cabeza como cualquiera de nosotros.

“Cuando se le comunicó a Dios que Colón acababa de descubrir América, declaró que ello no tenía la menor importancia.

“Dios tiene dos hermanos y una hermana.

“Los hermanos de Dios prefieren el vino a la cerveza, fuman como chimeneas y bailan fox-trot en vez de valse. Como Dios mismo, ignoran la existencia del tango, por más que cientos de emisarios se la han comunicado.

“La hermana de Dios usa corsé, botas de cabri-tilla con pequeños botones y un moño en la punta de la cabeza.

“Ninguno de los hermanos de Dios cree que Dios sea Dios.

“Dios representa 75 años”.

Como se verá, estoy de acuerdo en muchos puntos con nuestro gran poeta Javier de Licantén, pero hay algunos — penoso me es — en que debo confesar que el vate ha caído en error. Todos recordarán que dice (*Bóveda Arriba*, pág. 92) que la bebida preferida — ¡qué!, no sólo preferida sino única de Dios— es el vino tinto y que cualquier otra es artificio y artimaña de los humanos hombres. Sin querer poner en duda la autoridad del insigne autor, me permito rectificar su afirmación: tal bebida única es la cerveza, la cerveza rubia y espumosa y quienes beben tinto son los hermanos de Dios, como fueron Ellos también quienes indujeron a Noé a fabricarlo y beberlo, y de ahí nació su enorme aceptación en la Tierra. Igualmente me veo en la triste necesidad de repetir que Dios toma únicamente helados de canela, como ya lo dejé anotado, y si Javier de Licantén anota en su libro que son helados de frutilla con leche, ello se debe, sin duda, a que estos son también muy comunes en el cielo debido a que los consume la hermana de

Dios. Mas Dios mismo, estoy cierto, no los ha probado jamás y pasarán muchas millardas de siglos sin que le venga a la mente interesarse por ellos. Cuanto al resto, me es grato corroborar en todos sus puntos las observaciones del poeta.

(Agrego al pasar que si mi autoridad no es considerada suficiente, se puede consultar a mi capitán Angol).

Y hasta aquí mis observaciones. Terminadas ellas, Angol y yo nos miramos; luego ambos miramos a Dios. He de decir la verdad: Dios no nos prestó ni la más insignificante atención. Como si no hubiese nadie, absolutamente nadie junto a El. Entonces un pequeño aburrimiento empezó a filtrarse a través de nuestra piel. Pronto me sorprendí pensando en dos asuntos, saltando del uno al otro por encima del aburrimiento: a) en el Cielo no hay día ni noche, por lo tanto no hay medianoche, por lo tanto mi *Cuento de Medianoche* tampoco podría concebirlo allí; b) una pregunta: ¿qué rol darle a Fredegunda? El Cielo tampoco respondía. Entonces, sí, al verme aún con tales temas terrestres, el aburrimiento me inundó de lleno. Bostecé, bostezó Angol. Dios no bosteza. Insinué una demanda:

—¿Bajemos, capitán?

¡Bendito momento! Me respondió:

—Bajemos.

¡Bendito momento! Porque ya no toleraba más en tan exquisito e inefable sitio; porque ya estaba hasta más allá de la coronilla con aviones, mosquitos, planetas y qué sé yo; y porque ya, ahora, en este preciso instante, estoy harto, repleto, intoxicado de vuelos y porque, de páginas atrás, venía buscando cómo aterrizar descentemente en este cuaderno. ¡Gracias capitán Angol por tan saludable palabra: "bajemos"!

Bajamos. Como un proyectil, como la luz. Una vasta pradera ante nuestros ojos. Rueda el avión. ¡Al-

to! ¡Con cuanto placer se vuelve a dar de tacazos sobre el pasto de nuestro planeta! Praderas, suaves colinas, árboles, nubes y un camino. Se eleva el polvo en el camino. Es el hombre Martín Quilpué que va pasando. Y allá, por allí por donde pronto va a pasar, hay una perra en calor y hay dos perros que la aman frenéticamente. Mas como la perra sólo tiene un medio para dar satisfacción, los perros se pelean por el medio.

El uno es grande y pardo; el otro es chico y negro. En las leyes zoológicas se exige que lo grande venza a lo chico. Así es que el perro pardo, para no perturbar la armonía de las leyes, muerde y zamarrea al perro negro.

Aquí otra ley — que abarca a la humanidad — exige que donde haya herida salga sangre. Así es que para que todo siga el curso primeramente indicado por el Creador, el perro chico y negro echa sangre por el vacío de los colmillos del perro pardo en su propio cogote de perro negro. Y la sangre — al ser roja — junto a la piel del perro negro que es negra, forma una armonía de colores tal, que me recuerda lo que vió el cínico de Valdepinos cuando una idea se me cayó del avión del capitán Angol: uno de los estudiantes iba de clown negro con golilla roja.

Otra ley quiere que todo líquido se desparrame tras el centro de la Tierra si no hay a su alrededor “un vaso que lo contenga” — como explicaba mi profesor de física. Así es que la sangre arrebatada por el perro grande al perro chico, olvidando a todos los clowns del mundo por mucho que se vistan de negro y por mucho que sean rojas sus golillas, pregunta por el centro de la Tierra a su amo y señor, mas como éste no puede responder, preocupado como está de su dolor y de la perra, sigue esa sangre su marcha, abre los brazos al lanzarse al suelo por los aires y, como la leche de la muchacha tostada por el sol que le desparramó el mocetón al abrazarla, tiñe el suelo de es-

carlata con culebritas de barro que despiertan y se enroscan penetrando.

Pero he de decir algo antes de lo anterior, o sea antes que la sangre se haya desprendido del cogote del perro negro. Aquí en casa tengo una chimenea en el hall. Durante las noches de invierno mi mujer alimenta su llama con trozos de leña. Pero en unos días del mes de junio, sea porque el frío haya aumentado — no tengo termómetro—, sea porque ella se haya enfriado, juzgó que la leña no era suficiente. Entonces, sobre las llamas existentes, echó carbón de espino. Un gran trozo de éste quedó largo rato sin tomar fuego. Quedó largo rato negro, mas a su alrededor — tal vez el fondo de las brasas — se ribeteó de rojo. La sangre del perro negro era exactamente como ese carbón y su ribete de fuego. Pero sigamos.

La sangre está en el suelo. El hombre Martín Quilpué camina. Llega al charco sanguinolento y, acompasadamente, rítmicamente, hunde en él sus dos cueros de potro y sigue. Sigue, llevando sangre de perro en los zapatos. Parece — por lo que de aquí puedo juzgar — que al hombre Martín Quilpué le es totalmente indiferente llevar sangre de perro en los zapatos. A mí, no. Siento una horrible sensación de malestar agradable ante tal espectáculo: un hombre que camina con zapatos y que lleva sangre en cada tranco.

La sangre se afloja, se debilita, con el movimiento de los trancos. La sangre cae otra vez por tierra. Pero antes ha luchado, se ha aferrado con desesperación a los cueros. Mas es tal la indiferencia del hombre Martín Quilpué, que la sangre cede, cae, se alarga inerte sobre el polvo. Entonces el polvo, como el agua ante un peso largo que la toca y se hunde, forma de cada lado de cada línea de sangre dos pequeñas crestas redondeadas que luego se juntan, se cierran y tragan la sangre.

Yo sigo los pasos del hombre Martín Quilpué pero luego me distraigo. Tomo un sendero a mi dere-

cha y, sin saber cómo, me hallo de pronto dando grandes pasos por el Llano Subercaseaux, luego por la calle San Diego y por fin por la Alameda de las Delicias — con sol de fin de año.

En un banco está sentado Rubén de Loa. Me hace sentarme junto a él y, después de un momento de silencio, saca de un bolsillo un recorte de diario que arroja al suelo. Otro silencio y otro recorte que va a unirse al primero. Otro y otro. El Sol empieza a teñir la cordillera. Otro. Siempre hay otro. Alrededor nuestro los recortes nos llegan a altura del pecho. Y como siguen saliendo de los bolsillos de mi amigo y amontonándose unos sobre otros, ya nos cubren los ojos y la cabeza, ya nos forman una bóveda mientras la cordillera se destiñe.

Rubén de Loa tira hacia arriba el último recorte que tapa el único agujero quedado entre papeles. Y hénos cobijados bajo ellos. Hénos aislados del mundo por todas las palabras de arte que durante el milésimo noningentésimo trigésimo cuarto año de la era cristiana han escrito los Doctores de lo Bello e Inefable en la ciudad de Santiago de Chile.

Rubén de Loa me dice:

—No vayas a fumar. Bastaría una chispita para que todo esto tomase fuego y volviésemos a ver la Alameda.

Después de algunos instantes:

—¡Qué bien me siento bajo tanto cántico a lo que en este mundo es puro, ideal, divino! ¡Qué bien me hace tanta plegaria lanzada a través de sus achaques y miserias por los hombres que cuidan que no se extinga lo que en este mundo es divino, ideal y puro! ¡Y cuanta falta me hacía este baño de palabras inefables a las inefables bellezas de las artes! Pues, te diré, me sentía agobiado, aplastado y reventado de ver tanto sublime en tan poco tiempo. Amigo, he llegado a una conclusión: no hay que ir más a ningún Salón, a ninguna Exposición, a ningún Museo. Es preferible comprar nuestra santa prensa y constatar en

ella, por lo menos dos veces por semana, que junto a nosotros, en miles de puntos de esta urbe, crece, como crecen las florecillas multicolores en la primavera, crece la obra elevada que nos levanta del lodo cotidiano y nos aleja del espectro de la fealdad. Aunque no nos movamos de nuestra habitación, saber tal cosa fortifica la fe en la grandeza humana. En cambio, si en lugar de contentarse con la santa prensa se va uno a tocar con el índice tanta belleza, para ver y creer, penetra por la epidermis una diabólica duda, un enroscado punto de interrogación, enroscado como la serpiente de la incredulidad, que pregunta y pregunta, con la monotonía e insistencia de un grillo, si acaso será verdad que por todos los rincones de la urbe crecen las florecillas primaverales a impulsos del hábito creador... Por eso aquí, encerrados en esta cúpula de papeles, estamos muy bien, donde mejor se puede estar. Así es que, te repito, no fumes. Piensa que centímetros más allá es la Alameda. Y la Alameda trae consigo la realidad, y la realidad trae... Quedémosnos aquí. Y ahora escucha el murmullo de estos papeles.

Dos leit-motiv:

NUESTRA TRADICION—NUESTRA ORIGINALIDAD

“...lo hacemos como defensores genuinos de nuestra tradición artística en sus más elevados ideales...”

“...en los tiempos pasados en que teníamos la tuición, en que éramos la Atenas, como se decía, de las Bellas Artes en la ¡América!...”

“...nuestro afán ha de ser que los artistas de nuestro país conserven su independencia y mantengan su personalidad: que sean los pintores de su tierra y de su raza...”

“...trabajando solo, completamente aislado y libre de influencias y de fórmulas ajenas...”

Y vuelta a lo mismo.

“La línea tradicional de nuestras artes...”.

“Más allá de las influencias...” (aquí, adjetivos varios: malsanas, exóticas, descabelladas, etc.) y... “distinto temperamento, distinta mentalidad que la pura tradición...”.

Tradición original — Original tradición.

Y en línea paralela a tanta tradición y tanta originalidad, corren nombres proporcionales: Praxiteles, Fidias, Rafael, Miguel Angel, Leonardo, Velázquez, Murillo, Ticiano, Ingres... el Partenón...

Pregunto al oído a Rubén de Loa:

—¿Dónde se detiene el trópico en el hemisferio sur?

Me responde:

—En el Polo.

Así van las dos líneas paralelas. Trenzada en ellas, corre una tercera línea, línea sinuosa y temblante, línea de batalla, grito de defensa: nuestra originalidad tradicional está en peligro...!! *Aux armes, citoyens!*

[Nuestra tradición se quiebra... Nuestra originalidad se empaña bajo influencias ajenas, influencias del viejo mundo, del otro hemisferio... Fidias está inquieto, en la Chimba; Rembrandt tiembla, junto al Mapocho; Leonardo llora, en Baruri; Velázquez protesta en la Cañadilla; Ingres se desespera, en las Hornillas; Miguel Angel está triste, en la Avenida Matta, ¿qué tendrá Miguel Angel?]

Influencias ajenas ¡en Chile! Jamás, desde Almagro a nuestros días, habíase visto semejante cosa. Miguel Angel está triste... ¿qué tendrá Miguel Angel? Sólo don Alberto Mackenna y don Pedro Reszka tienen fe, no vacilan:

“¡Aún tenemos arte, ciudadanos!”

“¡Guíaos por mi penacho blanco!”

Aux armes, citoyens!

¡Clarines! ¡Laureles!

Y se inaugura la Sociedad Nacional de Bellas Artes.

*Oh qu'il est rigolo
l'amour á Santiago!*

Rubén de Loa suspira dos veces. Cada suspiro de Rubén de Loa desprende un papelito de nuestra cúpula. Llevan la firma de los dos paladines de la "Liga-Pro-Defensa-Bella-De-Las-Artes-Nacionales". El papelito de don Alberto Mackenna es un trozo literario; el de don Pedro Reszka, un juicio crítico que, para mayor fuerza y autoridad, lo firma también un secretario, don Alfredo Melossi.

Vamos al primero para que su extraña sensibilidad, su fineza de observación, su aguda hiperemotividad, convenzan a los incrédulos de la alta presión estética de nuestro salvador-artístico-nacional:

"Después de las once, los niños cantaron coros, unos alegres, otros melancólicos, y sus voces purísimas se elevaban a lo alto como un himno de gratitud.

"Caía la noche, la sombra se apoderaba lentamente del verde emparrado... Los puños empezaban a doblar su cabeza en la almohada; el canturreo infantil iba apagándose suavemente.

"Afuera en la calle se sentía el rumor ensordecedor de centenares de autos que regresaban de la ruleta con la carga más liviana, después de la inevitable succión vespertina y adentro, en esa Casa de las Colonias Escolares, cuatro nobles mujeres balbuceaban una oración en la cabecera de esos niños que plegaban sus ojos, vencidos por el sueño.

"Al contemplar este bello cuadro medité un instante.

“Afuera, me dije, la inutilidad de la vida frívola, la vanidad, el snobismo; aquí, en este modesto albergue de niños pobres, la bondad, la caridad, la abnegación, la alta comprensión del deber social que nos llama a darnos la mano unos a los otros”.

¿Qué tal la muestra? No dudo que hasta el mismo señor Alone va a estremecer ante aquello “del verde emparrado...”. Pues —como lo hizo notar la hoja *Pro*—, un hombre que canta gloria ante esta frase: “las mujeres cosen bajo las parras”, tiene que quedar por lo menos en éxtasis ante aquélla. ¿Y eso de “medité un instante”? Bueno sería ponerse de acuerdo sobre qué se entiende por meditar, mas, sea cual sea la conclusión, en este caso lo meditado duró, ¡felizmente!, sólo un instante. En fin, gracias a “este bello cuadro”, podrá cualquiera imaginarse cuáles han de ser los otros “bellos cuadros” que han de arrebatrar y exaltar al autor de tales líneas. No se puede dudar: las artes bellas en Chile están en vías de salvación. ¡Démosnos la mano unos a los otros!

Y pasemos al juicio crítico del binomio Reszka-Melossi. (Se refieren a la exposición en homenaje a Juan Francisco González):

“Tuvo un éxito que jamás han obtenido los últimos salones oficiales, pues desfilaron, además de todas las autoridades, Su Excelencia el Presidente de la República, el señor Ministro de Educación y el señor Intendente de la Provincia, miles de personas de quienes recibimos honrosas felicitaciones...”

Esto está bien. Esto es preciso. Esta es una piedra básica para elevar una sólida estética. Y es prudente, modesto, mesurado. Pues, de las miles de personas que expresaron honrosas felicitaciones, sólo nombran a tres y dejan en laudable silencio al Alcalde de Renca, al Gobernador de Linderos, al Director de la Penitenciaría, al Jefe de la Guarnición de Santaigo, al Inspector de Aduanas, al Notario de Carelmapu y al Procurador del Número. Ello se explica, pues, con la pre-

sencia en una exposición de los tres mencionados personajes, queda ampliamente demostrada la magnificencia de la misma y el talento de los exponentes.

¡Pobre don Juan Pancho! ¡Qué de crímenes se cometen en su nombre!

Rubén de Loa suspira. A impulsos de su suspiro los dos papelitos se elevan y van, como blanquitas palomitas, a recuperar los sitios que habían abandonado, mientras otro, con el contacto, se desprende y baja por los aires balanceándose como un beodo. Llega a tierra, se arruga un minuto, luego se estira y deja escapar de dentro un señor que amablemente nos saluda.

—Señores —nos dice—, soy el autor de lo escrito allí. Vengo a repetir mi entusiasmo por las seleccionadas producciones de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. Escuchadme. Os leeré mi entusiasmo ante aquellos cuadros:

“Preciosas marinas con coloridos sobrios, fuertes y vigorosos, que nos dan una visión de la grandeza del mar con sus horizontes perdidos en el infinito, y en donde dejan ver sus blancos veleros, o bien, las playas de algún puerto en donde soñolientos, se mecen sus barcos. Paisajes con abruptos cerros que, en la lejanía dejan ver sus empinadas cumbres nevadas y abajo, en los faldeos y planos, entre los verdes campos y corpulentos árboles, ganados que apaciblemente pastorean. Desnudos cuya presentación discreta los idealiza. Preciosas joyas de naturaleza muerta, en la que las manos sobrias de los artistas han sabido reproducir en el lienzo las finísimas concepciones de grabados antiguos, de cacharros coloniales artísticamente concebidos en los que brilla la antorcha de la vida”.

Un momento de silencio. Tose y se enjuga una lágrima. Luego prosigue:

“Mientras observaba aquellos cuadros, a mi lado, en respetuosa postura, sobre dos muletas, un señor en tono emocionado le decía a una señora: “Si yo fuera Presidente de la República, premiaría en primer lugar, aunque fuera con un almuerzo, a los directores de esta Exposición, por el talento y brillo con que han sabido presentarla y con dinero a los que han sabido ganarse en este concurso una medalla de honoh”. Tan bonito como generoso sentimiento, me ha hecho que lo recuerde en este momento en que siento la dulzura de lo bello.”

El autor nos vuelve a saludar, se sienta sobre su papelito, se envuelve en él y queda quieto. Rubén de Loa suspira. Entonces el papelito, como un globito en la mañanita, se eleva a su vez echando humito. Llega a su sitio. Se estira. El autor ha desaparecido. Quedan solos, allá arriba, su literatura y su buen deseo. Sobre ambos se lee ahora con grandes letras:

“Cartas a “El Mercurio”

Siento deseos de fumar. Muestro mi cigarrera a Rubén de Loa.

—No — me dice—; piensa que afuera es plena noche. Y el fuego en la noche es siempre hermoso. Por lo tanto esto no dejaría de arder.

Recorro entonces los papelitos dormidos. Atisbo con el ojo izquierdo, el mismo que veo que atisba mi amigo con el ojo derecho. Y así, cada cual con un ojo, leemos al unísono en voz baja:

“...Una de las cosas más interesantes de larte es la manifestación de una personalidad que envuelve, ante todo, la sinceridad en la expresión de una idea o de una sensación y el principal agravio que tengo contra lo que nos ha sido presentado en los salones de los años anteriores consiste principalmen-

“ te en eso: la falta completa, a pesar de su aspecto,
“ *aquí*, revolucionario y novedoso, de verdadera origi-
“ nalidad y personalidad ya que no pudimos ver en es-
“ tos cuadros sino imitaciones serviles de fórmulas en-
“ tonces en boga en los centros más avanzados de
“ Montparnasse — varias de las cuales han pasado o
“ están en la hora presente, pasando de moda en su
“ mismo país de origen—. Pues bien, declaro que me
“ interesa mucho más ver obras hechas en concien-
“ cia y sinceridad, con el deseo de exteriorizar una
“ sensación, una idea propia, aunque no sean todavía
“ muy definidas y geniales, que encontrarme en pre-
“ sencia de un falso Grigorieff, un falso Lhote, un
“ falso Cézanne, etc. No solamente tales imitaciones
“ no presentan interés alguno en ninguna parte, sino
“ que, en ciertas ocasiones, son de lo más peligrosas,
“ como aquí, donde precisamente lo que debemos bus-
“ car es lo que puede llevar a un arte “chileno” bien
“ definido, como el arte de Grigorieff es ruso, el de
“ Cézanne o de Monet, francés; el de otros artistas ex-
“ tranjeros, reflejo de sus patrias respectivas y es in-
“ dudable que cuanto más fuerte, más personal sea la
“ fórmula del maestro que se copia o imita, más difí-
“ cil será, después, para el imitador, deshacerse de ella,
“ alcanzar a crear una que sea, no solamente propia
“ del pintor que la ha creado, sino al mismo tiempo
“ netamente chilena. Y para llegar a este hermoso
“ ideal, el único camino es el de la sinceridad, de la
“ honradez y también del orgullo de producir algo que
“ no sea imitación de cualquier maestro extranjero,
“ por admirable y genial que sea!... Sin contar que,
“ a mi modo de ver, estas imitaciones constituyen una
“ verdadera falta de respeto para dicho maestro”.

Firma M. Richon-Brunet, a propósito del Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes y refiriéndose a los demás pintores. En *El Mercurio* siempre. Rubén de Loa no suspira sino que estornuda seis veces.

Con su último estornudo despunta el Sol tras los Andes. Rubén de Loa me dice:

—Ya es de día afuera. Ahora fuma. El fuego terreno ardiendo al sol es lo más triste, lo más desalentador que existe. ¿Has visto alguna vez en el campo a mediodía una ampolleta eléctrica encendida? Yo he visto una. Es uno de los malos recuerdos de mi existencia. Esta bóveda de papelititos se guardará bien de arder. Fuma.

—¿Qué tendrá Miguel Angel? — pregunto.

—Miguel Angel está triste — me responde—. Sobre el sol de la Alameda, sobre la modorra del sol de la Alameda, ha venido a tender su tristeza. ¿La causa de ella? Creo conocerla. Es la misma que a Fidias pone inquieto, a Rembrandt hace temblar y a Leonardo llorar, protestar a Velázquez y a Ingres desesperar. Todos temen que la defensa pro-belleza-eterna-total no vaya a ser suficiente en contra de los vándalos que por primera vez, desde que Chile es Chile, han osado — ¡oh, mancebos faltos de pudor! — inspirarse en obras del Viejo Mundo. Existe el ejemplo de la avasalladora invasión de los bárbaros que nada pudo contener. Vivos están aún los nombres de Atila, Alarico, Genserico, Odoacro y Teodorico. Nada raro, pues, que piensen que algo semejante pueda ocurrirle a la "Atenas sudamericana", como tan profunda y sutilmente nuestra santa prensa lo hizo una vez notar. Sí, amigo mío, hay razón para entristecerse, inquietarse, temblar, llorar, protestar y desesperar.

—Veo que poco confías en la defensa. ¿No templan tu fe los sólidos artículos de la santa prensa? ¿No te aleja del horizonte todo mal la presencia ante las buenas telas de los más preclaros personajes de nuestro Gobierno? Por último, ¿no te hace ver inexpugnable el santuario de lo bello el Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes? Si todo esto no te basta, ¿qué pides, qué más pides?

—Nada de eso me basta. Pues he de decirte en secreto y en voz baja, muy baja — la revelación de él,

Dios sabe qué penurias podría costarme—, he de decirte que... Aguza tus oídos; voy a decírtelo en un murmullo. Piensa que en estos tiempos se castiga con rudeza; piensa que se pide la excomunión, sin más; piensa que por muy poco puede venir la horca; y piensa que yo sólo deseo volver a mi taller verde de San Agustín de Tango a pintar en calma oyendo el canto del tucán multicolor. Voy a hablar bajo, bajísimo. ¿Alcanzas a oírme? ¿Sí? Pues, bien: no me gustó el tal Salón... ¡Chiiit! Guarda esta confesión sólo pata ti, te lo suplico.

—Está guardada. Por otro lado, creo obvio asegurarte que no lo pongo en duda. Sé que cuanto dices es reflejo de cuanto piensas. Pero es el caso que padezco de una manía que, por lo demás, se las he comunicado gentilmente a los críticos literarios de la santa prensa de que hemos hablado. Ahora te la comunicaré a ti: me gusta saber, cuando algo le gusta a un espíritu claro como el de ellos y el tuyo, “por qué” ese algo ha gustado, e igual cosa cuando el algo en cuestión no ha gustado. También, he de confesarte, que un amigo común que visitó tu taller verde, me ha dicho que tu pintura se inclina marcadamente a la de esos “mancebos sin pudor” a que aludiste, entonces me pregunto si acaso rivalidades de tendencias...

Rubén de Loa coge un papelito de nuestra cúpula, hace con él una pelotilla y me la tira a las narices. Luego me dice:

—No creo una palabra de cuanto has dicho. Sé que hablas para que entre ambos se produzca un diálogo sobre medida que poder publicar alguna vez. Te paso y perdono tu artimaña literaria advirtiéndote que ya, de tiempo, tiempo atrás, ha sido empleada en Europa, por lo tanto que ahora estás hiriendo con ella mis sentimientos de artista patriota, honrado y sincero. Pero comprendo tus tribulaciones del oficio: te ves obligado a escribir tu diálogo como siempre allá los han escrito, pues conozco tus nobles afanes por ser un literato netamente nacional.

—Es verdad — respondo, y poniéndome de pie, exclamo:

—¡Viva Chile!

Rubén de Loa hace otro tanto y canta:

*Esos cerros, ¡oh Patria!, y esteros
Que tapizan tu suelo inmortal
No los pinten jamás extranjeros
Sólo miembros de la Nacional!*

Luego ambos esperamos callados que esa última sílaba *nal* se pierda a lo lejos envuelta en un re sostenido como una humita en su hoja de choclo. Y nos volvemos a sentar.

—Después de todo lo hablado — prosigo—, comprenderás, generoso amigo, que mi diálogo es cosa de vida o muerte... para mí, se entiende. Tú que puedes oír las notas de un tucán..., es otra cosa. Así es que insisto: rivalidades de tendencias, a no dudarlo. Y estas rivalidades son astutas como el Demonio en persona. Sé por qué te sorprendes. Te estás preguntando cuál es la causa para que escriba yo Demonio con mayúscula. ¿No es verdad?

—Noble amigo — me interrumpe el amigo magnánimo—, creo que en este momento nada estás escribiendo; estás hablando y hablando, así como suena. Y en tu pronunciación no he advertido si lo dijiste con mayúscula o minúscula.

—¿Estás seguro — pregunto — que en este momento, ¡oh, amigo desinteresado!, estamos charlando los dos y no estoy yo solo escribiendo ante mi mesa?

—Te lo ruego, ¡dadivoso y espléndido oh, amigo!, que no embrolles mi mente con semejantes dudas. Responde pronto: ¿por qué, si alguna vez escribes, escribirás Demonio con mayúscula?, y ¿qué quieres sugerir con lo de "rivalidades de tendencias"?

—Obedeceré y responderé, ¡amigo liberal y gallardo, oh!:

A la primera pregunta no puedo darle respuesta alguna. Es preciso que tal cosa quede en el misterio y que aquí sólo se formule la pregunta. Así, más de un lector querrá ver mi volumen II, tanto más si le aseguro que en él encontrará amplios detalles sobre el particular. Artimañas literarias, dirás... ¡Allá tú!

Cuanto a tu segunda pregunta, volveré a la explicación que ya había empezado cuando tu cara interrogatoria me interrumpió. Decía que esas rivalidades eran astutas como el Demonio y, al decirlo, quería significar lo siguiente: ellas, las rivalidades, no se presentarán a tu conciencia en calidad de tales, pues saben que tu integridad moral, ¡oh, caballeresco y donoso, oh, amigo!, las pondría a la puerta. Recurren entonces a un sagaz ardid: hacen que tu intelecto se ponga, se encastille en TU punto de vista sobre las artes, y se oponga a considerar aún la posibilidad de la existencia de otro punto de vista. Y sea dicho de paso, nota que "tu" lo escribí así: TU, es decir, con dos mayúsculas. Ahora bien, me pregunto, ¿qué pensarías de la ¡Oh! Sociedad Nacional de Bellas Artes si te colocases en el punto en que ellos se colocan para hacer tantas hermosas telas que tanto conmueven a nuestros Ministerios y a sus dignas dependencias?

—¡Cuánto yerras, oh, amigo sensible y denodado! ¿No comprendes que si conservara con exclusividad mi punto de vista no podría pasar ni a una legua a la redonda del Salón? En cambio he ido a él varias veces. Al pagar mi entrada he dejado, junto con el dinero, todas mis ideas, todas mis experiencias e inclinaciones y, haciendo un violento esfuerzo — hartamente violento, créemelo; bajo con cada uno tres kilos—, me coloco en el punto de ellos y me empapo en él, ansioso, anhelante, llenándome con la esperanza de encontrar allí dentro siquiera un rayo de luz.

—¡Oh laudable esfuerzo! Prosigue.

—Pues bien, a pesar del que tú llamas laudable esfuerzo, ¡oh, amigo sabio y apuesto amigo!, he salido siempre de allí con la tristeza que se experimenta an-

te la vista de un grupo de hombres trabajando y sudando para otro grupo. Es hasta cierto punto — y guardadas las proporciones — otro aspecto de la explotación del hombre por el hombre. No hagas tal mueca de asombro. Es sólo cuestión de cambiar factores. En vez de los términos usuales, pon burgués-reposado y artista-proveedor, y comprenderás mi sentimiento. Pues se ha producido en esta época un hecho notable — no encuentro otra palabra mejor: notable. Muchos burgueses-reposados, muchos doctores Hualañé, muchos corredores E. Buin, muchos agrónomos Rafito, quieren, insisten, exigen, tener, en cualquier parte, donde sea, pero tener, una puntita de arte. Parece que el conocimiento de nuestro organismo, su cuidado y salvación, no bastara para llenar una vida; que el juego con los mercados mundiales no lograra implantar el reposo; que el producir cuanto la humanidad consume no fuese suficiente actividad. Parece que todo ello, a la gran mayoría, les dejase una especie de vago vacío. Y la manera de llenarlo que han encontrado es esa puntita de arte. Santa puntita cuya obligación es decirle a su poseedor:

“Caballero, usted no es lo que es; usted es inefable, fino, sutil y sensible como yo, puntita de mundos superiores; sólo que...”.

Ya calcularás: ¡La vida!

Di siempre, ¡oh avezado y benevolente amigo!, di siempre así: ¡la vida!, y levanta los hombros junto con bajar los extremos de la boca. Que si no fuera por la vida — como si la vida pudiese no ser para los vivos —, se vería que yo sería hoy...

Pero, en fin, volvamos a nuestro asunto. Es un hecho notable, que me hace rascarme la cabeza más rabiosamente que si fuese albergue de numerosos habitantes, éste que te indico: que a la mayoría de los hombres, apenas salen de la llamada clase baja para penetrar en la media o alta, se les meta entre ceja y ceja vibrar con un pedacillo cualquiera de arte, como que, de no hacerlo, les fuese a quedar algo in-

completo, o a molestarles, o a remorderles. Es algo como si tuviesen que pagar un tributo, una deuda... Pero, tributo o deuda ¿a qué? En fin, ellos lo sabrán. Yo constato el hecho y nada más.

Sí, ¡auténtico, oh, amigo!, es así, aunque sigas poniendo caras y más caras. Se les mete entre ceja y ceja y no hay nada que hacer. ¡Nada!

—Lo dudo.

—Haz entonces lo siguiente: ve uno de estos días a casa del dulce y suave doctor Hualañé. Dile que él no sabe palabra sobre transacciones comerciales y faenas agrícolas. Te responderá: "Es verdad". Dile que nada sabe sobre los astros y las constelaciones, sobre pirotécnica y botánica. Te responderá: "Es verdad". Dile que ignora la historia del antiguo Egipto y el idioma sánscrito. Te responderá: "Es verdad". Dile después que no entiende en arte y el suave y dulce facultativo te acogotará como a una rata. Haz lo mismo con cuantos seres se te ocurra. Será siempre igual. Anda a una fiesta social, baláncéate entre nuestro alto, altísimo mundo, y oye lo que hablan esos seres. Al oírlos te dirás que no se han de enfadar, pues, si albergaran la menor pretensión, hablarían, por lo menos, ligeramente en otro tono. Diles que nada saben de ciencias o de lo que quieras y verás que hasta muestran cierto orgullo de tal ignorancia. Diles luego que hay algo de arte que no comprenden, y te sacarán a zapatazos. ¿Más ejemplos? ¡Basta!

Esta es una ley inamovible. Experimentala cuantas veces se te antoje. Pero cuídate que sea en las clases acomodadas. En las otras, el problema es inexistente. ¿Por qué?, preguntan tus ojos. Porque tienen su arte tan espontáneamente como los pájaros su canto, las flores su color, los artistas de verdad sus artes.

En cambio, en las altas es — ya te he dicho — como un tributo, como un certificado de buena conducta... Algo ajeno a ellos pero indispensable. Un pasaporte. Mas un pasaporte..., ¿para entrar dón-

de? No a las clases correspondientes. A nadie se le examina. Casi me atrevería a decir "para entrar en ellos mismos y poder circular por todas partes con ayuda y protección".

¡Sí, mi oh sereno amigo!, el arte sirve para muchas cosas, tiene vastísimas aplicaciones.

Entre ceja y ceja, y no sueltan. Como un bulldog. Y un bulldog es cosa seria. Hay, pues, que darles la puntita de arte exigida.

Comprenderás, ¡oh amigo (déjame ponerte ahora tres adjetivos) vehemente, diestro y adusto!, comprenderás, digo, que se precisa, bajo pena de la ira mayor de los millones de burgueses-reposados, miles y miles de artistas-proveedores de puntitas para el consumo cotidiano de la mediocridad engominada.

—Comprendo, ¡oh amigo (¿permites cuatro adjetivos?) diligente, cortés, agraciado y perspicaz!, comprendo la existencia de ese vastísimo grupo de hombres que trabajan y sudan para proveer de artecito al otro grupo más vasto aún.

—Existen en todas partes del mundo los artistas-proveedores y para todas las artes sin excepción. Los de pintura y escultura se han reunido aquí bajo el título de "Sociedad Nacional de Bellas Artes", y surten, indistintamente, todos los barrios de la capital, sus alrededores y demás ciudades de la República.

—¡Magnífica sociedad!

—Por cierto. Y créeme que su labor es muy ardua. No te creas que es cosa sencilla dar justo en el blanco. Es difícil, difícil, apuntar en lo que sueña un burgués-reposado, saber exactamente qué pide, qué esconde, saber su puntita oculta bajo ese plácido reposo. Un principiante, por ejemplo, le habría ofrecido a nuestro amigo el doctor Hualañé una tela con una operación quirúrgica, a E. Buin una vista de la Bolsa de Comercio, a don Rafito un toro holandés. Ya ves cuánto habría errado. Habría vuelto con sus telas a casa y, desilusionado, habría jurado, acaso, no coger más un pincel. Pero un compañero listo y fo-

guéado le aconsejaría — tal vez, digo yo — que fuese con la operación quirúrgica a casa de un propietario de tienda de modas, con la Bodsá de Comercio donde un peluquero, con el toro holandés donde una mundana. ¡Vaya uno a saber! No puedes calcular cuán complejo es el interior de un buen burgués-reposado.

Pero, al fin y al cabo, para algo los artistas-proveedores son profesionales del asunto. Con un olfato digno de un perdiguero cogen el rastro de la mayoría reposada y entonces, ¡píntale que píntale! Luego se les orienta muy bien por si el olfato flaquea. Hasta cierto punto es difícil pasar los días barajando formas, planos, colores, y no sentir de pronto deseos de realizarse; y en tal caso, comprenderás, el olfato se debilita y hasta se pierde. Por eso hay que dar ciertas orientaciones. Sus apologistas no sueltan el pulso de la puntita y registran sus latidos. Y entonces hablan. Lee entre líneas y verás que en medio de simulacros de estudios críticos, lo que hacen de verdad es comunicar a los miembros de tales sociedades por donde parece que va el anhelo de aquella masa en reposo.

Hoy notarás que siempre con mayor insistencia se recalca un cierto lado nacional bien aliñado con una personalidad... de conjunto. Vuélvete a leer los leit-motiv que has anotado: "Nuestra tradición, nuestra originalidad..."

Debe haber en el fondo de la subconsciencia general un instinto hacia la diferenciación nacional. Escarba, escudriña. Algo va por ahí.

Pero, en fin, éstas son acaso meras suposiciones mías. Lo que sé es otra cosa:

El burgués-reposado pide y el artista-proveedor provee.

El uno sueña entre nieblas cien vaguedades irrealizadas; el otro atisba, adivina y se las pinta y esculpe de tamaño igual.

Aquel mira y, atónito, descubre sus nerviosida-

des al claro de luna, sus cosquilleos de noches de insomnio; éste fija un precio y vende.

¡Santas paces! Y en muchas paredes de respetables mansiones entra un clavo más.

¡Todos felices! Ya nadie duda de su grandeza, de su eminente superioridad, puesto que las artes están en juego. ¡Todos felices! Y tan feliz como todos está también el Supremo Gobierno pues sabe que mientras tales sociedades sigan produciendo la mercadería solicitada, los buenos burgueses-reposados tendrán dónde desaguar sus ensoñaciones borrosas y podrán seguir tranquilos. Y esto es muy importante para que reine la paz pública, como genialmente dice el prologuista-gastrónomo. Pues un señor reposado cuando pierde el reposo..., es algo horrible.

—Me asustas, Rubén de Loa. Veo que el alma humana es de complejidad increíble. Cuando leí al prologuista en cuestión; creí que con tener una buena mesa en casa ya todo quedaba solucionado. Luego creí que sería necesario agregar un buen ropero y, al anotararlo, creí quedar en paz hasta el final de mis días. Y ahora tú me haces ver que hacen falta más cosas... Es necesario también salpicarlo todo con arte... ¡Oh, amigo (permíteme llegar a la media docena) leal, eficaz, osado, copioso, justo y augusto!, veo que la tarea es larga: ya tenemos, sí, *La Buena Mesa*, pronto haremos *El Buen Ropero*. Mas fuerza nos será agregar *El Arte Bueno*.

—Ni más ni menos. Por eso estoy preocupado. *El Arte Bueno* me va a dar un trabajo penoso. Pues, ¿te das cuenta cuán complicado es esto de averiguar algo sobre la puntita de arte que todos quieren tener? ¿Saber por qué se aferran de tal modo a ella que si se las pones en duda te dan de zapatazos? Trabajo penoso, extremadamente penoso.

Lo primero que he visto en este arte de consumo es que está íntimamente ligado con la vida cotidiana y personal de cada individuo. No tiene ninguna existencia en sí, ninguna existencia diferenciada y

propia. Tiene tantas existencias como personas hay. Cada cual tiene "su" arte; como si cada cual tuviésemos "nuestra" ciencia, "nuestra" religión. Vale decir que no habría ni la una ni la otra, que sus existencias serían únicamente faces transitorias de temperamentos personales. Vale decir que no es aún el arte. Es la satisfacción de un gusto, de una tendencia — gustos y tendencias condicionados por las circunstancias que hayan acompañado cada vida de cada buen señor.

Fíjate bien que en todo este pseudo arte de consumo, hay un gusto totalmente individual, a tal modo que, si al señor A, B, o C, le placen, hoy, supongamos, las marinas, bastaría cambiar algo de su pasado o infundirle otras aspiraciones para el futuro, para que olvidara tales marinas y empezara a mostrar marcado interés por paisajes o figuras, según cual hubiesen sido los cambios de ese pasado y cual lo nuevo para ese futuro.

Te he citado "temas": marinas, figuras y otros. Manera de decir. Esto, amplificalo cuanto quieras. Di colores calidos o colores fríos; di expresiones de tragicismo o de dulzura; asuntos religiosos o sicalípticos; formas rectas o formas curvas; facturas de frotés o facturas de pastas; en fin, amplificalo en todos sus matices. Mas sea como sea, el hecho esencial subsiste:

Cada buen hombre tiene muy en su fondo un sentimiento escondido, una ambición frustrada, una añoranza, una esperanza... — y quiere que ellas estén en sus muros, ¡siquiera en sus muros!, ya que en la propia vida no han podido realizarse ni se realizarán jamás.

Ya irás viendo por qué, esos que llaman torneos de arte, estilo Sociedad Nacional y semejantes, toman para mí, muy a menudo, un aspecto sombríamente trágico, de esa tragedia sorda de la mediocridad añorando. Pero no avancemos nada. Mi libro *El*

Arte Bueno tendrá que empezar por precisar claramente estas dos faces del arte:

1.a) el arte que existe para consuelo de los hombres fallidos y que es reflejo mismo de esas fallas;

2.a) el arte que existe como un medio más para que el hombre se realice, amplíe su campo de visión y comprensión, ajeno, totalmente ajeno, a sus pequeñas miserias cotidianas.

El primero es para acompañar los ensueños del burgués-reposado, y el artista que lo hace baja hasta él; el segundo es para abrir nuevas posibilidades humanas, y el artista que lo hace obliga, a quien quiera tocarlas, a subir hasta él y a tener el coraje de afrontar lo que venga, aunque atropelle y revuelque sus pequeñas aficiones y pequeñas costumbres.

Todo esto que te digo, podría expresártelo de otro modo: el 99% de los visitantes de Salones y Museos no pueden delimitar claramente el arte, por un lado, y sus vidas diarias, por el otro.

Créemelo. En uno de estos papelitos de esta bóveda recuerdo un grito airado de uno de los defensores-pro-arte-nacional-sublime, grito que, en apariencias, puede no ser más que una simple opinión artística, pero que, mirándolo por todos lados, refleja fielmente esa manera de entender el arte de que te hablo, a saber: que él se hace para entonarnos diferentes cantitos en homenaje a los sucesos de nuestras vidas. Verás: creo que el firmante es don Alberto Mackenna, caballero que, como todos sus consocios, está íntimamente convencido que las artes universales — así como suena: universales — tienen como objetivo halagar lo que piensa, siente, anhela y suspira su persona.

Cierto día parece que este caballero se encontró ante cuadros que “a él nunca le habían sucedido en su vida”, y, al ver tamaña insolencia de los autores — los mancebos sin pudor—, corrió a las columnas de un *Mercurio* cualquiera y lanzó su indignación.

Se trataba especialmente de un desnudo de mu-

jer hecho por Hernán Gazmuri en tendencia constructiva algo cubista. El señor Mackenna al ver una mujer así — y ojo en esto, ¡oh, amigo (siguen los adjetivos)!, “una mujer”, ¿entiendes? — se indigna y exclama con toda la ingenuidad deliciosa de un adolescente: “¡Yo siempre preferiré las mujeres del Ticiano!”

¿Te das cuenta todo lo que hay encerrado en ese magnífico grito espontáneo? Desde luego una cosa que nos saca de nuestro asunto, pero que es digna de señalarse, aunque más no sea por su inefable comicidad: me refiero al personaje citado: Ticiano. ¿Oyes bien? ¡Ticiano! Así y sin más: Ti-cia-no... Ya empezarás a ver lo cómico, pues no me negarás, que lo es en alto grado ver el nombre del veneciano en boca de don Alberto Mackenna... Pero esto no es todo ni es lo esencial. Es a una comicidad de grupo a la que quiero referirme, común a todos estos d-p-a-n-s. Verás:

¿Comicidad? Te confesaré que a veces preferiría decir “infelicidad”. Pero desde el momento que, al final, hace reír, dejemos “comicidad”. Hela aquí:

Todos estos caballeros d-p-a-n-s, no pueden hablar dos palabras de arte sin que, a borbotones, se les vengán a los labios nombres como el que acabamos de ver. Se exhibe un cuadro en una vidriera céntrica... Giotto retumba en los diferentes mercurillos; un pintor dominical expone sus manchas de vacaciones... Murillo sale a bailar; se hace un concurso para regalar a la familia de luto el retrato al óleo del jefe finado... Poussin es traído de una oreja y zarandeado a diestra y siniestra. Ya has visto: en Santiago de Chile, como en todos los pueblos del globo, se pinta, se esculpe, se rima y se toca... pues don Pedro Reszka habla de la ¡Atenas! americana.

Sí, ¡amigo oh!, estos señores no se quedan chicos. No pueden encontrar aire propicio para sus pulmones más que por encima de los altos picachos cordilleranos. Si a veces parece que el Olimpo, con sus es-

casos 2.800 metros, les ahogará las narices con atmósfera demasiado densa.

Alguien ha asegurado que gran parte de la comicidad proviene de los contrastes absurdos, cuando la proporción de la realidad y la apariencia pasa todos los límites. Tipo clásico de ello ha sido el General tropical de opereta que, en la realidad, actúa en cualquier revolucioncita de pacotilla, y que, en sus apariencias, va con penachos y mostachos, genial como un Napoleón, feroz como un huracán.

Aquí es lo mismo. Apenas llevamos pocos momentos charlando bajo la influencia de los artículos de los d-p-a-n-s, y no hemos podido evitar los nombres de Fidias, Rembrandt, Leonardo, Velázquez, Ingres, Miguel Angel, Giotto, Murillo, Poussin.

Aquí reside la inefable comicidad de estas gentes:

Realidad: un grupo de surtidores de arte para burgueses-reposados; apariencia: la cita de todos esos nombres, con un Partenón que los cobija, para defensa de ese mismo artecito de consumo cotidiano.

¡Feliz tú que escribes y no pintas! Pues, ¿te das cuenta la que se me espera si expongo alguna vez mis telas? No me refiero al juicio que ellas les merezcan. Me refiero a las citas casi cósmicas que se van a hacer a su respecto. No van a gustar, por cierto. Entonces van a decir que yo no soy un Holbein ni un Rubens... Y si yo perteneciese a la liga d-p-a-n-s, dirían que era hijo legítimo de Goya y Boticelli. ¡No hay escapatoria posible! Como que lo sepa el tucán multicolor, creo que no volverá a cantar nunca más!

Rubén de Loa hace una pausa, la que aprovecho para exclamar condolido:

—¡Pobre tucán!

El buen amigo me hace eco:

—¡Pobre tucán!

Un minuto de silencio y Rubén de Loa prosigue:

—¡Feliz tú que escribes! Estás libre que, por cada diez cuartillas que publiques, figuren, junto al tu-

yo, los nombres de Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare, Cervantes y Racine. Sé que tu opinión sobre los llamados críticos literarios está a muchos grados bajo cero, pero, en este punto, no me negarás, tienen un sentido de las proporciones bastante más exacto

Dos minutos de silencio.

—Pero volvamos al amante de las mujeres de Ticiano. Ese grito lleva dentro algo más que un juicio crítico, por no decir que lleva “únicamente” algo que nada tiene que hacer con ningún juicio crítico. Tú comprendes que no es posible ocupar las columnas de un *Mercurio* — aunque con los *Mercurios*... , ¡vaya uno a saber! — para afirmar que el Renacimiento italiano es superior a una exposición chilena — aunque con esos señores... , ¡vaya uno a saber! Pero, en fin, como no concibo a alguien escribiendo muy en serio que el siglo de Oro español es preferible a nuestra literatura chilena actual, o como tampoco concibo a un almirante ocupando las columnas de un diario para asegurar que la escuadra inglesa es preferible a la nuestra, así tampoco puedo concebir a un señor — por muy d-p-a-n-s que sea — gastando tinta para hacer un paralelo como el que te cito: Renacimiento italiano—pintura actual chilena. Ese grito lleva otra cosa. No lo dudes. Ese grito está totalmente al margen del arte. Es el grito de la vida diaria misma, en el caso presente, de su propia vida, de su propio existir.

Ese grito no va dirigido a la pintura ni al Renacimiento ni a los venecianos en general ni a Ticiano en particular. Va dirigido a “la mujer”; a la de carne y hueso, a la que cruza por las calles, a la que puede ser nuestra compañera de hogar, a la que puede provocarnos la admiración por sus formas y sus gracias, a la que puede preparar nuestro almuerzo y remendar nuestra ropa. Total: va dirigido a la ensoñación, que todos los hombres llevamos dentro, de “el hecho mujer”.

De más decirte que ese “hecho” ilusionará tanto

mejor como realidad, a un buen señor en un cuadro, cuanto mayor sea el parecido con la mujer viva y cotidiana. Por eso, cuando oí el grito en cuestión: "Yo, a las mujeres de Gazmuri, preferiré siempre las mujeres de Ticiano", contesté para mis adentros: "Y yo siempre, a las de Ticiano, preferiré las que a diario diviso pasar radiantes por las mañanas de sol".

El cínico de Valdepinos, que en aquel momento se hallaba conmigo y que con su astucia de zorro adivinó mi pensamiento, me dijo a media voz: "Yo, compañero, con las de *La Vie Parisienne* y del *Chiribiribi*; de ahí no salgo".

Es un grito general, el grito de los burgueses-reposados que defienden, como cosa propia, todo lo que les pueda acariciar alguna ilusión, alguna esperanza. Ese es el grito de ataque contra todo cuanto aparezca inusitado, inesperado, en medio de sus mansas vidas regulares. El grito de horror contra cuanto pueda venir a plantear un nuevo problema, a hacer pensar, a turbar la ya aprobada acomodación de valores sobre la que se pueda modorrar hasta el final de los siglos.

Grito que en todas partes y siempre ha aparecido junto con aparecer cualquier nuevo movimiento de arte, cualquier nueva faz del pensamiento humano. Y es natural, es lógico. Pues cada aparición significa un abandono de reposo. Y verás que tanto burgués-reposado como artista-proveedor, exige, ante todo, un sólido reposo.

El primero pide que se le dé sus vaguedades, mas en pequeñas dosis, sin inquietarle en nada. El segundo está de acuerdo: pinta, siempre que el cliente se contente con tal dosis y con los cánones ya establecidos y bien aprendidos en la escuela. ¡Nada de inquietudes! ¡Qué decir de rebeliones! Es un arte pacífico al servicio de todos los hombres resignados que viven con el tic-tac del reloj y que, entre sombras, recuerdan apenas — acaso allá en la juventud, acaso en la infancia, acaso en otra existencia — que hu-

bo alguna vez dentro de sus pechos un comienzo de hálito rebelde, un comienzo de tormenta, una exaltación, un dolor.

Es decir: vida.

Tal vez el único pedazo de vida, sumergido en un pasado de nieblas. Pero vida. Por eso se aferran a ella. Y como el único modo de mantener — no diré su recuerdo; generalmente yace en el olvido—, de mantener su atmósfera es una representación material artística, es decir en estos casos, sentimental, se aferran a ellas, no quieren, ¡no!, que las haya más hondas... y salta el zapatazo.

Pero ante todo, tranquilidad, nada de inquietudes. Al fin y a la postre ese pedacito de vida traía consigo, para desenvolverse, la necesidad de ponerse en juego todo entero y, por eso mismo, se le dejó, se le hundió, falló. Por lo tanto una expresión de arte que insinuara volver a poner en juego — no digo todo — algo siquiera del hombre, es peligrosa, en todo el sentido de esta palabra terrible: ¡peligro!

¡Qué admirable organización! ¡Qué admirable equilibrio! Nota bien: por un lado todos los santos varones que una vez osaron pero que abandonaron, queriendo perpetuar en chico, en medida justa — sin que vaya a insinuar una nueva osadía — la osadía primera, queriéndola perpetuar simbólicamente en un muro, sobre la mesa, en el fonógrafo, donde sea, para que, como un sedante extremadamente bien dosificado, la mantenga, borre el abandono que siguió, no provoque nuevas tentaciones.

Por otro las Sociedades Nacionales del mundo entero que entregan a todos sus santos varones esos pequeños símbolos de precisión de tanta importancia en la vida gris de los que hubiesen querido osar hasta el fin.

¡Comprende, pues, qué horror les ha de producir a consumidores y proveedores, ver de pronto un ser que, no contentándose con seguir sobando y embalsamando cadáveres, se lanza justamente a resucitar esos

cadáveres gritando que ahora no hay que abandonar; un ser que hace de todos esos elementos adormecedores — pinceles, cinceles, paletas y demás — elementos para tentar nuevamente la espantosa experiencia de la vida!

Es para ellos el terremoto, la ruina total. Es el sin sentido, el caos. Es *El Diablo en el Campanario* tocando la campanada trece.

Ante tales cataclismos, todas las armas son buenas. ¡Ticiano! ¡Más Ticianos! ¡Vengan todos! Pero una ligera entonación de voz les traiciona. Por cierto que los que jugaron el ser entero sin abandonar, no van a prestarse como ayuda para los otros. Una ligera entonación de voz...: quieren, valiéndose de ellos, hablar del Arte, y vuelven a hablar de sus propias preocupaciones. Ya has visto: uno de ellos quiso hablar "pintura", y habló *mujer*.

—Veo, ¡oh Rubén de Loa, amigo...! (déjame, de una vez por todas y para siempre, dedicarte aquí todos los adjetivos alabanciosos que queden en el diccionario; decírtelos me sería un trabajo demasiado largo, tanto más que — no olvides — yo estoy en este momento ante mi mesa de labor y no simplemente charlando). Bien, ¡oh amigo, oh...! (y aceptáme la ofrenda), veo que te pones algo trágico con tanto burgués-reposado y artista-proveedor en la cabeza. ¿Y no crees que el tragicismo hay que dejarlo para contadas horas de la vida? No olvides que, después de todo, estamos bajo una cúpula de papel y en medio de la Alameda.

—No hay tal tragicismo. Pero antes de seguir, te pido que compartamos los adjetivos en dos mitades iguales.

—Conforme.

—¿Tragicismo? ¡Imposible! Pues hay un lado risible demasiado grande. Reside en la aceptación mansa — todo en esta gente se tife a fin de cuentas de mansedumbre — de lo que, en un momento fué puesto fuera de la ley y maldecido. Al principio, ya has

visto, es el anatema contra lo que pueda turbar la paz y hacer pensar, contra lo que parece quedar al margen de los propios problemitas y preocupaciones. Luego empieza la formidable y silenciosa máquina de la costumbre, y los santos varones empiezan a amoldar tales problemitas a las nuevas visiones de arte. Y lo hacen por la muy simple razón que, de no hacerlo, les sería necesario mantener un esfuerzo de protesta que, como tal, como esfuerzo, resultaría más pesado que esa acomodación y aceptación. Y puesto que ante todo tranquilidad...

Bien. Recuerda tan sólo el impresionismo. A su aparición, los doctores de lo inefable de aquel tiempo, los d-p-a-n-s, los burgueses-reposados y los artistas-proveedores, salieron a las calles a garrotazos, blandiendo una furia tan imponente como la que hoy acomete a los colaboradores de la santa prensa.

¡Imagínate! Todo el arte de consumo estaba tranquilito, cada buen varón encontraba en la tienda o en el almacén su dosis de consuelo para su tamaño exacto, y de pronto aparecen esos atrevidos mancebos asegurando cosas capaces de revolcarle los sesos al más sensato.

¡La naturaleza podía considerarse de otro modo! ¡La atmósfera existía no sólo como respiración y viento, sino como visión pictórica! Es decir, señores míos —se decía cada varón—, que nuestras sensiblerías insatisfechas vamos a tener que cultivarlas, como que el arte siga así, con pedazos de aire pintado... Mas, ¿cómo, ¡santo Dios!, encontrar el eslabón que una tan diferentes dos cosas?

Pero vino la costumbre, los artistas-proveedores aprendieron a hacer impresionismo, mejor dicho, aprendieron a reducirlo y perfumarlo al tamaño de las exigencias de los varones santos y, poco a poco, muchos señores empezaron a colgar — por aquí, por allí — sus ilusiones perdidas en fugaces tonos violetas, en humos sutiles como un arco iris.

Y siguen colgando y los otros, por lo tanto, siguen haciendo... (1).

Tú también viste el Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. ¡Cuánto impresionismo al alcance de todos los bolsillos! Por todas partes una pintura que parece seguir obedeciendo a un lejano impulso primero, seguir sin conciencia, sin vida, sin objetivo, rodando como una piedra en un cerro, corriendo como una paja en un riachuelo, sin saber por qué... Allí veías como los últimos estertores de vida de pintores idos; como el perfume quedado en la habitación de la dama que ha venido y se ha marchado; como la ceniza del cigarro del visitante que ya está lejos... Así. Así unas vagas reminiscencias, unos últimos recuerdos de Valenzuela Llanos..., unos últimos suspiros de Juan Francisco González..., hasta unos últimos empeños de Alfredo Lobos... ¡Cuánto impresionismo hoy día! Y pensar que, hace relativamente pocos años, más de un d-p-a-n-s gritaba magnífico como un actor de gran guiñol: "¡Yo, a los árboles de Sisley y Monet, preferiré siempre los árboles de los primitivos!"

¡Vuelta a lo mismo! ¿Comparación estética? ¡No hay tal! El "hecho árbol" y nada más. Y como en los de los primitivos bien plantados están ramas, hojas y ¡frutos!, es ello preferible a otro árbol que, a lo mejor, se deshace, se esfuma, y nos deja sin una rama, sin una hoja y, ¡Dios santo!, sin una fruta que comer...

Pero, en fin, hablábamos de la adaptación de los caballeros en cuestión, adaptación que proviene, ya te lo he dicho, nada más que de lo siguiente: el menor esfuerzo. Entre seguir manteniendo una lucha tesonera contra una manifestación de arte, o encomendar a los proveedores que la reduzcan a la medida del consumo diario..., es más fácil y reposado esto último.

Ya se adaptarán a todo lo demás. Claro que queda aún mucho tiempo de gritos destemplados. Claro

(1) Una curiosa semejanza entre el francés y el español: Louis Aragon empieza su libro "Traité du Style", diciendo: "*Faire en français signifie chier*". En español, lo mismo.

que no se adaptarán a los movimientos mismos de arte, pero sí a una mediocridad hábilmente sacada de ellos.

—¿Y es cosa tan difícil adaptarse rápidamente? — me pregunto—. ¿Para qué esa enorme hilera de años que, con sus iras, atacan directamente el hígado? ¿No habrá algo que haga las veces del lento transcurso del tiempo? ¿Una especie de incubadora que apresurara la apertura de los huevos artísticos?

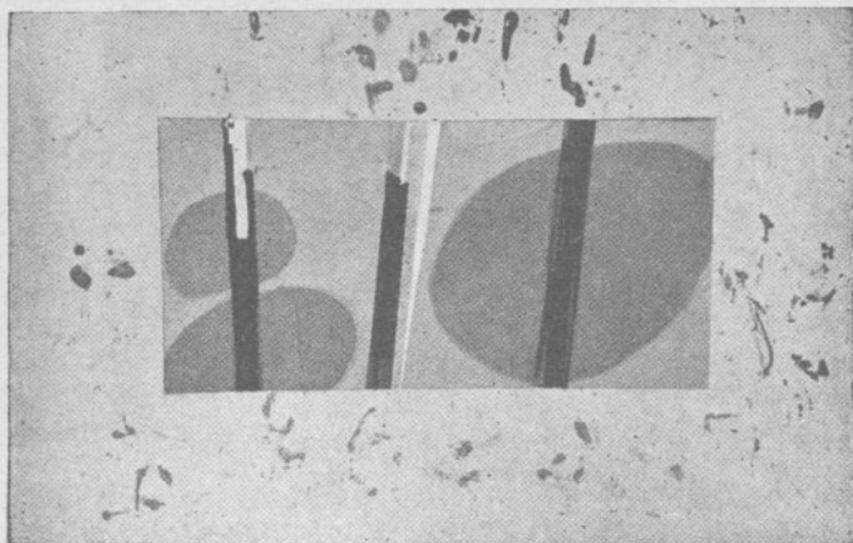
—Podría haberla. ¿Algo, dices tú, que no sea el verdadero temperamento de artista, que no exija gran sensibilidad ni un conocimiento profundo del arte, que ni pida el “jugarse todo entero” y que, en cambio, no les limite a los santos varones su campo visual a lo que sólo la costumbre les hace aceptar?

—Eso es.

—Podría existir. Mas fíjate qué paradoja voy a tener que lanzar: podría existir aunque es totalmente imposible que exista...

—Como paradoja no es chica.

—Sin embargo, no la es. Es una verdad maciza cuya enunciación no puede ser otra: “podría existir aunque es totalmente imposible que exista”. No hay más. Podría existir, porque bastaría un poco de imaginación, ¡qué!, de esprit, para que muchos mundos cerrados, esos tenebrosos mundos del dadaísmo, del cubismo, del super realismo y demás, empezaran a abrirse un tanto ante los ojos abismados de cientos de esos varones. Ya te digo: un poco de imaginación, un poco de esprit. Por lo tanto, ves que “podría existir”. Mas, por otro lado, como nunca los miembros de esas sociedades podrán tener una gota de imaginación ni de esprit, porque si las tuvieran perderían su calidad de tales, comprenderás que es “totalmente imposible que exista”. Porque no me negarás que en los salones tipo S. N. de B. A. reina una asombrosa falta de fantasía, de gracia, de ingenio. Recuerdo, por ejemplo, el *Salon des Artistes Francais*. En cada sala de él podías estar seguro de hallar por lo menos una nota chispeante, divertida, y, en el género descriptivo, hasta



ARP

Imposibilidad de reconocer los objetos y seres cotidianos.

interesante. En cambio, aquí ni siquiera nada de eso. Es un espíritu parecido al que sigue tomando, cada vez con mayor acentuación, la *Société Nationale* de París. Semejanza de nombres, semejanza de espíritu. La inclinación decidida a la cosa pesada, mazacotuda, sombría, a ese simulacro de profundidad grave, a esa indentificación tan común entre serio y aburrido. Y como el arte es serio, tienen que hacerlo aburrido.

Un poco de imaginación, un poco de esprit... Sacudir alguna vez la caspa, respirar alguna vez con la ventana abierta. Sería suficiente. Pero, te repito, es y será imposible. Te diré la causa:

Ella se debe a lo dicho anteriormente. Es decir, a que ven el arte únicamente de acuerdo con las necesidades y posibilidades de sus propias vidas — no de vidas totales, no en lo que pudiesen tener de imaginativo y creador — sino de vidas actuando en la diaria sucesión de los hechos. Por lo tanto, como una obra, pongamos, de Arp, de Braque o de Ernst, no tiene asidero — casi diría "comodidad" — para la realización de los hechos diarios y materiales les queda, acto con-

tinuo, en un terreno falto de aplicación, falto de utilidad.

La aplicación, la utilidad de una obra de arte reside exclusivamente en el espíritu. Esto ellos no lo sienten, no lo realizan ni en los primitivos ni en Ticiano ni en Sisley ni Monet. Mas como en éstos ven una remembranza de los objetos y hechos con que a diario tropiezan durante sus diferentes ajetreos, los aceptan creyendo que, al aceptar de ese modo, aceptan el arte mismo.

Si lo aceptaran de verdad, en su fondo, no podrían detenerse en un punto dado de toda una línea que es, desde su origen, una sola continuidad, una sola y misma cosa.

Ortega y Gasset les dice con razón a estas gentes que quien en el arte actual no vea más que capricho, *puede estar seguro de no haber comprendido ni el arte nuevo ni el viejo.*

Ellos ven capricho porque no encuentran el lado práctico adaptable; y no ven — digamos en mofa — el “capricho” en los viejos, porque ese lado práctico adaptable les es posible.

Mas te aseguro: la línea única, desde el primer día hasta siempre, les queda totalmente al margen a esos señores que sólo viven en sus propias personas.

¿Cómo demonios, adaptarles algo del arte de hoy, tenderles un puentecito entre una vida y un cuadro?



ERNST
*Temor de que se transformen
los objetos y seres cotidianos.*

¿Cómo hacer aceptar que no es únicamente lo que se ve a "primera vista" la realidad total? ¿Que todo ser, que todo objeto no es aislado y único sino un infinito comienzo de probabilidades y que marchar por ellas, lejos de alejarse de la *realidad*, es, seguramente penetrarla más? ¿Que un objeto, que un ser sean acaso solamente su relación con el cerebro que los piensa? Pero, en fin, volvamos al puentecito. ¿Cómo tenderlo?

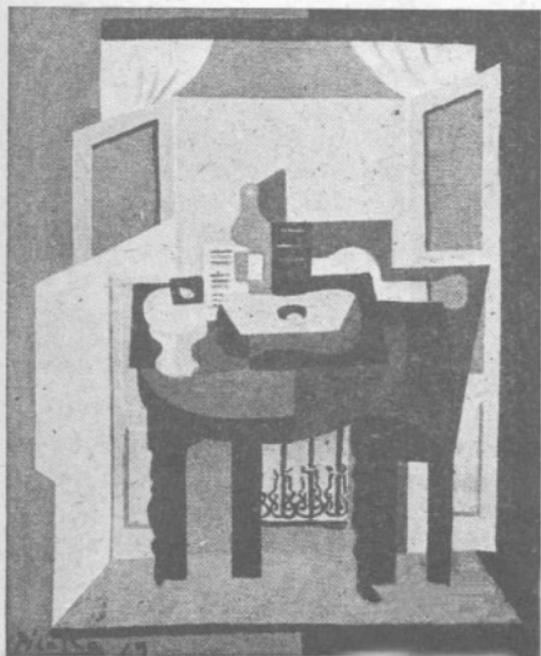
Te lo he dicho: se podría, pero no se puede... Porque haría falta un poco de imaginación.

Ya muchos han querido tender ese puente. Creo que el espanto de los serenos varones va a crecer, pues, en vez de entregarse a un juego imaginativo — que es a lo que se les invita—, van a creer que sus vidas mismas van a cambiar de raíz.

César Miró, con motivo de la exposición de Picasso, en Buenos Aires, hizo la tentativa.

Ve lo que, entre otras cosas, decía:

"Por otra parte, "creo que se podría "vivir en estos paisajes y, más todavía, juzgo que no "sería demasiado "arriesgado nacer "en ellos. Me gustaría tocar esta guitarra y comer las "manzanas de esta "naturaleza muerta "y asomarme a esta ventana y sentarme en esta mesa. No me parecería mal ser un saltimbanqui como "aquél o trabar una



PICASSO.

“gran amistad con esa mujer de brazos y piernas fabulosas, de ondulantes caderas y firme y armoniosa cabeza griega. Viviría en este mundo lleno de misterio, de brujería, y me encantaría encontrarme de pronto transeúnte en un paisaje de la época azul”.

Un d-p-a-n-s que leyó estas líneas, exclamó: “¡Yo siempre preferiré vivir en mi casa!”

Una pausa. Rubén de Loa ve la hora. Luego me dice:

—Démonos prisa. Dentro de cuarenta minutos aparecerá la Luna y no olvides que hoy es Luna llena.

—¿Y qué? — pregunto.

—Verás que apenas se asome tras la cordillera no podremos seguir hablando de pintura ni una palabra más.

—¿Por qué causa?

Rubén de Loa responde:

—Silencio. Ahora déjame agregarte rápidamente lo que quiero aún decirte. Rápidamente, sí; la Luna ya debe estar en Mendoza.

—Pero, ¿es que la Luna...?

—¡Silencio!, repito. Quiero recordarte lo que sigue: te dije hace poco que, si fuese por mis ideas y gustos, no pasaría ni a una legua de estos salones; creo que el *por qué* de tal cosa te lo he explicado. Sin embargo, te he dicho también que había ido a él varias veces y ahora puedo agregarte que jamás he faltado a ninguno y que espero seguir asistiendo a todos los que han de venir. ¿Contradicción? No lo creas. Acuérdate que también te dije un rato después que tales salones tomaban ante mi vista, muy a menudo, un aspecto sombríamente trágico. Ahora te agregaré algo más: si a veces, es verdad, la cosa se presenta así, otras se presenta indescriptiblemente cómica. Y al fin y a la postre, en medio de nuestras vidas hartamente monótonas, después de todo, uno no puede dejar de lado momentos como esos: o sombríamente trágicos o indes-

criptiblemente cómicos. Así es que siempre he ido y, puedes estar cierto, siempre iré.

—No creo que he de hacerte compañía muy a menudo.

—Sí, vendrás. Si no te gusta lo trágico, ve lo cómico; si no te gusta lo cómico ve lo trágico. Depende de cómo hayas amanecido. Es, al menos, lo que a mí me ocurre. Es espectáculo no cambia. Si la víspera he ingerido platos pesados veo en él el lado sombrío; si he tomado legumbres frescas veo el lado risible. Y como ambos aspectos me interesan, el día antes de una visita me repleto el estómago con toda clase de mariscos y mayonesas; y el día antes de una segunda visita me someto al régimen alimenticio más frugal y me desayuno con un vaso de sal de frutas. ¡Y al salón!

Una ojeada a los cuadros. Con un minuto basta. Es siempre la misma historia. Y luego, ¡a mirar al respetable público!

Jamás, créeme, he visto en tal público lo que generalmente a cronistas y críticos les place ver: amantes del arte solazándose ante obras ídem. Jamás. He visto siempre a un público entristecido ante las tumbas de un cementerio donde yacen todos los comienzos sin continuidad de sus pequeños romanticismos. ¡Las tumbas de los ensueños que no tuvieron lugar! Y frente a tan extraños difuntos, los deudos afligidos, guiados por la más pasmosa inconsciencia, totalmente ignorantes de esta repetición del Día de los muertos, mas, ya te digo, guiados a ella por esa inconsciencia, por esa subconsciencia, en forma inexorable.

Otras veces llego a ver — si mi visita ha sido precedida por caracoles a la bordalesa y callampas a la turca — llego a ver, no ya un cementerio, sino una morgue macabra. Cada marco se me antoja una mesa de mármol; cada tela, un cadáver no identificado; cada espectador, un hombre desolado que busca al ser querido que ya no existe, mas que hay que volver a ver y darle santa sepultura.

¿Por qué tanto muerto? ¿Por qué tantos sueños

irrealizados? Hombre..., simplemente porque murieron. ¿Y por qué murieron? Hombre..., simplemente, porque no tuvieron la fuerza de vivir. Vinieron a la vida en una mocedad cualquiera, les dió el ser algún choque psicológico cualquiera. Pero nacieron raquíticos, con consistencia de caramelos; o encontraron terreno poco propicio para desenvolverse y crecer, el terreno de toda esa mediocridad que los engendró, hecho también de caramelos, agua de colonia y pasta dentífrica. No creas que bromeo al emplear tales expresiones. Es tal como suena y fijate — para prueba de ello — en un paralelismo exacto que se produce.

—Perdona; pero es el caso que quisiera fijarme en otra cosa.

—Más tarde. Ahora fijate en lo que te estoy hablando.

—Bien. Esperaré.

—Te he dicho caramelos, colonias y demás. Luego, para evocar esa calidad haría falta un arte correspondiente, sea un arte hecho con tales elementos. Bien sabes que éstos tienen su exacto igual en pintura. Por lo tanto, para que el santo varón o burgués-reposado o lo que quieras, encuentre el eco de sus añoranzas — fallecidas, no olvides, por debilidad dulzona—, debe presentársele obras hechas con la misma debilidad dulzona, sea con toda clase de dentífricos, bombones y azucarillos. De otro modo un Salón recibiría la general reprobación, pues nadie en él se encontraría a sí mismo.

—Muy exacto. Pero yo quisiera...

—¡Calla! Tal es el caso en los Salones Nacionales de todo el mundo. Puede ser que más de alguien lo ponga en duda y se diga: “¿Cómo azucarillos en obras tan colosales? ¿No hay ahí inmensas cordilleras huracanadas, inmensos barcos en imponentes astilleros, inmensos grupos de férreos obreros, inmensas cuencas de tormentosos ríos, olas inmensas de mares torvos, inmensas mujeres de carnes magníficas, inmensos de todo de un todo inmenso?”

Es verdad. Hay de todos esos inmensos en inmensas cantidades. Y podría haber muchos más, aún más inmensos: incendios, terremotos, combates de tigres, bombardeos aéreos, cáncer y lepra. Podría estar Bételgeuse, cuyo diámetro, como sabes, es de no menos 480.000.000 de kilómetros. Podría estar la nebulosa de Andrómeda, cuya luz tarda en llegar al ojo del pintor 900.000 años. Sin embargo, no hay más que un caramelo, un inmenso caramelo, capaz de provocar la envidia de todos los pasteleros del universo. Pues, cualquier persona que juzgue el arte, y en este caso la pintura, en sí, no se deja engañar por tales motivos. En todos esos cientos de metros pintados sólo hay la eterna tarjetita postal iluminada, la pantalla violeta con *lumiére cochonne* de Plaza Ferrand. Se puede disimular con aquellos inmensos, pero la materia allí empleada es materia de confiteros. Si tú tienes un temperamento dulzón, un espíritu anémico, una comprensión del mundo de adolescente sentimental enamorado al claro de luna, describas lo que describas — la creación del mundo o su fin—, tu descripción será lo que eres. Y en tal caso es preferible — para el buen equilibrio — que te limites a describir, en esquelas celestes o rosadas, tus suspiros melancólicos a tu bella imposible.

—Bien estará todo eso, buen amigo, pero es que a mí, ya te he dicho, es otra cosa lo que me preocupa.

—¿La escultura, la literatura, acaso?

—Nada de eso.

—¿Entonces?

—Saber qué será del hombre Martín Quilpué.

—¡Al cuerno con tu hombre Martín Quilpué! Ya lo has hecho pasar por entre espigas, leche, pájaros, miel, bestias, semen, pan, sudor, flores y sangre... ¿Qué más deseas? ¿O no vas a dejar nada sin que lo atravesase ese hombre majadero?

—Rubén de Loa, no te enfades. Si yo en tales cosas no he tenido ni arte ni parte. He visto casualmen-

te varias veces a ese hombre caminando y sus pasos los he anotado aquí.

—¿Adónde?

—Es verdad que estamos charlando. Lo olvido a cada momento. No creas que es porque tu charla no me interese. Todo lo referente a las artes bellas me es, en general, tan aburrido que pasaría meses enteros hablando sobre el particular. Pero, justo es también que cuando uno ha visto tantas veces pasar a un hombre, llámese Martín Quilpué o como sea, justo es, digo yo, querer verlo pasar una vez más, aunque sea una sola, antes de que este libro se termine.

—No sé a qué libro te refieras. Si hay alguno, haz en él lo que te plazca. Pero mientras estemos aquí cobijados no asomará ni media nariz hacia fuera hasta que aparezca sobre los Andes la Luna llena. ¡Y démonos prisa! Tengo aún algo que decirte. Y según todos mis cálculos, la Luna está ya en Uspallata.

—¡Bendita Luna!

—¿Qué dices?

—Nada. Te escucho.

—Bien. De todas las notas que hice leyendo a los críticos de la santa prensa, quedan aún algunas que no te he comunicado.

—Un momento. ¿Por qué me has escogido a mí para comunicar tus notas? Piensa que los Salones en cuestión me tienen totalmente sin cuidado y, además, que voy teniendo mucho sueño.

—Simplemente porque las circunstancias nos juntaron. Si me juntan con otro, otro sería el oyente. En buenas cuentas, cualquiera. ¿Qué quieres? Uno no puede impedirse, en la mayoría de los casos, de pensar algo ante algo. Y muchas veces se anota creyendo que con ello lo pensado ha salido, ha descargado el cerebro. No hay tal. Queda dentro como un cuerpo extraño, como un tumor. Y supura y afiebra y hasta mata tal vez. Entonces no queda más que coger a un conocido o dirigirse a una imprenta y vomitarlo todo. Ten la certeza de que los que hablan, predicán, escriben, lo

hacen por pura higiene, para eliminar los desperdicios que se acumulan dentro y poder seguir viviendo. La solución sería no pensar. Esperemos que algún día se podrá. Por el momento no me interrumpas más y escucha:

Hemos llegado a un punto extremadamente interesante. En francés existe la palabra *toupet*, tan necesaria, que ya el español la ha adaptado: tupé. Y como para tanta necesidad no basta una sola, existe también *culot*. Más difícil de adaptar, por cierto, pero sería conveniente hacer algunos ensayos.

Lo que voy a decirte empieza con esas palabras, con ambas, pronunciadas poniendo cara de estupefacción máxima. Pon tal cara, te lo ruego, que voy a recordarte algunas frases:

“...conserven su independencia y mantengan su personalidad...”

“...trabajando solo, completamente solo y libre de influencias y de fórmulas ajenas...”

“...más allá de las influencias...”

“...obras hechas en conciencia y sinceridad, con el deseo de exteriorizar una sensación, una idea propia...”

“...el orgullo de producir algo que no sea imitación de cualquier maestro extranjero...”

Es decir, resumiendo, que estos artistas trabajan con su propia personalidad. Digámoslo de una vez: no imitan.

En cambio, todos los demás, los del Salón Oficial, los independientes, etc., carecen totalmente de personalidad, imitan. En sus obras se ve, en la concha del consueta, a Cézanne, Picasso, Chirico, Gris, Grigoriev, Lhote, Matisse y ¡qué sé yo! La concha de los otros — los de la S. N. de B. A. — está vacía. En ella no están los impresionistas ni los *Artistes Français* ni Alvarez de Sotomayor ni Somerscale ni Aman Jean, ni Sorolla ni nadie. Esta gente se inspira directamente del cielo, de sus arreboles y avecillas.

Mas, lo que está es otra cosa. Sus críticos no la ven. Acaso no sea tupé; acaso sea miopía. Esta gente se inspira, lisa y llanamente, del arte universal de joyerías, perfumerías y peluquerías.

¿Crees tú posible, ¡oh, amigo... (siento necesidad de volver a los adjetivos)... competente, afable y placentero!, pretender, siquiera insinuar, que tales S. N. de B. A. tienen algo ligeramente original, que deja de verse cuando se pasan los Andes hacia el este y vuelve a verse cuando se pasan hacia el oeste?

Da cien vueltas a la Tierra, detente en la ciudad o aldea que desees: en todas partes, en todas las vidrieras de todos los joyeros o modistos de todas esas partes, encontrarás y volverás a encontrar hasta la saciedad esa pintura perfumada para uso de los santos varones y niñas melancólicas que sufren de un mal inconsciente que les pica en las horas de ocio y de insomnio.

¡No imitan! Es como si yo mañana hiciese una gran torta de crema de Chantilly, chocolate y manjar blanco, y la adornara con espejuelos multicolores y palomitas de porcelana... ¿A quién imito? Naturalmente, ¡a nadie! ¿A Ramis Clar? No, por cierto, pues él pone conejitos de vidrio. ¿A las Rengifo? Tampoco, pues ponen angelitos de almendra. ¿A las tortas parisinas? ¡Imposible! En París no usan manjar blanco. Y así hasta el infinito. ¡No imito a nadie! ¡Es mi personalidad!

¡Hombre de Dios! Imito sencillamente a todos los pasteleros del universo... Y no hay más.

Igual cosa en los Salones de que hemos hablado.

—Sí, Rubén de Loa, hemos hablado... ¡vaya que hemos hablado! ¿No sería bueno callarnos ahora?

—No. La Luna no se ha asomado aún. Está en Puente del Inca.

—Es decir, muy cerca. Así es que anda veloz como un gamo.

—Me queda aún una nota y tendrás que tragarla, quieras o no.

—¿Qué será del hombre Martín Quilp...?

—¡Silencio! ¡Allá él! ¡Los minutos que nos quedan están contados!

—Y los días de este año también.

—¿Y eso qué?

—Para ti, seguramente nada. Mas para mí... ¿Lo has pensado? Piensa, ¡por favor!, piensa que todo cuanto me ocurre en estos momentos, que todo cuanto ocurre en cualquier parte en estos momentos, se engloba, al menos para mí, en una sola cosa, Rubén de Loa, una sola, una ya obsesionante, una que se llama: *Miltín 1934*. ¿Te das cuenta? ¡1934! Y puede ser que mientras así hablamos esperando a la Luna, aparezca antes que ella 1935. Entonces, lógicamente, todo lo englobado en ese nombre rompería su globo, se evaporaría y yo me quedaría sólo con páginas y más páginas de papel en blanco.

—Todo eso me tiene a mí perfectamente sin cuidado. Oye bien: este asunto de las imitaciones está, en resumen, mal planteado. Esos caballeros lo plantean con una simpleza desconcertante: o se imita o no se imita. Mejor sería, en vez de averiguar si hay imitación o no, que se averiguara “qué” se imita. Desde luego, y sea dicho de paso, ¿conoces tú algún artista que no haya imitado? ¡Qué artista! ¿Conoces tú algún hombre cuya vida total no sea la imitación de la vida total de la humanidad? Si lo conoces, feliz tú. Lo interesante también en este caso sería ver “qué” imita de ese total humano. Pero volvamos a los artistas. Si alguno nada imitara, nada, ten la certeza que no lograría trazar una línea por tierra, ¡qué decir un bisonte de Altamira! Ahora bien, si mucho te extraña esto de imitación y sobre todo de tanta imitación, pon —para muchos casos; no para todos, por cierto—, pon inspiración. Y volvamos a lo mismo: de “qué” se inspiran. Es el punto interesante.

Yo, por mi parte, veo a los de las S. N. de B. A. inspirándose en el arte del mundo entero hecho para varones santos y niñas melancólicas. En los otros—

aquí Salón Oficial y demás—, veo el afán de buscar la inspiración en todo cuanto pueda aportar una visión más a los ojos de los hombres.

Aquéllos ya no se ocupan de descubrir ningún punto más en la naturaleza, es decir en el ser mismo. Estos ya tienen, o ya han tenido siquiera una vez, el deseo indomable de explorarlo todo, que no quede para ellos ni un solo sitio que ostente el cartel: "Prohibido". Ya quieren o han querido que sus ojos puedan también ver como ven los de cualquier otro hombre en cualquier sitio del mundo, que su comprensión de él pueda igualarse a la de quien sea.

Es la diferencia que veo entre esos dos grandes grupos en que se dividen los artistas. Por un lado, no averiguar más, no más escudriñar, no permitir ni una posibilidad más en ningún campo. Por el otro, el permanente intento.

—Eso ves. Pero yo estoy viendo otra cosa. Estoy viendo que todos estos papelitos se mueven, tiemblan... ¿Qué será?

—Es la Luna que ya está en Las Cuevas.

Aquí terminó mi diálogo con Rubén de Loa. Segundos después todos los papelitos, como a una mágica voz de mando, se abrían, se esparcían y revoloteaban sobre nuestras cabezas y nosotros, llenos de regocijo, volvíamos a ver la Alameda, allá al fondo la cordillera y encima, asomándose, lentamente, una esplendorosa Luna llena. Esperamos en silencio su completa aparición hasta que la vimos suspenderse sobre un picacho.

Entonces uno de sus crateres se dibujó nítido al centro del disco luminoso como un punto negro. Luego nos percatamos que se agrandaba hasta ser como una enorme boca circular y lóbrega rodeada de una aureola. Así permaneció varios minutos. Cuando, súbitamente, esta boca empezó a cerrarse y en todo el ambiente hubo como un remolino, una corriente de aire de la Tierra a la Luna, como si aquel cráter, al

cerrarse, hubiese producido una formidable succión a través del espacio. Yo me llevé instintivamente la mano al sombrero; Rubén de Loa, a su pipa. Y los papelitos todos, sin descontar uno solo, impelidos por aquel viento sideral, partieron, se fueron, siguieron, hasta que la boca de la Luna los absorbió cerrándose sobre ellos por toda la eternidad.

Rubén de Loa saludó y con voz conmovida dijo:

—Justo es que lo bello se junte con lo bello.

Y la Luna, blanca, límpida, tranquila, dió comienzo a su viaje por los cielos.

Nosotros mirábamos arrobados, cuando una voz nos llamó:

—¡Hola, amigos! ¿Qué tal?

Era Javier de Licantén que nos saludaba, Javier de Licantén, el inmenso vate, el ilustre autor de aquellos versos inmortales, que todos los hombres conocen:

*Las flores son, ¡ay! sin duda
cosas bellas de mirar...*

Nos cogió de un brazo a cada uno y nos pusimos en marcha, tras un vaso de cerveza.

Javier de Licantén nos dijo:

—He estado con el oído junto a ese montón de papeles que, habéis visto, se ha marchado a destinos mejores. Me he enterado, pues, de cuanto habéis departido y os he seguido en una línea casi paralela: cuanto hablabais de pintura yo lo codeaba con literatura. Vais a ver cómo. Escuchadme.

—Soy todo oídos — dijo Rubén de Loa.

Mas yo interrumpí:

—Discúlpame, Javier de Licantén, yo no podré escucharte. 1935 se acerca. Ya siento que está en el túnel del transandino y todos mis amigos saben, y la casa editora también, que yo ahora no soy más que aquello que se llamó *Miltín 1934*. ¿Cómo ponerme a oír nuevas charlas sobre arte? ¡No puedo, no puedo! Los amigos esperan y el editor está impaciente. ¡Oh, in-

flamado y fecundo amigo, deja que sea para cuando nos anuncien un año más! Mañana si quieres, mañana te escucharé.

—Haz como te parezca — me respondió Javier de Licantén.

—Haz como te parezca — repitió Rubén de Loa.

Y haciéndome ambos una venia, me dejaron abandonado en medio de un farol de la Alameda.

Quedaban aún algunos segundos de *Miltín 1934*. No quise perderlos. Trepé como un mono a ese farol. Y miré, miré para todos lados, para el polvo, para las estrellas.

¡Nadie!

Por ninguna parte, ¡por ninguna!, el hombre Martín Quilpué.

Bajé pesaroso, con el alma partida en dos. Nadie y silencio de tumba. Hasta que, de pronto, llegó a mis oídos el estampido de un cañón:

¡1935!

Así me hallaba el buen año al llegar: solo, triste, mudo, sin haber vuelto a ver al hombre Martín Quilpué, sin haber escrito el *Cuento de Medianoche* y, lo que es peor, ¡oh, Dios mío!, sin haberle encontrado un rol a Fredegunda.

F I N.